193

ALREVÉS

Garrincha y su Beretta

JUAN INFANTE



Juan Infante, nacido en Bilbao, es escritor y abogado. Con esta, ya son diez las novelas publicadas y once relatos de género negro-criminal. De la serie Garrincha, se han editado *Atrapado*, *El precio del silencio*, *Sospechosos*, *El gánster de Olabeaga* y *Garrincha y su beretta*. *Atrapado* fue nominada para el Premio Euskadi de literatura 2018.

Dirige y es profesor de dos talleres de novela negra en ALEA Bilbao y elabora, junto a dos colegas, La Carta Noir, la newsletter mensual sobre género negro de novelas y series de *El Correo*.

La crítica ha dicho de su obra:

«Infante ha construido su obra con las pautas del cine americano», ***El País***

«El escritor bilbaíno urde una trama ágil, relativamente compleja, pero bien pergeñada…», ***El Correo***

«El abogado Juan Infante lleva desde la pasada década profundizando en el género y aportando un elemento diferenciador: un sentido del humor un tanto gamberro que alivia la brutalidad de algunas de las cosas que cuenta», **El Correo**

«Una novela policiaca, con hechuras clásicas, más americanas que europeas», ***Periódico Bilbao***, suplemento cultural ***Pérgola***

«Garrincha crea adicción, en el momento que lo conozcan, ya no habrá marcha atrás», ***Moon Magazine***

Cuando a la familia Garay le incendian la fábrica de Sestao (Bizkaia) enseguida comprueban que van a por ellos. Pero ¿quién puede estar detrás? Sin pruebas y con enemigos al acecho, los Garay se ven atrapados en una telaraña de intereses oscuros y su impresión es que esto no ha hecho más que empezar.

Sin embargo, la familia Garay no está dispuesta a rendirse y pide ayuda a Garrincha, el gánster de Olabeaga, que aunque oficialmente está retirado y ya no debe hacer nada fuera de la ley, esto no siempre es así. Parece que tiene un imán para complicarse la vida y, con su inconfundible instinto y su Beretta, Garrincha sabe que en el mundo de la mafia y la corrupción nadie juega limpio.

En su investigación, Garrincha se cruza con Bárbara Alberdi —una joven periodista que con su arrojo, inteligencia e inconsciencia acaba poniéndose en serio peligro por una buena causa— y ambos unirán sus fuerzas para descubrir la verdad en ese turbio caso y se introducirán en la trama criminal, donde el enigma y la tensión se mantienen hasta el final.

Juan Infante nos brinda una novela negra llena de diálogos afilados, tensión constante, traiciones y mucho humor que nos sumerge en el mundo empresarial de un Bilbao vibrante pero también inquietante, y da un paso más en atraer al lector a que participe en la resolución del caso.

Garrincha y su Beretta



Garrincha y su Beretta

JUAN INFANTE

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Primera edición: mayo de 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ de la Perla, 22
08012 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2025, Juan Infante
© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-38-2
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Manderley en Galindo

Domingo, 3 de abril

El incendio era espectacular. Las llamas apuntaban con fuerza hacia el cielo y cubrían el pabellón, que desaparecía devorado por el fuego.

Roberto Garay apoyaba su brazo derecho en el hombro de su hermana Begoña. Necesitaba protegerla y tenerla muy cerca. Ambos se encontraban sobrecogidos con lo que estaban viendo.

—¿No te recuerda a Manderley? —le preguntó Begoña, que conocía su devoción por Daphne du Maurier.

—Sí, la mansión maldita de Rebeca Winter —contestó Roberto.

—Estoy viendo la película de Hitchcock, cuando Rebeca llega con Maxim a la casa devorada por las llamas.

—«No había luna. Encima de nuestras cabezas, el cielo estaba negro como la tinta. Pero hacia el horizonte aparecía iluminado por una viva luz roja, como salpicada de sangre. El viento salobre del mar venía lleno de cenizas…». —Roberto recitó el final de la novela con evidente emoción.

Parecía que los bomberos desplegados alrededor del fuego empezaban a controlarlo.

—Menos mal que no está papá para verlo —dijo Begoña.

—Desde luego. Era la obra de su vida y en unos minutos se ha convertido en cenizas que se esfuman llevadas por el viento. Hay que decírselo a mamá, se va a enterar en cuanto se despierte y

ponga la radio.

—Llámala, todavía no son las doce. Es todo muy extraño, no nos han dicho cómo se ha producido.

—Estoy pensando en lo peor —dijo Roberto.

—Yo también. Qué hijos de la gran puta.

—El único consuelo es que el seguro está en orden.

—Sí, lo renovamos hace un par de meses —dijo Begoña.

—Tiene una buena cobertura, pero, si ha sido provocado, se abrirá una investigación.

—En todo caso, debemos proteger a nuestros clientes y nuestro prestigio.

—La putada es que, aunque el seguro termine pagando, el daño será tremendo. La fábrica estará parada varios meses… y conservar a los clientes no va a ser fácil. —Roberto sacó su teléfono móvil del bolsillo—. Begoña, es mamá, seguro que ya está al corriente.

—Hijo, pero ¿qué ha pasado?

—¿Cómo te has enterado?

—Viendo las noticias por internet.

—Estoy con Begoña. El fuego está controlado. Aunque el impetuoso viento de la noche está amainando, la fábrica ha desaparecido.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Qué horror! No puede ser. ¿Hay desgracias personales?

—Creemos que no. Avisaron los de seguridad y están bien. Intenta dormir, mañana a las diez reunimos al consejo en casa. Ya llamaré yo a todos —concluyó Roberto.

Maquinaria y Electrónica Garay S. A. era una empresa muy potente, con algo más de ciento cincuenta trabajadores, que Ricardo Garay había heredado de su padre cuando era un pequeño taller. Estaba situada en Sestao, junto al río Galindo, muy cerca de donde estuvieron ubicadas algunas de las grandes

empresas metalúrgicas de Vizcaya.

El grueso de la empresa, la maquinaria industrial, se había complementado en los últimos años con componentes electrónicos para telefonía y otros sectores de tecnología avanzada.

La sociedad iba muy bien y aún mantenía su carácter familiar. Los titulares del cien por cien de las acciones eran los cinco hermanos Garay y su madre, Regina Arbolancha.

Habían tenido varias ofertas de compra muy suculentas, pero cierto romanticismo había permitido que aguantaran. Doña Regina era la primera que no quería vender, pero todos empezaban a ser conscientes de que iba a ser muy difícil resistir. Las inversiones cada vez eran mayores y el mercado exigía un socio potente que se moviera bien por todo el mundo, sobre todo en los países emergentes.

Un competidor de los que quería comprar había sido muy insistente e impertinente, y Roberto no podía olvidarse de él cuando veía las llamas engullir las instalaciones. Con el incendio, el precio se desplomaría, pero, aunque volvieran a la carga, tenía claro que ahora no iban a vender. Su madre lo apoyaría y Begoña también.

El padre, don Ricardo, que provenía de una familia de empresarios, pudo ver la compañía en todo su esplendor. Tenía ochenta y tres años cuando un infarto se lo llevó cinco años atrás y se fue con las botas puestas.

Los hijos continuaron con su obra, con los mismos criterios que les había inculcado. Reinvertir los beneficios en la propia empresa, apostar por la investigación y la alta tecnología, y depender muy poco de los bancos.

La situación actual de Maquinaria y Electrónica Garay S. A. era óptima, pero los buitres que pretendían hacerse con ella no habían parado desde que murió el patriarca.

2

La familia Garay, consternada

Lunes, 4 de abril

A las diez de la mañana estaban todos reunidos en la casa familiar, en la Alameda de Mazarredo, junto a los Jardines de Albia. En sus semblantes se dibujaban la desolación, la tristeza y la furia. La madre y los cinco hijos sabían que debían controlarse, pero no era fácil mantenerse serenos.

Se trataba de una vivienda imponente que doña Regina Arbolancha había heredado de su madre. No fue la única dote que llevó al matrimonio, pero sí la más deslumbrante.

Tenía unos trescientos metros cuadrados, con espacios amplios y luminosos, a los que había que añadir una gran terraza que constaba de un pequeño jardín con un olivo, un parterre con flores de temporada donde al comienzo del verano se plantaban hortensias y unas enredaderas en las que crecían buganvillas rojas y granates. En medio de la terraza, un pequeño porche cubierto por una parra, con una mesa grande de hierro forjado y una tarima de piedra y azulejo, servía de lugar de encuentro en los meses templados del año para una intensa vida familiar y social.

Cuando se veía por primera vez, costaba creer que, en el centro de la ciudad, rodeada por casas y en un sexto piso, pudiera encontrarse esa joya, cuidada por doña Regina y un jardinero que acudía un par de horas todas las semanas.

Desde el jardín se veía medio Bilbao, con el Pagasarri y Artxanda a ambos lados, los Jardines de Albia abajo y la ría muy cerca. La iglesia de San Vicente —que había acogido los bautizos, bodas y funerales de la familia— se alzaba a menos de un centenar de metros y era donde doña Regina acudía con regularidad para ponerse en paz con el Altísimo y pedirle favores que muy pocas veces le concedía.

El matrimonio Garay-Arbolancha tuvo cinco hijos: Begoña tenía cincuenta y tres años, Virginia cincuenta y uno, Roberto cuarenta y ocho, Susana cuarenta y cinco e Iñaki cuarenta. La madre tenía ochenta y dos años y ya le habían dado doce nietos.

Solo Susana estaba soltera y sin hijos. Era una mujer con mucha personalidad, muy independiente, aunque aún vivía con su madre.

Lo que hoy se reunía era el consejo de administración, compuesto solo por los hijos y la madre. Cada hijo tenía el 15 % de las acciones y la madre el 25 %. Para alcanzar la mayoría, a la madre le bastaba pactar con dos de sus hijos. En cambio, los hijos necesitaban ponerse de acuerdo cuatro.

El consejo lo presidía doña Regina, su consejero delegado era Roberto y el secretario Iñaki. Begoña, Virginia y Susana eran vocales. En la empresa solo trabajaban Roberto, que era el jefe y gerente, y Begoña, que llevaba los departamentos de Marketing y Comercial. Tenía ciento cincuenta y ocho empleados con un nivel de preparación técnica muy alta. Entre ingenieros y otras titulaciones superiores alcanzaban los cuarenta.

Iñaki era profesor de instituto, Susana ejercía de abogada y Virginia era fiscal en la Audiencia Provincial.

Cuando estuvieron todos sentados —y mientras Susana ponía una jarra de café junto a una bandeja con bollos de mantequilla de Zuricalday—, Regina propuso no dar carácter legal a la reunión del consejo, salvo que hubiera que acordar alguna

resolución formal. Todos asintieron. En familia y sin formalidades hablarían con más libertad.

Tomó la palabra doña Regina y, tras unas frases en recuerdo de don Ricardo, dijo:

—Roberto y Begoña, vosotros tenéis toda la información. Estuvisteis anoche viendo cómo ardía la fábrica y todavía lleváis el susto en la cara. Adelante.

Roberto miró a Begoña quien, con un gesto, le indicó que empezara él.

—El incendio comenzó a eso de las diez y cuarto de la noche. Los servicios de seguridad lo detectaron cuando ya ardía con fuerza y llamaron a los bomberos. A mí me avisaron de inmediato. Llegué pasadas las once y los bomberos llevaban un rato. Enseguida se presentó Begoña.

—Yo llegué a la once y veinte —dijo Begoña.

—El jefe de los bomberos me comentó que el fuego se había iniciado en tres lugares diferentes y que, en principio, por eso era sospechoso. Los dos empleados de seguridad confirmaron que ellos advirtieron un primer fuego en la parte trasera de la fábrica, junto a los vestuarios y los baños. Otro en la puerta lateral junto al río Galindo y el tercero en la entrada, muy cerca de donde estaban ellos.

—¿Y no vieron a nadie? —preguntó Iñaki.

—Según dijeron, el fuego tomó tal fuerza que se apartaron enseguida, pero no vieron a nadie. A mí también me pareció extraño. En todo caso, tenemos ya la confirmación. Me ha llamado hace un rato el jefe de los bomberos con el que estuve anoche y no hay ninguna duda. Han encontrado tres latas de gasolina en los puntos comentados. Piensan que estarían ya colocadas y con temporizadores provocaron los tres incendios simultáneos desde la distancia.

»Calculan que no debieron de intervenir más de dos o tres

personas. Los lugares estaban bien elegidos y en las tres zonas había material inflamable. Ellos no tardaron más de media hora en llegar y solo pudieron conseguir que el fuego no se extendiera más allá de la fábrica —concluyó Roberto.

—¿Se ha salvado algo? —preguntó Virginia.

—Parte de la estructura, pero probablemente no interese mantenerla. Y las dos cajas fuertes. Había algo de dinero y papeles. Las patentes y otra documentación de importancia estaban en la caja de seguridad del banco. La maquinaria y todo lo demás está para la chatarra.

—¿Y el personal? —preguntó la madre.

—Todo el mundo está en sus casas. Los abogados están preparando no sé si un ERE o un ERTE, pero esto va para largo. No creo que antes de ocho meses podamos volver a producir en Sestao —dijo Begoña.

—Salvo que, mientras tanto, encontremos otra opción —comentó Roberto.

—Explícate, hijo, que no me entero.

—Empresas de la competencia podrían alquilarnos sus instalaciones y, en un par de semanas, continuaríamos con la producción.

—Pero ¿dónde? —volvió a preguntar su madre.

—En Zaragoza y en Madrid. Se podría trabajar en jornada de noche, fines de semana y vacaciones e incluso alguna en horario habitual. Sobre todo, pensando en atender a clientes con ciertas necesidades y en no perderlos.

—Menuda chapuza —dijo Iñaki—. ¿Por qué no repasamos lo que todos sabemos? Esto tiene la firma de los chinos, valientes hijos de puta. Me dan ganas de quemarles su fábrica, igual es lo más sensato que podríamos hacer.

—Chinos con una fábrica en España desde hace veinte años. Los que nos están haciendo la vida imposible y ayer nos quemaron la

fábrica están a treinta kilómetros de aquí, en Boroa —aseguró Virginia, la fiscal.

—Tenemos que probarlo, pero tienen toda la pinta de que han sido ellos —apuntó Roberto.

—¿La Ertzaintza sabe algo? —preguntó Virginia.

—He quedado en pasar por la comisaría de Deusto a lo largo de esta mañana. Los bomberos les habrán comunicado ya el carácter de incendio provocado. Una cosa, Begoña y yo estaremos en la oficina que tenemos en el Edificio Albia. Desde allí dirigiremos todo —dijo Roberto.

Susana levantó la mano, con la cara sonriente.

—*Family*, os leo este wasap que me ha llegado. Qué sinvergüenzas, me los cargaría ahora mismo.

»"Qué disgusto, colega, no sabes cómo lo sentimos. Nuestros clientes de Boroa quieren hablar con vosotros, están dispuestos a arrimar el hombro, me lo han dicho ahora mismo. Llámame. Ernesto".

»Ya sabéis, de los Abogados del Crimen S. A.

—No os lo vais a creer, pero estaba convencida de que llamarían. Solo dudaba de cuándo. Tienen prisa. Está todo calculado —dijo Begoña—. Ahora querrán ofrecernos ayuda, para después proponernos adquirir la empresa.

—O sea, nos la queman y luego la compran más barata —dijo doña Regina.

—Son tan canallas que tendrán un plan de ataque para quedarse con nuestros clientes y obligarnos a vender —respondió Begoña.

—Si nos pagan la última oferta que hicieron, por mí, adelante —dijo Iñaki—. Ya sabéis que siempre he sido partidario de vender. Si pudiera lo haría a otros, pero en este momento nadie querrá pagar ese dinero.

—Ahora no van a mantener esa oferta, la empresa no estaba mal

valorada —apuntó Begoña.

—Yo ahora me niego a vender, sería una derrota por goleada y no estoy dispuesto. Se lo debemos a nuestro padre —dijo Roberto.

—Estoy de acuerdo, hijo.

—Y yo. Dinero no nos falta, la empresa la podemos volver a levantar, la cuestión es que pague el que lo ha hecho. Ni olvido ni perdono —dijo Begoña.

—Nadie va a olvidar ni a perdonar —contestó rápido Roberto—. Os propongo un plan.

—Adelante, hijo.

—Susana, habla con los «abogados del crimen». No les digas que sabemos que han sido sus clientes y consigue una cita para mañana.

—El incendio ha sido tal chapuza que tienen claro que sabemos que ha sido provocado y que están los primeros en la lista —dijo Susana.

—Que lo piensen. Yo voy a estar con la Ertzaintza, quiero seguir de cerca sus pesquisas y ver si pueden pillar a los autores —dijo Roberto.

—Pero, aunque los atrapen, no sabrán para quién trabajan. Eso se consigue en el mercado de la delincuencia. Tres pringados a quinientos euros cada uno, así de fácil y barato.

—Cómo conoces el hampa, Virginia —comentó su madre convencida.

—Es mi trabajo, todos los días los veo en el banquillo.

—Hijos, os propongo que mañana comamos todos aquí. Me encargo de prepararos algo rico. Va a hacer buen tiempo. Seguiremos la conversación de hoy con más datos.

Todos estuvieron de acuerdo y quedaron en mantenerse localizables.

—Susana, la reunión con los abogados mejor a media mañana, podemos vernos en su despacho. Si os parece, vamos Begoña,

Susana y yo —dijo Roberto.

—Lo están deseando. Te aviso, Rober —contestó Susana.

3

Susana y Roberto en la Bilbaína de la calle Navarra

Roberto Garay se presentó en la comisaría de Deusto y firmó una denuncia en la que señalaba que el incendio había sido provocado. Descartó a sus empleados y se remitió al informe que estaban elaborando los bomberos.

En la conversación posterior a la firma de la denuncia, repasaron los hechos que conocían la Policía y él.

Roberto no habló de sus sospechas sobre sus competidores de Boroa, pero insistió en que no se trataba de ningún trabajador. En la fábrica reinaba la paz social, podían comprobarlo hablando con el comité de empresa. En los últimos años no había habido ningún despido ni conflicto laboral.

—A los autores hay que buscarlos fuera de la empresa —dijo convencido Roberto.

—Creo que podemos descartar el gamberrismo. La acción estaba bien organizada y fue eficaz. Aunque no dedicaron ningún esfuerzo a ocultarla y hacerla pasar como fortuita —dijo el ertzaina Gabarrita.

—Según tengo entendido, no se vio a los autores ni dejaron ninguna pista —comentó Roberto.

—Por ahora, no. Ni los de seguridad ni los testigos de la zona que presenciaron el incendio han aportado ningún dato significativo —explicó la ertzaina Ongi Etorri.

—Los bomberos se hicieron pronto con el control de las llamas y los destrozos no pasaron del perímetro de la fábrica. Es lo único

positivo de todo y, claro, que no hubiera daños personales —dijo Roberto.

Cuando vieron que el encuentro no daba más de sí, intercambiaron los teléfonos y se despidieron, no sin antes recordarle que se esforzara en investigar entre sus clientes y competidores quién podría ser sospechoso. Eso les facilitaría dirigir bien su trabajo.

Roberto se comprometió a hacerlo.

—¡Ah! La compañía de seguros, tras hablar con los bomberos, se ha puesto en contacto con nosotros —dijo Gabarrita.

—Ningún problema por nuestra parte, pueden facilitarles la información que ustedes entiendan conveniente. No tenemos nada que ocultar —indicó Roberto.

En la oficina del Edificio Albia, la actividad de la empresa era descomunal. Los teléfonos echaban humo y se habían puesto como objetivo calmar a los clientes que llamaban para interesarse, dar ánimos y apoyo y, de paso, dejar traslucir el temor por el futuro de sus pedidos. Por ahora nadie los había anulado, pero era el primer día y sabían que ya estarían barajando otras opciones.

Con más voluntad que certezas, Roberto les manifestaba que cumplirían con sus compromisos y que ya estaban buscando la forma de producir tanto en España como en el extranjero.

Quería estudiar bien las alternativas que tenía y conocer el tiempo que iba a necesitar para reconstruir y poner en marcha la fábrica. A primera hora de la tarde tenía una reunión con Rener, una de las mejores ingenierías, para encargarle un proyecto. Llevaban años colaborando y se conocían bien.

El director financiero le había entregado un estado de tesorería al día de hoy. Estaban fuertes y tenían fondos suficientes para abordar la nueva etapa que se les avecinaba. Además, los dos bancos con los que trabajaban ya los habían llamado para

ofrecerles lo que precisaran. Algo de dinero iban a necesitar, pero por ahora no tenían prisa.

Al finalizar la jornada laboral, Roberto se acercó al Bar Inglés de la Sociedad Bilbaína. Había quedado con su hermana para comentar su contacto con los abogados de los mafiosos de Boroa. Susana era inteligente, incisiva, conocía bien la calle y por eso iba a tener muy en cuenta sus consejos. Además, necesitaba un trago largo tranquilo y poder descansar un rato.

La Sociedad Bilbaína es un club privado de estilo inglés fundado en 1839, genuino de la burguesía bilbaína. Su sede en la calle Navarra —con vistas a la ría, al Arenal y al Casco Viejo— es un edificio majestuoso y elegante, en cuyos salones se puede disfrutar de actividades culturales, sociales, recreativas y gastronómicas. Todavía muchos de los camareros, conserjes y otros empleados llevan un frac como uniforme, según dicen, para atender a los clientes como se merecen.

Allí se celebran las bodas, los famosos bailes de juventud en Navidad, y en su día las hijas de los socios debutaban poniéndose de largo.

Todos los miembros de la familia Garay eran socios del club y varios de ellos muy asiduos. Allí celebraron su boda y el banquete nupcial don Ricardo y doña Regina, y continuaron con la costumbre todos los hijos salvo Susana, que estaba soltera.

Cuando llegó Roberto, tras pasar la puerta giratoria, el portero lo saludó dándole el pésame por la salvajada sufrida, así se lo expresó.

—Muchas gracias, Ramiro, no sabe cómo se lo agradezco.

—Trasmita mi pesar a toda la familia.

—Descuide, así lo haré.

El bar estaba en la planta baja, protegido por unos ventanales tintados que evitaban que los paseantes de la calle Navarra pudieran ver lo que pasaba dentro, manteniendo una privacidad

buscada. La madera noble abundaba y las mesas y las butacas de cuero realzaban el local, igual que los buenos cuadros de pintores locales consagrados.

Estaba tranquilo como siempre. Dos conocidos sentados al fondo del bar le hicieron un gesto con los brazos mostrándole su solidaridad.

Cuando Roberto se acercó a la barra, el barman fue más explícito:

—Desde que me enteré anoche, me he acordado mucho de usted. También de don Ricardo, que en paz descanse, y de doña Regina. Qué canallas, solo deseo que los autores se pudran en la cárcel. Traslade a su familia toda mi solidaridad.

—Se lo agradezco mucho, Ezequiel, la familia está muy afectada, pero no lo dude, de esta salimos.

—De eso estoy seguro. ¿Qué le pongo?

—Un gin-tonic, por favor.

—De Bombay como siempre, don Roberto.

Roberto se lo confirmó con un gesto mientras buscaba una mesa tranquila junto a las cristaleras. Tras darle un buen trago al combinado se encontró mucho mejor.

Susana entró como un terremoto, soltando improperios a cada uno que le daba el pésame.

—Ezequiel, gracias. Estoy hasta los mismísimos ovarios, cualquier día le doy pasaporte a alguno, solo espero que me visites en la cárcel.

—Lo haré, Susana, y le llevaré un gin-tonic como el que estoy preparando ahora.

—Creo que no dejan beber alcohol, pero ya me traerá cualquier otra bebida.

Susana le dio dos besos a su hermano, se sentó, estiró las piernas y le dijo:

—Hasta que termine el primer gin-tonic no me hagas hablar,

estoy desfallecida.

—Ya somos dos, el día ha sido horrible, pero no tenemos prisa.

Ezequiel no se demoró y, gracias a su buena memoria, de la que estaba muy orgulloso, no se olvidó de echar un chorrito de limón al combinado de Susana.

—Qué haría yo sin ti, Ezequiel. No pensaba ya casarme, pero igual te pido matrimonio, contigo todo son detalles.

—Susana, eso va a ser difícil. Mi mujer siempre me recuerda que soy un hombre felizmente casado.

—Seguro que tiene razón. Me conformo con que me siga sirviendo gin-tonics.

—Eso ni lo dude.

Susana tenía un despacho de abogados con otros cinco colegas que se dedicaba fundamentalmente a penal, civil y familia. No les iba mal, aunque para Susana la fuente de ingresos principal eran los dividendos de la empresa familiar. Podía haber trabajado en ella, pero desde el principio le dijo a su padre que quería volar sola. En cambio, nunca se planteó independizarse, prefería seguir viviendo con su madre, que le permitía hacer lo que quisiera en una de las mejores casas de Bilbao.

Era muy poco tradicional y tenía un pensamiento muy crítico que usaba en todas las facetas de la vida. Si hubiese sido por ella y por su hermano Iñaki, hubieran vendido la empresa a la muerte de su padre. Eran conscientes de que el futuro de una empresa familiar, en un sector de tecnología avanzada y en un mundo globalizado y rodeado de buitres, era muy complicado y no merecía la pena seguir.

Pero ella nunca optaría por una decisión contraria a la mayoría de la familia. Y, hasta la fecha, su madre, Begoña y Roberto se habían negado con rotundidad a vender.

Roberto se llevaba muy bien con ella y tenía muy en consideración su opinión. Sabía que de ella se podía fiar.

Susana pegó un trago muy largo y, mirando a su hermano, le dijo:

—Vamos, cuéntame cómo ha ido todo.

Roberto le detalló la reunión con la Ertzaintza, con el comité de empresa, la conversación con la compañía de seguros, con los clientes más importantes, con los proveedores y con dos factorías que se habían ofrecido para continuar la producción.

También con la ingeniería Rener, quien se había puesto ya a trabajar para un proyecto de una nueva fábrica más moderna y más avanzada. Cuando dijo esto, Susana levantó las cejas y su hermano se dio por aludido.

—No se ha tomado ninguna decisión, pero hay que avanzar en un proyecto.

—No seas susceptible, no te he recriminado nada —contestó Susana.

—Ya, pero sabes que te leo el pensamiento.

Roberto terminó con el informe de tesorería y otras cuestiones internas de la fábrica.

—Ahora te toca a ti.

—Te cuento la conversación con el abogado Ernesto Ramos.

—Adelante.

—He tomado un café esta tarde con él. Voy a resumirte lo que me ha explicado, pero relativízalo. Ernesto lo que en realidad quiere es follarme y hasta ahora no ha tenido ningún éxito. Pero, como casi todos los tíos, no se da por vencido e insiste creyendo que es una cuestión de tiempo y de mejorar la oferta. Como si el ser un pesado cotizara a su favor.

Roberto sonrió y le contestó:

—Me hago cargo, pero, en todo caso, él habla por sus clientes. Lo importante es lo que propongan ellos.

—Por supuesto, pero es para que sitúes el discurso comecoños que me ha hecho. No ha llegado a decirme que sus clientes han

sido los del incendio, pero se sobrentendía. Boroa Group Technologies S. A. está *désolé*; así, en francés, me lo ha dicho el muy gilipollas.

»No debe de saber que el *je suis désolé* tiene un significado de disculpa, de pedir perdón y no de desolación. A continuación, que sus clientes siguen interesados en nuestra empresa y que quieren llegar a un acuerdo.

—¿Era de su cosecha o tenía instrucciones de los de Boroa?

—Se lo pregunté y me comentó que había hablado esa misma mañana con el presidente. Goyarrola lo había llamado en persona y se encontraba muy contrariado. Le ha pedido que se ponga en contacto con nosotros y le ha manifestado que sigue en pie su deseo de comprar la empresa. Me ha dicho que no son ningunos buitres y no pretenden aprovecharse de la situación. Vamos, de vomitar.

—Unos sinvergüenzas. Y del precio, ¿te ha mencionado algo?

—Ahora voy. Cuando se lo iba a preguntar se me ha adelantado. Está dispuesto a firmar el acuerdo de compra ya, con el último precio ofertado, pero descontando el coste de levantar las instalaciones productivas, con un proyecto más innovador y eficiente en el mismo sitio.

»Mientras tanto, ellos elaborarían nuestros productos en sus fábricas y atenderían a todos nuestros clientes. ¡Ah!, y mantendrían todo el empleo, salvo a los accionistas actuales, vamos, tú y Begoña, por razones obvias. La compra sería del cien por cien de las acciones. Como ves, lo tenían todo perfectamente diseñado.

—Goyarrola no se puede esconder detrás de los chinos, él está a la cabeza de todo el proyecto y el incendio es cosa suya. Es un canalla.

—No he terminado, Roberto. Estuvimos un buen rato hablando de todo un poco. Está muy agobiado con el despacho. Aunque es

socio, me comentó que sus jornadas laborales son de doce horas y cosas de ese tipo. Los de Boroa no le dejan ni respirar, es su hombre de confianza. Vamos, que yo seguía vomitando.

—Les va bien. He leído en *Expansión* la facturación del año pasado y ha sido de récord. Siendo uno de los socios principales y con años de antigüedad, ganará mucho dinero. Hermana, te lo deberías pensar, puede ser un partidazo estupendo.

—Qué chorra eres, hermanito. Antes les quemo el despacho, eso sí que me apetecería.

—Cuéntame, que veo que todavía te falta algo.

—Sí, ahora viene el chantaje. Cuando ya nos despedíamos, después de invitarme dos veces al barco que tiene en Puerto Banús, me dijo, y te lo reproduzco textualmente: «Susana, pensáoslo bien. Boroa Group es muy fuerte. En la situación actual, si no vendéis, os vais a quedar sin clientes. Irán directamente a por ellos y hasta podrían ofrecerles unos precios de *dumping*. Boroa casi dejará de tener valor». Para cagarse, estuve a punto de soltarle una hostia.

—Son unos miserables, está todo organizado. Si te descuidas, ya tienen preparada hasta la carta al cliente. Y produciendo desde China claro que pueden vender por debajo de los costes.

—Roberto, ya sabes que puedes contar conmigo. Tenemos que planear algo. O nos defendemos con un buen ataque o nos comen. Y para eso, mejor vender.

—¿Se mantiene la reunión?

—Sí, mañana a las doce en su despacho.

—Estaremos Begoña, tú y yo.

—De acuerdo. Oiremos lo mismo, quizás más protocolario, con más abogados y, probablemente, se guardarán lo de los clientes, pero me lo ha dicho con toda la intencionalidad.

Ezequiel les trajo otros dos gin-tonics sin necesidad de pedirlos, porque sabía que los necesitaban con solo mirarles la cara.

—Susana, dime qué has pensado. ¿Tú qué harías?

—No es fácil tomar una decisión y más cuando el cuerpo te pide ponerte a dar hostias y no parar. Al final, las opciones se reducen a dos: vendemos negociando el mejor precio posible, por ejemplo, solo deduciendo del precio ya ofertado el levantamiento de los pabellones básicos, que sería poco dinero, y también atar las mismas condiciones para la plantilla, respetando categorías, antigüedad y remuneraciones.

»La otra opción sería reflotar la empresa e intentar conseguir pruebas contra ellos y follarles en los juzgados. Esto último lo intentaría aunque la vendiéramos.

»Me voy a mojar. Ya sabes que Iñaki y yo siempre hemos querido vender, pero ahora, solo por joderles, me negaría o buscaría otro comprador.

—Las condiciones de Boroa siempre han sido buenas. No es fácil llegar a ellas y menos en este momento. Después de la reunión con tu pretendiente, debemos consensuar con Begoña una opción para llevarla a la comida familiar.

—Sí, tenemos que marcar un rumbo y no podemos demorarnos mucho.

Enseguida se bebieron el segundo gin-tonic, abandonaron el Bar Inglés y se dirigieron hacia sus casas. La noche era buena y el paseo agradable. Roberto necesitaba tomar el aire y acompañó a su hermana hasta el portal de Mazarredo, y a continuación se encaminó con tranquilidad por la Gran Vía hasta Estraunza, donde vivía con su mujer y sus tres hijos.

4

Una pista que puede ser buena

Martes, 5 de abril

A Susana le rondaba un pensamiento que no dejaba de perseguir. El día anterior por la tarde había empezado a ligarlo todo.

Un compañero del despacho, Asier, le había comentado hacía una semana que había visto a Ernesto con otro abogado de su despacho en la terraza de Tamarises en la playa de Ereaga. Estaba con un personaje turbio donde los haya; lo conocía de vista, ya que vivían en el mismo barrio de Portugalete, en Peñota, junto al Hospital de San Juan de Dios y el Palacio Oriol.

Ninguno de los tres lo había visto, pero desde la barra presenció una conversación que parecía más de negocios que de otra cosa. Sacaron papeles, incluso algo que podía ser un plano, y, antes de levantarse e irse, se intercambiaron los números de teléfono.

Susana no le dio mayor importancia, pero hoy a primera hora le había preguntado por el nombre de ese personaje, pidiéndole que lo mantuviera en secreto. Asier era de fiar y sabía que no la traicionaría.

Su nombre era Carmelo Goitia Ramírez y era muy conocido en la margen izquierda y también en el hampa bilbaína.

La abogada estuvo recabando información por internet y se enteró de que su padre, Carmelo Goitia Echevarría, fue alguien importante en el mundo del narcotráfico, aunque lo abatieron a

tiros junto al portal de su casa, en Peñota, el 5 de febrero de 2004.

El hijo había seguido sus pasos y se había convertido en un pájaro de cuidado. Aunque aún no había cumplido los treinta y cinco, ya llevaba a sus espaldas tres condenas por tráfico de drogas, lesiones y tenencia ilícita de armas. Alguno de los casos fue bastante mediático, porque la información que aparecía en los periódicos locales era abundante.

Decidió hablar con Roberto y Begoña sobre lo que tenía. Estaba convencida de que podían estar tras una buena pista. Pero, además, Susana también quería hacer otra gestión.

—Teresa, soy Susana, ¿cómo estás?

—Mujer, bien, pero es a ti a quien tengo que preguntarle cómo estáis todos. Ya he visto lo de la fábrica, qué putada. Lo siento, y encima parece que ha sido provocado.

—Te lo agradezco. ¿Podríamos vernos un momento? Quería comentarte un tema en persona.

—Claro que sí, me dejas intrigada. Acabo de abrir la tienda, a esta hora no viene nadie, pásate.

—En quince minutos estoy allí.

Teresa Astigarraga era la mujer de Tomás Garrincha, el gánster de Olabeaga,[1] reconvertido en un investigador privado *amateur* muy peculiar.

Además de ser una mujer muy sensata, para su marido era la voz del pueblo, la que le llenaba de lógica y tranquilidad cuando perdía el norte. Atesoraba esa capacidad de las mujeres inteligentes de mandar sin que lo pareciera.

A Garrincha eso le gustaba porque, además, tenía unas piernas de cabaretera que siempre le habían puesto malo.

Susana y Teresa se habían conocido hacía solo unos meses, pero últimamente su relación se había intensificado. Solían ir al

gimnasio y a la piscina del Club Deportivo y allí coincidían varios días a la semana. Además, Susana era una cliente fiel de Coco Palmer, la tienda de Teresa.

Eran de una edad parecida, habían congeniado y con relativa frecuencia coincidía también con su marido.

No conocía bien el detalle, pero sabía que hacía unos meses había tenido un *affaire* complicado, con el Consulado de Francia de por medio, en el que Teresa estuvo temblando y lo pasó muy mal. Entonces se enteró de quién era Tomás Garrincha.

La estaba esperando y, al verla, salió de la tienda.

—Vamos a tomar un café, se queda la chica.

Se dirigieron a una cafetería cercana y se sentaron tranquilamente, mientras Teresa la miraba con expectación.

—Te cuento, ya sabes lo del incendio.

—Vi hasta las llamas en un vídeo que circula por internet.

Susana le explicó el incendio, los destrozos habidos y la certeza, confirmada por los bomberos y la Ertzaintza, de que había sido provocado. Pasó a contarle el interés de una multinacional de origen y capital chino, instalada en el barrio de Boroa en Amorebieta, en comprarles la empresa y su firme negativa a la venta.

La abogada se paró un momento y le pidió confidencialidad. Se la dio y continuó explicándole que tenían el convencimiento de que los de Boroa estaban detrás del incendio. Para ello habían contratado a delincuentes y sus sospechas se centraban en un hombre cuyo nombre querían contrastar con Garrincha.

A Teresa no le sorprendió demasiado, consciente del interés que su marido despertaba cuando se trataba de alguien de los bajos fondos.

—Pero ¿qué queréis exactamente de Tomás?

—Hablar con él. Estaríamos mi hermano Roberto, mi hermana Begoña y yo. Solo queremos información de un nombre y que nos

aconseje sobre el tipo de gente a la que nos enfrentamos. No queremos ir a la Policía, por lo menos en una primera etapa. Igual al final les vendemos la empresa a estos sinvergüenzas.

—Se lo digo, le cuento lo que me has explicado y lo llamas tú.

Susana no lo había hablado con su familia, pero prefería tener allanada esta vía antes de comentarlo con Roberto. Pensaba que si conseguían pruebas de la autoría podrían negociar con mucha más fuerza.

Siguieron charlando un rato y se despidieron, no sin antes quedar para el día siguiente en el Deportivo. Susana reparó en que a Teresa no le gustaba involucrar a su marido en esta historia, pero tampoco había puesto pegas.

La reunión con los abogados no incorporó ningún elemento que no supieran. Ernesto llevó la voz cantante y, adornándolo, explicó lo mismo que le había comentado a Susana. No se refirió a los clientes de los Garay, pero, por la exposición que hizo, no era difícil llegar a la conclusión de que irían a por ellos.

Por los datos que le había facilitado Asier, el abogado que acompañaba a Ernesto era el mismo que estuvo con él en Tamarises.

Susana sentía cada vez más una auténtica náusea con lo que estaba oyendo. Eran pura mafia.

Encima tenía que aguantar ver cómo se le ponía dura al impresentable de Ernesto solo con mirarla y tenerla cerca.

Roberto, con tablas, sin alterarse, frío como un témpano, les dijo:

—Hemos oído su propuesta y es muy clara. El precio ofertado en su día, menos el coste de volver a construir la fábrica destrozada por las llamas. Empleados y clientes seguirían con las mismas condiciones. Sus clientes entenderán que necesitamos tiempo para valorar la situación y tomar una decisión. Desde ver cómo responde el seguro, qué hacemos con el personal, cómo atendemos

a los clientes, qué nos dice la Ertzaintza…

Hizo una pausa y miró con firmeza a Ernesto, lanzándole un mensaje tácito que indicaba «sabemos que habéis sido vosotros»y continuó diciendo que tendrían una respuesta lo antes posible.

—Roberto, ¿me puede dar un plazo? Mis clientes tienen prisa. Aunque no me han mencionado nada, es probable que tengan otras inversiones en cartera.

—Les contestaremos antes de dos semanas. Estudiaremos su propuesta con interés.

—Se lo comunicaré. Si necesitan alguna aclaración, no duden en planteármela.

Se despidieron correctamente en un ambiente muy frío y los Garay salieron de Torre Iberdrola, en silencio, sin hablar, como si cada uno estuviera reciclando la reciente situación en la que se encontraban.

—Hermanos, tengo nueva información. Podemos tener una pista que hay que seguir.

Begoña y Roberto la miraron extrañados. Los llevó al parque de los patos, que estaba al lado, y se sentaron en un banco de madera solo para ellos y con vistas al Museo de Bellas Artes, Susana en medio.

Enseguida los puso al corriente de todo, explicando hasta donde sabía quién era Garrincha y contándoles los datos que había encontrado sobre Carmelo Goitia en internet. Begoña y Roberto habían oído hablar del gánster de Olabeaga y no los pilló por sorpresa.

Ambos aceptaron verlo y, a propuesta de Roberto, quedaron en no mencionarlo en la comida familiar que tendrían dentro de un rato. Eran seis personas, la mayoría con parejas; iba a ser muy difícil mantenerlo en secreto. Cualquier descuido y la información podía llegar a Boroa o a los abogados.

Susana quedó en montar la reunión con Garrincha a ser posible

mañana por la mañana.

---

1 *El gánster de Olabeaga* (Juan Infante). Cosecha Negra, febrero 2023.

5

La familia Garay empieza a moverse

El día era soleado. Las nubes se resquebrajaron pronto, lo que permitió que el ambiente fuera cada vez más luminoso, con una temperatura plenamente primaveral.

Desde la terraza de Alameda de Mazarredo, la familia Garay pudo disfrutar del día y permitir que les diera el sol como si estuvieran en el campo.

La urbe quedaba escondida entre un cielo cada vez más resplandeciente y el verde de los montes que protegían el bocho.

En la mesa del porche los esperaba una jarra de *bloody mary* preparado por doña Regina, era su combinado favorito, junto a unas olivas con tabasco y unos tigres recién subidos del cercano bar Artajo. Además, una botella de cava bien fría en una cubitera para cuando terminara el aperitivo y empezara la comida.

—Hijos, si por mí fuera, pasábamos de la fábrica y nos dedicábamos a disfrutar del día.

—Mamá, del día podemos disfrutar mientras hablamos de la empresa —contestó Virginia.

—Preferiría estar rodeada de vosotros y los nietos que amargarme con ese incendio malnacido. Por la calle me han parado unas quince veces, en diez me han dicho que se comenta que ha sido provocado y yo poniendo cara de sorpresa. No me gusta nada dar lástima y eso parece que doy. Algunas me miraban como si estuviera en la ruina.

—No les hagas caso, muchas lo hacen con la mejor intención —

dijo Begoña.

—A todos nos está sucediendo algo parecido. En el instituto, los colegas me ponían cara de funeral, pero a algunos se les notaba una sonrisilla, como diciéndome «te jodes». Yo no le doy importancia, les respondo que son cosas que ocurren y los dejo a todos confundidos —comentó Iñaki.

—A mí, como me vieron de buen humor, lo primero que me dijo Asier fue: «Cómo se nota que tenéis un buen seguro». Y le contesté: «Estamos encantados, nos vamos a forrar». Lo dejé pensativo, es buena gente —comentó Susana.

—En la fiscalía todos estaban al tanto y me han llamado desde Barakaldo para decirme que, en cuanto entre el atestado de la Ertzaintza, me avisan —dijo Virginia.

Eulalia se dirigió a doña Regina:

—La paella está en su punto. ¿Le parece bien que la sirva? Si no, se va a enfriar y es una pena, ya sabe que no se debe recalentar.

Eulalia era una joven colombiana que hacía honor a su nombre griego, *la que habla bien*, porque se expresaba con una precisión y un lenguaje amplio y rico que daba gusto escucharla.

Cuando todos estuvieron servidos y la botella de cava vaciada en las copas de los comensales, tomó la palabra doña Regina:

—Hijos, seguimos con el consejo informal de ayer. Vamos a oír qué nos cuentan Begoña y Roberto. A continuación valoraremos las distintas opciones que tenemos.

Begoña y Roberto se miraron y él, como era habitual, pidiéndole permiso a su hermana, comenzó a contarles toda la información relevante que tenían. Se ayudó de unas cuartillas y, salvo lo referente al sicario de Portugalete y la posible colaboración de Garrincha, no se dejó nada sin explicar.

—Qué bueno es este cava, voy a abrir la segunda botella y a poner otra en el frigorífico —dijo Susana.

Cuando estuvieron todos servidos otra vez y con los rayos de sol

cubriendo a los hijos y a la madre, esta volvió a tomar la palabra y, con su proverbial capacidad de síntesis, les planteó:

—Vender o no vender, *that is the question*.

—¡Uffff! Siempre con lo mismo —dijo Begoña.

—Con lo mismo, no. Esta vez hay una enorme diferencia. Un gran incendio provocado nos ha dejado sin fábrica y nuestros clientes pueden volar en cualquier momento —apuntó Iñaki, convencido.

—La empresa sigue siendo muy solvente y estamos bien de recursos financieros. Con la ayuda externa en la producción se puede, como ha mencionado Roberto, ir tirando, pero el futuro es muy negro. Me jode que estos canallas se queden con la empresa, pero si nos dan los ochenta millones que ofrecen, me lo pensaría —dijo Virginia con mucha claridad.

—Dos a cero —dijo Regina.

—Sabéis que siempre he sido bastante partidaria de vender. Desde hace años veo que el negocio se nos queda grande y que o encontramos un socio potente, que sabemos que querrá ser mayoritario y mandar, y para eso mejor vender el cien por cien, o vamos a toparnos con muchas dificultades y dudo que podamos aguantar. Pero esto es obra de delincuentes y yo con delincuentes no negocio, el cuerpo me pide otra cosa. Les limpiaría el forro sin contemplaciones.

—¡Susana, por favor! ¿A quién? ¿A los chinos? —saltó su madre.

—Empezaría por los de Boroa y sus abogados, que son todos de aquí. Con esos ya me quedaría satisfecha.

—Hija, a todos nos gustaría, pero la cárcel no la veo como futuro para ninguno de nosotros, yo incluida.

—Ya me entendéis —remató Susana.

—Creo que puedo interpretar también la opinión de Roberto y, aunque todos somos conscientes de la difícil situación en la que nos encontramos, vamos a pensar en nuestros intereses como

familia y como empresa. No descartaría la venta, quizás sea lo mejor, pero tampoco me precipitaría. Valoremos con tranquilidad todas las opciones. Es importante no ligar la venta al incendio. Quizás salga algún otro comprador y dejamos tirados a los chinos, como los llama mamá. En el sector hay multinacionales muy fuertes que son decentes y pueden estar interesadas. Incluso, igual pillan a los autores y podemos pedirles a los de Boroa el doble para limpiar su reputación.

—Begoña, eso sería fantástico —dijo doña Regina.

—Yo estoy de acuerdo con Begoña. Tengamos la venta en mente, pero sin precipitarnos. Vamos a encargar el proyecto de reconstrucción de la fábrica. Seguiremos negociando con los de Boroa y, si os parece, le encomiendo a una consultora que, con total confidencialidad, estudie el mercado de posibles compradores. Pienso en nuestro padre y, si vendemos, me gustaría que no fuera a esta chusma —concluyó Roberto muy sentido.

Todos, con mayor o menor intensidad, aceptaron la propuesta de Roberto, aunque también sabían que no tenían mucho tiempo.

Susana quería algunas concreciones y volvió a tomar la palabra.

—En dos semanas tenemos que decidir. Los chinos de Boroa no creo que aguanten más. Roberto, ¿se puede testar el mercado en ese tiempo?

—Creo que el consultor puede hacer una gestión con dos o tres, los más fuertes del sector, y saber si hay posibilidades. Las condiciones, el precio y la *due diligence* son otra cuestión y necesitarán más tiempo —contestó Roberto.

—Si os parece, que Roberto y Begoña pongan en marcha lo hablado y, antes de cumplirse el plazo, nos reunimos de nuevo —concluyó doña Regina.

—Ya sé que es una putada, pero nos olvidamos de la Semana Santa —recordó Susana.

Asumieron la situación sin queja, aunque sus familias se instalarían en sus segundas residencias.

—Hijos, acordaos de la procesión del Borriquito, el próximo Domingo de Ramos, os quiero ver con todos mis nietos. Ya sabéis que bajaremos a los Jardines de Albia a verla con ramos y palmas.

—No se nos va a olvidar, mamá —comentó Roberto—. Podemos comer todos juntos.

—Los veintidós, dos equipos de fútbol. Formidable, yo me encargo de todo —dijo doña Regina.

Después de la paella, sirvieron merluza frita con pimientos rojos que habían subido del Monterrey y helado del Alaska. Ya todos veían el futuro con más optimismo.

Al despedirse, Susana les dijo a Begoña y Roberto:

—Os aviso en cuanto contacte con Garrincha, pero mañana tenemos que reunirnos con él.

6

Tomás Garrincha

Miércoles, 6 de abril

Mi nombre es Tomás Garrincha, como el genio del *dribling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil, y llevo en esto del delito desde los veinte años. Tengo cuarenta y cinco y cuando cumplí los cuarenta decidí dejarlo. Oficialmente estoy retirado y ya no debo hacer nada fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

El gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer decía que la belleza no se basa en las líneas rectas, sino en las curvas, como lo prueban los árboles de El Cerrado y las piernas de Garrincha. Mis piernas no son curvas como las de mi tocayo brasileño, más bien al contrario. Mido uno noventa, soy flaco, desgarbado y dicen que cuando me enfado se me dibuja un cuchillo en la mirada. Tampoco es para tanto y, además, no me enfado con frecuencia. Eso sí, estoy gastado por la vida, como mis vaqueros.

En los últimos años me he embarcado en varios asuntos que por poco me cuestan la vida. Hay quien dice que soy un canalla que solo acaba con canallas indeseables. Yo no me siento un canalla, pero, en todo caso, solo defiendo causas que entiendo justas y, por supuesto, nunca cobro por ello. Jamás he sido un sicario.

Cuando termino con un marrón, siempre me quiero autoconvencer de que ese va a ser el último, pero es tan difícil…, y sigo volviendo a las andadas. Lo siento por Teresa, porque ella sí que lo pasa mal.

Mi pasión es la pesca. Soy un gran aficionado desde que, con diez años, empecé a acompañar a mi padre hasta el Puente Colgante a pasar horas mirando a la ría; ningún pez se dignaba a picar y siempre pensé que era una excusa para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo que fue tan decisiva para triunfar en mi faceta delictiva.

Me gusta Olabeaga. Además de poder pescar al lado de casa y seguir estando en Bilbao, me gusta sobre todo por ese carácter de barrio cercano, a veces escondido por la bruma hasta hacerlo invisible. La gente es amable y mantiene esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Aunque yo debo de ser el único rentista —es un barrio de trabajadores—, creo que no desentono tanto.

Encajonado entre la ría y las vías del tren, Noruega, como también se lo conoce, creció junto a los Astilleros Euskalduna y los barcos bacaladeros llegados precisamente del país nórdico. Mi padre había sido trabajador de Altos Hornos, a unos pocos kilómetros de allí, y vivíamos en Portugalete. Instalarme en Olabeaga fue como volver a la infancia.

Teresa ya me había puesto sobre aviso cuando Susana me llamó. Estaba enterado de lo del incendio y era consciente de lo chungo que era. No tuvieron ninguna voluntad de despistar o esconder la provocación. Los autores iban de sobrados y mostraron sus cartas con toda la chulería.

Todavía estaba pescando, bueno, para ser más precisos, había echado el anzuelo, para un día más irme a casa de vacío. Pero cuando no pasaba unas horas con la brisa dándome en la cara, me encontraba mucho peor. Esta afición me daba paz interior, conseguía que viera todo con distancia y con menos pasión.

Como siempre, me encontraba situado al final del barrio en dirección a Zorroza y a suficiente distancia de otros colegas que,

también con sus cañas, sentían la soledad y disfrutaban de ella.

Cuando miré el móvil y vi que era Susana, sabía que podía hablar sin que nadie me oyera.

—Ya me imagino para qué me llamas.

—No sé lo que sabrás, pero ha sido la hostia. Una provocación buscada. Nos han hundido…

Antes de que lo contara, la corté.

—Estoy al tanto de lo que ha salido en los medios, pero prefiero hablarlo en persona.

—Yo también, para eso te llamaba. Mi hermano Roberto y yo queremos verte.

—Estoy retirado, pero podemos cambiar impresiones si pensáis que eso puede ayudaros.

—Lo creemos, seguro que nos aconsejas bien, de eso se trata. ¿Cuándo quedamos?

—Yo tengo el día tranquilo. Decidme vosotros.

—¿Te parece a la una en el hotel López de Haro?

—Bien, en el bar de abajo.

—Allí estaremos.

Sabía por Teresa que necesitaban información sobre una persona que podía estar implicada en el incendio. Ya estaba pensando mal y querrían bastante más. Lo tenía claro; les podía dar un buen consejo, pero poco más.

Recogí el sedal, retiré las abrazaderas de la barandilla y plegué la caña. Tras un breve paseo, subí a casa y encontré a Teresa ya preparada para ir a la tienda. Le conté la conversación y, después de un «marido, ten cuidado, que te conozco», añadió:

—Los Garay son gente legal, pero me da que se van a enfrentar con pura chusma y ya sabes la facilidad que tienes para complicarte la vida.

—Ya tengo aprendida la lección, no te preocupes.

Teresa no me contestó, lo dejó ahí, me dio un beso y se fue.

Caminé desde casa por Abandoibarra y en menos de veinte minutos subía por las rampas de Uribitarte para llegar al hotel donde habíamos quedado. El día era bueno y ni tan siquiera me puse un jersey encima de la camisa. Durante el trayecto me paré un par de veces para disfrutar del caudal del Nervión, que bajaba con fuerza y generaba un ruido bastante considerable. Siempre me ha gustado ver la ría así y me entretuve contemplando unas canoas pasarlas putas. Al final tuvieron que ayudar a sus remeros desde un gasolino, acercándolos a unas escaleras que daban al Campo Volantín.

La cita me tenía intrigado, pero no quise especular hasta escuchar lo que tenían que contarme.

Entré en el hotel, bajé las escaleras y allí, en un sofá y algo alejados de la barra, estaban Susana y Roberto.

A Susana la conocía por Teresa, habíamos coincidido varias veces y me parecía una mujer divertida e inteligente. Se llevaba muy bien con mi esposa y las dos se encontraban a gusto cuando estaban juntas.

Con Roberto solo había estado una vez. Me dio la impresión de ser un hombre campechano, aunque se empeñó en explicarnos a todos los que estábamos con él que su nombre era el más facha del mundo: era un diminutivo de Roma, Berlín, Tokio, las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Aunque ingenioso, no llegué a saber si le preocupaba o era una forma de hacerse el simpático. Por lo demás parecía un hombre competente en lo suyo.

Cuando me acerqué a saludarlo, percibí que poco tenía que ver con el Roberto abierto y contento que conocía. Le habían caído encima unos cuantos años y un gesto de preocupación y melancolía cruzaba su rostro.

Tras darnos la mano, le dije:

—Nos presentaron en unas circunstancias muy distintas a las de

ahora.

—Lo recuerdo perfectamente, esta golfada ha sido un palo muy fuerte.

—Me hago cargo. Os escucho.

Me contó toda la historia del incendio y sus consecuencias, sin que me llevara ninguna sorpresa.

Tras finalizar Roberto su exposición, Susana tomó la palabra de inmediato y me dijo:

—Tenemos una pista que hemos conseguido en un golpe de suerte y creemos que puede ser buena. La fuente no podemos desvelarla, pero da igual para lo que queremos.

—Adelante, continúa.

—Al abogado principal de Boroa Group lo vieron en Tamarises en una situación comprometida con un personaje turbio donde los haya, de Portugalete. Sacaron unos papeles, entre ellos un plano que muy bien pudiera ser el de la fábrica. Al final, el personaje, cuyo nombre ahora te diremos, se llevó los papeles y se intercambiaron los números de teléfono.

—¿Cuándo fue esa reunión?

—Una semana antes de que se produjera el incendio, el domingo anterior.

—Decidme el nombre. Personajes turbios hay muchos, pero igual lo conozco.

—Carmelo Goitia Ramírez.

Al oír su nombre sonreí, sabía perfectamente quién era y, aunque lo había tratado poco, conocí bien a su padre, Carmelo Goitia Echevarría, un auténtico capo del narcotráfico bilbaíno y del norte de España. Dejó escuela, seguidores y muchos amigos. También enemigos. Recuerdo que yo tenía veintipocos años cuando fue asesinado, abatido a tiros en la puerta de su casa en Peñota.[2] Fue una conmoción y las secuelas fueron importantes en el hampa bilbaína.

Su hijo era otra cosa. Tenía menos personalidad, fuerza y glamur. Había pasado varias veces por la cárcel y, aunque dirigía un grupo con medios y pocos escrúpulos, nunca había alcanzado el nivel de su padre ni era un hombre respetado como aquel. Parecía que vivía en la misma casa de Peñota, que, por lo que recordaba, era estupenda.

Me cuadraba que se lo hubieran encargado y que lo hubiera aceptado. No miraba el pedigrí de sus acciones. Un incendio estaba poco penado, apenas asumía riesgos y seguro que lo había cobrado muy bien.

Los Garay vieron por mi expresión que habían acertado.

—Vamos, que lo conoces y que no ha sido ninguna sorpresa —comentó Susana.

—Cierto, ambas son correctas.

Les hablé mucho de su padre y algo del hijo. Fui sincero y no lo adorné, ni me dejé nada relevante para el caso. Les confirmé que era una buena pista; bien podía ser el encargado de la acción. Carmelo no habría ido con las latas de gasolina, para eso tenía sus acólitos, pero la preparación y el encargo serían de su responsabilidad.

—Garrincha, ¿nos aconseja poner estos datos en conocimiento de la Ertzaintza?

Sabía que me lo iban a preguntar y contesté con sinceridad:

—Si lo hacen, tendrán que revelar su fuente de la información. Lo llamarán a declarar, igual que a los abogados que estuvieron en Tamarises. En cuanto se judicialice, aparecerá el nombre del chivato y el abogado de Carmelo se enterará de inmediato y se lo dirá al cliente. Tienen que valorarlo.

—¿La poli conoce a Carmelo Goitia? —preguntó Susana.

—De sobra. Conocían a su padre y lo conocen a él. Con esta información, la Ertzaintza ya tendría por dónde tirar.

—Le voy a ser sincero —dijo Roberto—. Por ahora no queremos

cerrarnos las puertas con los sinvergüenzas de Boroa Group. Es posible que tengamos que negociar y una denuncia con estos datos nos perjudicaría. Nuestra posición a día de hoy es muy compleja y difícil.

—Le entiendo perfectamente y me parece bien.

—Una cosa, Garrincha. Nos puede interesar, y mucho, averiguar qué se dice en los ambientes de Carmelo Goitia sobre el incendio. Me imagino que no es fácil llevar en secreto una acción de ese tipo y, si se confirma, en su momento podríamos o bien ponerlo en conocimiento de la poli o utilizarlo en una negoción con los de Boroa en condiciones mucho más ventajosas que las actuales. No sé si me explico.

—Perfectamente, Susana, te entiendo muy bien.

—Por supuesto, le pagaríamos por esa información —dijo con rapidez Roberto.

—Jamás cobro por una colaboración de este tipo. Prefiero tener libertad para actuar según mis principios y mis intereses. Tengo una reputación que no quiero perder.

—No se hable más, usted manda —dijo Roberto—. Pero si tiene confidentes, pásenos los gastos, que por eso no quede.

—Si les parece bien, intentaré enterarme de qué ha pasado y quién participó en el incendio. Siempre lo negaré, que quede claro. Voy a estar lejos de la información, pero si circula en el sector, como dice Susana, lo sabré.

Ambos hermanos sonrieron y pidieron a un camarero que les trajera dos vermús preparados y, cuando me miraron, acordándome de mis antiguos clientes los Echevarría, pedí un *negroni*.

Como los vi sorprendidos, dije:

—Un tercio de vermú, un tercio de Campari y otro tercio de ginebra. Con buenos hielos a discreción. Excelente para cualquier hora.

—Me suena, pero nunca lo he probado —dijo Roberto.

—Qué pelotazo, me tiene que gustar —apuntó Susana.

—Lo inventó el barman del conde Negroni, amigo de Gabriele D'Annunzio, cuando el noble, aburrido del típico vermú, le pidió que lo sorprendiera con algo.

El camarero, que nos estaba oyendo, me apoyó y sostuvo que era uno de los mejores combinados, aunque ya se pedía poco.

Susana cambió su vermú por un *negroni*. Roberto no se arriesgó argumentando que por la tarde tenía que trabajar.

Bajé hacia la ría camino de casa y, a la altura del Guggenheim, me senté un rato, volviéndome a centrar en el caudal tan bravo y ruidoso que se dirigía hacia el mar.

Necesitaba ordenar un poco las ideas y la información que me habían transmitido los Garay. Si la reunión en Tamarises se desarrolló tal como me la habían contado, estaba convencido de que Goitia estaba involucrado. Además, le pegaba todo. Según había oído, por dinero era capaz de pringarse en cualquier cosa. A diferencia de su padre, el hijo era un tarambana. No me extrañaría que se supiera algo con un mero acercamiento.

El problema era cómo hacerlo. A mí me conocían bien y no podía empezar a preguntar. Tenía que pensar en alguien que pudiera hacerlo sin levantar sospechas, mejor si pertenecía a su propio grupo.

Cuando me levanté para apoyarme en la barandilla y saludar a un grupo de turistas que levantaban sus jarras de cervezas desde un barco, vi en la pantalla de mi móvil que me llamaba Teresa.

—¡Marido!, ¿qué tal te ha ido?

—Bien, son gente muy educada, ya los conoces. Están muy agobiados. El incendio los ha hundido y tienen muchas dudas.

—Ya, los de Amorebieta son unos hijos de puta. Estoy segura de que con una buena oferta podían haberla comprado.

—Son muchos, la madre y cinco hijos, que se pongan de acuerdo no puede ser fácil.

—¿Me recoges y me invitas a comer?

—Eso está hecho, en diez minutos estoy ahí.

—Te espero en Cubita, que si no se me hace tarde.

Sabía que a mi mujer le daba pavor que me llamaran para un caso de estos. Parecían inofensivos y luego se convertían en un marrón de cuidado. En varias ocasiones habían querido matarme y estuvieron muy cerca de conseguirlo. Pero esta vez, siendo objetivo, no veía que pudiera complicarme la vida.

Si el asunto se liaba, les recomendaría que se sinceraran con mis *amigos* Sara y Fabretti.

Cuando pensaba en ellos casi me divertía. Conocían al dedillo la mayoría de mis fechorías, pero no podían pillarme. Qué ganas me tenían.

Teresa me esperaba sentada en una mesa al fondo del restaurante, charlando con la dueña. Yo había conocido a su padre en el Molino de Aixerrota, donde estuvo ubicado Cubita muchos años. La verdad es que se comía muy bien y nos trataban de lujo.

Una botella de verdejo bien fría y una ración de quisquillón estaban encima de la mesa y mi mujer había empezado ya a dar cuenta de ambas.

Sabía que a Teresa era mejor contarle todo. Era muy discreta, de fiar y necesitaba que estuviera tranquila.

—Marido, ¿tienes alguna idea de cómo acercarte a Goitia?

—No lo voy a hacer yo personalmente. Me conocen y los alertaría de inmediato.

—Eso ya me imagino.

—Estoy dándole vueltas a quién de fiar puedo hacerle el encargo, pero no es fácil, yo ya estoy muy alejado de esos ambientes.

Teresa quería que nos fuéramos unos días en Semana Santa y la teníamos encima.

—Mira tú algo, ya sabes que soy de buen conformar —le dije.

—Voy a ponerme a ello, estaba pensando en Lisboa. Es una ciudad fantástica, con mucha luz y en esta época el tiempo tiene que ser muy agradable.

—Es una buena idea, Lisboa está muy bien y no hemos estado juntos. Por mí, perfecto.

---

2 *Asesinato en Santurce* (Juan Infante). Editorial Hiria, 2005.

7

Los inspectores Sara y Fabretti

Los inspectores de la Ertzaintza Sara Cohen y Miguel Fabretti continuaban al frente de la brigada de lo criminal en la comisaría de Deusto.

Garrincha tenía mucho que ver en el éxito adquirido con unos casos muy mediáticos. Se los había dejado con todo preparadito para que Sara y Fabretti se llevaran la gloria. Fue una forma de compensarlos por las veces que se les había escapado. Aun así, no se habían reconciliado y continuaban con la esperanza de pillarlo algún día.

Sara, sobre todo, lo llevaba mal. Era una mujer de principios, con especial fervor hacia el cumplimiento de la ley y el castigo al delincuente.

No podía comprender que estos contaran con tantos derechos que les permitían salir impunes en muchos de los casos. Se topaba a diario con jueces que le ponían mil trabas para su labor de investigación y eso la quemaba un montón.

Pero con el que se enfurecía y desmoralizaba a partes iguales era con Garrincha. Conocía todos sus delitos a la perfección, sabía en qué estaba metido y chocaba contra el mismo muro: la falta de pruebas. No aguantaba que siempre se librara.

Los inspectores eran también pareja en la vida civil. Sara era una mujer muy especial; preparada, con gran convicción y mucho carácter, sabía mandar y sus éxitos le habían granjeado el reconocimiento de los suyos. Además era guapa, con un cuerpo

atlético y bien cuidado, lo que ayudaba a incrementar su legión de seguidores. Con uno setenta y cinco de estatura, ojos castaños y una melena del mismo tono recogida habitualmente en una coleta, a sus cuarenta y cuatro años también poseía otras *virtudes* capaces de generar una curiosidad un tanto enigmática a su alrededor.

Sara Cohen Toledano era una judía ejerciente y pertenecía a una de las familias más conocidas de la comunidad hebrea española. Su padre, registrador de la propiedad, había ocupado plaza en Bilbao a mediados de los años setenta, donde poco después nació su hija. Su madre también pertenecía a una familia judía de raigambre, los Toledano, cuyo origen se remontaba a la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos a finales del siglo XV. La inspectora había crecido en el estudio y el conocimiento de la Torá.

Todos los años celebraban con ayuno y recogimiento el Yom Kipur, día del perdón, la expiación y el arrepentimiento, y también acudía con regularidad a la sinagoga.

Tenía dos hijos, Rebeca y David, de veinte y diecisiete años, que vivían con ella tras haberse separado de su esposo, Moisés Salaverri Herzog, también compañero de fe.

La religión y su pasaporte del Estado de Israel generaban sobre su persona una curiosidad adicional un tanto exótica que la hacían muy popular.

Miguel Fabretti era un gran tipo y un buen policía. De más de uno noventa de estatura, fuerte y con unas espaldas enormes, según la mayoría de las mujeres era un hombre muy atractivo y eso debió de parecerle también a Sara. Con cuarenta y siete años, estaba divorciado y tenía un hijo, Mikel, ya emancipado y graduado en Farmacia.

Aunque los dos tenían la misma categoría profesional, el número uno en la brigada era Sara, y Fabretti lo asumía de forma

natural. Ella se lo había ganado a pulso y su novio lo reconocía sin ningún problema.

Ongi Etorri —apodo de Bienvenida Tomelloso, una veterana de la brigada criminal— entró en la oficina de la inspectora con un informe en la mano.

—Sara, te traigo el atestado del incendio de la fábrica de Sestao de los Garay, lo que te comenté ayer. Gabarrita y yo estuvimos el lunes con Roberto, el gerente y uno de los dueños, y he hablado con Patxi, el jefe de los bomberos.

—¿Provocado? —preguntó Sara.

—Sin ninguna duda. Un incendio en el que los autores quieren que se sepa que ha sido intencionado.

—¿Motivo?

—Empresarial. En principio no parece que haya conflictos laborales, despidos o venganza de algún trabajador o algún cliente.

—De todas formas, investigadlo bien. No hay que descartar nada, incluso una gamberrada. ¿Tienes el informe de los bomberos?

—Sí, y la declaración de los seguratas. No se enteraron de nada ni vieron nada. Un desastre. Lo único que hicieron bien fue llamar de inmediato a los bomberos.

—No os olvidéis de ellos. No sería la primera vez. ¿Tenéis algún plan de investigación? —preguntó Sara.

—Es fundamental que la familia Garay colabore y nos dé más información, por lo menos tienen que saber quiénes les quieren mal.

—Hablad también con el comité de empresa y los sindicatos, seguro que están al tanto de todo lo que ocurre en la fábrica.

—Lo tenemos previsto.

—Una cosa, Bienvenida —Sara la llamaba por su nombre

auténtico, aunque a la ertzaina no le gustaba nada—, si necesitáis más ayuda nos lo decís y si queréis que Fabretti o yo participemos en alguna actuación, lo mismo.

—No te preocupes, así lo haremos.

—Otra cosa, vigilad al detalle los movimientos societarios, quizás os pongan sobre una pista buena.

—Gabarrita está en ello, pero además de los registros y de los bancos, queremos que el comité de empresa se pringue y nos informe de cualquier movimiento que se produzca.

—Adelante, me seguís teniendo al tanto.

Sara llevaba una temporada tranquila. La actividad rutinaria de la brigada la llevaba su gente y confiaba plenamente en Ongi Etorri, Gabarrita, los Kepas y el Niño de Vista Alegre.

El tráfico de drogas, la estrella de los delitos, que absorbió durante muchos años buena parte de la actividad de la brigada, ya no se perseguía como entonces. Y no es que hubiera decaído, sino que ya no era prioritario para la Ertzaintza. Según decían los jefes, su alarma social en la sociedad vasca había bajado mucho y otros frentes delictivos habían tomado su relevo.

Fabretti entró en el despacho de Sara y, tras ponerse al tanto de algunas cuestiones, le dijo:

—¿Te acuerdas de que hoy comemos con Mikel? Le hace ilusión invitarnos.

—Claro que me acuerdo, pero también vienen Rebeca y David, y me niego a que a ellos también los invite.

—De eso me encargo yo, no te preocupes.

Mikel había aprobado la oposición de Farmacia de Osakidetza, el Servicio Vasco de Salud, a la que se había dedicado con ahínco los dos últimos años, y le habían adjudicado una de las plazas del Hospital de Cruces, que era la que prefería.

El muchacho se lo había ganado a pulso y estaba feliz. Su padre también. Mikel, un tanto introvertido, le caía bien a Sara y a sus

hijos y, aunque no tenían mucha relación, la inspectora siempre intentaba un mayor acercamiento. Pensaba que, con la oposición sacada, sería mucho más sencillo.

Sara estaba optimista, su vida pasaba por un buen momento. Su relación con Fabretti funcionaba y a su edad valoraba mucho que alguien le hiciera la vida más fácil. Sus hijos ya llevaban su propio camino. Rebeca estaba en tercero de Empresariales en la Comercial de Deusto y hacía planes con su novio Nicolás para el año siguiente. Pensaban instalarse en Madrid para hacer un máster de dos años. David entraría en Ingenieros, tenía nota para ello, y probablemente se especializaría en Químicas también en Madrid.

Era muy consciente de que se irían de casa y probablemente para siempre. Lo tenía asumido y sabía que era ley de vida. Le preocupaba que ellos estuvieran bien y por ahora, en ese sentido, estaba tranquila.

Lo que en estos momentos sí echaba en falta era un buen caso, que fuera mediático, la tensionara y le permitiera dar muchas hostias a diestra y siniestra. Pero eso no dependía de ella y la delincuencia solía ser aburrida.

Cuando se acordaban de Garrincha, Fabretti prefería tenerlo lejos, aunque estuviera en libertad. En cambio, a Sara la indignaba tanto que echarle mano y ponerlo entre rejas sería una de sus mayores satisfacciones en esta vida.

—Miguelón, quiero pasar antes por casa. Me voy a poner guapa para tu hijo. Rebeca y David nos esperan allí.

—Dame media hora para que remate un informe.

—Tenemos tiempo, tú me dices —contestó Sara.

8

Garrincha con Félix, el asturiano de Barakaldo

Jueves, 7 de abril

No sabía muy bien por dónde empezar. Mis contactos en el hampa estaban ya muy gastados o eran historia. No conocía a nadie de confianza que pudiera acercarse a Goitia sin riesgo.

Estaba pescando. El sol incipiente se abría paso y caldeaba el ambiente de una mañana que había empezado fría. No tenía a ningún colega en las proximidades y eso me permitía no distraerme de mis pensamientos.

Decidí hablar con Félix, el asturiano de Barakaldo, mi guardián fiel, al que le debía seguir en este mundo. Era un *killer* que trabajaba en exclusiva para Jon Etcheverry, el famoso gánster del país vecino, formalmente retirado, pero que seguía atendiendo *encargos* por un precio elevado. Cuando necesitaba ayuda o protección, llamaba a Félix y siempre me había respondido con éxito. Aunque su *trabajo* lo realizaba fundamentalmente en Francia, conocía bien los bajos fondos de Bilbao y podía orientarme.

Desde el final de Olabeaga, con la caña sujeta a la barandilla de la ría, le mandé un mensaje diciéndole que necesitaba verlo. En diez minutos había cerrado una cita con él en el bar Elkano de Barakaldo para hoy a la una del mediodía.

Félix sabía que cuando lo llamaba Garrincha era para algún

encargo. En los últimos casos siempre hubo complicaciones y tuvieron que hacer uso de los hierros,asumiendo un riesgo muy grande. Pero tanto él como Garrincha salvaron el tipo y resolvieron favorablemente su negociado, que de eso se trataba.

El asturiano me esperaba sentado en una mesa de la terraza y tenía una caña ya servida. Me reí cuando lo vi leyendo el *Marca*. Era un asiduo lector del diario deportivo y yo algunas veces pensaba si no llevaría siempre el mismo ejemplar para despistar en sus ratos de espera y vigilancia. Una vez se lo pregunté, pero no le sentó nada bien. No entendió la gracia, así que evité volver a comentar nada.

No me anduve con prolegómenos y le hablé directamente de Carmelo Goitia.

—Lo conozco perfectamente, vive en Peñota, bastante chungo.

—¿No sale a su padre?

—A su padre no lo traté. Cuando lo mataron, yo todavía era un hombre legal, pero, según se decía, era un buen tipo y sobre todo muy profesional.

—Así es y, en lo poco que conozco al hijo, coincido contigo.

Sabía que a Félix podía contarle todo y así lo hice.

—Ya sabes lo mismo que yo. Quiero conseguir que alguien cercano a los Goitia pueda averiguar lo máximo posible sobre el incendio: autores, quién está detrás y cualquier otra cuestión de interés. La información, sobre todo si va acompañada de pruebas, la pagaríamos bien, y, salvo para proteger los intereses de los Garay, nunca la utilizaríamos para represalias contra los autores materiales y los inductores del incendio.

—Te entiendo, pasta por información, sin dar pasaporte a ninguno.

—Correcto.

Mi colega estuvo un rato en silencio, cavilando, y aproveché para pedir dos verdejos. Cuando volví, ya estaba preparado y por su

expresión deduje que tenía algo.

La terraza ya estaba ocupada y la temperatura acompañaba para estar al aire libre. Félix saludó unas cuantas veces al personal que por allí pululaba, acreditando que en la zona no pasaba desapercibido.

—Es gente de San Vicente. Allí nos conocemos casi todos y en Baraca mandamos mucho.

—Ya veo. ¿Te tienen por un rentista como a mí?

—No sé si saben lo que es un rentista, es una especie que no se da en el barrio, pero somos muchos los que no tenemos un trabajo conocido y no creo que les extrañe.

—Conmigo antes era así, pero una vez que sales en la tele, lo cambia todo.

—Creerán que vives de la pesca —dijo Félix mientras se reía con ganas.

—Qué cabrón eres.

—Bueno, liante, creo que voy a poder ayudarte.

—No tenía ninguna duda.

—Conozco a una mujer, Carmen Bolinaga, que cayó con Carmelo Goitia en una redada por un cargamento de cocaína que recibieron de Cambados. Estuvo unos meses en prisión preventiva y pactó cinco años, con una atenuante de drogadicción. La pena fue suspendida al someterse a un tratamiento de desintoxicación.

—Creo recordar el caso, fue poco antes de fallecer Gorostiola.

—Pues Carmen era de toda confianza de Carmelo. Es muy amiga de Ainara, su novia, y aunque se ha cuidado y debe de estar al margen de la organización, seguirá en contacto con ellos. Es la mejor para enterarse de qué ha pasado.

—¿Qué hace ahora?

—Ha estado sirviendo copas en el Anaconda, luego en un bar de Max Center y ahora, a sus treinta y cinco, está en el paro.

—¿Has pensado cómo la vas a abordar? No quiero que se chive a Goitia y nos deje con el culo al aire. Sería un desastre.

—Carmen me debe más de un favor, incluso en un asunto grave para ella. La tengo cogida de los ovarios. No pienso utilizarlo, pero ella será consciente de que estoy ahí.

—Eso me da confianza.

—Y, además, está sin un duro. Si le ofrecemos seguridad y buena pasta, dirá que sí.

—Sobre todo nos interesan pruebas contra los jefes de Boroa Group. Quién lo hizo es secundario.

—Está claro, déjame que hable con ella. Hasta que acepte, tú no vas a salir en mi conversación…

—Y de la tela, tú mismo, lo que te parezca. Si no hay acuerdo, que no sea por una cuestión de dinero.

—Bien, pero si ella acepta, te la cedo y yo me retiro.

—Por supuesto. Nos pasas tus honorarios y te los pagamos como siempre.

—Genial.

A última hora de la tarde, Félix me llamó.

—La chica está dispuesta a colaborar, lo está pasando muy mal y quiere pasta. Además, ella tiene muy claro que no le conviene decirme que no.

—¿Sabe de qué va el asunto?

—Se lo he dicho y conoce el tema. Sus relaciones con Goitia y su grupo son buenas. Te he concertado una cita con ella mañana a las diez de la mañana. Todos los detalles quiere atarlos contigo.

—Perfecto, dime dónde.

—En el estanque de los patos en el parque de Doña Casilda. Ella te saludará. A esa hora no habrá nadie y podréis hablar con tranquilidad sentados en un banco. Por cierto, te conoce perfectamente y, según me ha comentado, se fía de ti.

—Mejor.

—Ve preparando el dinero, que ahí va a estar la clave. Y, claro, que esté y se vea segura.

—Te entiendo. Eso va de mi cuenta.

Nos despedimos y hablé con Susana. No había ningún problema en disponer de recursos monetarios en *cash*.

9

Carmen con Garrincha en el parque de los patos

Viernes, 8 de abril

Me desperté amodorrado. Aunque había dormido como un lirón, mis bostezos se acumulaban sin que pudiera refrenarlos y me dejaban la sensación de un cansancio que no conseguía despejar.

Al cabo de un rato me levanté con tiempo, preparé veinticinco mil euros y los metí en una mochila pequeña que me puse de bandolera. El dinero de los Garay aún no lo tenía, pero sabía que si lo adelantaba daría una impresión de seriedad y confianza. La sorprendería con una cantidad importante, nadie arriesgaba tanto dinero si no iba en serio.

A la hora convenida me dirigí paseando hasta el parque y bajé hasta el estanque. No había nadie, solo alguna persona cruzaba la zona a paso ligero. Al situarme mirando a los patos, pretendiendo descubrir un pavo real, vi que una mujer joven se acercaba hasta donde estaba.

—Garrincha, soy Carmen. —Me tendió la mano y nos sentamos en un banco. Me miraba con curiosidad y enseguida me preguntó —: ¿No te acuerdas de mí? Tú estás igual, te conservas muy bien. Cuando te vi por la tele te habían dado dos tiros ahí arriba, junto a la pérgola. Estabas desmejorado y, aunque te lo tomabas con humor, se te veía preocupado.

—Es así, como lo cuentas, no ha pasado ni un año y ya estoy bastante mejor. Pero, dime, no caigo en dónde coincidimos. Estoy

intentando acordarme, pero nada, soy bastante desastre.

Carmen no podía ocultar que era una mujer castigada por la vida y, aunque era alta, joven y con unos rasgos agradables, se notaba que llevaba una mochila bien cargada de sinsabores y angustias.

—Un cargamento de farlopa que venía de Cambados. Era para Gorostiola. Joseba y yo lo teníamos que recoger en el aparcamiento del Max Center. Lo habían interceptado los charoles en una operación conjunta con la Ertzaintza. Venían a por nosotros y, cuando esperábamos el cargamento, apareciste tú.

—Ya caigo. Os pegué unos gritos y os montasteis en el coche sin ni siquiera conocerme.

—Así fue. Según salíamos, aparecieron varios coches de la Ertzaintza.

—Lo recuerdo perfectamente, han pasado ya seis años. Hubo suerte. Todos la tuvimos: Gorostiola, vosotros y yo.

—Cierto, un poco después caí con Carmelo Goitia y, al salir del trullo, me retiré. Vivo más tranquila, pero sin un duro.

—Yo también me jubilé, pero no sé si vivo más tranquilo. Creo que el asturiano te ha explicado de qué va esto.

—Sí. He aceptado porque estás tú y, claro, porque necesito plata. Pero entenderás que haría un mal negocio si por ganar un dinero acabo con dos tiros en una cuneta.

—Te explicas muy bien. Ni tú ni yo vamos a sufrir ningún rasguño —le dije mientras ponía la mochila sobre su regazo—. Son veinticinco mil en billetes usados de cincuenta. Es un adelanto y, si te parece, concretamos tus honorarios cuando te diga lo que quiero.

—Lo que tú fijes está bien. Nunca he facturado por estos temas y no tengo ni idea. Me fío de ti.

—Entonces, ¿aceptas colaborar con nosotros? —Carmen asintió con la cabeza. Eso ya era suficiente—. Boroa Group ha sido la

instigadora del incendio provocado en la fábrica Garay de maquinaria y tecnología.

—Entiendo que los Garay son nuestros clientes y se trata de la factoría de Sestao.

—Correcto. Tenemos algunos datos para estar convencidos de que el ejecutor material ha sido Carmelo Goitia y su grupo.

—Dime cuáles, tendré que investigar por ahí.

—Los abogados de Boroa fueron vistos en Tamarises con Carmelo Goitia una semana antes del incendio, discutiendo y tratando un tema de trabajo. Entre los papeles que sacaron figuraba incluso un plano.

Carmen se rio y dijo:

—A Carmelo le gusta reunirse en Tamarises, según él para no llamar la atención y pasar desapercibido. Piensa que cambiando la margen izquierda por la derecha ya no lo conoce nadie. Siempre lo ha hecho, es un hombre muy simple.

—Las piezas encajan. Es difícil que Carmelo sea cliente de los abogados de Boroa. Y si estuvieron reunidos en la cafetería del hotel era para algún encargo a Goitia. Luego…

—Hay colillas, han fumado —dijo Carmen, que seguía sonriente.

—Eso hemos pensado nosotros, pero hay que confirmarlo.

—¿Y qué más? No me has dado toda esa guita para que te lo garantice.

—Cierto. Pero confírmamelo, solo faltaba confundirnos en lo primero. Pero lo que nos urge es conseguir pruebas que acrediten que los de Boroa han contratado al grupo de Goitia.

—Garrincha, infórmame sobre los de Boroa. Necesito saber más.

—Te enviaré un dosier completo, pero te adelanto lo que más te puede interesar. Boroa Group pertenece a una multinacional china del ámbito de la tecnología. Su sociedad española está instalada en Amorebieta, en Boroa, y cuenta con accionistas nacionales que, sin ser mayoritarios en el capital, gestionan la

empresa. El presidente y su equipo directivo son vascos y ellos mandan aquí.

—Lo que puede significar que la decisión del incendio sea suya.

—Es posible. Llevan tiempo intentando adquirir la empresa y los Garay se han resistido.

—Y ahora vale mucho menos.

—Desde luego, aunque han vuelto a la carga y quieren seguir con la adquisición, con la oferta anterior, pero descontando el precio de la reconstrucción de la fábrica. Los Garay quizás acaben vendiendo, pero antes necesitan averiguar qué pasó y tener un arma de negociación, bien para vender o bien para denunciarlos.

—¿En qué tipo de pruebas estás pensando?

—Algún testigo, mensajes, grabaciones… Para empezar, lo mejor sería poder saber con detalle cómo se produjo el incendio. Quiénes estuvieron involucrados y quiénes estaban al tanto. Una denuncia pormenorizada serviría, sobre todo, para negociar. Los de Boroa querrán salvar su reputación y su culo ante los chinos y ante sus clientes.

»Es importante conocer el papel jugado por Ernesto Ramos, abogado principal de Boroa Group. Estar involucrado en un delito tan grave y chungo causaría estragos en su bufete, que es uno de los más importantes de España, y él iría a la puta calle.

—¿Sois conscientes de las dificultades? Como me descubran, mi vida puede peligrar.

—Para empezar, no hagas nada que pueda suponer un riesgo. Tú lo valoras y, si es necesario, te abstienes. En caso de que estés en peligro, Félix y yo te protegeremos. Podemos ponerte a salvo durante el tiempo necesario muy lejos de aquí. Y del dinero no te preocupes.

—Te soy sincera: si no fuera porque estoy en la ruina y también en deuda con Félix, me olvidaba de este negocio. Pero no puedo seguir así. La situación me está hundiendo.

—Te puedes retirar cuando te apetezca. Tú decides.

—No se hable más, adelante.

—Memoriza mi número de móvil y llámame siempre que te apetezca. Si no me localizas y es urgente, llamas a Félix.

—Toma el mío y hazme una perdida.

—¿Tienes pensado cómo empezar? ¿Puedes acercarte a Goitia y su gente con facilidad?

—Acercarme sí, otra cosa es lo que me cuenten. Esta tarde veré a Ainara, la novia de Goitia, ya había quedado con ella. Y llevo una temporada saliendo con Gaizka, el segundo de Carmelo. No le veo futuro a la relación, aunque no hay problema en que al menos dure hasta que finalice esta historia.

—Alárgala más, que no guarde rencor por tu *despido* y empiece a relacionar los percances que pueda sufrir.

—Vale, aunque es bastante impresentable, aguantaré. Además, es la vía más fácil; en la cama suele largar mucho y está enterado de todo lo que hace su jefe. Lo único que tengo que cuidar es que salga de él, que no se mosquee con mis preguntas.

—Seguro que sabes hacerlo. ¿Dónde te parece que nos veamos?

—Este es un sitio alejado y discreto, pero si alguien nos sigue o nos ve, sabrá que hay un asunto sospechoso entre nosotros —dijo Carmen.

—Intentaremos no vernos si no es necesario, podemos hablar por teléfono. Ahora no debemos temer a los pinchazos. Pero vamos a fijar un sitio, luego ya iremos cambiándolo. ¿Qué te parece la Alhóndiga, en el centro de Bilbao? Puedes dar una vuelta por dentro y ver si te siguen. Ir a la biblioteca del primer piso, al gimnasio, a los cines… y luego nos veríamos en el Boar, acuérdate. Tiene entrada por el interior y por la calle Alameda Recalde, es un bar tranquilo.

—Me parece un buen sitio. Ni Goitia ni su gente lo pisan.

—Pues hecho. Adelante, Carmen, confío mucho en ti.

—En cuanto me entere de algo, te llamo.

La colega se levantó y a buen paso se esfumó en dirección hacia una de las salidas del parque.

Estaba contento, la reunión había salido bien. Era una suerte que estuviera liada con la mano derecha de Carmelo y, además, me parecía una mujer solvente y de fiar. La tela era lo decisivo, estaba sin blanca y eso la empujaba. Mucho mejor.

Lo que no conseguía era acordarme de ella. Recordaba aquel incidente del cargamento de farlopa, pero no le ponía cara.

10

La brigada avanza en la investigación

En la comisaría de Deusto, la brigada de lo criminal seguía investigando el incendio de la fábrica de los Garay. Sara leía el informe elaborado por Gabarrita y Ongi Etorri y sus conclusiones admitían pocas dudas: el incendio había sido provocado. Una disputa societaria entre una multinacional china instalada en Amorebieta y la propia empresa devastada por el incendio estaba en el centro del meollo.

Sara tenía a sus dos ertzainas sentados enfrente de ella.

—Parece incontestable —comentó la inspectora.

—Los miembros del comité de empresa con los que nos hemos entrevistado, uno de Comisiones y otro de UGT, han sido concluyentes. No tienen dudas y los datos que han aportado son solventes. Los de Boroa Group han encargado el incendio —dijo Gabarrita.

—Los informes de los bomberos y de la compañía de seguros aseguraron que era provocado y la autoría, según el comité de la siniestrada, tiene su origen en el intento sin éxito de comprar la empresa. No han cesado de presionar por muy distintos medios. Ahora, si continúan negándose a vender, empezarán a quedarse con sus clientes —apuntó Ongi Etorri.

—¿Los Garay confirman la versión sindical?

—Con otro lenguaje, pero nos han dicho lo mismo —contestó Gabarrita.

—¿Pruebas?

—Jefa, del incendio provocado, todas. De que hayan sido los de Boroa, ninguna —dijo Ongi Etorri.

—Hay que interrogar a los directivos de Boroa. Aunque no van a confesar, tenemos que avanzar con la instrucción —dijo Sara.

—Empezaría por Goyarrola, el presidente, luego podemos ir descendiendo en el escalafón hasta llegar al comité de empresa —expuso Gabarrita.

—Adelante, cuando citéis a Goyarrola, avisadme. Voy a dejarle claro que vamos a ir hasta el final. Si cantan, igual aún pueden salir bien parados. No funcionará, pero quiero que estén intranquilos y poner en marcha a nuestros confidentes. El encargo lo habrá ejecutado la típica chusma de por aquí —concluyó la inspectora.

Aunque decía esto, Sara presentía que este asunto se podía complicar. No creía que los Garay se dejaran arrollar ni que los de Boroa se dieran por satisfechos destruyéndoles la fábrica.

Recordaba aquella estrofa de doña Francisquita: «Por el humo se sabe dónde está el fuego». Una vez declarara el jefe Goyarrola, debían investigar a tope a los demás de Boroa. No era tan fácil llevar en secreto y ocultar un incendio como este. Tendría que saltar alguna pista.

Me quedé traspuesto tumbado en un sofá junto a un ventanal por el que se colaban los rayos del sol que a esa hora ya estaba en su esplendor.

Me puse en marcha con tiempo y di un paseo, que sirvió para despejarme, hasta llegar a mi cita con los Garay.

Cuando entré en el bar del hotel Lope de Haro pedí un café expreso y comprobé que se encontraban expectantes por la información que les iba a dar.

Les conté mis avances, sin indicar el nombre de mi espía, ni tan siquiera el sexo u otros datos que pudieran identificarla.

Valoraron mi impresión sobre su idoneidad, aunque eran conscientes de la dificultad de acceder a las pruebas materiales.

—Te felicito, Garrincha. No era fácil, pero estamos bien situados. Nuestro plazo para tomar una decisión avanza y para nosotros sería muy importante tener confirmadas todas nuestras sospechas y algo con lo que podamos presionar a Boroa, bien para un mejor acuerdo o incluso para hacerles frente con una denuncia judicial —expuso Roberto.

—Tomás, hemos traído dinero y te vamos a abonar lo que has adelantado. Si quieres más, pídenoslo —dijo Susana.

—Por ahora es suficiente, ya os informaré de lo que vaya necesitando.

Susana se levantó y se dirigió al servicio. Regresó poco después con un portafolio que me entregó con discreción.

—Si te parece, en cuanto tengas noticias nos las vas contando —dijo Roberto.

—Por supuesto. Una cosa: yo no existo para nadie, pero sobre todo para la Ertzaintza; esto es muy importante. Nuestra única relación es la que tenemos a través de Teresa y Susana por el Club Deportivo.

—No se hable más —concluyó Susana.

—Rober, mi pretendiente sigue dándome la lata. Ahora se centra más en el negocio que en llevarme a la cama. Sus clientes quieren una respuesta.

—¿Va en serio?

—No lo sé, pero no podemos tenerles sin nada. Es un riesgo, yo me empezaría a mover.

—Convoca una reunión para mañana por la tarde. Les pedimos datos, planteamos dudas y hablamos de reducir del precio una cantidad simbólica. La idea es retrasarlo, pero que nos vean interesados. Ah, y que venga algún jefazo. Si es Goyarrola, mejor.

Exígeles que sea alguien con capacidad de decisión.

—Lo llamó ya. ¿Y si nos dicen que vayamos a Boroa?

—Ningún problema, vamos.

11

En Torre Iberdrola, Goyarrola y Ernesto con los Garay

Sábado, 9 de abril

Aunque era sábado, la reunión de los Garay con Goyarrola y su abogado se celebraría. A todos les venía bien y no querían retrasarla. A las cuatro de la tarde, Susana y Roberto se dirigieron a su cita, que, finalmente, se fijó en su despacho de abogados.

Torre Iberdrola parecía abandonada. El servicio de seguridad funcionaba de forma limitada y una mujer joven atendía el mostrador de recepción en la planta baja, que estaba vacío.

Aunque el edificio permanecía abierto todos los días del año, un sábado por la tarde solo las grandes consultoras y los bufetes de abogados mantenían en activo a unos pocos empleados.

Cuando los Garay llegaron, una secretaria los acompañó a una sala. En menos de cinco minutos entró Ernesto y saludó a ambos con formalidad. Se le veía nervioso y su semblante desencajado reflejaba mucha preocupación.

Se trasladaron a una sala de reuniones situada al lado de su despacho que Susana ya conocía. No vieron a ningún cliente y apenas unos pocos abogados estaban trabajando o hacían como si trabajaran.

Los estaba esperando Goyarrola, a quien Roberto ya conocía de reuniones del sector. Nunca habían congeniado y Roberto siempre fue consciente de las artimañas utilizadas por el presidente de

Boroa para quedarse con su empresa.

Goyarrola pensaba que venía de casual; su ropa lo mismo servía para poder ir a un barco de recreo, a un *txoko* con los amigos o a un concierto de música *indie*. A Roberto le recordaban las camisas que usaba James Ellroy, siempre con flores, muchos colores y dibujos con cierta identidad caribeña. Unos vaqueros bien trasteados y unas deportivas completaban su atuendo. Solo le faltaba la gorra.

Contrastaba con el abogado, elegante, con su *blazer* oscuro y una camisa azul de las hechas a medida, aunque sin corbata. Los Garay seguían de trabajo y vestían como lo hubieran hecho la víspera.

El presidente de Boroa era un cincuentón que quería ejercer de joven, aunque su oronda figura lo dificultaba en gran medida. Además, era escurridizo y de poco fiar. Roberto lo caló desde la primera vez que estuvo con él. Nunca miraba a los ojos, como si quisiera ocultar que estaba mintiendo. Hoy lo comprobaron de nuevo: rehuía sus miradas. Era evidente que seguía escondiendo muchas maldades.

Ernesto empezó a hablar para situar la reunión. «¿Qué le pasa?», pensó Susana. Continuaba nervioso y no podía disimularlo.

Una serie de lugares comunes y buenistas salían de sus labios. Sin tenerlo preparado, Susana no pudo más y saltó:

—Ernesto, ¿no pensarás que somos gilipollas? —Sin darle tiempo a contestar, continuó—: Nos habéis quemado la fábrica y, con regodeo, vais dejando pistas para que lo sepamos. Y ahora te hartas de decir chorradas. ¿A quién quieres engañar?

El abogado se quedó mudo y Goyarrola, hinchándose y a punto de romper su camisa por delante y por detrás, dijo:

—Usted se ha vuelto loca. Pero ¿qué insinúa?

—Que nos ha quemado la fábrica para quedarse con ella a precio de saldo. Eso es lo que estoy pensando y sabe que acierto, sois

unos sinvergüenzas. Pero le voy a decir más. Para que tenga alguna posibilidad, tendrá que subir mucho la oferta. Lo que han destrozado ustedes irá de su cuenta, téngalo claro.

Roberto se movía intranquilo. Su hermana tenía razón en todo lo que decía, pero esto se podía ir al traste antes de tiempo y no quería eso.

—Un momento, estoy de acuerdo con Susana y sé que tiene razón, pero creo que esta reunión es para algo más. Goyarrola, explícanos cuál es tu propuesta.

El de Boroa seguía aún más orondo de lo que era y se había puesto rojo, como dándole la razón a Susana.

—Rechazo con toda contundencia las acusaciones que acabo de escuchar. Sería absurdo destruir algo que queremos comprar. Además, tenemos unos principios éticos y morales que nos lo impedirían.

Al oír esto, Susana soltó una carcajada espontánea, lo que provocó que Goyarrola enrojeciera aún más. No se dio por enterado y continuó:

—Aunque ustedes accedan a vender, la reconstrucción de la fábrica se demorará y los costes se van a disparar. No solemos hacer malos negocios y este sería un mal negocio.

—Te lo vuelvo a repetir, todo esto sobra, concreta tu oferta —apuntó Roberto.

—Si hay una oferta es para que no quepa duda de que no pretendemos aprovecharnos de la situación. La propuesta la conocéis, es la que os ha transmitido Ernesto.

—Es decir, la misma que habíais hecho, pero descontando el coste de la reconstrucción de la fábrica —dijo Roberto.

—Así es —contestó Goyarrola.

—Eso y no decir nada es parecido. Se puede hacer una fábrica tan *lujosa* que se coma todo el dinero. Como comprenderás, si aceptáramos vender, no estaríamos de acuerdo en deducir del

precio el importe de las instalaciones —dijo Roberto.

—Creo que las razones son obvias. Cornudos y apaleados no, por favor —añadió Susana.

El presidente de Boroa no entró en esos argumentos y dijo:

—Se puede concretar una cantidad que no sea excesiva y, si la reconstrucción la supera, será a nuestra cuenta. Ustedes sabrán desde el principio el importe neto de la venta.

—¿Tienes pensada esa cantidad? —preguntó Roberto.

—Todavía no. Queremos tener la aceptación por su parte. Seremos razonables.

—No nos toque los cojones ni a mí los ovarios —dijo Susana.

Goyarrola volvió a agitarse, su respiración se aceleró y soltó una especie de bufido, pero no contestó.

—Necesitamos una cantidad definitiva para decidir. Es distinto levantar un pabellón de ochenta mil euros que una fábrica de cuatro millones —dijo Roberto.

—Si fijamos una cantidad, a ustedes les da igual la fábrica que levantemos y su coste —contestó Goyarrola.

—Entonces, pensadla y nos la transmitís, sin más, sin adornarla. Queremos saber lo que nos va a quedar —concluyó Roberto.

El presidente de Boroa miró a Ernesto y dijo:

—De acuerdo, haremos nuestros números y la semana que viene tendrán la cifra final. Entiendo que nos contestarán de inmediato.

—Reuniremos a los accionistas, es decir, a la familia, y decidiremos. No lo demoraremos. Solo una recomendación: si queréis el sí, que la cantidad se acerque a la propuesta que estaba encima de la mesa. Hay accionistas con aún más mala hostia que Susana.

—Roberto, soy un hombre de negocios y lo que no voy a hacer es perder dinero. Además, como sabéis, la empresa compradora no es mía. La oferta que os haremos será generosa, pero no estiréis

demasiado la cuerda, que se puede romper —contestó Goyarrola con cierto empaque, consciente de que lo peor ya había pasado e intentando salir airoso.

Cuando estuvieron los dos solos, Susana seguía encendida, con ganas cuando menos de volcar su ira contra Goyarrola y su pretendiente.

Su hermano sonrió, desahogarse estaba bien, pero servía para poco más.

—El tiempo se nos va a echar encima. En un par de días tendremos la cantidad y deberemos contestar. A veces desearía que fuera ridícula para no tener que pensarla, pero no va a ser así.

—Roberto, no le des más vueltas. Cuando nos la haga, lo pensamos. Podemos aceptarla y luego vengarnos, no sería incompatible e igual es lo mejor. Por cierto, Ernesto estaba hundido, nunca lo he visto así.

—No lo conozco, pero eso me ha parecido. Se han pasado de frenada y lo saben.

Ernesto y Goyarrola se quedaron en el despacho y continuaron con la bronca que habían tenido antes de venir los Garay, aunque ya en un tono más resignado.

—Ernesto, ¿te has fijado? Ha sido una auténtica chapuza, lo que te había dicho. Ya has oído a la cretina de Susana: «Pistas por todas partes para que sepan que les hemos quemado la fábrica».

—No creas todo lo que dice Susana. Es una buena tía, pero muy exagerada. Están de mala hostia, pero al final lo que pretenden es sacar más tela.

—Pero que el incendio ha sido provocado viene en todos los medios. Los bomberos y la Ertzaintza ya lo han puesto por escrito y lo han contado. Por cierto, la pasma está intentando localizarme para que vaya. Esta mañana, Leire me ha mandado un mensaje desde la oficina.

—Las tres latas de gasolina tan visibles y bien colocadas cantan mucho. Quizás hasta nos beneficie. Nadie va a pensar que hemos sido nosotros, sería de imbéciles —comentó Ernesto, sin estar convencido de lo que estaba diciendo.

—Lo que hemos sido. Empieza por llamar al pájaro que contrataste y móntale un pollo. Amenázalo, que se acojonen como alguien diga algo… Bueno, ya sabes lo que tienes que hacer.

—A mi cuenta. Tú haz los números, que eso va a ser lo importante.

—Los haré, mi idea es que para el martes podamos pasarlo.

12

Carmen se esmera

A Goyarrola no le cabía ninguna duda de que el incendio había sido una chapuza. Los bomberos tardaron muy poco en comprobarlo y la conclusión no se hizo esperar.

O habían sido unos gamberros o sus autores querían que se supiera.

Además, todos los medios así lo habían recogido. Deseaba que nada de esto hubiera ocurrido y era consciente de que tal desastre le podía traer funestas consecuencias.

La reunión que habían tenido era una buena prueba de ello. Los ponía en una situación difícil y la trastornada de Susana se lo había echado en cara nada más sentarse. La compra de la empresa no iba a ser ningún chollo y tenía que andarse con cuidado para no empeorar su posición.

Ese mismo sábado, Ernesto Ramos llamó a Carmelo Goitia y le montó un número por teléfono, en el que no faltaron amenazas claras como la situación se complicara. Carmelo se lo esperaba. Él mismo era consciente de que había sido una acción de aficionados baratos. Incluso le extrañaba lo que habían tardado en llamarlo. Él lo había dejado en manos de Gaizka, quien contrató a dos incompetentes y se desentendió de su planificación y puesta en marcha.

Lo único positivo era que ya habían cobrado todo y muy bien. Los que más tenían que perder eran los de Boroa, pero, aun así, Carmelo y Gaizka eran conscientes de que podían tener

problemas.

Carmen no quería precipitarse. Había estado con Ainara, salieron por Portu e incluso coincidieron un rato con Carmelo. Este estuvo muy callado, se le veía cabreado, pero nada salió de sus labios. Tampoco de los de Ainara, si es que sabía algo.

Llamaron a Carmelo cuando estaban en una terraza al lado del ayuntamiento y se despidieron con cierta prisa.

—No está teniendo unos días buenos. Siempre con líos, ya lo conoces —dijo Ainara.

Por la noche, advirtió que Gaizka estaba contrariado. Él, que era un hombre jovial, dicharachero y un tanto insustancial, tenía cara de funeral. No lo podía disimular, su semblante delataba que algo grave había pasado.

En muchos aspectos, Gaizka seguía siendo un adolescente crecido y tenía esos altibajos propios de la inmadurez. Lo mismo derrochaba entusiasmo que arrastraba una melancolía por cualquier chorrada. Le siguió el ritmo, con la rutina habitual, como si no hubiera notado nada.

Cuando se metieron en la cama, su novio enseguida se engoriló. Ella ya sabía que no era especialmente fogoso ni cargante, pero esa noche necesitaba una cura completa y el sexo ayudaba mucho.

Carmen se mostró dispuesta y colaboró en que la *faena* saliera bien. Al terminar, acurrucados y muy juntos, ella se lanzó a tumba abierta.

—¿Qué te pasa? Te veo muy desmoralizado, algo ha ocurrido. Carmelo estaba también muy bajo y ya sabes cómo es.

—¿Te mencionó algo?

—Él no, pero Ainara hizo un comentario que interpreté como que algo había sucedido.

—Y de mí, ¿dijo algo?

—Nada, y no hablamos del tema, pero me di cuenta. Gaizka, ya

sabes que estoy para ayudarte.

Aunque su novio no era de exteriorizar mucho, enseguida empezó a largarlo todo.

Se había llevado una bronca de puta madre de Carmelo. Le habían caído mil hostias, pero es que a su colega le habían caído otras tantas de quien lo había contratado. Ninguno de los dos le dio mayor trascendencia a la acción que tenían que realizar; por eso se la encargaron a dos niñatos imbéciles y había sido un auténtico desastre. El cliente estaba muy cabreado.

—¿Os habéis cargado a alguien?

—No, por favor. Ha sido otra cosa, un puto incendio. La verdad es que ese fue uno de los motivos para no darle importancia, solo habría daños materiales.

—¿Y qué es lo grave? ¿Han pillado a alguien?

—No, el problema es otro.

Gaizka le contó cosas que Carmen ya sabía. Él se había encargado del incendio, aunque no participó en él. Se hizo de puta pena y se encontraron tres latas de gasolina abandonadas en tres puntos estratégicos de la nave industrial. Conclusión evidente: el incendio había sido provocado y tanta chapuza solo se explicaba con el propósito de que los dueños de la fábrica lo supieran. Una amenaza típica de la mafia.

—¿Y el cliente no quería que se enteraran?

—Así es. Quería comprar la fábrica a precio de ganga y ahora, que se ha descubierto el pastel, puede saltar todo por los aires.

—Pero ¿la poli sabe algo?

—Que ha sido provocado, pero ignoran quién lo ha hecho. No es fácil que lleguen a nosotros.

—Entonces, ¿por qué tanto disgusto?

—Hemos quedado de puta pena, yo el primero, y Carmelo no lo va a olvidar. Los que nos lo han encargado son gente importante.

—¿Sabéis quiénes son? ¿Los conocéis?

—Nos ha contratado un abogado de uno de los bufetes más prestigiosos. El despacho no sabe nada, pero él está acojonado. Además, no es cosa suya, interviene en nombre de una sociedad muy importante que quiere comprar la empresa incendiada. Esto no nos lo ha dicho, pero nos hemos enterado.

—¿Son de aquí?

—Sí, están en Amorebieta, en un polígono industrial de las afueras.

—Chico, tampoco lo veo un drama. No os encargarán más cosas y punto. El incendio lo hicisteis, no hubo daños personales, la fábrica desapareció, cobrarán del seguro y no saben quién ha prendido el fuego. Olvidaos, es lo mejor que podéis hacer. ¿Os han pagado?

—Sí, nos han pagado todo y bien.

—Igual quieren recuperar la pasta. Vosotros veréis, pero yo les devolvería parte y todos contentos. No sé si sois conscientes, pero ellos tienen mucho más que perder que vosotros. Serán los primeros en buscar que esto se entierre y no se hable más. Igual esa compra que pretenden hacer les sale algo más cara y punto.

—Eso es cierto, el delito no es grave, pero ellos tienen que cuidar y mantener una respetabilidad que pueden perder si se descubre quién está detrás.

Mientras se desahogaba, Carmen ya tenía bien agarrado el instrumental de Gaizka, quien, agradecido, volvió a la faena intentando quitarse ese malestar que aún le quedaba y que poco a poco se iba disipando.

Su novia no necesitó esmerarse demasiado, porque él solito trajinó con fuerza y ganas el cuerpo de ella, empezando por esos bajos que últimamente había desatendido bastante. Allí había mucho trabajo atrasado y al momento pudo comprobar cómo su novia, enardecida y sin pudor, volvía a hacerse notar con unos suspiros y gemidos bien sonoros. Su prestigio varonil subió

muchos enteros.

Enseguida, ambos dormían plácidamente.

13

Domingo de Ramos. La procesión del Borriquito

Domingo, 10 de abril

Hoy era Domingo de Ramos y la procesión del Borriquito salía de la iglesia de San Vicente, en los Jardines de Albia, para desfilar por los alrededores. Para la familia Garay era un día importante y siempre estaba apuntado en su calendario. Nadie se lo perdía; los niños lo disfrutaban, pero los mayores también, y la abuela doña Regina ejercía todos sus poderes de anfitriona.

La Cofradía de la Pasión, constituida en 1941 y con sede en la iglesia de San Vicente Mártir de Abando, era la encargada de organizarla. Se trataba de una de las nueve cofradías que participaban en la Semana Santa y una de las de mayor prestigio y trascendencia.

Su indumentaria con capirote y túnica negra, con esclavina y cíngulo rojo, era elegante y de gran impacto.

Roberto, Begoña y Virginia eran cofrades como lo fue su padre, aunque ya solo participaban de manera esporádica y solía ser en la procesión de Viernes Santo, la más importante y numerosa.

Doña Regina y Eulalia se encargaron de preparar el ágape, para «los dos equipos de fútbol», los veintidós Garay que se iban a reunir a comer.

La terraza estaba engalanada con varios ramos y palmas, cruzados y bien sujetos a la barandilla. Salvo los críos con sus padres, que la siguieron desde la calle, el resto la vio desde la

terraza, agitando ramos y palmas como exigía la tradición.

Roberto informó a sus hermanos, según llegaban, de la reunión con Goyarrola y su abogado, sin cargar las tintas en lo tensa que había sido. En cuanto les comunicaran a lo que ascendería el importe neto de la venta, se reunirían para tomar una decisión.

Todos sacaron la conclusión de que el interés por su empresa no había decaído y harían una buena oferta. Solo la rabia y la humillación que supondría condicionaba la decisión de vender.

El *bloody mary* ya estaba en dos jarras grandes encima de la mesa y doña Regina les informó que el cava llevaba horas enfriándose en el frigorífico. Iñaki se encargó del vino y abrió dos crianzas de rioja.

El jolgorio de la chavalería enseguida estuvo en su máximo apogeo y las ganas de olvidar las últimas desgracias permitieron que la comida se celebrara en un buen ambiente y que todos disfrutaran con más o menos efusión, acorde al nivel de alcohol ingerido.

La matriarca estaba pletórica y se empeñó en que todos cambiaran los malos momentos por los que estaban pasando.

Recibí una llamada de Carmen mientras contemplaba ensimismado cómo la ría, con una calma exagerada, apenas se movía y al sol le costaba calentar.

Ya eran las diez de la mañana y estaba pensando en recoger el sedal después de otra jornada en blanco. La zona se llenaba de domingueros y ya no era plan de seguir allí.

—Garrincha, ¿te pillo en buen momento?

—Perfecto.

—¿Pescando?

—Cómo lo sabes, mujer. Qué control.

—Siempre te imagino con una caña en las manos.

—Ja, ja, ja, no es para tanto.

—Algún día te acompañaré, siempre me ha atraído.

—Por mí, encantado, aunque ya sabes que nunca pesco nada. Pero cuéntame.

—Necesito verte.

—Un vermú donde tú sabes a la una.

—Allí estaré.

Apareció en el Boar, donde yo la esperaba sentado al fondo del local. Un rato antes la había visto entrar despistando, subiendo al gimnasio y siguiendo los controles típicos para ver si alguien la seguía.

Llevaba unas gafas de sol oscuras y la melena recogida en una coleta. Una gorra alargada la protegía de una fácil identificación y tenía que reconocer que la mujer había mejorado desde el otro día. Ese cansancio arrastrado por una vida complicada empezaba a desaparecer y se notaba con solo verla moverse.

Pedí un vermú y Carmen optó por una caña de cerveza rubia.

—Percibo que ya tienes algo, tu rostro lo está cantando.

—Cierto. No ha sido difícil, me ha costado un buen polvo, pero eso ya lo daba por descontado. Gaizka es un hombre fácil de contentar, se ha portado bien en la cama y ha largado lo suficiente.

—Mejor.

A continuación, me contó todo lo que le había sacado a su novio. No lo llevaba escrito, pero su memoria era buena y pudo reproducirlo sin olvidar nada.

Además, al día siguiente se le habían escapado los nombres de los dos niñatos encargados de la acción. Se trataba de Miguel y Patxi, dos jóvenes de Sestao que habían colaborado con ellos en otros bisnes. Vivían en el barrio de Simondrogas, no trabajaban ni estudiaban y sería fácil localizarlos. Aunque ignoraba el importe de la cantidad cobrada, sabía que había sido un buen

negocio.

—¿Los chavales son de fiar?

Carmen se lo pensó un momento y contestó:

—Creen que sí. Les van a dar un toque para acojonarlos y que estén callados. Saben que con Carmelo y Gaizka les conviene no hacer el tonto. Si los pilla la pasma, no hablarán, les conviene no delatar a nadie. Su delito a nivel policial y judicial no es grave.

No tenía tan claro que no cantaran, pero me callé.

—Buen trabajo, te lo digo de verdad. Solo te pido que estés con el oído bien puesto, pero no sigas preguntando, ahora toca cuidarte.

—Lo tengo claro. De todas formas, seguiré atenta y, si me entero de algo nuevo, te cuento. Una cosa, yo no existo, que nadie sepa mi nombre ni tan siquiera referencias.

—No te preocupes. Es cierto que a los Garay les advirtieron de la reunión en Tamarises y siguiendo ese rastro han conseguido la pista. Ellos nunca van a saber tu nombre.

Nos despedimos enseguida. Los dos sabíamos que esto empezaba a funcionar.

Aproveché la tarde del domingo para informar a Roberto y Susana. Escucharon con atención la versión de Carmen sobre el cabreo de Goyarrola y Carmelo Goitia. La bronca recibida acreditaba que no querían que se supiera. También les conté que tenía los nombres y la forma de localizar a los autores materiales del incendio y que, por lo tanto, se los podía detener cuando quisiéramos. Evité dar sus nombres y otros detalles.

Los Garay se quedaron sorprendidos de la precisión y del alcance de la información, pero se les notaba que no tenían claro qué hacer.

—Garrincha, ¿qué nos recomiendas? ¿Vamos a la Ertzaintza? —preguntó Roberto después de detallarme la reunión que habían tenido el día anterior con Goyarrola y su abogado.

No tuve ni que pensarlo.

—Os recomiendo esperar. No tenéis prisa. Si lo hacéis, sería irreversible, las repercusiones, incontrolables, y lo más probable es que también os perjudicara a vosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Susana—. Cada vez lo tengo más claro. Si pagan bien, vendemos, pero después pensaré seriamente si meterlos en la cárcel o que alguien les pegue dos tiros en mi nombre. El dinero me va a sobrar.

Ni Roberto ni yo quisimos llevarle la contraria, pero su hermano dijo de inmediato:

—Vamos a esperar, no tomemos decisiones de las que nos podamos arrepentir. Escucharemos su propuesta y quizás podamos utilizar la información que tenemos para que el precio suba lo suficiente.

—Si lo dices tú, hermano, no van a pensar que es un farol. Prepara bien la intervención entrando en los detalles. Una insinuación tuya, clara y rotunda, dejará a Goyarrola temblando y al chorra de Ernesto babeando, pero de miedo.

—Vosotros mismos, pero tenedlo claro: yo no existo.

14

Goyarrola y Ernesto no tienen su día

Lunes, 11 de abril

Sabino Goyarrola estaba agobiado. El mes de abril no había empezado bien. Los problemas se acumulaban y el *affaire* de los Garay lo tenía bloqueado. No sabía muy bien cómo iba a acabar y su posición no era la mejor. Sus jefes, los chinos, seguían los acontecimientos desde la distancia, pero su silencio no duraría mucho. Los conocía y lo presentía, nunca habían sido fáciles y no podía perder de vista que ellos eran los que mandaban.

Salió de su casa en Las Arenas y bajó por el ascensor al garaje. Aunque tenía un chófer de la empresa a su disposición, por las mañanas le gustaba ir conduciendo, con los pensamientos despertando en su cabeza.

Todo fue muy rápido. Al salir por la rampa del garaje al muelle de Evaristo Churruca, junto al Puente Colgante, dos hombres vestidos de negro, con una gorra alargada, gafas negras y la cabeza cubierta con la capucha de la sudadera se acercaron a la ventanilla del conductor.

Mientras uno vigilaba con una pistola en la mano sin realizar ningún gesto para ocultarla, el otro le descerrajó cuatro tiros, dos en la cabeza y otros dos en el pecho, que fueron mortales de necesidad.

A Goyarrola se le dibujó en el rostro un rictus de sorpresa, pero apenas se enteró.

Los *killers* escaparon corriendo hacia la parte trasera de la iglesia de Las Mercedes, donde los esperaba un coche con el motor encendido y un conductor preparado para salir pitando.

Eran las ocho y veinte de la mañana y toda la acción no duró más de dos minutos.

Al abogado Ernesto Ramos le llegó un mensaje cuando entraba a dar una clase en la Universidad de Deusto. Era del despacho y le pedían que llamara urgentemente. Aunque le sorprendieron el tono y el apremio, los alumnos ya estaban preparados y no le pareció oportuno hacerlos esperar.

Era profesor de Mercantil en tercer curso de Derecho. Impartía tres clases a la semana y solía darlas a primera hora. Le gustaba la enseñanza, le permitía mantenerse al día en su especialidad y sabía que sus alumnos estaban contentos. Tenía fama de ser un buen profesor.

Al terminar la clase comprobó que tenía varias llamadas y supuso que algo grave había pasado.

Desde donde estaba, tardaría poco más de cinco minutos en llegar a la oficina. Prefirió dirigirse hacia allí y no perder el tiempo atendiendo las llamadas que se le acumulaban.

Cruzó la ría por la pasarela peatonal Padre Arrupe, atravesó el paseo de Abandoibarra y se dispuso a alcanzar la Torre Iberdrola por su parte trasera, acortando la distancia a través del césped verde que la rodeaba.

Solo pudo contemplar horrorizado lo que se avecinaba y quedarse petrificado sin poder moverse.

Como comprobó luego la Ertzaintza gracias a la declaración de varios testigos, fueron los mismos sicarios que dispararon y se cargaron a Goyarrola los que abatieron al abogado sin ninguna dificultad.

También fueron cuatro disparos y en las mismas partes del

cuerpo los que acabaron de inmediato con su vida.

La misma Glock 18, con munición 9 mm Parabellum, fue la causante de los dos asesinatos. El mismo Audi 5, también con un chófer al volante, aparcado junto al edificio de la biblioteca de la Universidad de Deusto, a cincuenta metros del crimen, se los llevó con tranquilidad y sin ningún alboroto, acreditando que se trataba de gente que sabía hacer bien las cosas. Clavaron también los dos minutos; todo estaba preparado al detalle.

Eran las nueve y treinta y cuatro minutos cuando los asesinos desaparecieron de escena.

La espectacular noticia no tardó en saltar. Los dos asesinatos tuvieron un impacto social tremendo. Bilbao parecía paralizada, como una ciudad boquiabierta que ya había olvidado el terrorismo y donde no se entendía qué significado podían tener estas dos muertes.

Los medios de comunicación no tardaron mucho en relacionarlos con el incendio de la fábrica de Sestao. Tanto a Goyarrola como al abogado se los situaba en el grupo empresarial que quería comprar la fábrica y se recordaba sin pudor que se trataba de un incendio provocado.

La imaginación de los periodistas se aceleró en todos los medios y, a la vez que coincidían en relacionar los dos sucesos, la siguiente conclusión consistía en situar a la familia Garay como la más interesada en que ambos hubieran pasado a mejor vida.

A Sara le pilló la noticia en la comisaría de Deusto y salió disparada hacia Las Arenas acompañada de Gabarrita. Fabretti se quedó para coordinar la brigada y poner a su equipo a trabajar.

La mañana transcurrió entre sobresaltos y con un caos informativo difícil de gestionar.

Cuando se produjo el segundo asesinato, la inspectora se trasladó a Bilbao y en el lugar de los hechos coincidió con

Fabretti, el Niño de Vista Alegre y los Kepas, mientras desde la comisaría Ongi Etorri atendía a los medios que llamaban sin descanso y a los jefes propios y de otros cuerpos, que también lo hacían.

Gabarrita continuó en Las Arenas, con compañeros de la comisaría de Getxo que acudieron en su ayuda.

—Fabretti —Sara en el trabajo siempre se dirigía a él como todos, por el apellido—, esto es tremendo. En menos de una hora, los dos. Ha sido una acción impecable. Es muy significativa, nunca hubiera pensado que llegaran a estos niveles. Cómo se las gastan los patronos desalmados, se parece a Chicago en los años veinte.

—Quizás es pronto para asignar autorías, pero es cierto que todo apunta a una *guerra* por intereses empresariales. Nunca había visto algo así —dijo Fabretti.

—Yo tampoco. El incendio, pase, pero liquidarlos de una manera tan profesional y brutal es de pura mafia, lo mires por dónde lo mires.

—Sara, ¿habrán sido los chinos?

—¿Los chinos? La verdad es que no estaba pensando en ellos, sino en gente mucho más cercana.

—¿Insinúas que han sido los Garay? —preguntó Fabretti, alarmado.

—No sé en quién pensar, pero sí que se me han pasado por la cabeza.

—Mujer, no, por favor. Sería casi como dejar una tarjeta de visita con la firma. No me encaja nada.

—Puede que tengas razón, pero no me digas que no es la deducción más lógica.

—Pero lo lógico, lo fácil y la verdad suelen estar reñidos. No me convence.

—Ya veremos. ¿Hay testigos? —preguntó Sara.

—Algunos. El cómo ha sido está muy claro, pero su identificación es otra cosa. Estaban muy bien ocultos tras sus vestimentas. Eso sí: son los mismos. Dos hombres jóvenes, pero no críos, entre treinta y cuarenta años. Fuertes, en forma y ambos de algo más de uno ochenta.

—Y la vestimenta de libro.

—Sí, pero lograda y cómoda. Habrá desaparecido al entrar en el coche —concluyó Fabretti.

—¿Nacionales?

—No lo sé, pero, en todo caso, no eran negros y parece que tampoco árabes. Los testimonios son suficientes y el automóvil identificado. Fue robado ayer por la noche en Lejona.

—Una cosa, reunión a las cuatro en Deusto —dijo Sara.

—Correcto. He avisado a la Comisaría General de la Ertzaintza y a la Policía Municipal para que busquen el coche. Es importante encontrarlo cuanto antes.

—Aparecerá. Otra cosa es que consigamos algo de interés, soy pesimista. Fabretti, que todos los testigos pasen a partir de esta tarde a las seis y mañana por la mañana a prestar declaración. Quiero que no se les olvide lo que vieron.

Sara no se había movido de la escena del crimen y estuvo en todo momento a unos pocos metros del cadáver. Fabretti se movió más y con los Kepas tomó nota de lo que ocurría y recogió los datos personales de todo aquel que hubiera visto algo.

El Niño de Vista Alegre dio muchas vueltas por la zona, hablando con posibles testigos y recabando información.

Enseguida, Ongi Etorri llamó a Sara para informarla de que el automóvil había aparecido junto a Mercabilbao en Basauri y que se dirigía de inmediato hacia allí. Desde la Central de Erandio también se trasladaba un equipo de la Policía Científica.

Llevo años en esto del crimen y pensaba que ya nada me podía sorprender. Pero los dos asesinatos sí lo hicieron. A los tintes mafiosos se añadía su simplicidad y desparpajo, acompañados de una ejecución de nota. Parecían querer decir«ojo, aquí estamos nosotros».

Lo complicado era saber quién había sido y quién estaba detrás.

Mi olfato no solía engañarme y sabía que los Garay no tenían nada que ver. Por muchos datos que apuntaran hacia la familia, con lo poco que los había tratado era suficiente.

Pero, a partir de ese descarte, mi ignorancia era supina. Estaba en casa cuando vi el número de Susana Garay parpadeando en mi móvil.

—Garrincha, esto es la hostia. Encima van a creer que hemos sido nosotros. No serás tú uno de esos, ¿verdad?

—No, mujer. De esto sé algo, os conozco y vosotros no habéis sido. Lo único cierto es que las dos acciones son muy profesionales, con tintes mafiosos y mucha prepotencia.

—Estamos anonadados. No sabemos qué hacer. Hemos preparado una nota para mandarla a todos los medios y nos gustaría discutirla contigo antes.

—Lo mío no es la diplomacia, solo os puedo dar mi opinión.

—¿Por qué no te acercas a la Bilbaína? Hemos quedado algunos de los hermanos. ¿Te parece a las doce?

—¿En el Bar Inglés?

—Sí, allí te esperamos.

La cabeza me daba vueltas y no era fácil reposar toda la información que iba recibiendo. Bilbao estaba conmocionada, eran personas muy relevantes y nadie entendía nada. Las noticias, incluso las más disparatadas, circulaban sin control. Las redes sociales amplificaban cualquier ocurrencia y la familia Garay era la destinataria de muchas de ellas. Aunque se elogiaba su historial emprendedor y otra serie de virtudes, al mismo tiempo

se empezaban a leer maledicencias y sospechas.

Recibí la llamada asustada de Teresa desde la tienda y la de Carmen, que me sorprendió aún más.

—Garrincha, pero ¿qué es esto? ¿Sabes algo?

—Nada, Carmen, lo que he leído. Estoy sorprendido y confuso.

—A mí me pasa igual. Estoy convencida de que no han sido los Garay, tan imbéciles no pueden ser. Pero ¿entonces? Algo se nos escapa.

—Seguro. ¿Tus amigos saben algo?

—Creo que no. Gaizka está tan sorprendido como yo, pero además está asustado. Le he dicho que hable con Carmelo.

—Es lo mejor. Si te enteras de algo, llámame.

—Lo mismo te digo.

Nada más colgar, reparé en que Carmen había percibido que no quería hablar demasiado. No la vi asustada, pero era un tema que le tocaba muy de cerca y la quemaba.

Me fiaba de esta mujer, pero tenía que evitar que se enredara con sus nervios o que su novio y su gente hicieran alguna chorrada.

A las doce y media, entraba en el Bar Inglés de la Sociedad Bilbaína. El portero, sin preguntarme el nombre, me llevó hasta donde se encontraban Susana, Roberto, Begoña y Virginia. Solo faltaban doña Regina e Iñaki.

A esa hora apenas había nadie y me senté en la mesa, bastante apartada de la barra, tras pedir un café solo.

Los Garay estaban contrariados y en sus caras se podía apreciar cuánto les había afectado la noticia. Parecía que ninguno quería hablar y fue Susana la que tomó primero la palabra.

—Ya ves cómo estamos, peor que en un funeral de la familia. Yo no he hecho más que acordarme de las veces que he repetido cómo me gustaría limpiarles el forro y, mira por dónde, alguno me lo

está recordando.

—Ya conoces el refrán, *perro ladrador, poco mordedor* —le comenté.

—Sí, pero la interpretación de todo dios ya ves por dónde va y eso que no abro Twitter —dijo Susana.

—¿En qué estáis pensando?

—Lee este comunicado. No es fácil redactarlo, decir lo que queremos, dar con el tono adecuado… —Roberto me entregó una nota.

La leí dos veces y no me gustó. Era muy larga, defensiva, como excusándose.

—No me convence, vosotros no tenéis que explicar que no habéis sido y pedir disculpas —dije con rapidez.

—Pero no dice eso —contestó Roberto.

—Estoy de acuerdo con Garrincha —dijo Susana—. Aunque no lo diga, es lo que se desprende. *Excusatio non petita, accusatio manifesta.*

—¿Qué harías tú? —me preguntó la fiscal.

—Una nota de condolencia sin más, manifestando el aprecio por el trabajo en favor de la industria vasca o algo así y ofreciendo la ayuda que necesiten en estos momentos tan difíciles, pero lo mío no es precisamente escribir.

—Igual suena a cachondeo —dijo Roberto.

—Vosotros no tenéis nada que ver y, por lo tanto, no tenéis que explicar nada. Nunca habéis culpado a nadie del incendio. Salíos de esa mierda.

Todos callaron, pero asumieron que era lo mejor. Aceptaron la propuesta y redactaron una nota muy aséptica.

—Y al funeral, todos y en primera fila. Tú la primera, Susana.

—Qué cabrón eres, Garrincha. Mejor no, que igual me entra la risa.

Después pasaron a comentar quién podría haber sido, sin que

nadie aportara ningún dato de interés. Menos Virginia, que siguió con el café, los demás optamos por otras bebidas más optimistas. Una birra, un verdejo y un *negroni*
para mí, al que se sumó Susana, encantada con volver a probar esepelotazo.

—Como me estáis mirando, quiero adelantaros que no sé nada. Solo lo que he leído, no me ha llegado nada más. Yo creo que debéis estar tranquilos. Aunque muchos periodistas y colegas vuestros puedan dirigir su mirada hacia vosotros, no tiene ningún sentido. Es absurdo montar una venganza tan evidente, sin ninguna finalidad empresarial.

»Nadie os puede obligar a vender y matarlos como venganza por el incendio, es impropio de alguien con dos dedos de frente. Una acción tan profesional se encarga, se prepara y tiene un objetivo. Con esta solo perdéis vosotros, es absurdo.

—Lo has explicado muy bien, pero ¿qué hacemos ahora? —preguntó Roberto.

—A los asesinos los buscará la Policía. Colaborad con ella, gestionad vuestros negocios de la manera que más os convenga y no os salgáis de ahí.

—Nuestro despiste es total —dijo Susana con rapidez—. Cargarse a Goyarrola y a Ernesto es querer meternos directamente en el asunto.

—O no —salté—. Igual no tiene nada que ver con vosotros. ¿Y si han sido los chinos?

—Ya lo hemos barajado. Pero si han sido los chinos, se los habrán cargado por su relación con nosotros.

—No os obsesionéis. Vida normal y no consintáis ninguna insinuación.

—Garrincha, tu contacto con ese mundo…

No dejé proseguir a Roberto y le contesté:

—Ya he hablado con él, pero no sabe nada.

—En todo caso, nos tienes al tanto de cualquier información que te llegue. Para nosotros es importante —dijo Virginia.

—Lo haré, no os preocupéis.

15

La Ertzaintza se pone en marcha

A las cuatro de la tarde se reunía la brigada en la sala principal de la comisaría de Deusto.

Sara inició la sesión relatando los hechos acaecidos por la mañana y detallando los elementos fundamentales del caso. Aunque eran dos asesinatos en lugares diferentes, estaban todos de acuerdo en que se trataba del mismo asunto y había consenso en que estaba relacionado con el incendio provocado en la fábrica de los Garay en Sestao.

Todavía era pronto para aventurar hipótesis sobre el porqué, quién estaba detrás y quién lo había hecho.

Del coche no habían sacado nada. Lo habían robado la víspera, pero no encontraron ninguna huella ni ADN. En las pocas cámaras cercanas a Mercabilbao no aparecía el automóvil.

Los testigos, tanto los de Las Arenas como los de Bilbao, coincidieron en la descripción de los autores, pero su vestimenta impedía identificarlos más allá de características comunes que no les permitían avanzar demasiado. Altos, fuertes, jóvenes pero no demasiado, y blancos.

Curiosamente del chófer no tenían ninguna descripción y nadie aportó ningún dato sobre él, como si no existiera.

El primero en tomar la palabra fue Gabarrita:

—Acabo de regresar del despacho de Ernesto. Todos están sobrecogidos, pero hay una cuestión que nos interesa: el sábado por la tarde hubo una reunión en sus oficinas de Torre Iberdrola,

en la que participaron Ernesto y Goyarrola, con Susana y Roberto Garay. La misma fue grabada sin que lo supieran los Garay.

—¿Eso es legal? —preguntó el mayor de los Kepas.

—Si el que lo graba interviene en la conversación, lo es. Hay varias sentencias del Supremo que consolidan su legalidad —contestó Gabarrita.

—Cierto —dijo Sara—. Ya hemos tenido algún caso.

—Nos la han dejado. Al haber sido asesinados, han decidido saltarse la confidencialidad, me ha dicho muy formal uno de los socios que ejercía de jefe.

—Qué impresentable. Solo faltaba que no quisieran dárnosla —apuntó Sara.

—Pues la reunión fue calentita. Los Garay no se callaron y los acusaron sin morderse la lengua, sobre todo Susana, de estar detrás del incendio provocado. Escuchadla vosotros, no tiene desperdicio.

Gabarrita puso un ordenador portátil en medio de la mesa y metió el *pendrive*.

Todos escucharon con atención y ni el vuelo de una mosca podía oírse en la sala.

«Ernesto, ¿no pensarás que somos gilipollas? Nos habéis quemado la fábrica y con regodeo vais dejando pistas para que lo sepamos. Y ahora te hartas de decir chorradas. ¿A quién quieres engañar?».

A estas palabras, casi siguió una ovación de los ertzainas.

—La verdad es que tiene toda la razón. Esta Susana me va a caer bien —dijo Sara—. Aunque se los haya cargado.

Y más cuando continuó:

«Nos han quemado la fábrica para comprarnos la empresa a precio de saldo. Eso es lo que pienso y sabes que acierto. Sois unos sinvergüenzas».

—Susana, reina mora, cómo me gustas —dijo el Niño de Vista

Alegre.

Todos asintieron convencidos, mientras continuaban escuchando el magnífico documento sonoro.

—Aun así, la única conclusión evidente es el cabreo de los Garay y las ganas de Susana, pero de ahí a mandarlos al otro barrio va un largo trecho. No me convence. Si te los vas a cargar, no lo anuncias —dijo Sara.

—A mí tampoco, aunque Susana no supiera que la estaban grabando. Las cosas no son tan lineales y los Garay no son unos gánsteres.

—Por lo menos, no lo parecen. —Sara matizó el comentario de Fabretti.

—No tenemos que sacar conclusiones todavía, yo los seguiría investigando —dijo Ongi Etorri.

—Por supuesto, Bienvenida. La venganza es uno de los motivos que está detrás de muchos crímenes —le contestó Sara.

—Oyendo a Susana Garay, no parece tan descabellado que hayan sido ellos. Si tienes dinero, estos crímenes se contratan y los sicarios pueden estar de vuelta ya en el Caribe colombiano. Y vete a culpar a una familia bien de toda la vida —apuntó Gabarrita.

Al final, todos estaban de acuerdo en que la familia debía ser investigada. Planificaron sus actuaciones y acordaron hacerles pasar por comisaría. También a los compañeros más cercanos de Ernesto en el despacho y a los directivos de Boroa. Estarían también con los comités de ambas empresas.

Con los testigos presenciales empezarían esa misma tarde. Fabretti quedó en insistir con los confidentes que tenían en el sector. Si los autores materiales eran de aquí, algún rumor circularía.

A Sara le gustaban estos casos. Ella lo sabía y su cuerpo generaba una fuerza y una vitalidad que la mantenían mucho

más activa y en tensión. Se centraba en ellos y era incapaz de tener otra idea en la cabeza. Sus nervios podían alterarla demasiado y convertir su carácter en el de una mujer que podía llegar a ser borde.

Pero ella se sentía realizada entre mafiosos que pillar y crímenes que resolver. Se convertía en policía de verdad y se olvidaba de ese papeleo administrativo que tanto la aburría.

A Fabretti le encantaba ver así a su novia. Además, Sara se activaba más sexualmente y él, ventajista donde los haya, siempre estaba allí para atenderla como es debido.

Estaba tardando mucho, pero por fin sonó el teléfono con el consejero de Interior al aparato.

—Sara, ¿cómo está? Vaya muerto, bueno, muertos, le han caído. Parece muy siniestro. Conozco a los Garay y son buena gente, no me creo lo que están insinuando.

La inspectora lo dejó hablar y, cuando acabó de decir generalidades, intervino:

—Es un caso muy mediático y extraño. Está teniendo mucha repercusión y más que tendrá. Aunque pueda parecer una venganza, no estamos convencidos de ello. Lo investigaremos. A la familia Garay la protege la presunción de inocencia y, además, por lo que sabemos, se la merece. Que sepamos, la chusma no ha entrado en sus filas y eso hay que valorarlo.

—Me alegra oírla, inspectora. Opino lo mismo.

—La investigación ya está en marcha y la primera conclusión, sobre la que no hay discusión posible, es que los autores materiales son unos grandes profesionales. Lo han hecho muy bien, con rapidez, eficacia y limpieza. Además, sin dejar apenas pistas que seguir.

—Habrán sido contratados.

—Eso seguro. Es un encargo por un precio a dos sicarios de nivel. No tenga dudas.

—Le agradezco la información y téngame al tanto, a la Ertzaintza y al Gobierno nos van a mirar con lupa.

Gabarrita entró en el despacho de Sara, donde la inspectora se encontraba con Fabretti repasando la documentación que ya cubría su mesa.

—Jefa, dos cosas. Le traigo un comunicado que ha emitido la familia Garay. Es escueto y no dice nada.

> Queremos manifestar nuestra plena solidaridad con la familia de Sabino Goyarrola, los empleados y los accionistas de Boroa Group.
>
> Siempre hemos tenido un gran respeto por Sabino y reconocido su profesionalidad acreditada en su intensa actividad empresarial.
>
> Asimismo, hacemos extensivas nuestras condolencias a la familia de Ernesto Ramos y a todos sus colegas del bufete Lege et Iure.

—No se han complicado la vida, han hecho bien —comentó Sara.

—Te cuento la otra. Ha llamado el presidente del comité de empresa de Maquinaria y Electrónica Garay. Están desbordados y espantados, quieren que sepamos que colaborarán con nosotros en todo lo que les pidamos, pero les urgía transmitirnos que ni la empresa ni los Garay tienen nada que ver con los dos asesinatos. Alguien los quiere destruir y muy solemne me ha dicho que todos los miembros del comité ponen la mano en el fuego por cada uno de los miembros de la familia.

—Pero ¿alguien los está acusando? —dijo Sara.

—Eso mismo le he preguntado y me ha dicho que todos apuntan a la familia y que, además de ser una mentira canalla, pueden

destrozar más de ciento cincuenta empleos. Si ya lo tenían mal, después de esto se ven en la cola del paro.

—Me imagino cómo estarán, para ellos es un desastre. Mantén el contacto y que te vaya informando de cualquier cosa que se enteren.

—En eso he quedado, los dos tenemos nuestros respectivos números.

16

Bárbara Alberdi, una reportera indómita

Bárbara Alberdi era periodista y a sus veintisiete años su arrojo, su inteligencia e inconsciencia la habían llevado a ser la reportera estrella del *Noticiero*, el principal periódico de Bilbao.

La habían hecho fija casi tres años atrás. Llevaba a sus espaldas un buen número de éxitos de investigación y desde el director del periódico hasta el último becario reconocían su instinto y su capacidad de llegar hasta donde nadie podía. Como no se cuidaba y era faltona, sus *alegrías* la situaban a un paso de sufrir una desgracia o acabar en prisión acusada de graves irregularidades. Pero en el *Noticiero* sabían que no podían prescindir de ella.

Bárbara siempre había sido una devoradora de novela negra y su afición por la nórdica provocó que, tras leer la trilogía *Millennium* de Stieg Larsson, se convirtiera en una fan de Lisbeth Salander.

También le encantaban los tebeos y las novelitas de Hopalong Cassidy, *cowboy* ficticio de principios del siglo XX, hoy una reliquia para fanáticos del *vintage*.

La reportera era muy activa, delgada, de estatura mediana, nerviosa, con aspecto de chico y un pelo negro que siempre llevaba muy corto.

Era una enamorada del *kickboxing*, una mezcla del boxeo y karate, y acudía con regularidad al ring de un GYM Boxing, en la zona de la Casilla, que tomó el relevo del famoso Ali-Kate de

Uribarri, por el que pasaron Uzcudun y Urtain.

Además, era una fiel seguidora del superpluma de Etxebarri Jonfer Metralleta, uno de los mejores de la historia del boxeo bilbaíno. Siempre que podía iba a sus veladas en Miribilla y no pocas veces quedaban para entrenar juntos.

Ataviada con unas botas Doc Martens y camisetas negras ajustadas al igual que los vaqueros, Bárbara era más guapa que la Salander, estaba muy cuerda, no lleva *piercings* y todos le reconocían un atractivo especial.

Había salido de casa de sus padres en Begoña cuatro años atrás, al poco de empezar a trabajar en el periódico. Vivía con una chica, Itziar, a la que presentaba como su novia, aunque solía comentar que de vez en cuando le gustaba tirarse a un buen maromo.

En cuanto la noticia llegó a la redacción, en sus oficinas del Edificio Sota de la Gran Vía, salió disparada hacia el lugar del crimen. No tardó ni cinco minutos en cruzar el parque de los patos y acercarse a Torre Iberdrola.

En la plaza de Euskadi y en sus aledaños, se veía barullo: policías, empleados de las oficinas de la Torre y muchos curiosos.

Algunos jóvenes trajeados se abrazaban, mientras el llanto se desbordaba en sus caras congestionadas. Bárbara entendió que serían los compañeros del letrado asesinado, pero no se paró y siguió hasta la parte trasera del edificio, donde en una parcela de hierba yacía el abogado Ernesto Ramos.

Aunque la escena del crimen estaba protegida por una cinta colocada por la Ertzaintza, el cuerpo acribillado a balazos no había sido movido y se veía perfectamente.

Bárbara no se lo pensó y se acercó como si estuviera de paso. Al llegar sacó de su mochila la cámara que llevaba preparada y disparó a gran velocidad media docena de
fotos.

Un ertzaina que la vio se le acercó con intenciones perversas,

según se desprendía del rictus que se le había dibujado en la cara.

La joven reportera ya había guardado su cámara y, según se iba, sacó el dedo corazón y le hizo una peineta que todo el mundo pudo ver, mientras le decía en voz alta para que la escucharan bien:

—Como me toques te doy de hostias, y sé bien lo que digo. Con esa cara de guarro, ni te acerques, mamón.

El policía no se lo esperaba y tampoco estaba acostumbrado a tales improperios y menos de una mujer periodista. Se quedó clavado, petrificado, sin entender qué había pasado, cuando él ni siquiera había abierto la boca.

Pero era un hombre sensato y comprendió rápido que lo mejor era no darse por enterado. Tratar con mujeres siempre era complicado y más con esa loca a la que ya tenía fuera de su alcance.

Bárbara supo enseguida que no había peligro. No era la primera vez que utilizaba métodos similares con las fuerzas del orden y solía funcionar siempre que los cargaras con expresiones soeces y amenazantes. Se quedaban atontados, sin respiración.

Solo tenía que preocuparse de que no la volviera a ver esa mañana. Dio una vuelta por los alrededores y se acercó a un grupo de jóvenes que estaban sentados en una de las parcelas de hierba cercana al paseo de Abandoibarra.

Se sentó y se mezcló con ellos. Pronto vio llegar a la inspectora Sara Cohen. Siempre que la veía pensaba en el polvazo que tenía.

Aprovechó para enviar las fotos a la redacción. Habían quedado muy bien y sabía que en pocos minutos estarían colgadas en la edición digital del periódico.

El redactor jefe le mandó unos emoticonos con aplausos y besos. Estaba contento y no era para menos.

Las cuatro chicas y los tres chicos la miraban sin disimulo, porque no sabían muy bien qué pintaba allí.

—Soy periodista y me he sentado con vosotros para despistar.

He tenido una movida con un ertzaina la mar de guarro y ya sabéis cómo se las gastan.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó un muchacho al que se le estaba poniendo la cara tierna mientras la miraba.

—No. Lo he mandado a tomar por el culo y le he prometido unas hostias.

Todos se rieron, incluso el que había hablado, y nadie osó querer enterarse de más.

Eran estudiantes de la Universidad de Deusto, algunos de Derecho y dos de ellos habían conocido a Ernesto como profesor. Estaban especialmente dolidos.

—¿Habéis visto algo? —les preguntó Bárbara.

—Los disparos, no. Justo cuando hemos llegado había acabado, pero en el revuelo que se montó algunos vimos el coche con los asesinos salir disparado hacia el centro de Bilbao. —Una de las chicas indicó con el dedo la dirección que iba hacia el puente del Arenal.

—Ha sido acojonante —dijo otro—. Yo creo haber oído los disparos, aunque parece que se han realizado con silenciador.

Bárbara aprovechó para cambiarse la camiseta negra por una blusa de flores que sacó de su mochila y se puso unas gafas de sol. Todos vieron sus tetas y que no llevaba sujetador, pero a nadie le dio un soponcio. Aunque a la periodista se la sudaba, se comportaron como si se hubiera quitado una rebequita por el calor que ya apretaba.

Siguieron hablando y al cabo de un rato se levantaron, algunos para volver a la facultad y otros para irse de allí. La ambulancia había llegado y las vistas no eran muy agradables.

Bárbara se despidió y, cuando estaba dando un pequeño rodeo para dirigirse al periódico, una de las chicas del grupo se le acercó y le dijo:

—Estoy nerviosa, me gustaría hablar contigo.

—Claro que sí, dime. Me puedes contar lo que te apetezca. Soy de fiar.

—Me llamo Mónica y he visto algo. Estaba charlando con una amiga, justo al lado de la biblioteca de la universidad, la del arquitecto Moneo. —Señaló con el dedo el edificio sobrio y singular que tanto éxito tenía entre los estudiantes y que estaba muy cerca de donde estaban.

Como notó que la chica quería hablar, pero le costaba hacerlo, le dijo:

—Soy reportera del *Noticiero* y me interesa mucho lo que me puedas contar.

—Te lo digo a ti y solo a ti, no quiero saber nada de la Policía, ¿entendido?

—Entendido, seré una tumba.

—He tenido muy malas experiencias con la poli y con el juzgado. Hace un par de años denuncié el robo de mi bolso y lo pasé fatal. Estuve en comisaría y luego en el juzgado para identificar al posible autor. Me amenazaron por la calle, por teléfono y en los mismos pasillos del juzgado.

»Al no reconocerlo, renuncié a ejercer la acusación particular, pero, aun así, me convocaron al juicio como testigo. Como no me presenté, me pusieron una multa y el juez me advirtió que, si no acudía a la siguiente citación, me detendrían. Asistí y en la entrada me volvieron a insultar. Entenderás que no quiera pasar por algo parecido y más en un asunto tan grave.

—Sé de lo que me hablas, Mónica. Yo no te lo he dicho, pero haces bien. Si en su día es necesario contarlo, lo haré yo y no tengo por qué revelar mis fuentes. Me protege el secreto profesional.

—Por eso te lo cuento a ti, aunque no sé si servirá de mucho.

—Adelante.

—Pues, como te he adelantado, estaba charlando ahí con una

amiga y tenía al lado un automóvil, parado junto a la acera, con tres hombres dentro. Dos en la parte de atrás y uno al volante.

»Los que estaban detrás fueron los que salieron del coche y se cargaron a Ernesto. Lo que vi de ellos no sirve para nada. Altos, cachas, morenos y blancos, pero siempre cubiertos con gorra alargada, gafas oscuras y vestimenta negra. Al salir del automóvil y cruzar la calle se pusieron la capucha de la sudadera y no era posible verles la cara e identificarlos.

—¿A Ernesto lo viste?

—No me fijé, pero por cómo ocurrieron los hechos, debió de venir de la Universidad de Deusto por la pasarela Arrupe que cruza la ría.

—Conozco el camino.

—Lo lógico es que lo vieran venir desde el coche y, al cruzar la avenida de Abandoibarra —dijo mientras la señalaba con el dedo —, los *killers* salieron del automóvil y se pusieron detrás de él, disparándole al acceder a la hierba. Seguro que había elegido esa opción para acortar algo el camino.

—¿Y el del coche? Por cierto, ¿de qué marca era?

—Un Audi, clásico, de cuatro puertas, elegante. Parecía nuevo.

—Perfecto, te estás explicando muy bien. Vamos con el chófer.

—Lo vi mejor. No llevaba gafas y tampoco la capucha de la sudadera. Solo una gorra parecida a la de los otros. Era más joven que los demás, le echaría unos veinticinco años, y era un auténtico bollazo, por eso me fijé. Morenazo, fuerte, con ojos claros y alto. Su cara era simpática.

—Adelante, continúa, hemos tenido la suerte de que te gustara.

—Estoy segura de que tenía una cicatriz de dos centímetros en la parte izquierda de la barbilla, debajo del labio. Le daba un aspecto de duro y lo hacía más atractivo. Y en la parte interna de la muñeca izquierda tenía un tatuaje, como una mariposa con las alas desplegadas. No me gustó, pero apenas se le veía.

—Pues tú bien que te fijaste, Mónica, fue todo un flechazo.

—No, por favor, solo era para alegrar la vista. Aunque no lo parecía, además de un esbirro es un asesino.

—Una curiosidad, ¿cómo viste el tatuaje?

—Llevaba un niqui de manga corta. Primero lo vi dentro del coche, pero luego salió y encendió un cigarrillo, pero enseguida lo apagó, debía de venir Ernesto, porque los otros dos salieron de la parte de atrás y cruzaron la calle. ¡Ah!, y es zurdo.

—¿Español?

—Sí, era de aquí. Lo oí hablar con los otros dos y, aunque no entendía lo que decían, habló en castellano, sin acento.

—Fantástico, qué mujer más detallista eres. No se te escapa una, serías una buena periodista. Si lo vieras, ¿lo reconocerías?

—Por supuesto que sí, aunque ya te adelanto que no pienso ir a ningún juzgado ni a ninguna comisaría.

—Está claro, pero a mí me lo puedes decir si te traigo, por ejemplo, una fotografía.

—Sí, aunque si lo veo al natural es más fácil. Una foto vete a saber.

—Déjamelo a mí, no te voy a fallar, tu nombre jamás saldrá de mis labios.

—Te creo, me fío de ti.

—Apunta mi móvil, tú me das el tuyo y estamos en contacto. Si recuerdas algo más, me llamas. Una cosa, ¿has hablado con alguien de esto?

—Con nadie, solo contigo. La chica con la que charlaba estaba de espaldas a él y ni se enteró.

—Pues sigue así; es muy importante, sobre todo para ti.

—Ni se me ocurre.

Bárbara regresó contenta a la redacción, aunque estaba nerviosa. Las fotos eran buenas, había estado rápida y eso daba sus frutos, pero la información que le había dado Mónica era una

bomba. Y solo la tenía ella. En estos momentos era la persona que más sabía de los asesinos.

Aunque había apuntado a vuelapluma algunas notas en el móvil, quería detallar toda la información recibida con precisión, ahora que la tenía fresca.

Hizo un relato cronológico de la mañana y de la conversación con Mónica, la reprodujo tal cual sin dejarse nada. Como conocía bien la zona, hizo un plano, situando el automóvil con los sicarios, los edificios y calles, así como el lugar exacto del crimen. Haría una medición exacta de las distancias para tener todo completo.

Dibujó también el recorrido del abogado y de los asesinos hasta que le pegaron los cuatro tiros y el camino de huida andando y en coche.

Describió a los tres y especialmente al chófer, con todos los detalles que le había facilitado Mónica. Quedó contenta con el trabajo realizado y, aunque era consciente de que la Policía podría hacer un retrato robot muy aproximado, esa información se la iba a guardar.

Todo se quedó en su iPad y en el ordenador. Al archivo le puso el nombre «chófer guapo» y se lo envió a su novia por si acaso, con la leyenda de «confidencial». Itziar sabía que no debía abrirlo.

Era una precaución por si venía la bofia con una orden de registro, o se producía un robo, un incendio o cualquier otra eventualidad. Así se quedaba más tranquila.

En estas entró Pablo, el redactor jefe.

—Acaba de llamar la Ertzaintza con un cabreo de puta madre.

—¿Quién ha llamado?

—La estupenda de Sara Cohen, la inspectora.

—¡¡¡Uuuuuffffff!!! Otro día me la pasas, me pongo mala solo de pensar en ella. Qué mujer, y eso que podría ser mi madre. ¿Y qué le pasa?

—Las fotos. No soportan no poder controlarlo todo.

—Bueno, si solo es eso… A uno de sus hombrecitos, además de hacerle la peineta y de mandarlo a tomar por el culo, le he ofrecido un montón de hostias después de llamarlo guarro.

—No jodas.

—Pretendía quedarse con las fotos, pero se ha acojonado. No sé por qué, no tengo ni media hostia, pero les entra el canguelo. Se ha quedado paralizado.

—Querían saber cuántas tenemos. Ya le he dicho que son todas de la misma escena. He quedado en mandárselas. Saben que podemos engañarlos, pero se sienten tranquilos manifestando su cabreo.

—Ya, no hay más fotos. Qué previsibles son. Los que tienen una hornada nueva con muchos bríos y bien chulitos son los munipas. Tengo preparado un reportaje que puede ser la hostia. Un amigo, oficial del juzgado, me dio un chivatazo y allí estuve viendo el juicio —comentó Bárbara mientras se reía.

—Cuéntame, que para que tú te descojones solo de pensarlo…

—Te lo resumo. Un incidente de una patrulla con un conductor, joven, bajito y esmirriado que se saltó alguna norma de la circulación, una chorrada. Están ambos en la calzada y el munipa fuertote, mandón…

—Me lo imagino.

—Le dice al chaval: «Enano, súbete a la acera que quiero verte». Y el chaval le contesta:«Me voy a subir, pero para que me comas la polla». El munipa, congestionado, mientras a su compañero le da un ataque de risa, le da una hostia al chaval que lo lanza varios metros por el aire. Parece que no hubo daños graves. A la jueza le dio otro ataque de risa y tuvo que suspender el juicio casi media hora. Estamos todos esperando la sentencia.

—Qué bueno. Salga como salga, mándame el reportaje, un genio el chaval.

—Manolo, se llama. Llamándose así ya tiene mucho ganado —

dijo la reportera.

—Volviendo a las fotos, éxito total. Todos los medios las han reproducido y nos citan, salvo algún envidioso impresentable. Las televisiones también, el cuerpo de Ernesto era una pasada. En una película no hubiera salido mejor.

Bárbara siguió a lo suyo. Como era costumbre, nunca valoraba sus trabajos. Pablo se marchó sin percatarse de que su reportera estaba muy nerviosa y que su cerebro disparaba sus pensamientos a toda velocidad.

A media tarde, Bárbara se fue para casa, la jornada había sido muy intensa y las dudas permanecían en ella sin saber qué hacer.

La reportera vivía con su novia al comienzo de la calle Bidebarrieta, casi enfrente de la biblioteca municipal, antiguo palacete de la Sociedad El Sitio. Era un apartamento pequeño, segregado de un piso grande, en un segundo piso sin ascensor. Estaban muy a gusto, era la mejor zona del Casco Viejo y el Arenal lo tenían casi en la puerta de casa.

Cuando llegó, Itziar ya estaba allí. Su novia era médica anestesista en el Hospital de Cruces y su relación, aunque con altibajos, funcionaba bien. Ya llevaban cerca de dos años y a ambas les parecía tiempo suficiente para saber que no se habían equivocado.

La periodista no era fácil, Itziar lo sabía, pero aguantaba con bastante estoicismo los prontos y locuras de su novia. También alguna infidelidad puntual que se había cruzado en su relación, sin mayor trascendencia. Pero es que Itziar estaba colada por Bárbara y esta, aunque solía mandarla a tomar por el culo una media de dos veces a la semana, también estaba muy enganchada. Sabía que la vida a su lado mejoraba mucho y, sin decirlo, agradecía constantemente la paciencia que tenía con ella.

Se cambió de ropa. La camisa de flores hizo reír a Itziar y tuvo

que contarle el motivo de su cambio por la camiseta. Su novia ya conocía que siempre la llevaba en la mochila para salir airosa de este tipo de apuros.

Volvió a una camiseta negra, de las que tenía una buena colección, y eligió unos vaqueros azules que le quedaban bien con todo.

Cuando salió del baño, Itziar observó que se había maquillado. Le extrañó, pero no dijo nada.

—Itzi, vamos a cenar por ahí. Tengo ganas, he tenido un día muy complicado.

—No se hable más. Me cambio y salimos ahora. ¿Dónde te apetece?

—Vamos al Mandoya, lo han reformado y lo han cogido los del Xukela.

Una de las cosas que más apreciaba Bárbara de su novia era su capacidad de escuchar. Nunca se cansaba y conseguía que largara todo lo que llevaba dentro, lavando todos los pensamientos enquistados que muchas veces la atormentaban.

Itziar tenía treinta y dos años y esos cinco años de diferencia conseguían que se sintiera más protegida y reconociera su autoridad para controlar sus neuras habituales.

Tomaron una birra en el Xukela, donde solían parar habitualmente, y a las nueve ya estaban sentadas en una mesa del Mandoya, que estaba enfrente. El restaurante, aunque reformado, seguía con el estilo de siempre. Sobrio, espacioso y cómodo.

Bárbara no tenía mucho saque, pero esa noche los nervios le habían producido ansiedad y pidieron una hermosa lubina a la plancha para las dos, acompañada de una ensalada de la casa. Con una botella de verdejo bien frío, enseguida se serenó y empezó a contar el lío en el que estaba metida.

Como no tenía secretos para Itziar, le detalló todas las

peripecias del día. La información sobre el chófer de los sicarios era tan relevante que su novia se quedó callada asumiendo el lío en el que se podía ver envuelta.

—Ya ves, esta vez ha sido sin querer, pero me han metido en un enredo jurídico, profesional y personal de cojones. Por una parte, como periodista tendría que estar feliz, soy una afortunada y tengo claro que no soy reportera para vivir cómodamente. Pero ¿qué hostias hago? No puedo quedarme como si no supiera nada y tampoco puedo revelar una fuente a la que me he comprometido a proteger.

—Al jefe, a Pablo, ¿no le has dicho nada?

—No, solo lo sabes tú.

—Con los datos que tienes poco puedes hacer, salvo que tengáis la suerte de encontrároslo en algún sitio y lo identifiquéis por el tatuaje y la cicatriz.

—Ya, pero eso sería un milagro. A la Policía tampoco le serviría demasiado, salvo que pueda hacer un retrato robot de calidad.

—Sí, pero incluso así, nuestro chófer y los otros dos esbirros pueden estar ya en cualquier lugar del mundo, escondidos o haciendo una vida normal. En una playa del Pacífico mexicano, por ejemplo —dijo Itziar.

—Me pega que son de aquí, pero pueden estar en cualquier sitio. Lo único, que la Policía detuviera a un sospechoso; ahí sí tendría sentido una identificación por el tatuaje y la cicatriz.

—¿Y Mónica aceptaría acudir a una rueda de reconocimiento?

—No; me lo ha dicho con toda claridad. Está convencida y, si la obligan, no lo reconocería. Además, yo no voy a ponerla en esa tesitura.

—Le ofrecerían el estatus de testigo protegido.

—Pero sería un calvario para ella. Esa gente acabaría pillándola y ya sabes lo que eso supondría. Lo tengo claro, ni hablar. En su caso, yo podría mandar un anónimo con la descripción detallada

de lo que sé, pero nada más —concluyó Bárbara.

—Menuda papeleta. Pobre mujer. No te queda otra que estar atenta a la investigación policial y poco más. Yo me olvidaría, es lo mejor.

Sabía que Itziar estaba en lo cierto, pero se conocía y se resistía a cruzarse de brazos.

Habían cenado bien y el tiempo se les había pasado volando. Se fueron al Lamiak, que estaba muy cerca, a tomar un gin-tonic sin prisa. Las dos lo necesitaban. Un lunes no era un día para estar animado, pero, aun así, saludaron a gente conocida y a las camareras, que ya eran amigas suyas.

Bárbara estaba ya más tranquila, sus nervios se habían aplacado y le ponía de buen humor saber que con su novia era mucho más fácil llevar su mochila siempre repleta de líos.

17

Los chinos dan señales de vida

Martes, 12 de abril

La actividad de la brigada estaba íntegramente centrada en los asesinatos de Goyarrola y Ernesto. Por sus dependencias de Deusto empezaron a pasar todos aquellos que tuvieran algo que ver con el caso: varios miembros de la familia Garay, directivos de Boroa, el portero de la casa de Goyarrola, compañeros del bufete de Ernesto, testigos presenciales, miembros de los comités de empresa…

Pero nadie contó nada que les permitiera avanzar en la investigación y solo confirmaron cuestiones ya conocidas.

Mientras tanto, la familia Garay se mostraba indignada con las informaciones que apuntaban hacia ellos. Lo hicieron bien, porque no entraron al trapo y evitaron intervenir en las redes sociales.

Los testigos presenciales fueron muy creíbles, desmintiendo a los novelistas rusos del siglo XIX cuando decían aquello de «mientes más que un testigo presencial».

La descripción de los autores fue coincidente, pero no aportaron ningún rasgo que permitiera identificarlos.

Sobre el chófer continuaban sin tener ningún dato significativo. Salvo que era hombre, ni siquiera pudieron concretar si llevaba gafas, gorra o la capucha puesta.

A media mañana llegó un comunicado de los propietarios de

Boroa Group, los chinos, como se los conocía coloquialmente, en el que entre otras cosas manifestaban su renuncia a la adquisición de Maquinaria y Electrónica Garay S. A. y, lo que era más curioso, indicaban que había sido una iniciativa de Goyarrola a la que nunca dieron su apoyo.

—Fabretti, si no entiendo mal, el comunicado es muy claro. No solo renuncian y se desentienden de la operación de compra, sino que descargan la responsabilidad en Goyarrola como si fuera un proyecto personal —apuntó Sara.

—Vienen a decir que ellos nunca estuvieron de acuerdo.

—Y encima lo mezclan con el asesinato, sus condolencias y demás. Es como para pensar mal.

—Sara, una cosa, ¿los chinos son chinos? —preguntó Fabretti, todo serio y tan campante.

Sara soltó una carcajada.

—¿Están en China? —matizó el inspector.

—Los que mandan, sí. Pero vamos a hablar con el segundo de a bordo, que no es chino, a ver qué nos dice.

Al cabo de un rato, Martínez, el director general de Boroa, sorprendido también por el comunicado, no supo aclarar sus intenciones. Él siempre había pensado que los propietarios estaban detrás de la operación de compra, no porque se lo hubieran dicho, estas cosas no las trataban con él, sino por pura lógica. «Goyarrola jamás hubiera actuado por su cuenta; en un tema de este alcance debía de tener su apoyo expreso. Eran muy suyos y por un tema de estos te ponían en la calle sin ningún miramiento», había dicho convencido.

Martínez no quiso ir más allá en sus conclusiones, pero sus comentarios eran claros. Los chinos habían dado un volantazo y querían alejarse rápido de cualquier implicación con los Garay.

«Pero ¿por qué? —se preguntaban los inspectores—. ¿Y si los chinos estaban detrás de los asesinatos?».

—No me atrevo a decirlo en voz alta, pero es una hipótesis que no podemos desechar —concluyó Sara.

—No podemos descartarlos. Tenemos que investigarlos bien; además, por ahora no tenemos otras líneas de investigación —concluyó Fabretti.

—El problema es cómo. ¿Qué hacemos? No va a ser fácil la investigación y mucho menos con los orientales.

18

Garrincha y Carmen avanzan en sus pesquisas

Miércoles, 13 de abril

Me encontraba desconcertado, no conseguía tener un criterio sobre el asunto y mi instinto delictivo tampoco me servía como brújula para avanzar.

Los Garay me habían vuelto a llamar, su angustia crecía y los comentarios y las medias verdades apuntaban cada vez más hacia ellos. La Ertzaintza había estado correcta, pero en el fondo pensaban que eran los principales sospechosos.

Teresa había estado el día anterior con Susana en el Club Deportivo y la vio muy afectada.

Mi mujer, que en estos asuntos siempre había acertado, me comentó con una seguridad absoluta que los Garay eran inocentes. Yo también lo creía, los conocía lo suficiente para saber que eso no iba con ellos, pero es que además su posición empresarial se debilitaba mucho.

Arriesgarse a perderlo todo y acabar en la cárcel era un disparate, y los Garay eran todo menos disparatados. La venganza como única razón no era bastante.

En estos casos, uno siempre se suele hacer la pregunta de a quién beneficiaba el crimen.

Pero no podía responderla. No veía a nadie favorecido, ni incluso interesado. Y esto no era cosa de un loco. Cada vez me parecía más evidente que desconocía algo importante.

Los autores habían preparado los asesinatos a conciencia. Manejaban muchos datos de la vida corriente de las víctimas para poder ejecutarlos de forma impecable. Y no debía olvidar que esto implicaba cercanía a las mismas.

La ría seguía bajando con fuerza y un alboroto muy ruidoso se oía cerca mientras las aguas fluían veloces hacia el mar.

Otra jornada de pesca que finalizaba ensimismado, con mis pensamientos perdidos y olvidando que el sedal se tensaba constantemente. Pero sabía que era por el propio empuje del caudal.

Justo cuando ya tenía todo recogido, recibí la llamada de Carmen. Quería verme. Aunque no me comentó más, no hizo falta que dijera nada para saber que algo tenía que contarme, y cuanto antes mejor.

A la una del mediodía entré en el Boar y me senté donde el otro día. Cuando me estaban sirviendo una caña, la vi aparecer y aproveché para pedir otra para ella. Se sentó y, sin dejar que la saludara, me dijo:

—Garrincha, ya ves que he sido rápida.

—Desde luego, en cuanto has llamado, ya me he imaginado que tenías algo.

Carmen estaba resplandeciente y había mejorado mucho desde la primera vez que la vi. No sabía si era porque estaba haciendo algo útil, a la vez que se ganaba una buena pasta, pero lo cierto es que sonreía con facilidad, su cara tenía un buen color y se la veía más animada.

—Hay movida, estos están de los nervios.

—Cuéntame, que por mi parte estoy muy despistado.

—Tengo dos vías de información. Gaizka, al que ayer vi nervioso y con ganas de hablar. Es un hombre al que enseguida se le nota su estado de ánimo, sus preocupaciones. Pasa de la euforia a la

melancolía con rapidez y su cuerpo, sobre todo, emite señales inconfundibles.

—¿Y cómo eran esas señales? —le pregunté sin saber muy bien a qué se refería.

—Estaba nervioso y deprimido. Algo había sucedido.

No quería interrumpirla, aunque no parecía encontrar las palabras precisas. Como veía que me callaba y esperaba que continuara, lo hizo.

—Dos abogados, compañeros de Ernesto, habían llamado a Carmelo; querían hablar urgentemente con él. Esto fue el lunes por la tarde y Carmelo entonces solo sabía que se habían cargado a dos tíos importantes, uno en Las Arenas y otro en Bilbao. Cuando se enteró de quiénes eran se quedó de piedra. Mi novio recibió una llamada de Carmelo y se puso a temblar. Lo sé porque lo conozco.

—¿Y quedaron con los abogados?

—Sí, ayer por la mañana. Carmelo quería que lo acompañara Gaizka. Ignoraban el motivo, solo que los abogados estaban consternados y les pidieron no comentar con nadie la cita que iban a tener.

—¿Y así lo hicieron?

—Sí, no lo hablaron con nadie y se acercaron a Tamarises. El otro abogado que acompañó a Ernesto estuvo también ayer.

—Estos no cambian sus costumbres.

—Gaizka y Carmelo fueron a escuchar. No sabían ni tenían nada que ver con los asesinatos, pero estaban acojonados.

—Me imagino lo que plantearon.

—Larga, a ver si aciertas.

—Que van a comunicar a la Ertzaintza la autoría del incendio. El bufete se juega mucho, al final se va a descubrir y prefieren anticiparse y colaborar desde el primer momento. Y, claro, fue cosa de Ernesto, y ni el despacho ni nadie en él sabía nada.

Carmen se rio y dijo:

—Bingo, por ahí van los tiros. Lo primero que les preguntaron fue por los asesinatos. Carmelo les respondió que no tenían ni idea, se enteraron por ellos y parece que le creyeron. Y a continuación les comentaron que quieren descargar su mala conciencia y contarle a la bofia lo del incendio. Con dos cojones le proponen a Carmelo que también lo confiese y colabore con la Policía.

»Todo ello lo adornan argumentando que se trata de un delito menor que no conlleva cárcel, y que, con un atenuante de colaboración con la Justicia, podría quedar en poco más de una multa. Lo tenían todo pensado e incluso sacaron un Código Penal y se lo explicaron leyéndoles los artículos correspondientes a los daños, que son los que se aplican al incendio al no poner en peligro vidas humanas.

—Ya solo faltaba que se ofrecieran a defenderlos gratis —dije.

—Pues casi. Les indicaron que les podían proporcionar un buen abogado de otro despacho, uno de los mejores. Se abstuvieron de ofrecerlo gratis, pero seguro que ese no era el problema.

—Carmen, si es bueno, no puede ser abogado. —Me reí—. Y Carmelo, ¿qué dijo?

—No daba crédito a lo que estaba oyendo. Gaizka alucinaba. Sospechando que podían estar grabando la conversación, Carmelo les dijo que «Ni yo ni nadie que conozca hemos participado en el incendio; estáis muy mal informados. Olvidaos de nosotros, que nos podemos poner de muy mala hostia». Al mismo tiempo, sacó un papel y escribió con mayúsculas y letra grande: «SI CANTÁIS, PRINGAMOS A ASÍS Y A TODO EL DESPACHO. NOS HUNDIREMOS TODOS».

—Asís me imagino que es el que estuvo con Ernesto en Tamarises.

—El mismo. Ayer era el que llevaba la voz cantante —contestó

Carmen.

—Goitia es duro de pelar, sabe de esas cosas, hizo lo que tenía que hacer y, además, fue rápido. Cuéntame cómo terminó.

—Asís y el otro acusaron el golpe. Lo primero que soltó es que no estaban grabando la conversación y a continuación comentó que les daban de plazo hasta finalizar la semana para buscar a los asesinos y, si no lo conseguían, para confesar la autoría del incendio.

»Carmelo les recordó que ya conocían su posición y que no la iba a cambiar. Terminó advirtiéndoles que se anduvieran con cuidado. Hasta ahora nadie se había metido con ellos.

—Buena información, Carmen. La situación no es fácil para nadie, pero peor lo tienen ellos. Tu novio y Carmelo han cometido un delito; se pueden salvar de la cárcel, pero el bufete puede hundirse y arrastrar a cientos de abogados. Además, con la responsabilidad civil, podrían acabar pagando todos los daños y perjuicios ocasionados, y probablemente podrían ser acusados de cooperadores necesarios en el incendio.

—Vamos, que no se lo recomendarías —afirmó Carmen.

—Por supuesto. Negaría cualquier relación con el incendio y, si la poli averiguara algo, mantendría que el bufete no sabía nada.

—La verdad es que los que más pueden hundirlos son precisamente Carmelo y Gaizka —dijo Carmen.

—Si yo fuera uno de los abogados, de lo que me preocuparía es de atar que, si la poli descubre algo del incendio, Carmelo no los involucre a ellos. Y justo lo están haciendo al revés.

—Estoy de acuerdo, pero ya ves cómo se está enmierdando el caso.

—Carmen, antes has mencionado que tenías dos vías de información. Te falta una.

—Sí, la otra es Ainara, la novia de Carmelo. Sin yo preguntarle nada, salió de ella contarme que Carmelo estaba de los nervios.

Tiene miedo de que le pringuen con los asesinatos y, aunque él no tiene nada que ver, es un hombre conocido y siempre hay gente con ganas de joderle. Así me lo dijo. Y yo teóricamente no tenía por qué saber nada.

—Carmen, esto se pone bueno, continúa.

—Todo era como alegórico, sin concretar, como dejándolo en una nube. Le pregunté: «Pero ¿le quieren joder los que se cargaron al abogado y al empresario?». Y entonces me contestó: «Es todo confuso, unos abogados se han dirigido a él por lo del incendio y otros personajes querían hablar de los asesinatos». Y le respondí: «Entonces ¿está entre dos fuegos, el del incendio y el de los asesinatos?».

—Bien dicho, torera.

—Algo así me dijo. Y no sabe cómo salir, probablemente se largará una temporada, hasta que escampe. Los abogados son unos gilipollas, pero los otros son peligrosos.

—Carmen, esto se anima, algo está pasando. Por lo que cuentas, parece que Carmelo también ha recibido la visita de los asesinos de Ernesto y Goyarrola. ¿Te dieron algún dato sobre ellos?

—No, solo que estos le daban más miedo. A los abogados podría neutralizarlos, pero todo ha sido muy poco preciso… y al final no he podido avanzar más. Yo tenía que hacerme la tonta.

—Y Gaizka, ¿qué sabe de esto?

—Ni idea; no me ha contado nada.

—Igual lo hace.

—Yo estaré al loro, pero no quiero que se me note demasiado. Nunca le he preguntado por sus cosas. Garrincha, ¿sabes qué pienso?

—Dime.

—Que deberías hablar con Carmelo directamente y plantearle que quieres cazar a los asesinos y necesitas ayuda.

El comentario de Carmen no me lo esperaba. Un escalofrío me

recorrió todo el cuerpo. Solo me había implicado para ayudar a los Garay con lo del incendio.

Como Carmen me vio callado, pensativo e intuyó que desconcertado, me dijo:

—Garrincha, no te estoy pidiendo que te metas, pero plantéatelo. Si queréis resolver los asesinatos de Goyarrola y Ernesto, habla con Carmelo, creo que sabe mucho del tema y quizás necesite ayuda.

—Me has sorprendido, sin más. Tengo que valorar en primer lugar lo que puedo perder.

—Carmelo te conoce. Seguro que te tiene en consideración, por él y por su padre. Si no está por la labor de echar una mano, te retiras y ya está. No tiene por qué haber ningún problema.

—Mujer, estas cosas se suelen complicar y son peligrosas. Conozco el percal.

—Ahí tú mandas; seguro que tienes razón.

—¿Cómo podría acceder a Carmelo? No te quiero pringar.

—Yo tengo que continuar de quintacolumnista, recogiendo la información que vaya cayendo de Gaizka y Ainara. Llámalo directamente o, si prefieres, hazlo a través de Félix, lo conoce bien. No deis otros rodeos, es peor. Que te vea venir desde el principio, con las cosas claras y dando la cara. Es lo mejor.

—Lo voy a pensar y hablaré con los Garay, ellos son mis clientes. Mientras tanto, estate con el oído bien puesto. Serás la primera en saber lo que decida.

—Lo que hagas me parecerá bien.

Cuando ya acabábamos, no pude resistirme y le dije:

—Por cierto, te veo mucho mejor. Estás muy guapa, pareces otra.

Carmen se rio y con ello parecía darme la razón.

—Estoy mejor, es cierto. Esta aventura me está levantando los ánimos, estaba en muy baja forma y bastante deprimida. Lo de

guapa es una exageración, pero se agradece.

—No exagero nada. En esto créeme también.

Nos reímos, esta vez los dos, y mi colega se terminó la cerveza de un trago y se fue.

19

Bárbara se da un homenaje

Jueves, 14 de abril

Eran frecuentes los sueños de Bárbara en los que se despertaba empalmada y *taladraba* a su novia o a alguna otra candidata a satisfacer su fantasía.

Esa mañana todavía lo estaba cuando se despertó, hasta que comprobó que todas sus partes estaban en orden, pero que una imponente excitación inundaba todo su cuerpo.

Enseguida se lanzó sobre su novia para *taladrarla*, como ocurría en sueños, y poderse dar ese festejo que tanto necesitaba.

Itziar, que la conocía bien, siempre estaba por la labor y, como si todavía siguiera dormida, la dejó hacer, comprobando enseguida cómo su libido igualaba a la de su *partner*.

La periodista era de por sí muy efusiva y a la vez le encantaba decir guarradas a su compañera de cama. La anestesista las esperaba y entraban por sus oídos con unos efectos que nunca fallaban. Para la autoestima eran todo un lujo e intentaba corresponder con expresiones y sonidos parecidos, pero que nunca ganaban en alboroto y ordinariez a las de su novia.

Se comieron bien todo lo que encontraron en sus escarceos y se prepararon para el asalto final. Con esmero alcanzaron un estado de disposición muy parecido y el temblor previo al orgasmo comenzó a gestarse ganando poco a poco en intensidad, hasta que se produjo una explosión coordinada en ambos cuerpos.

Itziar siempre pensaba con pudor en la vecindad, pero ya estaba acostumbrada y Bárbara, faltaría más, podía hacer lo que le diera la gana.

Derrengadas, se abrazaron y acabaron en ese estado de duermevela que tanto les gustaba.

Estaba ansioso, daba vueltas a todas las informaciones que tenía en la cabeza y sobre todo a la propuesta que me había hecho Carmen. Quería tener una brújula que me permitiera seguir por un camino, con cierto rumbo y un objetivo claro.

Los asesinatos habían trastocado todo y se salían de cualquier lógica. Teresa, que era mucho más sensata y racional que yo, tampoco le encontraba ningún sentido a lo que estaba sucediendo. Sostenía que había una *guerra* al margen de lo que nosotros sabíamos y con otros contendientes.

«Marido, por el incendio no se los han cargado. Los Garay no han sido, hay que salir de esa historia, en algún lugar han ocurrido cosas muy graves que se nos escapan», me decía convencida.

Hoy eran los funerales. A la una, el de Ernesto en la iglesia de San José, en pleno centro de Bilbao. A las siete de la tarde, en la iglesia de las Mercedes, en Las Arenas, el de Goyarrola.

Me hubiera gustado ir, pero sabía que no debía hacerlo. Sara y Fabretti no se lo iban a perder, lo filmarían en su totalidad, incluidos todos sus alrededores, y solo faltaba que me vieran por allí, como el perejil de todas las salsas. Sacarían unas conclusiones bastante acertadas y era lo último que necesitaba.

Tenía que hablar con los Garay. Lo que me había contado Carmen incorporaba elementos nuevos que debían saber. Su propuesta de hablar con Carmelo cada vez me convencía más. Por lo menos podíamos empezar a aclarar cosas, descartar las sospechas sobre mis clientes y que estos pudieran continuar con los negocios como mejor quisieran.

Ese día también bajé a pescar, lo necesitaba. El jueves amanecía lluvioso, la temperatura era baja y un sirimiri copioso amenazaba con dejarte destemplado en poco tiempo. Me abrigué bien y, según me dirigía hacia el extremo del barrio, comprobé que la bruma había entrado por todos los lados de tal forma que de la isla de Zorrozaurre solo podían apreciarse unas sombras que escondían los pocos edificios que quedaban en pie. Los montes Banderas, Avril y Artxanda habían desaparecido y la misma Torre Iberdrola solo se adivinaba si te fijabas mucho por dónde estaba.

Según me acercaba a mi sitio habitual, oí un ruido horroroso que salía de una especie de radiocasete; enseguida lo identifiqué como reguetón. Por poco me desmayo. Miré a los lugares donde se situaban mis colegas y estaban vacíos, salvo el puesto en donde estaba situado el desaprensivo con aquel sonido que mataba y desmoralizaba a cualquiera.

Advertí que solo estábamos los dos. Los habituales habían huido espantados.

Cuando estuve junto a él, me paré y lo miré; el hombre se descompuso y empezó a temblar. Pensé en aquello que se decía de mí, que cuando me enfadaba se me dibujaba un cuchillo en la mirada.

Enseguida comprendí que estaba exagerando y me contuve.

—Caballero, ¿podría usted bajar el volumen, por favor? Los peces son muy sensibles y pueden acabar huyendo.

—Solo faltaba, ahora lo bajo, pero créame que les gusta. En el Caribe todos pescan acompañados de un buen reguetón y no le miento, pican mucho.

—Seguro que es cierto, pero aquí, ya sabe, somos muy espesos y los peces se contagian.

Ya con el volumen muy bajo, el *colega* siguió mis pasos hasta que me coloqué unos metros más allá. Estaba convencido de que yo estaba loco.

Esa mañana, Bárbara no llegó a la redacción hasta pasadas las once de la mañana. Ese horario estaba más que justificado; llevaba unos días especialmente intensos y el descanso, unido a un buen festín, era lo que necesitaba.

Empezó a ordenar las tareas del día, dejando tiempo para ir a los funerales de Ernesto y Goyarrola. Quería sacar buenas fotos y montar varios reportajes, retratando a una sociedad pudiente, angustiada por unos crímenes que nadie entendía.

Se sorprendió cuando vio en su teléfono móvil una llamada entrante de Mónica. Aunque tenía registrados los números de varias Mónicas, no tuvo dudas de quién se trataba e intuyó que podía ser importante.

—Mónica, ¿qué tal estás? Me alegra oír tu voz, cuéntame.

—Estoy acojonada. Creo que lo he visto. Ya sabes de quién te hablo.

—Me lo imagino.

—Ayer por la noche en un tugurio, en el Ambigú, enfrente del Antzokia.

—No sigas, tenemos que vernos.

—Sí, mejor. Dime tú la hora y el sitio, tengo el día bien.

—Yo estoy bastante liada. Además, son los funerales.

—Ya me he enterado.

—Esta noche a las nueve y media en el mismo Ambigú, lo conozco bien. ¡Ah!, y no lo comentes con nadie.

—No te preocupes. Nadie va a saber nada.

Hablé con Susana. Los Garay tenían el día muy ajetreado. Pensaban acudir a los dos funerales y no era precisamente un plato de buen gusto. Además, la empresa estaba tomando decisiones importantes para la reconstrucción de las instalaciones, pero ellos también querían verme.

Quedamos en tomar un café a las once.

Cuando entré en el Lope de Haro ya estaban esperándome Roberto y Susana. Supuse que habían quedado unos minutos antes para ordenar sus ideas y ver qué me contaban.

Andábamos con el tiempo justo y, nada más tener el café servido, comencé a detallarles la conversación que había mantenido con Carmen. Seguía sin decir el nombre ni el sexo de mi interlocutor, pero en todo lo demás no modificaba los datos que daba. Eran exactos.

Se quedaron muy sorprendidos por la propuesta de Asís y su colega del bufete de Ernesto.

—Para mí —intervino Roberto— es una sorpresa, aunque, pensándolo bien, tiene su lógica. Si lo cuentan y denuncian, la marca Lege et Jure quedará muy tocada, aunque le echen toda la culpa a Ernesto. Pero si no lo hacen y se descubre, aún será peor y quizás podrían pedirles responsabilidades penales además de civiles.

—¿Vosotros habéis barajado pedírselas? —les pregunté.

Ambos se callaron y la primera que habló fue Susana.

—No sería mala idea; igual, para taparlo, están dispuestos a poner tela y ayudarnos a reconstruir la fábrica —dijo sin estar muy convencida.

—Sinceramente, Garrincha, no lo hemos hablado y en mis pensamientos siempre ha estado responsabilizar en exclusiva a Boroa Group del incendio. Pero soy consciente de que con lo que me cuentas la situación puede cambiar —dijo Roberto.

—¿De la poli sabéis algo?

—Hemos estado dos veces con ellos, pero creo que no han avanzado gran cosa. También han estado con el comité de empresa. La Ertzaintza está convencida de que el incendio lo encargaron los de Boroa con Goyarrola al frente. Mi impresión es que no tienen claro cuál es el papel de los chinos, pero de los abogados no nos han dicho nada —comentó Roberto.

—Nosotros siempre hemos pensado que la bofia, como la llamáis, debía resolver el incendio y ahora los asesinatos, pero empiezo a dudar seriamente de ello —apuntó Susana, en un tono desabrido, y continuó—: La inspectora y el estupendo de su novio apenas intervienen y son sus subalternos, con esos nombres tan estrafalarios, los que llevan todo.

—Conozco bien a Sara y a Fabretti y, no te creas, ellos estarán encima de todo y el tema les gusta; no lo van a soltar.

—¿Qué opinas de la propuesta que te ha hecho tu *garganta profunda*? —preguntó Susana.

—Quizás me pasa como a la bofia, que, aunque con más datos, también estoy despistado. La idea de hablar con Carmelo Goitia puede ser buena. No me parece mala idea —les dije.

—Puede que sea la única que tenemos para avanzar. Si los asesinos de Ernesto y Goyarrola han hablado con él, es una pieza decisiva. Él tiene que estar al tanto de todo —dijo Roberto.

—Eso parece, aunque vete a saber. De todas formas, la única manera de salir de dudas es hablar con él —contesté.

—¿Puedes hacerlo? —me preguntó Susana.

—Sí, quedar con él no es problema. Otra cosa es lo que me cuente.

—¿Has pensado algo? —me preguntó Roberto.

—Yo tengo que ir de vuestra parte. Es la única forma lógica de que yo tenga un *interés* suficiente para preguntar y que Carmelo me acepte como interlocutor. Él entenderá perfectamente que estáis investigando todo lo relacionado con el incendio provocado.

—Nos mencionaste que te conoce bien —dijo Susana.

—Nos conocemos y a su padre lo traté mucho. Él sabe que se puede fiar de mí.

—¿Piensas contarle que sabemos que ellos incendiaron la fábrica? —preguntó Roberto.

—Sí, es la única manera de dar sentido a mi entrevista. Pero no

descubriré mis fuentes; solo diré que se comenta en el sector. No le extrañará. Vosotros estáis al margen, me contratasteis y punto. Con la pasma ni hemos hablado ni lo vamos a hacer.

—Adelante, Garrincha, tienes nuestra autorización. Tú sabrás cómo lo planteas —dijo Roberto.

—¿Estáis de acuerdo en que le asegure que no vais a denunciarlo en la Policía ni en el juzgado? Debe tener cierta garantía para hablar.

—Se lo puedes asegurar. Quién encendió la gasolina no es lo más importante.

Nos despedimos y solo pensé en no haberme equivocado con el paso tan decisivo que iba a dar. Limpiaría y engrasaría mi Beretta, la iba a necesitar.

20

Funerales en los Agustinos y en Las Mercedes

Los funerales se celebraron por todo lo alto, repletos de gente bien que se encontraba consternada sin poder explicarse a qué se debían ambos crímenes. Estos sobresaltos no eran propios de una ciudad como Bilbao, salvo en el recuerdo ya lejano de los años de plomo del terrorismo de ETA.

La iglesia de San José de los padres agustinos, muy cerca del lugar donde fue abatido el abogado Ernesto Ramos, estaba abarrotada y buena parte de la plaza donde estaba ubicada se encontraba llena. La circulación de los vehículos tuvo que ser desviada por una de las esquinas de la plaza. El bufete Lege et Jure al completo, con delegaciones de toda España, y el Bilbao jurídico acompañado de buena parte del mundo de los negocios estaba también presente.

Una muchedumbre silenciosa se mantenía firme para solidarizarse con el abogado y su gente, al mismo tiempo que repudiaba tanta barbarie.

Todos los Garay, con doña Regina al frente y de riguroso luto, se encontraban en una de las primeras filas. La sobriedad de los rostros ayudaba a comprender mejor su apoyo. En cambio, no se veía a ningún chino, aunque los directivos de Boroa estaban allí presentes.

Curiosamente, tanto al salir como al entrar, los Garay recibieron sentidos pésames que aceptaban asombrados, comprobando que mucha gente rechazaba los ataques e infundios que estaban

recibiendo.

Los inspectores de la Ertzaintza no se perdieron un detalle; Fabretti dentro de la iglesia y Sara fuera, mientras su gente filmaba todo el evento.

Saludaron con un gesto visible a los Garay, aunque declinaron ponerse en una cola interminable para abrazar a los padres de Ernesto.

Bárbara Alberdi, con su cámara colgada al hombro, se hartó de sacar fotos desde todos los ángulos. A la muchedumbre, a la familia del finado, a los Garay, a los abogados del bufete y, cómo no, a una Sara Cohen atenta a lo que allí ocurría.

La inspectora se percató, pero, ante la sonrisa radiante de la fotógrafa, optó por alegrar su rostro. Conocía a la periodista de otros casos y no le pasaba desapercibido que en sus ojos saltaban chispitas cada vez que la observaba.

Sara estaba acostumbrada a que la miraran todo tipo de hombres, pero le hacía gracia que Bárbara se sonrojara cada vez que sus miradas se cruzaban.

—Roberto, hijos, vamos a darles el pésame, seguidme. —Doña Regina se puso en la cola que circulaba hacia la primera fila donde se ubicaba la familia.

Los hijos la acompañaron y, con sus rostros cariacontecidos, pudieron darles un abrazo a unos padres destrozados que aguantaban con entereza una situación tan triste.

Los Garay no quisieron quedarse más. Salieron del templo y se dirigieron por Colón de Larreategui hacia la casa familiar.

El funeral de Sabino Goyarrola se celebró en la iglesia de Las Mercedes, en Las Arenas, precisamente donde esperó el Audi a los sicarios para fugarse a toda pastilla y muy cerca de su casa.

El Bilbao de los negocios se encontraba allí, desbordando su aforo y ocupando los alrededores. Muchos empleados de Boroa

habían acudido y la patronal vizcaína estaba al completo.

Tampoco acudió ningún chino, aunque una enorme corona con las banderas de China y España descansaba en los escalones que daban acceso al altar.

Los Garay se colocaron de nuevo en las primeras filas y repitieron su comportamiento de hacía unas horas. Esta vez los pésames recibidos aún fueron más numerosos y se llegaron a agobiar, ya que no pasaba desapercibido para muchos de los presentes y para la familia Goyarrola.

Doña Regina y sus hijos sabían estar y no hicieron gesto alguno que pudiera malinterpretarse.

La Ertzaintza, con los inspectores Sara y Fabretti al frente, también filmaron el funeral y estuvieron al tanto de cuanto allí ocurría.

Con su cámara, Bárbara siguió disparando profusamente y pensando ya en los reportajes que tenía en mente y que pensaba publicar a partir del día siguiente. Estaba contenta, era la mejor situada en este *affaire* y sus fotos habían sido de gran impacto. No quería perder esa ventaja y ya tenía vía libre en el *Noticiero* para que sus crónicas salieran con la extensión necesaria y en lo mejor del periódico.

Era consciente de que la vía del chófer podía ser un filón y sobre él nadie más sabía nada. En un par de horas se reuniría con Mónica y ya estaba soñando con poder descubrirlo. ¿Por qué no?

Después de cumplir con todos los protocolos formales y darles un abrazo a la viuda y a los hijos, los Garay salieron de la iglesia y se dirigieron al Marítimo, que se encontraba allí al lado.

Se acomodaron en el bar, en unos sofás junto a una enorme cristalera, desde donde se veían los balandros, veleros y yates atracados en su puerto deportivo. El Abra con sus aguas tranquilas y el monte Serantes al fondo, protegiendo Santurce, mantenía todo su esplendor.

Un crucero de seis pisos estaba fondeado en un pantanal y varios autobuses, con cientos de turistas, los devolvían después de una excursión.

Cuando el camarero acabó de servirles, Susana fue la primera en saltar.

—Qué ganas tenía de terminar, lo he pasado mal, la verdad. No sé por qué, pero tenía mala conciencia y no he hecho nada.

—Ha sido un mal trago, pero había que pasarlo. Creo que hemos estado bien —dijo Begoña.

—La gente ha estado cariñosa, me he hartado de recibir condolencias —dijo Roberto.

—Sí, ha sido curioso. Parecía como si fuéramos nosotros los que habíamos perdido a alguno de los nuestros —comentó Virginia.

—Hija, es que hemos perdido la fábrica, ¿te parece poco? Las condolencias eran sinceras y querían disculparse por los ataques que estamos sufriendo.

—Estoy convencido de que hemos acertado —dijo Roberto—. En la nota de pésame que redactamos y en la actitud de todos, de riguroso luto y con un comportamiento sentido en las primeras filas.

—Tenía miedo a la familia, pero han estado muy correctos —añadió Begoña.

—¿Os habéis dado cuenta de que en ninguno de los dos funerales han estado los chinos? Me parece una falta de respeto —dijo Susana.

—Mejor, todos se han podido dar cuenta de que ellos no han aparecido y nosotros sí —apuntó Roberto con satisfacción.

—Y, ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Mamá, seguir adelante con más fuerza que nunca. Levantar la empresa y volver a estar en primera línea cuanto antes —dijo Roberto con suficiente énfasis como para que no hubiera dudas.

—De los de Boroa nos olvidamos. Los chinos ya han dicho que no

compran, pero ¿sabemos algo de otros posibles interesados? —preguntó Susana.

—Los consultores están con el estudio. Un día de estos nos darán el resultado, pero con la fábrica destruida no va a ser fácil la venta —contestó Roberto.

—Si alguien paga bien, yo vendería. Ni lo dudaba —comentó Iñaki, que había estado callado hasta entonces.

—Ya veremos, pero no te hagas ilusiones —volvió a decir Roberto.

—Lo que no podemos olvidar es pedir responsabilidades a Boroa Group —apuntó Susana.

—El problema va a ser que los chinos van a negar cualquier relación y lo que salga se lo achacarán a Goyarrola y al abogado. Ya veis cómo están cortando con todos los lazos que los unían.

—Hijo, nos tienes al tanto. Si hay que pasar página, se pasa. De esta seguro que vamos a salir.

Con algunos matices, el consenso se mantenía en la familia. Los asesinatos habían trastocado los planes iniciales, pero, como había dicho la madre, de esta iban a salir.

21

En el Ambigú de la calle San Vicente

A las nueve y media de la noche de ese jueves, la periodista Bárbara Alberdi entraba en el Ambigú de la calle San Vicente. Estaba cansada, la jornada había sido intensa, corriendo de un lado para otro, pero, aun así, le había dado tiempo de ultimar el reportaje que saldría en el *Noticiero* al día siguiente. Lo que predominaba eran las fotografías, que ya estaban colgadas en el digital. Estaba contenta y, a pesar del cansancio, se le notaba.

Sonriente e intranquila, Mónica la saludó desde la esquina de la barra, con una bebida en la mano que bien podía ser Coca-Cola.

Se sentó a su lado y, después de darle dos besos, le dijo:

—Estoy desfallecida, necesito un gin-tonic.

—Se te nota, ya he visto las imágenes de los funerales. De flipar, a tope, un duelo espectacular.

—Cierto, nunca había visto tanta gente en una iglesia.

El Ambigú estaba animado, aunque todavía faltaba un rato para que se llenara, como solía ocurrir todos los jueves. Con su luz tenue, el local permitía cierta privacidad y que la música fuera la protagonista. Se estaba muy a gusto.

Cuando tuvo la copa servida, Bárbara le dio un buen trago y comentó:

—¿Así que lo viste?

—Justo donde estamos, me he situado aquí a propósito. Yo estaba ahí detrás cuando lo vi y me quedé de piedra. Me acerqué a la barra y pude colocarme en esa esquina. Lo miré de frente. Su

cara, su cicatriz y su tatuaje. No me había confundido.

—¿Con quién estaba?

—No eran los esbirros del otro día, aquellos eran más mayores y fuertes. Eran dos de su misma edad y parecían amigos. Un poco macas, pero bien, de los que puedes presentar a tu madre sin que tuerza el morro.

A Bárbara le pareció una buena descripción, entendía bien a Mónica. A un macarra sencillo no había nada que objetarle.

—Más cosas, seguro que no te perdiste nada.

—Eran de aquí, uno de ellos se dirigió en euskera al camarero y después vi que se dirigían al Antzokia, donde había música en directo. Rock irlandés.

—Si los vuelves a ver, ¿reconocerías a los tres?

—Seguro, me fijé bien en ellos.

—No se te ocurriría preguntarle al camarero nada, ¿verdad?

—Lo hice, con un comentario frívolo, pero se rio y me dijo que no los conocía. Aunque luego me explicó que llevaba muy poco tiempo.

—Si fueron al concierto, serán habituales.

—Eso mismo he pensado yo.

—Ya sé que es pedirte demasiado, pero si te das una vuelta por el Antzokia cuando actúe algún grupo sería genial.

—Y si lo veo, ¿qué hago?

—Llamarme. A estas horas suelo estar en casa o tomando algo por la zona y en diez minutos estaría aquí. Te relevaría y me encargaría de hacerle una foto. Lo sé hacer sin que se entere. Tengo un broche para poner en la chaqueta que lleva una minicámara.

—¿Y luego?

—Me acercaría con mi novia e intentaría pasar desapercibida. Lo seguiría hasta su casa. Puedes estar tranquila, tú no existes, no voy a revelar mis fuentes aunque me metan en la cárcel.

Mónica no tuvo que pensárselo mucho.

—De acuerdo, conseguiré el programa del Antzokia. Te mandaré un mensaje indicándote cuándo voy a ir, así puedes estar pendiente.

—¡Jo! Qué bien. Eres una tía estupenda. No te voy a fallar.

—Lo sé.

Bárbara se marchó a su casa y, aunque estaba agotada, anotó unas frases sobre el encuentro con Mónica.

Estaba escribiendo un relato sobre el incendio de la fábrica y los crímenes. Su idea era ampliarlo con los hechos reales sin esconderlos ni camuflarlos. Siempre había querido escribir una novela y ahora tenía material para ello.

El *true crime* le gustaba mucho y recordaba que dos de las mejores novelas de *noir* —*A sangre fría*, de Truman Capote, y *El adversario*, de Emmanuel Carrère— lo eran. Cada vez estaba más animada con la idea.

El asturiano no tuvo dificultad para contactar con Carmelo Goitia. Quedaron en una cafetería de Max Center esa misma tarde a última hora. Carmelo intuyó que podía ser algo importante, si no Félix no lo hubiera llamado, y aceptó verlo de inmediato.

Todo transcurrió según lo previsto y Carmelo, cansado y harto de su situación, no tuvo ningún inconveniente en reunirse.

Félix me pasó la cita y me dio una escueta información que confirmó lo que pensaba. Ahora tenía que ver cómo conseguía que le contara lo que sabía. Carmelo estaba metido en un buen lío y corría un riesgo real. Además, la prudencia no era lo suyo.

Vi por internet las imágenes de los funerales y comprobé que los Garay eran unos actores consagrados. No podían llevar encima tanto pesar después de la putada que les habían hecho.

Me llamó Susana y me contó encantada el éxito que habían

tenido. A esa hora salían del Marítimo y se notaba que los nervios de la tarde los habían combatido con unas buenas copas.

22

En la Benedicta de Sestao

Viernes, 15 de abril

Sara y Fabretti madrugaron ese día y antes de las ocho de la mañana estaban en su puesto de trabajo en la comisaría de Deusto.

Con un café de máquina en la mano, la inspectora se puso a leer con especial interés el reportaje que Bárbara Alberdi publicaba en el *Noticiero*.

Era muy amplio, con muchas fotos y un lenguaje incisivo que le permitía ir desgranando todas las incógnitas que rodeaban el caso. Una foto suya aparecía en primer plano y debía reconocer que estaba muy favorecida. Recordaba los ojos chispeantes de la reportera que la miraban insinuantes acompañados de una amplia sonrisa mientras disparaba su cámara. «Qué maja es esta chica», pensaba para sí Sara.

—¿Has visto el reportaje? —le preguntó Fabretti mientras tomaban asiento en la sala de reuniones.

—Lo acabo de leer. Es la única que aborda todas las cuestiones a las que tenemos que responder y no se deja nada.

—Te trata muy bien. Estás muy guapa, inspectora Cohen —dijo Fabretti.

—El mérito es suyo. Lo que me preocupa es que las preguntas que se hace serán las mismas que se harán nuestros jefes y todo el mundo que piense un poco. ¿Quién quemó la fábrica y por

orden de quién? ¿Quién asesinó, y por orden de quién, a Goyarrola y a Ernesto? ¿Qué va a pasar con la fábrica de los Garay? ¿Podemos ya exonerarlos de los asesinatos?

—Sí, pero plantea algunas otras cuestiones también importantes. «¿Por qué los chinos no aparecieron por el funeral? ¿El comunicado de los chinos supone, además de la desautorización de Goyarrola en la estrategia de compra de la fábrica, una acusación de estar detrás del incendio? ¿Están los chinos intentando defenderse de una reclamación multimillonaria por parte de los Garay?» —recitó Fabretti sin dejarse ninguna.

—Cierto, esas preguntas las debemos hacer nuestras y nuestro reto es resolverlas. Pero el problema es que no avanzamos.

Cuando estuvieron todos los componentes de la brigada, revisionaron los vídeos con las imágenes de los funerales, sin perder ningún detalle y repitiendo el visionado de algunos pasajes. La filmación era muy completa.

Llamaba la atención la presencia impecable de los Garay queriendo mostrar *urbi et orbi* que allí estaban ellos y que no tenían nada que ocultar. Sara comentó que su comportamiento fue muy natural, aunque quizás demasiado sobreactuado. La brigada no se puso de acuerdo en sacar ninguna conclusión relevante, pero todos coincidieron en el especial interés de mostrar su empatía y cercanía a las víctimas para que el jurado popular los declarara inocentes.

—Esta gente sabe mucho, han acertado y se han ganado a la opinión pública —resumió Ongi Etorri con la aceptación del resto.

—A quien no veo es a Garrincha —soltó Gabarrita con una sonrisa.

—Vete a tomar por el culo —le respondió Fabretti, mientras toda la brigada, incluida Sara, soltaba una carcajada.

La reunión terminó sin tener nada claro por dónde continuar.

Me dirigí con tiempo a mi cita con Carmelo Goitia, tomando las consabidas medidas de seguridad.

Esa mañana apenas pude iniciar mi jornada de pesca. Un impetuoso viento nocturno soplaba sin tregua y me impedía estar con un mínimo de comodidad. Solo cuando ya estaba recogiendo la caña, el viento empezó a amainar.

La zona de la Benedicta la conocía bien. Estudié en el Patronato de Sestao y acudía todas las mañanas en tren desde Portugalete y me bajaba en la estación de la Iberia. Entonces no existían ni las instalaciones deportivas ni el museo Rialia. En su lugar se ubicaba la inmensa fábrica de Altos Hornos de Vizcaya.

Desde la Iberia bajé tranquilamente hasta el polideportivo, donde Goitia me esperaba sentado en una mesa de la cafetería.

La verdad es que la conversación fue fácil. Carmelo estaba sobrepasado y la situación en la que se encontraba lo agobiaba mucho.

Lo primero que hice fue tranquilizarlo. No íbamos a ir contra él y su gente. A los Garay, lo que menos les importaba ya es quién puso la gasolina allí. Sabían quién estuvo detrás y algunos de ellos ya estaban muertos. Pero le dije con solemnidad que el problema no acababa ahí.

—Hay dos fiambres y muchos apuntan a ellos. Además, tienen una fábrica destrozada y no saben muy bien con qué dinero van a levantarla.

Carmelo le confirmó que recibió el encargo para quemar la fábrica del abogado Ernesto Ramos por mandato de Sabino Goyarrola.

El acuerdo fue muy sencillo y pagaron bien. Él no le dio mayor importancia y subcontrató a dos jóvenes, en principio bien preparados, para esta acción, pero al final realizaron una inmensa chapuza.

Reconoció que se desentendió del trabajo y que el cabreo de

aquellos tenía su justificación.

Cuando parecía que se atascaba y no avanzaba, me lancé:

—Y de los asesinatos, ¿qué sabes?

—Garrincha, créeme, no te estoy engañando. Ni hemos sido nosotros ni tenemos nada que ver.

—Gente que sabe de esto me ha comentado que personal pringado en los asesinatos se está moviendo y ha contactado contigo.

Cuando oyó esto, me miró con un gesto que no pude descifrar, pero que más allá de la sorpresa tenía que ver con el agobio en el que se encontraba.

—No sé cómo, pero tienes buena información. Quiero ser leal contigo. Insisto, lo primero es que lo nuestro se terminó con el incendio. ¿Está claro?

—Lo está. No dudo de ti y por eso he venido. La colaboración va a ser mutua, pero necesitamos saber quiénes han sido.

—No sé quiénes han sido, salvo sicarios profesionales de nivel.

—Eso es evidente. Pero ¿quién está detrás?

—Tampoco lo sé. Recibí la visita de algo parecido a unos *intermediarios*,que me sometieron a un interrogatorio exhaustivo sobre mis contactos con Ernesto y Goyarrola, adelantándome que ya sabían que yo era el responsable de llevar a cabo el incendio. Querían saber las intenciones de los Garay con la fábrica, el dinero ofrecido por ella, el estado actual de las negociaciones… Les dije que no tenía ni idea.

—¿Ellos te facilitaron alguna información?

—No, pero me soltaron que estaban bien muertos, que se lo merecían.

—¿Cómo eran?

—No los conocía. Eran españoles, sin acento especial, cerca de los cincuenta años. Parecía que mandaban, aunque por encima de ellos estuvieran los jefes. Eso me pareció.

—¿Cómo sabían que estabas en lo del incendio?

—No me lo dijeron, pero, salvo la poli, lo debe saber todo dios.

Sonreí y seguí con mis preguntas.

—Y ahora, lo más importante, ¿qué quieren de ti, de vosotros?

—Como comprenderás, no se quedaron contentos con lo que les conté, que era lo más parecido a nada. Les indiqué que hablaran con los Garay y entonces me pidieron absoluta discreción y secreto. Uno de ellos, el más moderado, hizo el gesto de rebanarme el cuello.

—¿Y en qué quedasteis?

—Con un tono correcto, pero con un mensaje muy claro y con intención de acojonar, me advirtieron de que tenía mucho que perder. Un chivatazo anónimo y la poli nos pillaría a todos, así me lo soltó, sin saber yo quiénes eran todos. Pero lo fundamental es que querían información real y detallada sobre los acuerdos entre Goyarrola y los Garay.

—Qué extraño es todo. Nunca ha habido ningún acuerdo. Solo hablaron de vender la fábrica si les pagaban bien, muy bien. Pero eso lo saben en detalle, además de los Garay, los abogados del bufete de Ernesto y la propia Ertzaintza. Y estoy convencido de que los directivos de Boroa también.

—No te lo discuto, habrá más cosas, seguro —contestó Carmelo.

Sin pedírselo, Carmelo me contó a continuación la visita de los abogados de Lege et Jure para que se autoinculpara del incendio ante la Policía o el juzgado y así salvar al bufete pringando exclusivamente a Ernesto.

Me mantuve en silencio, como si no supiera nada. Quería proteger por encima de todo a Carmen y solo le pregunté qué iba a hacer.

—Les respondí que no y los mandé a la mierda. Como ves, todo se complica.

—¿Os vais a volver a ver?

—Los abogados me dieron de plazo hasta el fin de semana. El lunes hablaré con ellos, pero me sigo manteniendo en que no me autodenunciaré.

—Haces bien, no ganas nada con ello. ¿Y con los otros?

—Quedé en buscar información, más que nada para ganar tiempo, y me avisaron de que en unos días se pondrían en contacto conmigo. Añadieron que espabilara si no quería tener problemas serios.

Me pedí otra caña mientras asimilaba toda la información que había recibido y al final le dije:

—Carmelo, necesito darle una vuelta a toda esta situación. Aunque no es nueva para mí, necesito analizar con calma qué es lo mejor.

—Una cosa, nunca nos hemos visto, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Te llamaré.

23

Carmen está preocupada

Domingo, 17 de abril

Llevaba todo el fin de semana dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Carmelo y cada vez me creía menos de lo que me había contado.

Me extrañaban muchas cosas. Que el bufete de Ernesto le pidiera que se autoinculpara era una jugada muy arriesgada para todos, incluido el propio despacho. Tampoco entendía que unos emisarios de los asesinos hablaran con Carmelo para pedir una información que no era demasiado relevante y que podían conseguirla por medios menos comprometidos. Suponía una sobreexposición gratuita que podía tener funestas consecuencias para ellos.

Objetivamente, lo mejor que podía hacer era mantenerme en la distancia y más cuando Carmelo no me había informado de nada de interés, porque no sabía nada. Olvidarme iba a ser lo más sensato.

Además, tenía muy claro que mi relación con los Garay llegaba a su fin. El encargo del incendio ya estaba resuelto y sus promotores, en el otro barrio. La empresa no se vendía y su reconstrucción y puesta en marcha era una cuestión societaria en la que yo no pintaba nada.

Ya tenía en mi cabeza despedirme, negociar un buen bonus para Carmen y volver a aburrirme con la caña, la ría y las tiendas de

Teresa.

Estaba fascinado con los reportajes que Bárbara Alberdi estaba publicando en el *Noticiero*. Planteaba las principales cuestiones que bullían en mi cabeza. Sonreí al volver a ver a la inspectora Cohen con ese gesto de enfado y determinación que tanto la favorecía.

Esa chica tenía mucha información y se lo montaba muy bien. Tenía la impresión de que sabía cosas que se guardaba. Cada vez lo tenía más claro. Me gustaría tener una entrevista con ella.

Me encontraba desganado, tumbado en el salón de mi casa, recibiendo en mi cara los rayos del sol que traspasaban con fuerza los ventanales por los que veía la ría, Zorrozaurre y más allá los montes Avril y Artxanda, cuando el teléfono móvil de seguridad empezó a sonar.

Era Carmen. Me enderecé y atendí la llamada.

—Hola, Carmen, ¿qué me cuentas?

—Necesito verte, no sé si estoy neurótica, pero veo cosas raras. Tengo miedo, Garrincha.

—¿Desde cuándo?

—No sé si será coincidencia, pero desde la reunión que tuviste el viernes en la Benedicta. ¿Podemos quedar?

—Por supuesto. Donde siempre en una hora. Ten cuidado.

—Descuida, lo tendré.

¡Ufff! No me lo esperaba. Me extrañaba que el peligro viniera por Carmelo o por su novio. ¿Pensarían que los había traicionado? Pero ¿cómo habían llegado a esa conclusión? No podía ser, tenía que venir de otro lado, pero ¿de dónde?

Enseguida salí de casa y me encaminé hacia la Alhóndiga. Tenía tiempo, tomé un tranvía y luego un autobús que me llevó hasta Begoña. Desde allí un taxi me acercó a la plaza de toros y en unos minutos entraba en el Boar.

Carmen tardó algo más y llegó apresurada. Se sentó con agobio,

como si estuviera agotada.

Había pedido una caña para ella y le dio un sorbo largo que la ayudó a sosegarse.

—Me han estado siguiendo y creo que me han sacado alguna foto. El viernes por la noche salí por Santurce con unos amigos. Habíamos cenado y quedamos en una terraza de la zona del ayuntamiento para después ir a tomar una copa a un tugurio con música allí cerca, detrás de la Casa Torre.

—¿Estaba Gaizka?

—No, tenía algún lío, pero no sé cuál. Tampoco estaban Carmelo ni Ainara.

—Te escucho —dije al verla que enmudecía sin saber muy bien cómo seguir.

—Recuerda que el viernes a media tarde me contaste cómo había ido la reunión con Carmelo y, aunque me quedé tranquila, estuve muy pendiente de cualquier detalle que pudiera afectarme. Ya sabes que siempre he temido que piensen que soy una traidora, una chivata.

—¿Y qué pasó?

—Quedé en Baraca con un amigo y fuimos a Santurce en metro. Al entrar vi a un joven que se situó cerca, en el mismo vagón. Bajó con nosotros y luego lo perdí de vista. Al cabo de un par de horas lo volví a ver en el tugurio donde estábamos tomando una copa y bailando.

—Puede ser pura coincidencia.

—Eso pensé, pero ayer a media mañana me siguió por el centro de Barakaldo mientras hacía unas compras. Iba con gafas negras, gorra y una americana en vez de camiseta.

—Me parece muy burdo.

—Será muy burdo e igual lo que querían es meterme miedo. Por la tarde fui a Max Center con mi hermana y allí me lo encontré otra vez; iba acompañado de un macarra de puta madre.

—Lo que no me cuadra es que te sigan sin pudor, sabiendo que es muy probable que te des cuenta. En caso de que tramaran algo, lo habrían hecho con más cuidado.

—Sí, pero estoy acojonada.

—¿Has notado algo?

—En Gaizka, nada, está normal conmigo. Es bastante primario, si supiera algo creo que se lo habría notado. A Carmelo y Ainara no los he visto.

—¿Has pensado algo?

—Estaba dándole vueltas a largarme unos días, pero Gaizka va a querer venir conmigo, él también está muy agobiado.

—Vete a casa y no salgas hoy. Vas a tener vigilancia permanente. Sal mañana a media mañana y estate visible por el centro, entra en tiendas donde haya gente y no te aísles. En cuanto lo veas, te estiras la oreja izquierda varias veces. ¡Ah!, y dime cómo es el pájaro.

—De unos treinta años, uno setenta, grueso sin estar gordo, como cuajado, moreno y con mala pinta. Al andar tiene una leve cojera, arrastra un poco el pie izquierdo.

—Perfecto, con eso puede valer. ¿Quieres que te acompañe?

—No, si me ven contigo será peor. Cogeré un taxi y que me deje en el portal de mi casa.

—Una cosa, llámame a la menor incidencia. Tenlo claro, te vamos a proteger y tengo más pasta para ti.

—Eso está muy bien —me dijo mientras sonreía por primera vez.

—Mañana te la doy.

A continuación hablé con Félix y organicé un servicio de vigilancia riguroso. Le pedí que no escatimaran medios y que, en cuanto vieran al tipejo, me avisaran. La factura la pagarían los Garay.

24

Los chinos en Bilbao

Este fin de semana los dos gerifaltes chinos habían aterrizado en el aeropuerto de Bilbao. Venían de Londres y parecía que no habían acudido al funeral de Goyarrola para pasar desapercibidos y tener menos presión.

Lin Piao Song y Chu Loi eran los jefes de Boroa Group y, además, dos personajes importantes en la nomenclatura de Pekín. Aunque la empresa estaba en Shanghái, ellos eran de Pekín y muy ligados al poder político del Partido Comunista.

Quisieron que la visita fuera discreta, no la comunicaron a ningún medio y pidieron silencio a los directivos de Boroa. Aunque no vinieron con ningún orden del día preestablecido, a nadie se le escapaba que podía haber cambios importantes en la dirección de la empresa, lo que suponía que iban a rodar cabezas.

Lo que no se esperaban es que una reportera delgadita, con aspecto de chico y con su cámara colgada al hombro, los esperara en la salida de pasajeros.

Para cuando se dieron cuenta, ya llevaba un buen número de fotos en las que captó perfectamente la cara de estupor de ambos. El hecho de ser orientales uniformizaba más los rostros, y les daba un aspecto impasible y terrible. Tampoco pudieron ocultar que habían sido pillados in fraganti.

Además, la periodista empezó a preguntarles en inglés por el motivo de su visita, pero apenas pudo hablar porque dos fornidos guardaespaldas de los de dar miedo, con un pequeño empujón la

desplazaron unos cuantos metros y cayó al suelo, mientras, a paso ligero, los chinos se dirigían a un lujoso Mercedes donde los esperaba su chófer en posición de firmes.

Bárbara, feliz, envió las fotos a la redacción antes de que alguno de los gigantes que la miraban con ganas de matarla se apoderara de su cámara. La protegió un colega que la acompañaba, que había inmortalizado en una instantánea la agresión y la caída de bruces al asfalto.

Las imágenes con sus secuencias se incorporaron al digital del *Noticiero*, acompañadas de un texto duro en el que se exigían responsabilidades por la agresión a una trabajadora del periódico.

La familia Garay, Garrincha y los inspectores Sara y Fabretti se encontraron esa tarde del domingo, para su regocijo, con unos chinos perplejos cuyos rostros reflejaban lo que serían capaces de hacer.

El titular del *Noticiero* no podía ser más elocuente: «Los dueños y jefes de Boroa Group, de incógnito en Bilbao. Nuestra reportera, agredida por sus escoltas. El misterio de los crímenes de Goyarrola y Ramos continúa».

Todos entendieron que el periódico había recibido un chivatazo. Ningún otro medio los había esperado.

—Hola, Garrincha, ¿has visto el *Noticiero*? —preguntó Susana, que no había dudado en llamarlo en cuanto saltó la noticia.

—Lo acabo de ver.

—Esa chica ha estado genial, ni tan siquiera protesta por la agresión.

—Debe de tener una fuente propia de fiar, siempre va por delante de todos.

—Por eso te llamo. Nos gustaría quedar con ella. Si quiere nos puede ayudar, estoy convencida.

—Había pensado lo mismo, os lo iba a comentar. Exigirá correspondencia y tendremos que darle algo.

—¿Pasta?

—No, mujer, información.

—Llámala. No perdemos nada.

—Déjame un par de días para ver si sale algo más y la llamo. Te vienes tú.

—Me parece bien, tú lo gestionas.

Aunque los domingos por la tarde solía pasarlos en casa, hoy me apetecía salir. Teresa se animó y nos dirigimos por Abandoibarra a dar un paseo junto a la ría.

Mientras caminábamos en dirección al Casco Viejo, le conté las últimas novedades.

Mi mujer estaba tranquila y no ocurría como en otras ocasiones en que olía el peligro a distancia y veía los problemas antes de que se produjeran.

El Casco Viejo cada vez atraía a más guiris. Bilbao se turistizaba a pasos agigantados y lo que en la mayoría de las ciudades españolas era lo habitual, aquí aún nos extrañaba.

Conseguimos una mesa en la plaza Nueva, en la terraza de La Antxoa, y pedimos dos gin-tonics con una ración de boquerones y otra de anchoas alabardadas.

—Marido, este asunto me parece que tiene poco futuro.

—Es lo más probable.

—¿Y no te han dicho nada los Garay?

—Están más tranquilos después de los funerales. Fue un acierto su presencia y su saber estar. Pero hasta que no descubran a los asesinos, buena parte de la opinión pública pensará que ellos están detrás.

—Ya, pero eso igual no se resuelve nunca. Yo me olvidaría y me dedicaría a mis asuntos.

—Es lo que harán, pero todavía están impactados y lo que desean es despejar cualquier duda sobre ellos.

—Poco más van a poder hacer.

—Me siguen consultando y la información que les doy la valoran mucho. Estoy pensando en llamar a Bárbara Alberdi, la periodista.

—¿Y eso?

—Es la única que sabe algo. Los Garay quieren que la tantee.

—Pásale tus *trastos*, es lo mejor.

—Ya te contaré.

Cuando liquidamos los boquerones, las anchoas y los gin-tonics nos levantamos y, tras dar una vuelta por el Casco Viejo, volvimos sobre nuestros pasos y regresamos a casa.

Esa misma tarde, en Boroa, se celebró una reunión de urgencia con el personal directivo y algunos altos mandos de la empresa.

Lin Piao y Chu Loi venían con las ideas muy claras. Las expusieron sin rodeos y lo primero que anunciaron es que comenzaba una nueva etapa en la empresa. Las últimas aventuras de Goyarrola, así las definieron, habían sido un desastre y era necesario olvidarlas cuanto antes.

La dirección actual quedaba destituida y se nombró a un joven ingeniero formado en Alemania, Felipe Beristain, hasta ahora jefe de producción, como director general y máximo responsable de la compañía en España. Él tendría la potestad de nombrar a sus colaboradores, previa conformidad de los dueños. Los cinco cesados seguirían en la empresa con nuevas responsabilidades, pero sin mando.

De los Garay no se volvería a hablar más y así se lo harían saber en una reunión discreta que pensaban celebrar en las próximas horas.

El nuevo director general dependería de Lin Piao, que se

comprometió a viajar a España varias veces al año y, en todo caso, a estar encima de la gestión.

Nadie rechistó y a Beristain se le notaba muy sorprendido.

El mensaje que transmitieron fue muy claro: olvidar a Goyarrola y a los Garay, reforzar la empresa y seguir siendo líderes en el sector.

Esa misma tarde contactaron con Roberto Garay y quedaron en visitarlo al día siguiente a las diez de la mañana en sus oficinas de Albia.

25

Carmen tiene problemas

Lunes, 18 de abril

Los Garay tenían puestos sus objetivos en levantar la empresa cuanto antes y, con el paso de los días, cualquier otra alternativa se iba disipando.

Sabiendo que los chinos estaban en Bilbao, no les extrañó que los llamaran para tener una reunión. Roberto, Begoña y Susana los esperaron en sus oficinas del Edificio Albia.

Lin Piao Song y Chu Loi estuvieron educados y culparon de todo lo sucedido a Goyarrola, pero no se les ocurrió comentar qué era para ellos «lo sucedido». En todo caso, en un aceptable inglés, se les entendió perfectamente.

Mintieron lo suficiente, pero sin exagerar, mostrándose dispuestos a colaborar. Incluso prometieron no realizar ninguna actuación hostil. Ellos mismos se enredaron y quedaron un tanto patéticos.

Con palabras medidas y frías, los Garay se reservaron poder iniciar acciones legales contra Boroa Group, dependiendo del comportamiento del seguro y de otras variables aún sin resolver. Los chinos se mantuvieron en silencio, sabiendo que eran lo mínimo que podían oír.

Todo fue un trámite obligado, sin mayor trascendencia. Nadie propuso un acuerdo, ni tan siquiera negociar nada. Quedó patente que cada uno iría por su cuenta y se buscaría la vida como bien

pudiera. Nadie mencionó el incendio ni los asesinatos, como si eso no fuera con ellos.

Félix me llamó a las diez de la mañana y, sin extenderse, me comentó la situación. Había dos esbirros dentro de un coche bien aparcado a unos metros del portal de Carmen. Lo mejor era que me acercara.

La Beretta siempre la tengo preparada para hacer uso de ella. Tomé el metro y eran las once menos cuarto cuando me metí en el coche de Félix, estacionado en una zona próxima, desde donde se veía a los secuaces. Un colega del asturiano estaba en la calle observando la zona desde otra posición.

—No los conozco. Los he visto y no creo que sean de aquí.

—¿Qué impresión has sacado?

—La están esperando. Los rasgos que te describió Carmen coinciden con los de uno de ellos, el que está en el asiento del copiloto. Hace un rato ha salido para estirar las piernas y lo he podido ver bien.

—¿Peligro?

—Todo. O se la llevan o le dan pasaporte. Estos no están aquí para otra cosa. Esa es mi impresión.

—La he llamado y le he dicho que no salga bajo ningún concepto. Acercarnos al coche no es difícil.

—Ni descerrajarle dos tiros a cada uno, tampoco.

—Llevárnoslos es más complicado —comenté.

—Mucho más arriesgado. Además, no tenemos preparado ningún sitio para tenerlos.

—¿Tienes algo para cubrirnos la cara?

—Sí, debajo del asiento hay unos pasamontañas y unas gafas con cristales oscuros.

Estuve pensándolo, pero no me convencía. El riesgo era evidente, podían ver el coche y llegar a nosotros. En la calle había

bastante gente y cualquier policía de paisano podía querer ponerse una medalla. Así se lo comenté a Félix y añadí:

—Continuad aquí, hablaré con ella. Cuando se vayan los dos acólitos, los sigues para ver adónde van y yo me la llevaré a un lugar seguro.

—¿Tienes algún sitio?

—Creo que sí, lo voy a confirmar.

—De acuerdo, me armaré de paciencia —dijo Félix mientras sacaba el *Marca* de la guantera.

—Me piro. ¿Tienes algún relevo preparado?

—Sí, en una hora vienen otros dos. Estamos cuatro para los turnos; es suficiente.

Las horas transcurrían y los esbirros no se movían de su posición. No fue hasta las diez de la noche cuando abandonaron la vigilancia. Los siguieron a distancia. Enseguida se incorporaron a la autovía hacia Cantabria, pero al pasar Castro Urdiales lo dejaron.

Carmen estaba asustada. No fue fácil contarle una historia creíble a su novio, pero al final lo hizo buscándose una excusa de un viaje urgente a Galicia para ver a unos familiares de su madre que vivían en una aldea. Luego le diría que allí no había cobertura. Gaizka no preguntó demasiado, y esa misma noche a las doce nos fuimos cada uno en su coche hacia Vitoria.

El piso estaba en el barrio de Zaramaga y, haciendo una vida discreta y un cambio de imagen, podía aguantar una buena temporada. El piso era pequeño, de unos sesenta metros cuadrados y, como no era conveniente meter a nadie, ella se encargaría de la limpieza. Lo mejor era que a Carmen no la buscaba la Policía y eso le daba tranquilidad. El mayor problema era su novio. Lo de la aldea gallega no iba a sostenerse mucho tiempo.

Tenía una cita para la tarde siguiente en una peluquería de la otra punta de Vitoria; la esperaba un tinte de rubia explosiva. Eso, junto con unas Ray-Ban con los cristales oscuros y una ropa ajustada, haría desaparecer cualquier parecido con la auténtica Carmen.

Le proporcionó un teléfono de prepago y al suyo le quitó la batería para que no pudiera ser ubicado. También le dio cincuenta mil euros y le prohibió usar tarjetas de crédito. Carmen nunca había visto tanto dinero junto y se quedó muy satisfecha. Ahora se trataba de averiguar quién estaba detrás de ella.

Con gravedad, le dije que estaría con ella hasta el final y que era un hombre de fiar.

—Nunca me cargo a quien no se lo merezca especialmente, pero, la mayoría de las veces, retirar a un canalla de la circulación con dos tiros en la frente es lo mejor que se puede hacer.

—Garrincha, sabes que tú mandas. Contigo estoy a *full*.

A la mañana siguiente volvieron los sicarios a Barakaldo, pero al cabo de unas horas se fueron ante la inutilidad de su espera.

26

Garrincha llama a Bárbara Alberdi

Martes 19 de abril

Carmen no hacía más que preguntarse dónde había fallado. Era consciente de que la traición a su gente, por llamarla de alguna forma, había sido descubierta. Lo que estaba ocurriendo no era casualidad. Sin embargo, lo que ignoraba era dónde había metido la pata.

Siempre pensó que Gaizka era un hombre transparente con ella y que, aunque quisiera ocultar algo, ella se daría cuenta. Ahora empezaba a dudar. Recordaba algunos detalles de los últimos tiempos que le hacían pensar que era más zorro de lo que había creído.

Y si no era Gaizka, ¿quizás Carmelo? Pero cuando ella había estado con él y con Ainara, todo había transcurrido con normalidad. No los veía haciendo teatro.

¿Podía ser que, por eliminación, Carmelo entendiera que la única persona que pudo informar de que ellos estaban detrás del incendio era ella?

No le cuadraba. Según le había contado el de Olabeaga, no era posible esa deducción. Y de él se fiaba.

Y si no habían sido ellos, entonces, ¿quién había querido matarla o secuestrarla? Aunque no podía ponerles nombres, toda la lógica apuntaba a los asesinos de Goyarrola y Ernesto.

Le vinieron recuerdos de una pifia antigua que provocó la caída

de un cargamento de farlopa y varias detenciones. Habían pasado varios años y solo Félix, que fue el que le facilitó una coartada falsa, sabía que la culpa era de ella. Por eso cuando la llamó no dudó en decirle que sí.

Pero quienes fueran solo podían concluir que ella trabajaba para Garrincha y los Garay. Esa tenía que ser la única mancha por la que la podían haber marcado.

Sus pensamientos volvieron a Garrincha. Por él estaba en este pequeño apartamento de Zaramaga. Él y Félix estaban cumpliendo y en estos momentos eran los únicos en los que confiaba plenamente. De aquel asunto, mejor olvidarse.

Carmen daba por concluido su futuro en el hampa. El mundo del delito no era vida para ella. Su colaboración con Garrincha la veía de distinta manera. Ella intentaba resolver problemas, no joderle la vida a nadie.

El tema del dinero empezaba a solucionarse. Con lo que le habían dado podía arreglarse una larga temporada y ya buscaría algo con tranquilidad.

Ahora debía centrarse en no volver a ver más a Gaizka; era lo más urgente. Lo llamaría y se lo diría. Aprovecharía y le contaría que se había marchado para descansar, alejarse y empezar de nuevo. Sabía que le afectaría, pero es lo que había, ni podía ni debía aguantar más.

Mientras estaba con estos pensamientos, Carmen miraba por la ventana del salón a una avenida amplia con mucha luz que le permitía ver y fijarse en la vida del barrio que se desarrollaba en las cercanías de su casa.

El piso era muy austero, con una decoración más de El Corte Inglés que de Ikea y, aunque los muebles eran nuevos, todo era muy impersonal. Pensó en comprar flores, plantas, libros…, pero no quería hacerse a la idea de que iba a estar allí mucho tiempo. Se centraría en llenar bien el frigorífico y comprar un par de

novelas que la entretuvieran. Se puso a hacer una lista detallada de todo lo que necesitaba para tres o cuatro días.

Desde donde estaba sentada, veía bastante bien los alrededores del portal y, aunque sabía que no la habían seguido, le daba tranquilidad tener controladas las inmediaciones. Su segundo piso estaba muy cerca de la acera y, si se ponía a ello, con la ventana abierta podía oír las conversaciones de la calle.

Lo tenía decidido y quería hacerlo cuanto antes. La periodista estaba lanzada y cada vez estaba más convencido de que sabía más de lo que publicaba en el *Noticiero*. Iba de sobrada y eso significaba que o tenía alguna buena pista o una *garganta profunda* la alimentaba con información veraz.

Esperé hasta las once de la mañana, los periodistas nunca habían sido de madrugar y, sin utilizar ningún intermediario, marqué el número de la centralita del periódico.

—Querría hablar con Bárbara Alberdi, por favor.

—¿De parte de quién?

—De Tomás Garrincha.

—¿Sobre algún tema en particular?

—Bárbara sabe quién soy. Con que le diga que estoy al aparato será suficiente.

Hubo un silencio que enseguida se rompió.

—Un momento, señor Garrincha, voy a ver si puede ponerse.

Cuando le dijeron quién estaba al teléfono, Bárbara primero se extrañó, pero enseguida sonrió. Sabía perfectamente quién era el gánster de Olabeaga. Esta llamada no era casual, Garrincha la buscaba a ella y creía saber el porqué.

Garrincha, mitad gánster y mitad detective, solo podía estar interesado en el asunto estrella: los Garay, Goyarrola, el abogado y los chinos. La única duda que tenía era para quién trabajaba.

Pidió a centralita que le pasaran la llamada de inmediato.

—¡Garrincha! Qué sorpresa, me imagino que ya habrás acabado de pescar.

—Vaya control. Hace un rato que estoy en casa.

—Como siempre, nada, ni un puto pez, ya me lo sé.

—Estás en todo, Salander. Sabía que acertaba llamándote.

—Ja, ja, ja, capullo, cuéntame.

—Quiero verte. Trabajo para la familia Garay. Estoy ayudándolos para descubrir quién les quemó la fábrica y también para mantener su reputación intacta.

Bárbara soltó una carcajada, pero rápido me dijo:

—Pues debéis de ser los únicos que no sabéis quién quemó la fábrica. Lo de la reputación es otra cosa, eso es algo inmaterial.

—Sí, como los ángeles, pero es que hay muchos que creen que existen —le contesté.

—Cuando me has llamado ya sabía para qué era, solo desconocía en qué lado estabas.

—¿Sorpresa?

—No. Los Garay parecen los menos mafiosos, pero nunca se sabe.

—Ya hemos hecho las presentaciones. Cuándo te veo y dónde.

—Dentro de una hora en un banco del parque, junto al estanque de los patos.

«Vaya casualidad, donde quedé con Carmen —pensé—. Muy cerca de su trabajo».

—Te reconoceré.

—Hasta luego, larguirucho. Una cosa, ni se te ocurra grabar la conversación, te doy una hostia que te dejo sin eso que tu sabes.

—Qué dolor, por favor. Descuida.

A esa hora la zona de los patos estaba muy tranquila. La temperatura era buena, pero en un día laborable solo había jubilados y estudiantes en pira académica o sin tener nada que

hacer.

Me senté en un banco enfrente del estanque, desde donde veía a los patos y los oía graznar con fuerza. También un montón de especies de árboles que daban tranquilidad y originalidad a esa zona del parque. El piar de miles de pájaros era intenso y, como siempre, se estaba muy bien.

Bárbara se acercaba a paso ligero y pude comprobar que no podía ocultar su cara de pilla. A pesar de lo delgadita y poquita cosa que era, me parecía una mujer muy atractiva.

En cuanto me vio, sonrió y me confirmó lo que estaba viendo. Se sentó a mi lado sin darme un beso ni ofrecerme la mano. Solo un empujón con el hombro sirvió de saludo y presentación.

Nos pusimos al tanto de nuestros mutuos conocimientos personales y constaté que me tenía fichado desde hacía años y que había seguido mi carrera delictiva con bastante interés.

—Primero te toca a ti. Cuéntame qué es lo que quieres y, claro, qué es lo que sabes —me dijo de forma resolutiva para sentar las bases de nuestra conversación.

—De acuerdo, empiezo yo, pero quiero que me eches una mano. Yo te puedo dar información y tú debes corresponderme. Creo que eres la que más sabe de todo esto, más que la pasma, y yo conozco otras cuestiones que te pueden valer.

Me di cuenta de que a Bárbara le gustaba mi planteamiento y se la veía confiada.

—En principio me encaja, aunque hay información, sobre todo fuentes, que no las puedo revelar. Solo te voy a pedir una cosa…

—Adelante.

—Quiero que juegues limpio, si no puedes decirme algo, me avisas, pero no me engañes. Si lo haces te dejo sin huevos, te lo juro, que sé que los aprecias mucho.

—Lo que más, Bárbara —dije muy sentido—. Mis partes son sagradas, qué haría yo sin ellas.

Nos reímos, pero nos entendimos perfectamente.

Le hice una exposición amplia desde que me llamaron los Garay. Le conté detalles, di datos y saqué conclusiones de lo que sabíamos. Me guardé los nombres de Carmelo Goitia, de Gaizka y, por supuesto, de Carmen.

—Tenlo claro, Goyarrola y Ernesto encargaron el incendio a unos sicarios que no se lucieron precisamente. No querían que se supiera que el incendio era provocado, pero dejaron tantas pistas que parece que fue hecho a propósito.

»Y ten claro también que los Garay, ni directa ni indirectamente, participaron en los asesinatos de Goyarrola y Ernesto. Les echaron en cara, en una tormentosa reunión un par de días antes del asesinato, que les habían destruido la fábrica y que se olvidaran de comprar la empresa si no mantenían la oferta realizada anteriormente.

—¿Hablaron de cifras? —preguntó Bárbara.

—No. Goyarrola propuso mantener el precio ofrecido en su día, descontando el coste de la reconstrucción de la fábrica. Pero los Garay no estaban de acuerdo, salvo que se tratara de una cantidad simbólica.

—¿Y qué pasó?

—Quedaron en estudiarlo y hacer una propuesta en firme para llegar a un acuerdo, pero se los cargaron sin llegar a hacerla.

—Cuéntame de quién sospecháis.

—Todo son conjeturas. ¿Los chinos? Estuvieron con los Garay, se disculparon por el comportamiento de Goyarrola, pero les manifestaron con rotundidad que no tenían ninguna intención de comprar la empresa.

—¿Os parece creíble?

—Aunque es cosa de la Policía detener a los culpables, hay mucha gente y muchos colegas tuyos que piensan que han sido los Garay. Ellos quieren salvar su reputación, por eso te he llamado,

pero no saben quiénes han sido. De los chinos no se fían, pero no tienen argumentos para acusarlos.

—La Ertzaintza tampoco parece que tenga ninguna pista.

—Sí, esa impresión tenemos. Una cosa, Bárbara, yo no existo. La bofia desconoce que estoy en esto y así debe seguir, para mí es muy importante.

—Ja, ja, ja, a la cañón de Sara Cohen y al bollazo de su novio les puede dar un ataque al corazón y pasar a mejor vida como se enteren en dónde andas.

Me reí y confirmé que mis líos con la parejita feliz estaban muy extendidos.

—Bueno, petarda, ahora te toca a ti.

Bárbara me explicó con detalle lo que había sacado en sus reportajes; contó anécdotas y percances divertidos, pero ya me sabía todo lo que me refería. La sorpresa vino al final.

—Tengo una información buena, de una fuente que no puedo desvelar, sobre los secuaces que le limpiaron el forro a Ernesto detrás de Torre Iberdrola. Fueron, como sabes, los mismos que una hora antes se cargaron a Goyarrola. El chófer es de aquí. Esto no se lo puedes decir a nadie o como ya te he avisado… —Bárbara hizo el gesto de cortar con los dedos como si fueran unas tijeras.

—Hostias, esto es muy importante. ¿Sabes quiénes son?

—Aún no, solo tengo referencias del chófer y tengo alguna pista para, con un poco de suerte, poder llegar a él.

—Entiendo que vas a seguir esas pistas.

—Entiendes bien. Si en un momento necesito ayuda, que es probable que la necesite, te la pediré. De la pasma no quiero saber nada, mi *garganta profunda* me lo ha puesto como condición y he aceptado.

—Y cumples con tu palabra.

—Por supuesto, aunque vaya a la cárcel.

—Cuenta conmigo, sabes que en estos casos estoy curtido. Manejo bien la Beretta y puedo defenderte si estás en apuros. Toda la vida he guardado secretos y soy de fiar. —Lo dije serio y con suficiente gravedad para que se me entendiera.

—Lo sé, por eso he venido a hablar contigo. Me puede interesar tu colaboración y la acepto, pero en la investigación mando yo. No voy de sobrada, el contacto que permite seguir esta pista solo lo tengo yo y así va a seguir siendo. Dependo de él, pero voy a darte entrada siempre que seas una tumba. Créeme, podemos llegar hasta el final.

—Jefa, te comprendo perfectamente, yo haría lo mismo. Acepto tus condiciones y quiero que sepas que soy un tío legal.

Esta vez me dio formalmente la mano y me sonrió.

—Te llamaré, estate pendiente porque en cualquier momento puede saltar la liebre. Una cosa, la exclusiva periodística es mía y no la voy a compartir con nadie.

—Tú mandas —dije mientras hacía un saludo militar con la mano derecha.

Nos intercambiamos los teléfonos y nos despedimos.

Me fui encantado, la periodista tenía una bomba entre las manos. Ella sabía que sin la poli se podía complicar mucho la vida. Mi presencia y ayuda le venía muy bien. Que confiara en mí elevaba mi autoestima, pero yendo tras la pista de los asesinos, cualquier paso en falso le podía costar la vida y Bárbara lo sabía. Yo apenas le di información que no conociera, solo le confirmé algunas cosas, pero era consciente de que lo que ella necesitaba era otra cosa.

Bárbara volvió a la redacción contenta. Sabía que al nivel que había llegado precisaba ayuda. Un gánster legal, curtido en mil batallas y del que se podía fiar.

No pensaba decirle nada a Mónica, no quería asustarla, pero lo

iban a necesitar en el momento que localizaran al chófer sicario. Ese trabajo no era para ella.

Estaba nerviosa y, en cuanto se sentó a su mesa, se puso a escribir su novela. Camufló el nombre de Garrincha y dio impulso al relato con las novedades de esta mañana. Su historia tomaba cuerpo y ya no había quién la parara.

27

En el Antzokia. Esto marcha

Miércoles, 20 de abril

Tal como se había comprometido, Mónica se acercaba por el Ambigú todos los días que programaban actuaciones musicales en el Antzokia.

Una hora antes de que empezara la música en directo, se tomaba una Coca-Cola tranquilamente en el *pub* mientras hablaba con el camarero o leía alguna de las revistas que dejaban por allí. Su presencia no generaba extrañeza; ni era todos los días ni tampoco estaba demasiado tiempo. Un cuarto de hora antes de comenzar la actuación, se trasladaba a la entrada del Antzokia por si el chóferde marras iba directo sin pasar por el Ambigú.

Hoy actuaba una banda de rock australiano y Mónica se encontraba sentada en un taburete en la esquina de la barra más cercana a la puerta de entrada. Cuando Jaime, el camarero, acabó de servir a unos cuantos, se acercó a la esquina donde estaba Mónica.

—Qué animado está esto. —Mónica intentaba granjearse una confianza que no era fácil.

—Ya lo creo. Los australianos que tocan deben de ser muy buenos.

Seguían hablando cuando el chófer entró en el *pub* y se acercó hasta donde estaban tres amigos, que también parecían ser amigos suyos.

—Ahí tienes a tu admirador —le dijo el camarero, poniendo de manifiesto que no se le pasaba una.

—Qué tonto eres. Ni se te ocurra decirle nada o no vuelvo.

—Mujer, no te preocupes, soy una tumba. Yo tengo un conocido que suele decir que en Euskadi la gente folla poco por no preguntar. Estoy muy de acuerdo con él.

Mónica se rio con ganas y vio cómo el camarero se alejaba precisamente por los gestos que le dirigía el chófer para que le sirviera una caña. Tenía ya el móvil en la oreja y había marcado el número de la reportera.

—¡Bárbara!, está aquí. Ha quedado con unos amigos. A las ocho y media empieza la actuación de un grupo de rock.

—Espérame en el Ambigú, voy con Itziar y entramos las tres juntas al concierto.

—Te espero, pero no tardes.

Acababa de llegar a casa y no tuvo ni que cambiarse de ropa. Itziar tardó algo más, pero en diez minutos salían de Bidebarrieta.

Le dio tiempo de mirar por Google quién actuaba: los Tropical Fuck Storm. «La tormenta jodida», tradujo para sí. No tenía ni idea de quiénes eran.

Mónica las aguardaba intranquila, sin dejar de mirar a la puerta. El camarero tenía claro que esperaba a alguien, pero no quería preguntar.

Enseguida llegaron y Bárbara le presentó a Itziar.

—De entera confianza, como si estuvieras hablando conmigo.

—Entendido, vámonos ya. Tengo miedo de que esté lleno, parece que el grupo que actúa tiene tirón. Nuestros amigos son cuatro.

Se despidieron de Jaime, salieron del Ambigú y cruzaron la calle en busca de los cuatro chicos.

Antes de ubicarse, Mónica intentó localizarlos y enseguida los vio pegados al escenario. Tuvieron suerte y pudieron acercarse a

ellos, mientras los interfectos continuaron concentrados en la música sin que, aparentemente, se dieran cuenta de su proximidad.

La periodista quiso dejar las cosas claras.

—No nos han visto, pero nos verán. Nosotras vamos a lo nuestro. Lo importante es seguir a nuestro hombre hasta su casa para saber dónde vive. Pero es mejor no entablar contacto con ellos, luego vete a saber cómo acaban las cosas y no quiero que se acuerden de nosotras.

—El problema es si cogen un taxi o han venido en coche —dijo Mónica.

—Sí, tendremos que pensar algo. En las pelis se coge otro taxi, se enseña un billete muy grande y se dice al taxista: «Siga a ese coche».

—Pero aquí no va a ser tan fácil.

—Oye, Mónica, no me extraña que cayeras subyugada por los encantos del sicario. Es un cañón.

—Sigo pensando lo mismo, cada vez está mejor —apuntó Mónica mientras lo miraba sin disimulo.

Itziar también confirmó la opinión de las otras dos, pero sentenció:

—No te veo futuro con ese chico. Tiene todas las papeletas para cumplir tranquilamente una condena de veinte años.

—Eso por descontado. Son pensamientos turbios que no van a ningún lado. Estoy para atraparlo y no para otra cosa —dijo Mónica.

—Fijaos qué mirada más sucia tiene. Es que me está poniendo mala. Ya le he sacado dos fotos. —Bárbara se tocó el broche que llevaba sujeto en el ojal de su chaqueta—. Pero necesito una de frente.

Los amigos no tardaron en levantarse y dirigirse a intervalos de uno en uno al baño. Cuando volvieron ya sabían a qué habían ido.

Sus pupilas brillaban grandes y unos gestos en sus rostros avisaban que la farlopa empezaba a hacer sus efectos.

Bárbara se levantó y esperó a que el chófer regresara del servicio, y, cuando estuvo cerca, hizo dos disparos silenciosos y sin *flash*, mientras el joven sonreía y la repasaba de arriba abajo.

—Me ha visto, me ha sonreído, pero un gesto siniestro se le ha dibujado en el rostro. No podía ocultar que se había metido un buen tiro de perico.

—¿Has podido sacarle una foto? —preguntó Itziar.

—Sí, le he sacado dos de muy cerca. No se ha dado cuenta. Quería ver mis tetas y se ha demorado demasiado al no encontrarlas.

—Saca al resto, igual alguno de ellos es uno de los sicarios —dijo Mónica.

—Sí, aunque tengo una de todos, voy a hacerles alguna más.

La música continuaba y los cuatro amigos fueron un par de veces a la barra y aprovechaban el viaje para visitar el baño.

El colocón que llevaban era importante y ya sin ningún recato observaban a las tres mosqueteras y a otro grupo de chicas a su izquierda, que parecía que les hacían más caso.

Cuando terminó el concierto, los oyeron quedar con las otras chicas en La Mula de Moscú, un *pub* que estaba en la Alameda de Recalde y que a esta hora tenía buen ambiente.

Eran las once de la noche cuando salieron de la sala.

—Os propongo una cosa. En vez de ir a La Mula de Moscú, vamos a por mi coche y los esperamos por allí cerca para seguirlos cuando salgan —dijo Bárbara.

—Si os parece, yo los sigo andando y me quedo fuera —dijo Mónica.

—Mejor, no podemos perderlos de vista. Cuando lleguemos te hago una llamada.

Mónica se quedó por los alrededores, sin perder en ningún

momento la visión de la puerta. Estaba intentando acordarse del nombre por el que se habían dirigido al chófer y por fin lo recordó: Raúl, ese era el nombre, estaba segura.

Enseguida llamó a Bárbara y le dijo que les estaba guardando un sitio que se acababa de quedar libre, en la calle Barrinkua, esquina Rekalde. Allí aparcó y decidieron que la periodista se quedara sola en su coche por si tenía que seguirlo.

—Se llama Raúl, me acabo de acordar.

—Bien, Mónica, un dato más y este es importante. No se nos va a escapar, ya lo veréis —subrayó Bárbara.

Tardaron bastante. Transcurrió cerca de una hora hasta que salieron del *pub* los cuatro amigos con las chicas. Parecía que dudaban sobre adónde ir, pero enseguida se dieron cuenta de que esperaban un taxi.

Cuando llegó, solo se subió Raúl, y Bárbara puso en marcha el suyo para seguirlo.

El resto se eternizó decidiendo dónde continuar, pero Mónica e Itziar desaparecieron para no llamar la atención.

A las doce de la noche y en un día laborable las calles de Bilbao apenas tenían tráfico y Bárbara no tuvo ninguna dificultad en seguir al taxi que, con parsimonia y cumpliendo todas las normas de circulación, se dirigió hacia el barrio de Indautxu. Lo atravesó y por Sabino Arana se encarriló al de Basurto. Enseguida vio que el taxi se paraba en una esquina. Pudo adelantarlo con cuidado y aparcar unos metros más allá. Comprobó que Raúl se introducía en un portal de la calle Novia de Salcedo. Volvió a poner el coche en marcha y, dando una vuelta, pudo anotar el número del portal.

«Objetivo cumplido», se dijo. A Raúl lo tenían ya situado y ahora todo podía ser ya mucho más fácil.

Al entrar en casa, Bárbara sabía lo que tenía que hacer: enviar un mensaje por Telegram a Garrincha.

El chófer identificado con nombre y dirección de su domicilio. Hoy todo ha salido bien, este pájaro no se nos escapa. Estoy cansada, pero tener a mi gánster favorito conmigo tranquiliza mucho. Mañana hablamos.

Cuando recibí el mensaje, una expresión de lelo se me dibujó en la cara.

Le envié muchos emoticonos con sevillanas bailando y copas de champán con una leyenda: «Siempre sorprendiendo».

28

En Zaramaga se masca la tragedia

Jueves, 21 de abril

El tinte y el corte de pelo habían causado en Carmen un cambio del que estaba muy satisfecha. No iba a ser fácil reconocerla.

Se veía más joven y más buenorra. Ambas cosas le gustaban. El rubio, aunque llamativo, estaba muy bien conseguido. Ella nunca había tenido el pelo tan claro, ni siquiera unas mechas, pero lo que veía le gustaba. Además, quien no la conociera difícilmente pensaría que no era auténtico. Su melena había sufrido algunos estragos, pero el resultado mejoraba lo anterior. Se miraba de un lado, de otro, se volvía a mirar y no tenía dudas. Estaba contenta, aunque no iba a poder lucirse ante ningún conocido. Igual ante Garrincha si la venía a visitar.

Como no tenía mucho que hacer, ya pensaba y fantaseaba en mantener estos cambios cuando volviera a la vida habitual. ¿Por qué no? Siempre había dedicado poco tiempo y muy pocos medios a sus cosas, pero ahora que tenía dinero se lo podría permitir. Además, ya no era una cría a la que todo le sentaba bien. Sabía que en cuanto le diera puerta a Gaizka, volvería a estar en el mercado. Con treinta y cinco años necesitaba cuidarse y dedicarse más tiempo.

Era el tercer día que pasaba en Vitoria y la mayor parte del día permanecía en el piso. Salvo la excursión para cortarse el pelo, salía por el propio barrio, daba un paseo, se sentaba en una

especie de parque muy cerca de su casa, veía tiendas y hacía la compra.

Habló dos veces con Garrincha y daba la impresión de que la normalidad imperaba en las calles de Bilbao y Barakaldo.

Pero justo mientras tenía estos pensamientos, se dio cuenta de que el aburrimiento que la tenía atrapada iba a durar muy poco.

Desde los ventanales de la sala donde estaba, en un segundo piso, se veía perfectamente la avenida, por llamarla de alguna manera, y una zona verde o parque que allí comenzaba.

Justo en su calle, al lado del parque, vio aparcado un coche que le llamó la atención. Había una persona en el asiento del conductor que llevaba un rato sin moverse. Se fijó en él porque el automóvil se parecía al de Barakaldo. No entendía de coches, pero el color, el tamaño y su forma se lo recordaban mucho.

Carmen mantenía la zozobra con sus dudas, sin saber qué hacer, hasta que salió el conductor y se le despejaron todas. Era el mismo joven que la vigilaba junto a su casa. El gesto de encenderse el pitillo y la forma de andar, cojeando, le confirmaron lo que pensaba.

Mientras Carmen lo seguía con la mirada, cada vez más alarmada, volvió sobre sus pasos y, cuando acabó de fumar, entró en el coche. Entonces se percató de que el asiento del copiloto también estaba ocupado, aunque no se le veía.

Estaba espiándolos detrás de unos visillos y suponía que desde abajo no la podían ver. Aunque daba igual, ellos sabían que estaba allí y eso significaba que estaba perdida. El bloque donde se encontraba su piso estaba lleno de viviendas y no les sería fácil entrar en la suya sin que se enteraran los vecinos, pero no se podía fiar.

Menos mal que los había detectado. No quería ni imaginar lo que pasaría si bajaba a la calle. Lo que comenzaron en Barakaldo, querían acabarlo aquí.

No se lo pensó dos veces y llamó a Garrincha. El sabría qué hacer, aunque en última instancia siempre podía llamar a la Policía, ella no estaba cometiendo ningún delito.

—Garrincha, soy Carmen. Están aquí otra vez, no tengo dudas, son los mismos de Baraca.

—¡Hostias! ¿Cómo han podido localizarte? Hablo con Félix y vamos para allá. No abras a nadie. Si suben, llama a la Policía.

—Prefiero que me saquéis vosotros. Daos prisa, por favor.

Eran las tres y media de la tarde cuando el asturiano me recogió en la plaza del Sagrado Corazón cerca de mi casa.

Estaba dándole vueltas a cómo se habían enterado. Un topo no era posible, solo lo sabíamos Félix y yo. ¿El teléfono de Carmen? Imposible, era nuevo, no lo conocía nadie y no estaba a su nombre. ¿Nos podían haber seguido? Tomé muchas precauciones, me hubiera dado cuenta. El coche de Carmen, eso tenía que ser. Lo debían de tener controlado. Me jugaba lo que fuera a que le habían puesto una baliza para seguirlo, como las que ponía la pasma. Qué error tan tonto, le pedí que lo llevara por si lo necesitaba. A eso había que añadir otra chapuza: lo había dejado aparcado junto a su casa.

Qué cerca de ella habían estado para conocer su auto y poner una baliza. Estos no eran unos principiantes.

Nadie lo debía de saber. ¿Carmelo? Estábamos en el mismo barco, no tenía ningún sentido; en el caso de Gaizka, tampoco.

Esto tenía que ser otra cosa, pero se me escapaba. En cualquier caso, sabía que eran unos canallas.

Descartamos llevarnos a los acólitos que estaban en Zaramaga; tenía muchos inconvenientes y, además, éramos gente con principios. Si íbamos a tener que limpiarles el forro, mejor cuanto antes. Eran muchos años y sabía que con la chusma no se podían tener contemplaciones.

Llegamos a Zaramaga y fue sencillo dar con el coche de los esbirros. Félix había cambiado las placas de las matrículas y el buga que llevaba era el especial para intervenciones sucias y de riesgo.

Dejamos el coche en batería, en un buen sitio para poder salir pitando. Desde donde estábamos, veíamos lo suficiente para concluir que Carmen no se había equivocado. En Baraca podía haber dudas, ahora su presencia solo presagiaba una acción violenta. Le envié un mensaje a Carmen diciéndole que ya estábamos allí. Contestó con el símbolo romano del pulgar hacia arriba.

Todavía estábamos en el coche cuando un hombre joven, fuerte, con un casco de motorista y con gafas negras se acercó hasta sus compinches. Se había bajado de una BMW de gran cilindrada aparcada a unos pocos metros. Con el casco y las gafas puestas era imposible identificarlo. Lo que sí advertí es que hablaba y se dirigía a sus colegas dando órdenes.

Todavía no habían dado las cinco de la tarde y la calle no estaba muy concurrida. Allí se estaba preparando algo. Miré a Félix y, sin hablar, ambos concluimos que debíamos intervenir sin esperar más, cortando por lo sano.

Nosotros éramos dos, ellos tres, pero si los del coche se mantenían dentro, la ventaja sería nuestra, y más pillándolos por sorpresa.

Fuimos por la calzada a paso ligero, pegados a los autos aparcados, y en menos de un minuto nos pusimos detrás de ellos cubiertos con unos pasamontañas.

El del casco se dio la vuelta y vi que, con rapidez, desenfundaba una pistola de una sobaquera acomodada en la parte izquierda de su pecho. No le dio tiempo a nada más; cayó abatido por mis balas, mientras Félix hacía lo mismo con los ocupantes del coche. A estos ni siquiera les dio tiempo de sacarlas de donde las

tuvieran escondidas. Los muchachos fueron un poco lentos, eran muy jóvenes, a diferencia del que llevaba el casco que, aunque no se le veía la cara, parecía treintañero.

Mis disparos acertaron en el pecho de mi víctima y Félix incrustó los suyos en la cabeza de los del coche.

En otro minuto, y a paso ligero, nos plantamos en nuestro buga y salimos con rapidez, pero sin exagerar, mientras nos quitábamos los pasamontañas. Nuestros silenciadores eran de gran calidad, aunque vimos cómo un corro de gente se arremolinaba junto a los cadáveres. Para entonces, nosotros ya estábamos saliendo del barrio de Zaramaga.

En vez de incorporarnos a la autovía que va a Bilbao, nos dirigimos hacia Miranda de Ebro, adonde llegamos en veinte minutos, y desde allí tomamos una carretera secundaria con dirección a Santander.

Dimos muchas vueltas y llegamos a Bilbao tres horas más tarde, pero sin ningún percance. Lo más difícil parecía ya hecho y todavía ni las emisoras de radio ni los medios digitales habían dado la noticia.

Al salir de Miranda, llamé a Carmen. Como me imaginaba, lo había visto todo y todavía estaba temblando. Dos ambulancias se llevaron a los tres tiroteados y todo llevaba a pensar que estaban muertos. No quise confirmarle que ya lo sabíamos. Simplemente le pedí que esta noche no saliera y que se preparara para regresar mañana a Bilbao. Debía preocuparse de que no hubiera ninguna patrulla vigilando la zona. Si por casualidad la paraba la poli, tenía que llevar bien preparada una explicación para que no se extrañaran. No debía llevar maletas ni paquetes. Ya nos encargaríamos nosotros de recoger sus cosas de la casa. Esa misma noche volveríamos a hablar.

Entrando ya en Bilbao, saltó la noticia. Los muchachos abatidos eran dos delincuentes, uno de Sestao y otro de Castro, y el tercero

era Gaizka. Me enteré por la llamada que me hizo Carmen, que me lo contó desconsolada y temblando.

La verdad es que no me lo esperaba, pero lo tenía claro: él se lo había buscado, se lo tenía merecido.

—Carmen, ya sé que estás destrozada, pero Gaizka era un auténtico hijo de puta que iba a matarte. No le des más vueltas, ahora hay que salir de esta sin ningún rasguño. Ven mañana, cumple con las formalidades del duelo y en unos días desapareces una temporada.

La mujer ni tan siquiera pudo contestar y se despidió lacónicamente.

Félix estaba escuchando y apoyó convencido mi argumentación.

—Era un canalla y un sinvergüenza. Se la iba a cargar y todavía no sabemos el motivo.

—Algo se nos escapa, Félix. Aunque la hubiera pillado traicionándolo, me parece una exageración. Tratar con gente tan barata te lleva a estas mierdas.

29

Nadie sabe nada

Viernes 22 de abril

Este viernes iba a tener un día complicado. A las diez había quedado con Carmelo en la Benedicta, después con la reportera y por la tarde con Carmen. Ninguna de esas citas era de trámite y llevaban detrás una carga difícil de gestionar.

Todo se estaba complicando y cada vez tenía más claro que sabía muy poco de lo que estaba pasando.

En principio, ni los Garay ni la Ertzaintza debían de relacionar el *suceso* de Zaramaga con el incendio de la fábrica de los Garay y los crímenes de Goyarrola y Ernesto. Solo Félix y yo lo sabíamos.

Llamé a Carmelo y le dije que Gaizka había sido abatido en Vitoria con dos colegas suyos. No sabía nada, fue toda una sorpresa que lo dejó perplejo y asustado. Sabía que ahora tendría a toda su gente, a todo su mundo, revuelto. Esperaba saber si Carmelo estaba al tanto de los *negocios turbios* de Gaizka, era fundamental que fuera sincero conmigo.

Cuando el día anterior llegó Teresa de la tienda, no le di tiempo ni de cambiarse y bajamos a tomarnos una copa al Cargadero.

Solo quería olvidarme de todo y recobrar la serenidad. Estuvimos hablando de las novedades de las tiendas sin parar, mientras me pimplé dos gin-tonics. Aunque lo mío no se olvidaba, me vino muy bien.

Teresa me conocía y sabía que lo mejor era darme espacio para

que resolviera mis temas.

Al entrar en la cafetería de la Benedicta, Carmelo ya me estaba esperando sentado junto a una mesa, leyendo el periódico mientras le servían un café. Su cara mostraba el cristo que en esos momentos llevaba encima. No lo podía disimular.

—Garrincha, esto es la hostia. No me creerás, pero no tengo ni puta idea de en qué andaba metido Gaizka, es la mayor sorpresa que he tenido en la vida.

—Claro que te creo. Estaba convencido de que no sabías nada.

—Tampoco Ainara ni la gente con la que he podido hablar. Uno de los que mataron, el de Sestao, intervino en el incendio, al otro no lo conocía, era un pringado de Castro.

—Cada vez estoy más seguro de que esto tiene que ver con los asesinatos de Goyarrola y Ernesto y quizás con el incendio.

—He empezado pensando lo mismo, pero no puede ser. El incendio fue una chapuza, aunque por eso no te mandan al otro barrio. Además, al que lo encargó también se lo han cargado.

—Está claro, pero ¿y si han sido los mismos los que han matado a todos?

—Puede ser, pero ¿el motivo? Gaizka era mi segundo, creía que no tenía secretos conmigo, pero me he debido de confundir. Estoy en blanco y me cuesta creerlo.

—¿Sabes que estaba haciendo en Vitoria?

—Tampoco, es todo un misterio. Ainara ha llamado a su novia, pero está en Galicia, no se lo ha cogido. Le ha mandado un mensaje diciendo que viene hoy. Me extrañaría que estuviera al tanto…

—Cuídate, Carmelo, no vaya a ser que seas el siguiente en la lista.

—Estoy en ello, voy a desaparecer una temporada, no quiero correr el mínimo riesgo.

—Estaremos en contacto, pero por teléfono. Si me entero de algo, te aviso.

—Es lo mejor. Gaizka era un buen tío. Desde que tratamos con los de Boroa todo se ha ido a la mierda —dijo Carmelo.

—Lárgate, por lo menos esta vez no tienes a la pasma detrás.

—Sí, aunque no sé por cuánto tiempo. Saben perfectamente que Gaizka andaba conmigo.

El tema no daba más de sí y ambos queríamos desaparecer de allí cuanto antes. No me interesaba que me vieran con Carmelo. Era un hombre quemado y mis *amigos* los inspectores podían empezar a atar cabos.

Carmen ya sabía que había quedado con Carmelo. La había llamado a primera hora y parecía más serena. Preparamos bien lo que tenía que decir: sorpresa, dolor e ignorancia.

Decidimos que se quedaría en su casa, pero me aseguré de ponerle vigilancia.

Tenía que dejarse ver poco, pero sí estar con Ainara y Carmelo con toda normalidad, asistir al funeral y a otros actos en primera fila. Debía ejercer de viuda y que se viera.

Se quedó más tranquila cuando le adelanté por un mensaje que Carmelo no sospechaba de ella y que tampoco sabía en qué andaba metido Gaizka.

En cuanto se celebrara el funeral, se instalaría una temporada lejos de Bilbao. Ahora Galicia podía ser un buen destino.

30

Bárbara y el gánster de Olabeaga en el parque de los patos

A las cuatro de la tarde, me reuniría de nuevo con la periodista. Con el lío de ayer, apenas pude pensar en la información que me había dado sobre el sicario.

El chófer estaba identificado con su nombre y tenía su dirección. Era un avance decisivo y, tirando de él, se llegaría a los asesinos de Goyarrola y Ernesto.

Sabía que tenía que facilitarle información. Lo que le había contado de interés ya lo conocía o se lo imaginaba, y era consciente de que nuestra colaboración solo podía funcionar con correspondencia por ambas partes.

Cuando llegué al parque ya me estaba esperando en un banco para los dos solos. Esta vez el estanque de los patos lo teníamos a nuestra espalda y la zona estaba más concurrida. Viernes y a esa hora se notaba. Madres con sus hijos y adolescentes tirados en la hierba diseminados alrededor del estanque, mientras los patos contentos se deslizaban por el agua. El barullo que se generaba entre el graznar de los patos, el piar de los pájaros y los chillidos de los niños era tremendo, pero a mí me gustaba.

Bárbara no me dejó hablar cuando empecé a preguntar por el chófer.

—Quiero aclararte una serie de cosas antes de facilitarte los datos.

—Adelante, te escucho.

—Si hemos identificado al chófer es porque dio la casualidad de que un estudiante estaba allí cuando se cargaron a Ernesto Ramos y lo vio. Lo ha vuelto a ver, me ha llamado, lo hemos seguido y sabemos su nombre y su domicilio.

—Entendido, ese estudiante se ha portado y eso no suele ser lo habitual.

—Exacto. Pero ya te mencioné que ese estudiante no va a ir a la Policía ni al juzgado. Tampoco nadie va a saber su nombre. Lo puso como condición y lo acepté. Lo voy a cumplir, aunque sea yo la que vaya a la cárcel. Lo tengo claro.

—Estoy de acuerdo sin ninguna reserva. Además, conociendo el percal me parece bien.

—Ahora yo podría ir a la Ertzaintza, pasarles los datos que tengo como cosa mía y centrarme en sacar un reportaje explosivo. Tengo incluso varias fotos del sicario muy nítidas y cercanas.

—Pero no lo vas a hacer.

—Me estás entendiendo. Hay que investigar a este pájaro, descubrir a los otros dos y, cuando podamos, aportar pruebas de su culpabilidad, excluyendo sin problemas al estudiante, y pasárselas a tus *amigos* los inspectores.

—Y tú, entonces, sacarías tus reportajes en primicia.

—Así es. ¿Estás de acuerdo?

—Lo estoy.

—Bien, la segunda cosa que te voy a pedir es que te sueltes un poco. No me has contado nada todavía. Sabes que sé guardar secretos, pero quiero tenerlos. Ya decidiremos cuándo los sacamos.

Sonreí. Bárbara sabía perfectamente cómo tratar estas cosas. Conocía bien su oficio y lo que no era su oficio.

—¡*Touché*! Tienes razón, ahora empiezo. Como con lo tuyo, secreto total. Solo lo desvelaremos cuando se vayan resolviendo las cosas principales.

—Larga ya, que me estás liando.

—Lo mío va a ser más largo, dime el nombre y la dirección.

—Qué paciencia tengo que tener contigo. Se llama Raúl y vive en Bilbao, en la calle Novia de Salcedo, 17 bis. No ha cumplido los treinta, de uno ochenta y cinco de estatura, moreno, fuerte, con una cicatriz en la barbilla y un tatuaje en forma de mariposa debajo de la muñeca izquierda. Es zurdo y, lo más importante, tiene una mirada sucia que nos vuelve locas.

—Ja, ja, ja, una mirada como la mía, me estás diciendo.

Me miró y se rio.

—Venga, no te distraigas.

—¿Nacional?

—Sí, y probablemente de Bilbao. La impresión es que tiene un trabajo legal.

—Perfecto, con esos datos va a ser fácil identificarlo al completo. Lo de llegar a los que apretaron el gatillo será otra cosa.

—Eso creo yo. Una cosa, de eso te encargas tú. El estudiante y yo desaparecemos. Si hay tiros quiero estar lejos. ¡Ah!, y ni los entregues a la pasma ni te los cargues. En su momento, ambos decidiremos qué hacer.

—A sus órdenes, jefa.

—Empieza, que ya estoy cansada —dijo mientras me miraba un poco harta.

Le conté todo con nombres y apellidos. El incendio de la fábrica de los Garay, la contratación de Carmelo Goitia y su grupo por Goyarrola a través de Ernesto, el abogado. La chapuza del incendio y los cristos que tuvieron. Aunque con más cautela le resumí, sin descubrir a Carmen, los asesinatos de ayer en Vitoria, quién era Gaizka y, claro, evité referirme a los ejecutores.

—Lo de ayer en Zaramaga estoy convencido de que tiene que ver con todo este asunto en el que estamos metidos.

—Flipo, tío. No sé si soy una insensata, pero ya empiezo a

temblar. Te lo digo en serio, yo no existo. No quiero acabar en el punto de mira de estos indeseables.

Advertí que quizás por primera vez esta chica era consciente del peligro que podían generar sus pesquisas.

—Bárbara, vuelve a tu trabajo habitual, ya no tienes que seguir ninguna pista, y tu *garganta profunda*, lo mismo.

—Te entiendo, sé que me darás la información que tengas. Ya sabes, somos una pareja en esta aventura, pero no existo para nadie.

—Solo para mí.

—Insustancial, qué romántico te pones.

Sellamos una especie de juramento. Ninguno de los dos sabía nada del otro, nunca revelaríamos sus fuentes, pero ambos compartiríamos la información. La decisión de qué hacer con ella la tomaríamos de común acuerdo.

Yo sabía que esto quizás no sería así, pero quería que estuviera tranquila.

Estuvimos unos minutos sin hablar, hasta que me dio un empujón con el hombro marca de la casa. Ese era su saludo y yo se lo devolví. Se levantó y se fue.

Al cabo de un rato, cuando todavía no había salido del parque, recibí un mensaje suyo:

Qué a gusto estoy contigo, delincuente.

Y yo le contesté:

A mí me pasa lo mismo, Lisbeth.

Lo curioso es que era verdad.

Esta noche tenía que verme con otra de mis protegidas. Esta tenía más peligro, ya habían querido cargársela y quién sabe si

todavía quedaba gente con esa intención.

Veía cómo todos estos sucesos pasaban por mi existencia, veloces y sin capacidad por mi parte para resolverlos. Me estaba convirtiendo en un jugador más que seguía sin tener clara la esencia de esta historia y adónde me conducía. Tenía impresiones, eso estaba claro, pero sobre el fondo seguía muy despistado.

Daban ganas de quedarse en el parque; la temperatura era muy agradable y la sensación de paz no la alteraba toda la peña que por allí pululaba. Tenía tiempo hasta las nueve y media y me fui andando hacia casa, donde me esperaba la última de Pierre Lemaitre, que fue la primera negraque escribió: *La gran serpiente*, cuya *killer* protagonista, una mujer grandota y pánfila de sesenta y cuatro años, era genial.

Cuando entré en la Alhóndiga, Carmen ya me estaba esperando. La encontré muy guapa, con el pelo rubio y el nuevo corte, aunque su cara no podía disimular que lo había pasado muy mal. Su colorete y su rímel certificaban que había llorado mucho. No sabía muy bien qué hacer y la abracé sentidamente, detalle que agradeció.

Hablamos mucho, pero ninguno de los dos tenía respuesta para lo que más nos preocupaba. ¿Por qué la perseguían Gaizka y su gente? ¿Por qué querían matarla o secuestrarla? ¿Para quién trabajaba su novio? ¿Había tenido algo que ver en los asesinatos de Goyarrola y Ernesto? Y quizás la más importante, ¿la vida de Carmen continuaba en peligro?

—Garrincha, el lunes, en cuanto pase el funeral, me voy a Galicia. Una prima que vive en Bayona me ha invitado. Allí estaré bien, me puedes llamar y me tienes al tanto. Si tengo que regresar me lo dices, pero prefiero no hacerlo.

—Me parece buen plan. No se lo comentes a nadie.

—Nadie lo va a saber, ni mis padres. Creen que voy a Lugo, donde está la mayor parte de la familia.

—Estos días cuídate, te hemos puesto vigilancia.

—Ya me he dado cuenta. Félix parece mi ángel de la guardia.

—Es un buen tipo.

—Qué engañada me tenía Gaizka, a veces pienso si se trató de un error…

—No lo era, Carmen. Acabaremos sabiendo el trasfondo de todo, no lo dudes. Pero olvídalo, no le des más vueltas. Piensa que ibas a dejarlo y que estuviste a punto de ser tú la que acabara bajo las balas de su pistola.

—Y el muy imbécil termina acribillado a balazos con treinta y seis años.

—No hubo más remedio, lo tuvimos que decidir en menos de un segundo, pero, aunque hubiéramos tenido más tiempo, la decisión hubiera sido la misma. Acertamos.

—Lo sé, no te reprocho nada.

—Te vamos a cuidar bien. Eres una de las nuestras, los Garay están muy impresionados y me han dado carta blanca para que no te falte nada.

Esto me lo inventé, todavía no había hablado con ellos, pero suponía que no tendría problemas.

Carmen apenas pudo sonreír, pero sabía que un asunto tan vulgar como la pasta le daba mucha tranquilidad.

31

La brigada de la Ertzaintza se reúne un sábado

Sábado, 23 de abril

Aunque era sábado, la inspectora Sara Cohen convocó a la brigada al completo. Debía ser un día tranquilo y tanto los teléfonos como otros asuntos les dejarían en paz.

Sara no estaba contenta, se movía constantemente, no dejaba ningún dato sin comprobar, pero era consciente de que estaban estancados y también despistados. No conseguían corroborar con pruebas las certezas que iban consiguiendo ni situarse en el centro de los problemas que investigaban. Tenía la impresión de que se les escapaban muchas cosas.

A la inspectora le encantaban este tipo de asuntos relevantes, mediáticos, con personajes turbios del hampa y de las finanzas. Siempre los había sacado adelante y eran los que sustentaban su fama. Pero este era distinto, no sabían por dónde avanzar y pasaban los días sin ningún resultado.

Fabretti le decía que en otros casos había pasado algo parecido y luego, de repente, se desatascaba y conseguían resolverlo. Quizás, pero ahora se sentía muy desamparada.

Ni conocía los motivos ni tampoco a los autores de los asesinatos. Solo podía repetir las generalidades al uso. Unos sicarios, muy profesionales y bien pagados. Y, claro, eso era muy difícil de rastrear. Es cierto que en algún otro asunto tuvieron un golpe de suerte, pero Sara no confiaba en el azar y empezaba a pensar que

este podía ser un caso sin resolver.

Esto la agobiaba y se refugiaba en Fabretti, que sabía llevarla y conseguía que no se desmelenara tomando decisiones precipitadas.

Además, ni los Garay ni los dueños y directivos de Boroa, más allá de buenas palabras y una colaboración formal, se implicaban en el asunto, cuando debían ser los más interesados en resolverlo.

Era curioso que cuando los negocios y las empresas eran los principales afectados, había siempre una cierta reserva, que conllevaba priorizar el buen fin de los mismos en detrimento de la resolución del caso y de la caza de los culpables.

Esto enervaba a Sara, consciente de ser solo una policía que, por su trabajo, estaba obligada a resolver el caso, a diferencia de los propios perjudicados, que se parapetaban, con una desfachatez enfermiza, intentando no empeorar su situación. Lo siguiente sería, lo estaba viendo, empezar a olvidarse de los crímenes y dar por bueno que la investigación se archivara en un cajón bien cerrado con llave.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana cuando Fabretti entró en el despacho de Sara.

—Creo que ya están todos, podemos empezar cuando quieras.

—Sí, el problema es que no sé qué decir. No tengo nada nuevo y esto tiene mala pinta.

—La única ventaja es que los más interesados no nos aprietan y los jefes tampoco. Esto siempre se agradece.

—Ya me conoces, me agobio yo sola y no aguanto estar bloqueada. Los Garay tienen que saber mucho más y los de Boroa también. Están callados y no les importa nada. Nunca entenderé a la gente de negocios.

—Siempre pasa igual. O se esconden porque están pringados o quieren proteger sus negocios porque es lo que más les importa.

—Eso es la *omertá*, regresamos al *Padrino*; así es muy difícil

trabajar —concluyó la inspectora.

Cuando estaban intercambiando estos comentarios, entraron en tromba Ongi Etorri y Gabarrita. La ertzaina traía un montón de papeles en la mano.

—Jefa, Fabretti, mirad esto, hay noticias —dijo Ongi Etorri mientras dejaba encima de la mesa los papeles.

—Es un atestado que han enviado los colegas de Vitoria y el resto recortes de la prensa de hoy —dijo Gabarrita.

—Os veo inquietos, eso está bien. Igual hasta me alegráis el fin de semana, que estoy que no levanto cabeza —dijo Sara.

—Ongi, te toca a ti —dijo Gabarrita.

—La brigada de lo criminal de Vitoria nos ha remitido el atestado levantado tras el asesinato de tres hombres ayer por la tarde en el barrio de Zaramaga.

—He leído la noticia —dijo Sara, y Fabretti hizo un gesto afirmativo.

—Ha sido una acción impecable, realizada por profesionales, que han incrustado sus certeros disparos en el cuerpo y cabeza de las víctimas. Las pistolas, Beretta, y la munición, Parabellum.

—Cómo me suena eso, Bienvenida.

—Los cuerpos policiales no la utilizamos, pero en la delincuencia es habitual —apuntó Gabarrita.

—Lo sé, pero estoy pensando en el innombrable que ya sabéis. —Sara se refería al arma utilizada por Garrincha y su gente.

—Los abatidos estaban preparando algo, aunque no sabemos qué, probablemente un golpe mortal. Los tres iban armados —comentó Ongi Etorri.

—Y no me digáis que son conocidos —comentó Sara, a la que se la veía cada vez más interesada.

—Ahora llego. Se trata de Gaizka San Román, de treinta y seis años, con domicilio en el barrio de San Vicente de Barakaldo. Pero lo más importante es la información que me ha dado un

confidente, el de Portu, que es de lo mejor que tenemos.

—Cierto, lo es —confirmó Fabretti.

—Pues Gaizka es el segundo de Carmelo Goitia, hijo del famoso capo Carmelo Goitia Echevarría, abatido hace años en el portal de su casa en Peñota.

—Lo recuerdo perfectamente. Era un gran capo, de los que ya no quedan.

—Sí, me vas a decir que era un caballero. Fabretti, no me jodas. Era un canalla —saltó Sara.

—Otro nivel, ni color con su hijo, que es un pringado —continuó Fabretti.

—Los conocemos bien —apuntó Gabarrita—, pero cuéntale, Ongi, lo que ha añadido.

—No sé en qué estaría pensando nuestro confidente, pero va y me dice que el incendio de la fábrica de los Garay se lo encargaron a Carmelo Goitia y este lo dejó en manos de Gaizka, que se sirvió de Patxi, abatido también en Vitoria, y de otro que ha desaparecido.

—La ejecución del incendio ya sabéis que fue una chapuza —añadió Gabarrita.

Los inspectores no podían esconder la sorpresa en sus caras. Era muy importante y podía impulsar la investigación.

—Alucino. A nuestro confidente ya le vale, podría habérsele ocurrido llamar. De cobrar nunca se olvida —dijo Sara—. ¿Se sabe quién es el autor del incendio que ha desaparecido?

—Sí, se trata de Miguel Pérez, de Sestao.

—Hay que pillarlo, nos tiene que confirmar todo esto y largar más.

—Nos ponemos a ello, jefa —dijo Gabarrita.

—Otra cosa, ¿se conocen los motivos del crimen?, ¿tienen alguna sospecha? —preguntó Sara.

—No tienen ni puta idea. Los colegas de Vitoria quieren que lo

llevemos nosotros.

—Me parece bien; hablo con ellos —contestó Sara—. Pero les voy a pedir que investiguen lo que estaba preparando el comando en Zaramaga. Seguro que pensaban cargarse a alguien del barrio.

—Díselo, ellos tienen más medios allí y conocen mejor la zona —apuntó Gabarrita.

Sin salir del despacho, Fabretti llamó a Roberto Garay y le preguntó si le sonaban Carmelo Goitia y Gaizka San Román, pero le contestó que no. Lo mismo hizo el nuevo gerente de Boroa.

—No saben y parecen sorprendidos por la pregunta, aunque tampoco se han interesado por el motivo.

—Me toca los ovarios, estos no se mojan ni cuando se duchan —comentó Sara—. Sería importante pillar al tal Miguel Pérez, tiene que saber mucho —insistió Sara.

—Y a Carmelo Goitia, a él se le encargó el incendio —apuntó Fabretti.

—Por supuesto, nos metemos ahora con ello y pedimos una autorización al juez para detenerlo y registrar su casa —dijo Sara, ya mucho más animada.

—La preparo ahora —comentó Fabretti.

—Leed el atestado de Vitoria, es muy detallado. Una acción para nota, eran dos y se cargaron a tres que iban armados sin darles tiempo a sacar la pipa. Tenéis los datos del coche, las filiaciones… y en los recortes de prensa, lo que os podéis imaginar —comentó Gabarrita.

—El funeral de Gaizka es el lunes a las siete de la tarde en la parroquia de San Vicente en Barakaldo. He visto la esquela en el periódico —comentó Ongi Etorri.

—Vista Alegre —se refería al nombre de guerra del miembro de la brigada, que vivía al lado de la plaza de toros y tenía una gran afición a la lidia—está investigando en las redes sociales de todos ellos —dijo Gabarrita.

—Bien hecho. Al funeral iremos Fabretti y yo; vosotros estad pendientes de la detención de Carmelo Goitia. Lo lógico es que la orden judicial la tengamos a lo largo del lunes. Nuestra prioridad es echarle mano —apuntó Sara.

—Lo normal es que el juez lo ponga en libertad tras la declaración. Por un incendio sin daños personales no creo que lo envíe a prisión —comentó Fabretti.

—Sí, pero puede imponerle medidas cautelares. Lo tendremos vigilado —contestó Sara.

32

El Acero Club de Olabeaga

Aún no habían dado las siete cuando ya estaba instalando mi caña, sujetándola a la barandilla de la ría con unas abrazaderas que permitían que no se desestabilizara si algún pez osaba picar.

Lo que para mí era pronto, para mis colegas que por allí se situaban yo era un dormilón. Todos éramos parcos en palabras, nos gustaba la soledad y teníamos pavor a que nos tocara cerca un pesado aficionado a contar sus preocupaciones o simplemente sus ocurrencias. Ello evitaba quizás conocer a gente interesante, pero lo preferíamos.

Un gesto levantando la barbilla o las cejas y un saludo sonoro ininteligible servía para cumplir educadamente con el protocolo y colocarte en el lugar elegido.

Necesitaba recapacitar sobre el embrollo en el que me estaba metiendo, degradando mis intereses cada vez más. De una ayuda inicial para averiguar quién podía estar detrás de un incendio, había pasado a encontrarme inmerso en un ajuste de cuentas sobrevenido. Dos fiambres que no me correspondían, pero me afectaban, y otros dos en mi mochila, directamente adjudicados en mi haber.

Esta sucesión de calamidades transcurría sin que nada de ello estuviera previsto de antemano.

Era difícil estar peor situado. La poli investigaría estos asuntos y los jefes y colegas de Gaizka también. Total, para nada; era un caso sobre el que ya no tenía ningún interés, salvo librar a

Carmen de cualquier peligro. Nunca aprendía y el lío en el que estaba podía ser dramático.

Apuré hasta algo más de las diez y me dirigí a casa. La zona se estaba llenando de paseantes que, sin quererlo, incomodaban y eran un engorro.

Le daba vueltas a la conversación que debía tener con Roberto Garay. Tenía que contarle, aunque sin delatarme, lo de Gaizka. Acabaría enterándose y era uno de los que habían incendiado su fábrica. Debía saberlo por mí, era lo lógico y lo mejor.

A Teresa se lo conté sin nombrarme y, además de sorprenderse, se quedó extrañada y acojonada. No le gustaba nada que un asunto en el que estaba metido tomara esos derroteros. No me dijo nada, pero se le dibujó en la cara una expresión que ya conocía.

Roberto Garay todavía estaba en casa cuando me cogió el teléfono. Empecé preguntándole si tenía novedades y de lo único que me habló fue del proyecto para levantar la fábrica, que estaba ya muy avanzado. Enseguida comenzarían con la obra y en cinco o seis meses podrían estar funcionando. Los módulos eran prefabricados y estaban ya encargados, así como la maquinaria.

Evité que me diera una conferencia y le pregunté por la Ertzaintza y los chinos. La poli los llamaba a menudo, preguntaban o confirmaban datos, pero su impresión era que no avanzaban nada. Con Boroa, las relaciones eran inexistentes y era lo mejor. Hasta la fecha estaban respetando a sus clientes.

Le puse al tanto por encima de mis conversaciones con Bárbara, sin darle mayor importancia.

—Roberto, no sé si habrás leído la noticia de un asesinato muy espectacular que se produjo el jueves en Vitoria. Salió ayer en los periódicos, tres jóvenes que fueron tiroteados en el barrio de Zaramaga.

—Sí, me suena algo, debí de leer el titular.

—Bueno, pues me he enterado de que dos de ellos participaron en el incendio de vuestra fábrica. Uno es un colega de Carmelo Goitia, se llama Gaizka y era su segundo de a bordo…

—Pero ¿qué me dices? ¿Se sabe el motivo?

—No lo sé, es todo muy extraño. Parece que estaban preparando una acción en Zaramaga y se los cargaron.

—Espero que no nos salpique, es lo que nos faltaba.

—No tiene por qué, esta gente está en mil negocios y alguno les sale mal. No te preocupes, solo quería que lo supieras. Si te llama la Ertzaintza, tú solo sabes lo que has leído en el periódico y yo no te he dicho nada.

—De acuerdo, tú no existes.

—Así es.

—Me cabrea porque todos se estaban olvidando ya de nosotros. Las redes sociales han bajado mucho el pistón, están en otras mierdas y el bufete de Ernesto también quiere pasar página. Parece que el ruido mediático les ha afectado menos de lo que suponían.

—Una cosa, Roberto, voy a necesitar dinero para Carmen. La chica se está portando muy bien y está acojonada.

—Gestiónalo tú, lo que decidas nos vale.

Nos despedimos correctamente y di por salvado ese marrón por el que tenía que pasar.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando Roberto recibió la llamada de Fabretti. Precisamente le preguntó por Gaizka y Carmelo, y se atuvo a lo hablado. Le contestó que no los conocía; tampoco le estaba mintiendo, nunca se los habían presentado.

Aunque ignoraba por qué seguía aún en todo esto, la dinámica me llevaba a continuar con las cosas que tenía pendientes. Me vi un rato con Félix en un banco del Campo Volantín. La pista que nos había dado Bárbara empezaba a fructificar.

Félix me puso al día de lo que había conseguido.

—Pudimos ver su nombre y apellido en el buzón de su casa en la calle Novia de Salcedo. Raúl Iriondo. Desconocido en el mundo del hampa, ha sido a través de las redes sociales que hemos obtenido una información básica. Su familia vive en Deusto, en la avenida de Madariaga, y apesta a clase media. Su padre, Renault Megane, socio del Athletic y apartamento en Laredo.

»Raúl tiene veintisiete años, no tiene trabajo conocido, le gusta la música rock, los conciertos y, sobre todo, la noche. Se pueden sacar conclusiones lógicas, sin demasiado riesgo a equivocarnos. Le gustan mucho las tías, casi seguro que será farlopero y no le pega que frecuente puticlubs o sea un broncas.

Félix estaba impresionado por la capacidad de Bárbara para moverse también en los asuntos turbios y añadió:

—Es una joya, me encantaría que trabajara conmigo, se iba a forrar y no como ahora, con un sueldo en el periódico.

—Ni se te ocurra. Lo nuestro no tiene remedio, pero no puedes hundir a esta mujer; además, es lista y te mandaría a tomar por el culo.

—Lo sé, tranquilo. Somos gente legal y no sabemos hacer otra cosa.

A continuación me explicó el plan que tenía previsto. Con paciencia y sin arriesgar, una pareja lo seguiría para conocer su vida. Si de ahí no salía nada, intentarían el acceso directo a Raúl. Tenía una chica que estaba muy bien y podía cumplir sus funciones con éxito. Eso era lo que pensaba Félix, aunque yo albergaba más dudas.

Era fácil que Raúl sucumbiera a sus encantos, pero no que se dedicara a contarle cuestiones tan graves y confidenciales. No perdonaría un polvo fácil, pero lo otro ya era otra cosa.

No le dije nada y le di la conformidad al plan que me había preparado.

Antes de despedirse, me preguntó:

—¿Vas a ir al funeral de Gaizka?

—No. Estará atestado de todos aquellos que no me convienen.

—Me parece bien, yo tampoco voy a ir, pero mandaré a la pareja, por si aparece Raúl o alguien de interés.

—No está mal pensado. Bárbara irá. Me informará y ya te contaré.

Regresé a casa preguntándome lo mismo que un rato antes. ¿Qué hostias estaba haciendo todavía en esta historia?

Esta tarde había quedado en el campo de Iparralde en Basurto para ver al Acero Club de Olabeaga. Era el equipo de mi barrio y un histórico del fútbol vizcaíno. Un grupo de obreros de Astilleros Euskalduna lo fundó en 1920.

En 2020 se cumplió su centenario y, aunque militaba en Segunda Regional, era un honor tener a este equipo entre nosotros. Todo el barrio respaldaba al Acero y hacíamos piña. Todos los años les compraba lotería, solía colgar del balcón una camiseta azul Bilbao dedicada por los jugadores cuando celebrábamos algo o teníamos que apoyar al equipo. Y todas las temporadas veía algún partido.

El hijo de un vecino jugaba este año en el equipo y no necesitó insistirme para ir a verlo. Además, había decidido hacerme socio. Directivos y aficionados me visitaron en el hospital durante mi convalecencia cuando me dieron dos tiros y entendí que debía corresponderles. Eran buena gente.

Me dirigí hacia el campo de Iparralde. Hoy jugaba el Acero contra el Sopuerta Sport y firmaría los papeles de socio.

En un bar cercano al campo en Basurto, me esperaban mi vecino Vicente y dos miembros de la directiva. Uno de ellos era Javi, al que conocía.

También estaban otros socios, entre ellos, Sonia de Olabeaga

Bizirik, Jose, el fiscalista, e Itziar, la mejor bloguera del Athletic. Me sorprendió el recibimiento tan cariñoso que recibí. Javi, con mucha formalidad, dijo:

—Garrincha siempre ha sido de los nuestros. En Noruega[3] conocemos perfectamente quién es un buen tipo y quién no lo es. El Acero es un club modesto, pero siempre será un gran club. Tenlo claro, te recibimos con los brazos abiertos.

A continuación me tendió el carné de socio y no tuve más remedio que improvisar unas palabras.

—Si algo voy a llevar con orgullo es el carné que me habéis entregado. En Noruega somos gente de fiar y gente de bien. Cuando escuchéis cosas de mí que igual os sorprenden, no hagáis mucho caso. Pensad que, ante todo, soy un hombre del barrio y que nunca defraudaré al Acero Club de Olabeaga.

Después de unos aplausos y los gritos de rigor, nos acercamos al campo y allí seguí el partido tranquilamente desde la tribuna.

El equipo jugaba bien y disfruté. Además, el hijo de Vicente metió un gol y ganamos 3-1 a los de Sopuerta.

La bandera de Noruega ondeaba en lo alto de un mástil, junto a la ikurriña y la bandera de Bilbao.

---

3 A Olabeaga siempre se la ha conocido por Noruega, tanto por los barcos bacaladeros de aquel país que atracaban en el barrio, como por el frío que hacía, dada su orientación al norte.

33

Funeral en la iglesia de San Vicente de Barakaldo

Lunes, 25 de abril

A las siete de la tarde, se celebraba en la iglesia de San Vicente de Barakaldo el funeral de Gaizka San Román. El templo estaba a rebosar y un buen número de personas se concentraba en sus aledaños.

Gaizka era un hombre joven, muy conocido en el barrio, muerto trágicamente y, para la mayoría de los presentes, tras un vil ajusticiamiento.

En estos momentos, otras consideraciones sobre el finado eran muy secundarias a la hora de despedirlo en condiciones y con el respeto que se merecía.

La familia en pleno estaba en las primeras filas, con sus padres y sus dos hermanas al frente. Tíos, primos y familiares llegados de León y algunos de Burón, de donde eran originarios, la completaban. A Gaizka lo despedirían con todos los honores, como se merecía.

Carmen estaba en la segunda fila, junto a una prima de su novio, buena amiga suya. Vestía de oscuro, de luto riguroso, con unas gafas que no podían ocultar sus lloros y su desolación.

La contradicción en que se movía no se le escapaba y la hundía aún más. Sabía que Gaizka había ido a por ella, a liquidarla, pero no podía dejar de ser sincera con la consternación que la embargaba y la depresión profunda en la que estaba sumida.

Para la familia era su pareja, uno de los suyos, y los consuelos que recibió fueron sinceros.

Carmen procuró no tener ningún protagonismo y, con cierto pudor, intentó pasar desapercibida. Lo tenía pensado y al acabar se largaría de inmediato.

Como tenían previsto, los inspectores estaban allí. Sara se situó en uno de los bancos de atrás, observando bien todo el interior de la iglesia, y Fabretti se apostó fuera, donde se encontraba la mayor parte de la gente joven.

Ongi Etorri y Gabarrita se quedaron en la comisaría, pendientes de la orden judicial para detener a Carmelo Goitia. Si aparecía durante la ceremonia esperarían a que terminara para no provocar ningún incidente.

Sara fue repasando todas las filas sin quitar el ojo a todos los presentes que con su vista podía abarcar. No le fue difícil identificar a los familiares y a la novia de Gaizka, muy en su papel de mujer destrozada.

Por unas fotos que había examinado esa mañana, identificó a Carmelo Goitia con su novia en una de las primeras filas, rodeado de personal, pura chusma, que muy bien podían ser sus acólitos.

Bárbara no había perdido el tiempo desde que llegó. Empezó sacando fotos fuera y con paciencia se acercó cuando vio algún gesto de jóvenes molestos. Habló con ellos y les prometió que evitaría publicar imágenes que permitieran identificarlos. Sabía que no era del todo cierto, porque la familia y la gente cercana saldrían con toda nitidez.

Se dio cuenta de que el inspector no le quitaba la vista de encima y, evitando darle alguna excusa, no le sacó ninguna foto. Cuando vio en acción a la reportera, Fabretti pensó en lo bien que les vendría su reportaje fotográfico. Este funeral, a diferencia de otros, no lo habían filmado y, aunque la chica era muy suya, podían pedirle ese favor.

Al cabo de un rato, con la misa ya empezada, la periodista entró y se situó a la izquierda del pasillo central, hacia el final. Estaba en una buena posición para, cuando la familia saliera, sacarles unas buenas fotos.

Estudió bien al personal: a la familia y a un grupo de colegas del finado, que no podían ocultar a qué se dedicaban. Entre ellos estaba Carmelo Goitia, a quien, con disimulo, esperaba poder sacarle alguna instantánea.

La reportera no se había percatado de que al otro lado del pasillo estaba Sara Cohen. La inspectora sí la debía de haber visto porque, cuando fijó su mirada en ella, Sara le sonrió y Bárbara le guiñó un ojo sin poder evitar que otra vez saltaran chispitas. La inspectora se dio cuenta y se sonrojó encantada. La periodista consiguió mantener la mirada sonriente, sabiendo que ambas eran conscientes del coqueteo que se llevaban.

Delante de Bárbara había una chica de unos treinta años que estaba sola y que, según avanzaba la misa, lloraba cada vez más desconsolada. Como había un hueco a su lado, avanzó de fila y se situó a su vera. Aunque no podía ocultar que era fotógrafa —llevaba la cámara al hombro—, se comportó como cualquier asistente más y, cuando se sentaron, aprovechó para darle unos clínex que agradeció. Bárbara le susurró unas palabras de consuelo y pensó que esta mujer podía ser alguien relevante en esta historia.

Cuando finalizó el funeral, renunció a sacar fotos y salió con ella agarrada del brazo. Sin saludar a nadie, se alejaron unos metros y se situaron en un lugar relativamente tranquilo.

—Mujer, estás fatal, te veo muy mal. Intenta animarte.

—Sí, encima no conozco a nadie, me siento como una tonta…, pero no lo puedo evitar.

—Cuando uno se despide de un ser querido hay que dejar aflorar los sentimientos sin ningún recato. Pero hay que levantarse

enseguida, la vida sigue y, además, tú eres como yo, una mujer joven, con todo por delante. Ponte a ello, hazme caso, en unos días será otra cosa.

Parecía que la chica había dejado de llorar y ahora intentaba secarse y arreglar el desaguisado con los pañuelos.

—Tienes razón, qué bien hablas, tía, pero ha sido tal el mazazo…

—¿Gaizka era tu novio?

—Algo parecido. Tenía una novia formal que está con la familia, pero Gaizka y yo estábamos muy enamorados. Iba a romper con Carmen y nos íbamos a ir a vivir juntos. Y ahora este horror.

—Vaya, te comprendo perfectamente, no me extraña que estés destrozada, pero, insisto, hay que sobreponerse, no puedes seguir así.

—Nora, me llamo Nora.

—Yo soy Bárbara.

—Ya lo sabes, se lo han cargado como a un indeseable. A pesar de todo, él era un buen tío, créeme. Ha sido tremendo.

—Te creo. No te voy a engañar, no lo conocía. He venido a sacar fotos para el *Noticiero*, estoy preparando un reportaje.

—Ya me lo imaginaba. Por favor, no me saques ni me cites, acabaría como una apestada, conozco cómo es la peña.

—Estate tranquila, lo que puedo y quiero es ayudarte. Según tengo entendido, nadie sabe nada del crimen.

—Gaizka estaba estos últimos días muy nervioso. Carmen había desaparecido. Lo avisó de repente de que se iba a un pueblo de Lugo unos días a casa de unos familiares. Le estoy dando muchas vueltas, esto ha sido premeditado, un asesinato, y no quiero que quede impune.

—¿Has hablado con la Ertzaintza?

—No tengo intención de hablar con ningún policía. Gaizka estaba muy pringado, algunos asuntos eran delitos, y lo último

que necesito es aparecer como una chivata.

—Haces bien. Tienes que cuidarte, solo falta que acabes jodida tú.

—Eso pienso, pero tampoco quiero que esto se olvide. Lo han ajusticiado en la calle como a un asesino.

—Nora, ahora nos ha visto mucha gente y nos estarán mirando. Los que más me preocupan son dos inspectores de la Policía vasca que me conocen. Vamos a intercambiarnos los números de teléfono y nos llamamos. Sinceramente, creo que puedo ayudarte.

—¿Seguro? Tú eres periodista.

—Seguro. Estoy detrás de todo este asunto desde hace tiempo. No es por fardar, pero soy la que más sabe del tema, más que la Policía. Puedes leer lo que he sacado en el *Noticiero*, pero sé mucho más. Este crimen está encadenado a otros, Gaizka solo es un gregario, ya te contaré. Puedes confiar en mí. Apunta este número y hazme una llamada perdida.

Cuando la hizo, y antes de marcharse, Nora le dijo:

—Bárbara, confío en ti, no me falles, ni tampoco me saques en tus reportajes, solo te pido eso. Yo puedo contarte muchas cosas, pero yo no existo.

—Descuida, seré una tumba, aunque tenga que ir yo a la cárcel.

—Te tomo la palabra —dijo Nora, mientras su cara tomaba algo de color y amagaba una sonrisa.

La periodista no perdió el tiempo y pudo sacar algunas fotos más de la familia, que aún se mantenía en la entrada principal de la parroquia mientras recibía el pésame.

No pudo hacerlo con Carmelo Goitia, al que no vio por ningún lado, aunque no le extrañó que se hubiera largado de inmediato.

Pensaba en Nora, había acertado haciéndole caso y era consciente de que podía estar ante una exclusiva de primera. Estaba nerviosa y a la vez contenta de cómo había tratado a esta desconsolada amante. Le daba pena; pobre mujer.

Sara había visto a Carmelo rodeado de sus acólitos y, aunque no parecía nervioso, estaba abatido, como consciente de que cada vez se le ponían peor las cosas. La orden del juez estaba tardando y eso que se había comprometido a tenerla para esta misma tarde.

Cuando salieron, le extrañó no ver a Bárbara sacando fotos y se lo comentó a su novio:

—Antes se ha hartado y he pensado en que podíamos pedirle el reportaje.

—Me parece bien, aunque es muy suya, no sé lo que nos dará. Es raro que no la veamos.

—Ha salido disparada con una chica que lloraba como una Magdalena y no la he vuelto a ver.

Cuando Fabretti contaba esto, a Sara le apareció un mensaje de Gabarrita en la pantalla del móvil:

Tenemos la orden judicial de detención y la autorización para el registro de su vivienda.

Contestó con un «adelante».

—¿Ya la tienen?

—Sí, ahora van a por él.

Lo que no sabían los inspectores era que Carmelo se dirigía en un coche con Ainara hacia el aeropuerto de Biarritz, desde donde esta noche partía un vuelo con destino a Roma Fiumicino. Un tren de alta velocidad con destino a Nápoles los llevaría hasta la Costa Amalfitana. Se instalarían en Sorrento, en un apartamento a pie de playa.

Tomaron la precaución de no alquilarlo a su nombre. Solo Garrincha sabía dónde estaba y podía comunicarse con él por teléfono.

No esperaba noticias tan pronto, pero Bárbara me sorprendió

esa noche con un mensaje por Telegram:

> En el funeral he conocido a la amante de Gaizka. Esto puede ser una bomba. Te contaré.

Le contesté con unos emoticonos con caritas de sorpresa.

34

Al sicario de mirada sucia lo vigilan

Martes, 26 de abril

Seguía intrigado con el mensaje que me había enviado Bárbara, cuando recibí una llamada suya. Quería verme y quedamos donde siempre.

Los acontecimientos se iban solapando, uno detrás de otro, a tal velocidad que me resultaba complicado tener una visión de conjunto. Cuando Teresa me preguntaba y me pedía que le explicara cómo iban las cosas, yo mismo tenía dificultades para elegir por dónde empezar. No sabía muy bien si lo que le contaba ya se había quedado anticuado.

Esta vez tuve que esperar a que apareciera, sonriente y a paso ligero, mientras el piar de los pájaros se hacía notar. Solo el sosiego de los patos y la poca gente que había me permitían mantenerme tranquilo.

Se sentó a mi lado y me saludó con el empujón de hombros ya institucionalizado entre nosotros.

—Te veo ansiosa.

—Cierto. Y cuando estoy ansiosa, lo que más me gusta es que me coman el coño.

Por poco me caigo del banco. Bárbara soltó una carcajada y me dijo:

—Disculpa, chico, soy un poco *exagerá*, pero ya me irás conociendo. En el periódico todo son prisas y mis reportajes nunca

pueden esperar. Y luego está lo de la amante despechada. ¿Has leído mi crónica?

—No, después la leo, prefería escuchar la versión auténtica sin descafeinar —le mentí. La verdad es que se me había olvidado.

—Bien, te voy a detallar todo, incluido lo que no sale en el reportaje, que es lo más importante.

Con precisión, fue desgranando todos los detalles del funeral y creo que consiguió incorporarme al mismo, como si hubiera estado allí. Hasta me reí del coqueteo con Sara y en el fondo tampoco me extrañaba. Cuando finalizó, tenía un sentimiento encontrado. Por un lado, Nora podía permitirnos avanzar mucho, pero también era consciente de que podía tener la llave para aclarar lo que había pasado en Zaramaga y eso suponía mi perdición.

No me engañaba, esto es lo que había y ahora sabía que no podía alejarme de Bárbara. Debía mantenerme muy cerca por si un día tenía que pedirle un favor.

—Espectacular, colega. No sé si te das cuenta de que en este momento eres la única que puede estar en condiciones de resolver todos los misterios de este caso.

—Puede ser, pero para eso te necesito a ti. Yo sola me encuentro desconcertada y, aunque no lo creas, cada vez tengo más miedo. En cuanto cierta gente se entere de lo que sé, estoy perdida.

—Siempre he sido rápido en apretar el gatillo, pero no creo que lo necesitemos. Cuando resolvamos el caso, se lo pondremos a la poli empaquetado y con un lacito. A continuación, desapareceremos. Nadie sabrá nada de ti, salvo que has sido la primera en enterarte de lo ocurrido y sacar una exclusiva.

—Ojalá sea tan sencillo —dijo después de estar un rato pensando. Cambió de tema y añadió—: Una cosa, me gustaría hablar con Susana, quiero conocer más cosas de la familia, de su historia… No los voy a putear, pueden estar tranquilos. Ya sabes que estoy escribiendo una especie de novela.

—¿Prefieres a Susana? El que lleva la empresa es Roberto.

—Lo sé, pero con Susana me voy a entender mejor y podré hablar con más libertad.

—Adelante, llámala. Se lo digo luego.

Félix había conseguido una pareja con aspecto anodino, difícil de recordar, para que siguieran a Raúl Iriondo con prudencia y procurando evitar cualquier riesgo.

Lo primero que hicieron fue dar una vuelta por el barrio para conocerlo y entraron en la librería La Saturnina. La dueña, una mujer joven, abierta y entretenida, enseguida estuvo con ellos y les preguntó por sus gustos, recomendándoles alguna novela; le compraron un par de ellas. Esto le permitió acabar hablando del barrio, después de decirle que eran nuevos y apenas lo conocían.

Estando de charla, vieron cómo Raúl pasaba por la acera con una bolsa de deporte y aprovecharon para despedirse de la librera. Lo siguieron a distancia hasta que entró en la Alhóndiga y se dirigió al gimnasio instalado en el primer piso. Parecía todo rutinario.

Al cabo de una hora, salió y se marchó a paso ligero hasta una correduría de seguros en la calle Colón de Larreategui, junto a la plaza de Jado. Por la hora que era y lo poco que tardó en salir, descartaron que fuera un currante. Se tomó un vermú en el cercano Basque, donde charló amigablemente con varios conocidos, entre ellos con Julio, el dueño.

A las dos, tomó un taxi y, aunque con dificultad, consiguieron seguirlo en otro taxi hasta el barrio de Deusto, donde vivían sus padres.

La pareja perseguidora no averiguaba gran cosa. Sus costumbres eran aparentemente inofensivas; lo de trabajar no parecía ir con él y sus contactos no permitían descubrir nada. Continuarían unos días y, si no salía nada, Félix se plantearía la

alternativa de la chica seductora, que podía ser más eficaz.

35

Nora, la novia desconsolada, cuenta muchas cosas

Bárbara vio la llamada de Nora en su teléfono móvil. No había transcurrido un día y la amante de Gaizka había tomado la iniciativa. Era lo mejor, no quería aparecer como una interesada.

—Hola, Nora, qué bien que me llames.

—Me daba un poco de corte, pero he leído tu artículo, he visto las fotos y me apetecía darte las gracias. Tenía miedo. Además, Gaizka no sale mal parado e incluso recoges comentarios muy majos sobre su persona.

—En el barrio lo querían y así lo he reflejado.

—Lo has conseguido, seguro que su familia y sus amigos estarán contentos.

—Me alegro, Nora.

—Otra cosa. Quería verte, tengo muchas cosas que contarte. Hoy ya estoy algo mejor.

—¿Te parece esta tarde?

—Me parece, pero en Bilbao, en Baraca y en Portu me conoce mucha gente.

—A las siete en la cafetería del Mercado de la Ribera, ¿sabes cuál es?

—Sí, la que está en los bajos del mercado, dando a la ría; suele haber música en vivo. Cojo el metro y nos vemos allí.

La periodista consideró que las cosas iban bien. Había llamado a Susana Garay, hablaron un buen rato y al final quedaron en verse. Con Susana no sabía muy bien qué buscaba, pero tenía la

impresión de que era la mejor vía para adentrarse en las interioridades y preocupaciones de la familia. El *true crime* que estaba escribiendo pintaba bien y la familia Garay debía ser la gran protagonista.

La reportera tuvo una jornada intensa, pero consiguió salir pronto de la redacción. Pasó por casa antes de ir a la cita con Nora y, mientras se duchaba y cambiaba de ropa, le contó a Itziar las últimas novedades. Su novia alucinaba según se enteraba de todos los avances que se iban produciendo. No quería decírselo, pero también tenía miedo. Cada vez veía el peligro más cerca.

Bárbara, con otra camiseta negra ceñida, unos vaqueros nuevos pero gastados y unas zapatillas de deporte blancas, se acercó al Mercado de la Ribera. Le había dado algo de color a su pálida cara y se encontraba en plena forma.

Nora la esperaba en una de las mesas que daban a la ría. Tenía una caña servida y se entretenía mirando el móvil. Cuando la vio, se levantó y le dio dos besos que parecían sentidos.

La verdad era que Nora se encontraba mucho mejor. Su rostro estaba sereno, tenía color y unas pestañas negras con rímel dejaban ver unos bonitos ojos negros. Tenía ojeras, pero estaban disimuladas y su cuerpo se movía ya con gracia.

Nora tenía ganas de hablar y la periodista la dejó que se explayara.

Comenzó relatando que la familia de Gaizka desconocía su relación. La única mujer que existía en su vida era Carmen y fuera de la familia solo lo sabían dos o tres amigos de cada uno. Carmen tampoco sabía nada. Lo tenían todo preparado para hacerlo público, pero su chico quería encontrar el mejor momento.

Bárbara intervino para que Nora no se repitiera y se enrocara en un bucle del que no hubiera manera de salir y empezó a contarle muchas cosas, la mayoría de las cuales las había sacado ya en sus crónicas, pero le permitían ganarse su confianza y que

tuviera a alguien con quien desahogarse.

Con la segunda birra, Bárbara supo que era el momento y le preguntó por un tal Raúl, sin decirle el apellido, describiéndolo con bastante precisión. Nora se rio y, sorprendida, le contestó que lo conocía perfectamente. Y soltó la bomba: Raúl Iriondo fue novio suyo, lo habían dejado hacía unos meses y al cabo de poco tiempo empezó a salir con Gaizka.

Bárbara intentó que no se le notara, porque alucinaba. Esta chica era una caja de sorpresas. El anzuelo estaba lanzado y, claro, de inmediato vinieron las preguntas.

—¿Por qué te interesa? ¿Está implicado?

—No sé muy bien lo que pinta, pero me lo he encontrado en mis investigaciones. Cumple un papel en la historia, no sé si relevante, pero necesito averiguarlo.

—Es un buen tipo. No es nada macarra, de familia bien, algo pijo… Ya te imaginas.

—¿Dónde trabaja?

—Mujer, a ti te parece de lo más normal eso de trabajar. —Se rio —. Estudió Marketing en la Cámara de Comercio, ha tenido algún trabajo, pero siempre le duran poco. Es más de vivir y gastar, ya me entiendes.

Bárbara pensaba que esta tía era límite o gilipollas, pero no se lo dijo:

—Creo entenderte, que vive de trabajos oscuros.

—Sucios. Lo puedes decir, ya no me importa. Él nunca me contaba nada, pero me lo imaginaba, dinero nunca le faltaba y su familia no se lo daba.

—¿Drogas?

—Se mete perico, pero no trafica. Solía decirme que era un hombre de ciertos principios.

«Vaya pájaro y vaya tonta», pensó la periodista.

—Me encaja lo que me dices. En esas pesquisas que te

comentaba aparecía con dos hombres, fuertes, altos, morenos y mayores, de unos cuarenta.

—¿Del grupo de Carmelo?

—No lo sé, pero creo que no.

—Gaizka conocía a Raúl, pero no trabajaban juntos. Además, era muy celoso y, como había estado conmigo, no le tenía ninguna simpatía.

—Pues vaya, tú me dirás. Su novia era Carmen y estaba contigo.

—Con Carmen las cosas iban mal, ya te lo he contado, y, además, últimamente estaba convencido de que se estaba follando a otro.

—¿Sabes quién era?

—No me lo dijo, pero debía de ser un tío famoso retirado del sector; se le escapó hace unos días. También creía que Carmen estaba traicionándolos.

Bárbara se calló. No era difícil saber a quién se refería. Vaya sorpresa. Esperó unos segundos y decidió cambiar de tercio:

—¿Sabes que Gaizka participó en el incendio de la fábrica de los Garay?

—Sí, ahí se empezó a torcer todo. Fue un embolado que le endilgó Carmelo. Estaba harto de su socio.

—Pero ¿continuaba con él o ya no? —preguntó Bárbara.

—Es complicado, aunque tampoco me lo contaba. Creo que todavía seguía, pero por poco tiempo, y también estaba haciendo bisnes para otros.

—¿Quiénes eran los otros?

—No lo sé, pero tengo que andar con pies de plomo. Mira cómo ha acabado mi novio —comentó Nora.

—Tienes razón. ¿Quién se lo habrá cargado?

—Eso es lo que tenemos que averiguar y entonces no me importaría que se encargara la pasma de todo.

—¿Carmelo puede tener algo que ver? —preguntó Bárbara.

—No, por favor, no. Eran amigos, además de colegas, pero alrededor hay mucha mierda. Está también Carmen. ¿Con quién estaría traicionándolos?

—No tengo ni idea, pero si te enteras, puede ser una buena pista.

—Te puedo ayudar, pero no puedo arriesgarme —concluyó Nora.

—Tranquila. Nunca te voy a vender, tenlo por seguro. Voy a ordenar un poco todo, tú piensa cómo puedo avanzar, qué pista puedo seguir e intenta averiguar algún dato de esos dos que vi con Raúl.

—Lo haré. Nos volveremos a ver. Lo único que quiero es pillar a los que se cargaron a mi novio y a sus dos colegas. No necesito nada más.

Bárbara sabía que con esa chica, si sabía llevarla, podría aclarar muchas cosas. Todavía no se creía la suerte que estaba teniendo: ¡la novia del chófer sicario! Pobre mujer, en el fondo le daba pena. Qué puta vida.

Era cierto que quería ordenar un poco todo. Necesitaba priorizar sus esfuerzos, la próxima vez iría con Nora al Antzokia. Elegiría un día de concierto y a por Raúl.

«Qué sorpresa se va a llevar Garrincha cuando se entere», pensaba mientras esbozaba una sonrisa y abría la puerta de su casa.

36

Los Garay y Garrincha se despiden

Miércoles, 27 de abril

Todo era una vorágine y a los Garay los tenía olvidados. Ellos eran mis *clientes* originales, pero estaba convencido de que ya me debía poco a ellos y más a los compromisos que iba adquiriendo.

Al final mi cabeza estaba más preocupada por salir del lío sin daños personales que de cualquier otra cosa. Tenía asumido que estaba situado en lugares donde me podían cazar a poco que se fuera desenredando la madeja que se había creado alrededor de mi persona.

Tenía alguna cosa positiva: Carmelo se había largado para una buena temporada y, por lo tanto, se olvidaría de mí. Pero lo más importante: Bárbara estaba colaborando conmigo y no la veía traicionándome y pasándose a la Policía. Con ella tenía que jugar limpio y evitar ponerla en una situación límite. Nos daba mil vueltas y las sospechas que bullían en su cerebro se acercarían mucho a la realidad, pero si podía intentaría seguir haciendo su trabajo sin enfangarse demasiado.

Me llamó Roberto Garay cuando estaba recogiendo la caña. Quería verme y, aunque no me dijo para qué, deduje que ya estaban hartos de todo. Sabía que más pronto que tarde esta llamada se produciría.

Pasé por el López de Haro a media mañana y allí me esperaban Roberto y Begoña Garay. Estuvieron muy amables conmigo, pero

acerté en el motivo de la reunión.

Estaban cansados porque cada vez que leían un periódico temblaban. Con los últimos asesinatos de Vitoria, su incertidumbre se acentuó aún más.

Querían olvidarse de verdad, ellos estaban en otra vida y en otros proyectos. La propia Ertzaintza parecía también apagada y se limitaban a tener un abogado en el juzgado para estar al tanto de cualquier incidencia.

—Garrincha, has sido un gran apoyo en los momentos más difíciles. Te has portado honestamente con nosotros y no nos has complicado la vida. Es más, siempre has ido por delante de los acontecimientos, pero a todos nos va a venir bien ir cerrando etapas y esta es una de ellas.

—Te agradezco lo que me dices. La verdad es que lo poco que he podido hacer siempre ha sido pensando en lo mejor para la familia Garay. Me parece correcto y doy por finiquitada mi colaboración. Pero os insisto en una cosa que os comenté al principio: yo no existo ni para la Policía ni para el juzgado. No quiero que la Ertzaintza sepa de mí. Siempre me han tenido ganas y no quiero servirles una oportunidad para complicarme la vida.

—No te preocupes: nos lo dijiste y así será. Otra cosa, liquídanos el tema económico; si quieres pasarnos una minuta, te la pagaremos encantados, y cierra también lo de esa chica.

—No os voy a pasar ninguna factura, yo no cobro por estas cosas, pero sí tengo compromisos con la chica. Me falta un pago que le prometí, se lo adelanto y luego os lo paso.

—Perfecto, lo que tú mandes.

Me despedí, era lo mejor, y me fui tranquilo.

Como si hubiera estado esperando a que acabara con sus hermanos, recibí una llamada de Susana cuando todavía me encontraba a pocos pasos del hotel.

—Garrincha, estoy fatal, ya sé que te van a despedir.

—He estado con Roberto y Begoña. Han sido muy educados y yo creo que es lo mejor.

—Es lo que quieren todos, pero yo estoy asustada, las cosas no son tan sencillas. Ahora solo piensan en levantar la empresa y quieren olvidarse de lo que pasó. Me revuelve la sangre y me revelo.

—El asunto no está cerrado y la Ertzaintza no lo va a arrinconar.

—He hablado un buen rato con Bárbara, ya sé que te pidió permiso para llamarme y, aunque no me ha contado nada que no supiera, sabe mucho y la he entendido bien. Estamos en una historia complicada, con muchas variantes y con intereses importantes que, por ahora, se nos escapan. Y tiene razón, solo con leer sus crónicas en el *Noticiero* te vas dando cuenta.

—Precisamente creo que esa es una de las razones de tus hermanos para salirse de la investigación. Que no los pille dentro.

—Pero si nos tiene que pillar, nos pillará. Bárbara estaba muy interesada en mi familia, en su pasado, en sus negocios y en el futuro. Le he contado todo lo que sabía, solo he pedido discreción y que nos trate bien.

—Es una mujer legal, lo hará.

—Bueno, llámame un día y nos tomamos una copa, lo mismo le he dicho a Bárbara.

37

Bárbara y Garrincha comparten sus avances

Jueves, 28 de abril

Me veía tan a menudo con la periodista que decidí cambiar de sitio. El banco duro del parque me parecía como de recluta sin un duro en el bolsillo.

Cuando se lo propuse se rio sorprendida. «No querrás conquistarme…», me preguntó. Le contesté que lo haría encantado, pero que no me gustaban los fracasos. Volvió a reírse, pero no entró al trapo.

En Bilbao habían abierto un lujoso hotel de cinco estrellas, el Radisson Collection, en el comienzo de la Gran Vía.

En el último piso se ubicaba un restaurante de lujo regentado por un afamado cocinero, con pretensiones de estrellas Michelin. Junto a él había una terraza espléndida donde poder tomarse una copa a resguardo de miradas indiscretas.

La periodista había tenido una tarde reconfortante. Se la había pasado boxeando y se dio una buena paliza, dejando a su *partenaire* para el arrastre. Reparó en que cada vez necesitaba más estos desahogos.

Además, coincidió con Jonfer Metralleta, su ídolo más importante en estos momentos, y quedó que lo vería en Miribilla en el combate del superpluma a finales de mayo. Con sus sesenta kilos y su metro ochenta de estatura, este muchacho la tenía enganchada.

Cuando entró, miraba todo con expectación, mientras era atendida por un *maître* que la llevó hasta donde la esperaba.

—Tremendo, tío, qué lujazo. Me han dicho que el restaurante es una pasada.

—No lo he probado todavía, pero todo se andará. En cuanto resolvamos el caso te invitaré para celebrarlo.

Me miró y me dijo muy seria:

—Si lo resolvemos sin rasguños…

—Aunque tengamos rasguños, lo celebraremos.

—A tu cuenta, majo. Estoy agotada, pero como nueva. Me he dado una paliza, pero ha merecido la pena. He coincidido con Jonfer Metralleta y ha sido la bomba. Me ha dejado darle unas buenas hostias mientras se reía, para él debían de ser unas caricias.

Estuve a punto de decirle que igual un día me animaba y la acompañaba, pero preferí callarme, mis experiencias con el gimnasio habían sido bastante desastrosas.

Pedimos dos gin-tonics y Bárbara me contó con mucha precisión la última conversación con Nora. Intenté que no se me notara, pero me pareció explosiva. Gaizka era un trastornado, un celoso compulsivo que creía que me estaba tirando a su novia. Quizás por eso se había desencadenado todo. En este tipo de gente, la traición podía hasta perdonarse, pero pensar que le estaba poniendo los cuernos, aunque él hiciera lo mismo, era algo por lo que no podía pasar. Qué fatalidad, por favor, era un imbécil integral.

Aunque no me lo dijo, Bárbara sabía que ese «famoso retirado del sector» que se la *beneficiaba* podía ser yo, pero me parecía absurdo explicarle que no había nada sexual ni amoroso en mi relación. Le confirmaría algo mucho peor: que era yo quien se lo había cargado en Vitoria.

Siguió contándome todo y cuando llegó al noviazgo de Nora con

Raúl, el chófer sicario, fue la apoteosis. Ambos éramos conscientes de que podíamos estar muy cerca de resolver el misterioso caso en el que estábamos metidos.

Mientras oía las sorpresas que me traía, no podía quitarme de la cabeza cómo me complicaba la vida. Cuanto más avanzaba, los nubarrones sobre mi persona me envolvían, sabiendo que el fantasma de Gaizka me podía llevar por delante.

Pensaba en esto mientras la reportera atendía una llamada.

—Todos son líos. Tu amiga Sara Cohen ha llamado al director del periódico pidiéndole todas las fotos del funeral de Gaizka. Estuve un buen rato con Nora y se me escaparon bastantes. La verdad es que no tengo ninguna como para que no la vean, pero me toca los ovarios.

—¿Y en qué has quedado?

—He convencido al director para que me espere y que mañana le doy un repaso a las fotos. Le enviaré la mayoría. Hay algunas de chavales del barrio que prefiero que no las vean. Lo mismo cree que son de la banda…

—Siempre suelen enviar gente suya a este tipo de funerales y los filman enteros. Quizás no le dieron relevancia y después de leerte se la han dado.

—Me carga bastante. Son muy pesados.

—Cualquier día te llaman.

—Espero que me tomen por una periodista tocapelotas y algo me conocen. Saben que no voy a largar algo que no quiera. Aparte de estas cosas, me caen bien. Sara me pone mala, tiene un polvazo.

—No la aguanto, pero en lo otro tengo que darte la razón —dije con sobriedad, como si el tema no fuera conmigo. ¡Qué teatro tenía que hacer!

—Esto que quede entre nosotros —dijo Bárbara.

—Tranquila, mujer. Otra cosa, que Nora tenga cuidado. Como averigüen que está pasando información, que empiece a temblar.

—Lo sé, pensaba decirle que se largue una temporada, pero antes quiero descubrir quiénes son los sicarios.

—¿Piensas que lo sabe?

—Lo dudo, quizás pueda conocerlos y no saber de quiénes hablo. Si contactamos con Raúl, puede ser más fácil, eso es lo decisivo. Hay concierto mañana en el Antzokia y la voy a invitar. Creo que perfectamente nos podemos encontrar con su antiguo novio.

—Cuídate tú también, te estás acercando demasiado a estos indeseables. No te tengo que explicar cómo se las gastan.

—No te voy a decir que entra en el sueldo, porque no entra, y es que, sinceramente, cada vez estoy más acojonada.

—¿Te das cuenta de que, aunque nos acerquemos a los autores materiales, no dejan de ser unos actores secundarios?

—Perfectamente, seguimos sin saber lo fundamental. ¿Quiénes mueven todos estos hilos? El origen de todo está en los Garay, en Boroa y en los chinos, y ese negociado sigue muy virgen —dijo Bárbara, convencida.

No le contesté, pero tenía razón mi amiga. Todo giraba a su alrededor.

Seguimos charlando un buen rato, me habló de su novia Itziar, conseguí que no se me moviera un músculo por la sorpresa y eso que tenía todas las pistas para saberlo. A veces parecía tonto, mi capacidad de deducción era muy limitada y me contó que lo peor era que su acojone se lo había contagiado a ella.

Salimos los dos y le deseé suerte para el día siguiente. La vi muy confiada en su visita al Antzokia. Yo era más escéptico.

38

Un plan con Teresa

Viernes, 29 de abril

En la comisaría de la Ertzaintza en Deusto, la brigada continuaba, a paso de tortuga, con su actividad investigadora.

Sobre el crimen de Zaramaga, aunque estuviera relacionado con el de Goyarrola, estaban en blanco. Ni sabían a quién vigilaban, ni el motivo, ni la identidad de sus asesinos.

Los dos elementos más tangibles en la investigación habían desaparecido. El autor del incendio que aún estaba vivo se había fugado tras la acción y se lo había tragado la tierra. Nadie cercano a él sabía nada y, si lo sabía, no lo decía.

Y comprobaron que, tras el funeral de Gaizka, Carmelo Goitia voló esa misma noche con su novia Ainara desde Biarritz al aeropuerto de Fiumicino en Roma. Allí se les perdió la pista.

El registro de su vivienda no aportó nada y, al no ser un delito demasiado grave, no procedía una orden internacional de busca y captura. Se limitaron a hablar con sus colegas italianos, sin demasiadas esperanzas, salvo que estuvieran registrados en algún hotel con su nombre y apellidos.

Gabarrita y Ongi Etorri entraron en el despacho de la inspectora Sara Cohen. También se encontraba allí el inspector Miguel Fabretti, que repasaba una documentación con ella.

—Jefa, traemos noticias y le van a gustar —comentó Gabarrita con una sonrisa de oreja a oreja.

Sara estaba desprevenida y ni se le pasó por la cabeza que su siempre presente Garrincha fuera el protagonista.

—Dime, que no estoy para adivinanzas.

—Se ha visto a Garrincha saliendo del hotel más lujoso de Bilbao, el Radisson Collection, con la periodista Bárbara Alberdi.

—Vaya…, Garrincha *forever* —dijo Sara sin poder ocultar su sorpresa.

—Igual se la está beneficiando, jefa. De un hotel, ya se sabe…

—Qué machista eres, Gabarrita. Siempre igual —dijo Ongi Etorri.

—No lo creo. Ir a echar un polvo a un hotel de quinientos euros la habitación me parece demasiado, incluso para Garrincha —dijo Fabretti.

—Lo dejo ahí —apuntó Gabarrita.

—Tampoco lo creo yo. O estoy confundida o a Bárbara no son los hombres lo que más le gusta —dijo Sara.

Todos guardaron silencio ante ese nuevo comentario, sabiendo que, si la jefa lo decía, sus motivos tendría.

—Yo me inclinaría a pensar que Garrincha y Bárbara están colaborando en el mismo asunto, que es el nuestro —dijo Fabretti.

—Eso sería un elemento imprevisto, pero conociendo a Garrincha, siempre acaba apareciendo en los asuntos más mediáticos que pasan por esta mesa. El otro día, cuando oí hablar de Berettas en Vitoria, volví a pensar en él, y mira qué casualidad.

—Quizás haya sido Bárbara quien le haya pedido información. Garrincha es un personaje muy conocido y, si la periodista está investigando esos mundos, se lo han podido recomendar —apuntó Fabretti.

—Los vio Kepa el mayor cuando bajaba para el Casco Viejo. Eran algo más de las nueve de la noche cuando salieron del hotel y, tras despedirse, la periodista se dirigió hacia el Arenal. La vio

entrar en un portal al comienzo de Bidebarrieta y esta mañana ha comprobado que era su domicilio.

—¿Le ponemos vigilancia a Garrincha? —preguntó Ongi Etorri.

—Todavía no. Siempre nos caza y aún no tenemos nada. Vamos a esperar —contestó Sara—. Bárbara sabe mucho y nadie le ha regalado nada. Aunque hayamos podido tener algún encontronazo, a mí me cae bien.

—Ojalá se animara a colaborar con nosotros —dijo Fabretti.

—Ahora no lo va a hacer, pero más adelante confío en que nos pase todo lo que tiene —dijo Sara.

—¿Por qué no intentamos hablar con ella? Sin exigencias, con buen rollo. Puede tener informaciones que a ella no le sirven y para nosotros pueden ser importantes —comentó Fabretti.

A Sara le sorprendió la propuesta y no le parecía mala idea. Incluso se acordaba de los ojitos que le ponía y cómo se sonrojaba pudorosa cuando la miraba. El contacto podía ser muy fácil.

—No me parece mal, pero esperaría a que se dé una excusa para justificar una llamada —concluyó Sara.

Tuve que pensármelo dos veces. Pero era el único día de las últimas semanas que tenía libre. No tenía nada que hacer, solo aburrirme. Ya empezaba a echar en falta esos días sin más preocupaciones que salir a pescar, dar un paseo y recoger a mi mujer en la tienda.

Pero hoy tampoco era uno de esos días; la cabeza me daba vueltas y no sabía cómo sujetarla. A veces parecía que me iba a estallar. Pasaba del pesimismo absoluto —viéndome con dos tiros sobre el asfalto o, con suerte, en una prisión cercana a mi domicilio— a pensar que veía la luz, todos los misterios se aclaraban y seguía de rentista simpático en mi barrio de Olabeaga.

Bajé a la ría con la caña, retrasé el regreso a casa y, después de

ducharme y ojear los periódicos por internet, bajé a la calle y me propuse dar un buen paseo a lo largo de Abandoibarra, para acabar en las Siete Calles y quedar con Teresa para comer.

Como últimamente era tan inusual, mi mujer se las arregló para cogerse la tarde libre.

El día acompañaba y, aunque llevaba puesto un jersey fino, enseguida me lo quité y conseguí caminar a un buen ritmo. Me sentía ágil y la brisa que soplaba me golpeaba con suavidad en la cara, permitiéndome disfrutar más del paseo.

Como siempre que paseaba al lado de la ría, mi vista se concentraba en ella. Hoy el caudal era muy abundante, rugía con fuerza y avanzaba revuelto hacia la desembocadura en el Abra.

No había piraguas, que era lo que más me gustaba, pero la surcaban varias embarcaciones de distinto tipo y me imaginaba el mareo de los turistas ante los fuertes vaivenes que sufrían. Dos de ellas eran para viajes organizados de ida y vuelta hasta el Abra, con paradas en Las Arenas, Portugalete y Santurce. A algunos se les veía sostener más mal que bien las copas y botellines con las que nos saludaban simpáticos a los que desfilábamos por allí.

Enseguida llegué a la Naja y, cruzando el puente del Arenal, me adentré en el Casco Viejo. Paré en el Xukela, en la calle del Perro, a tomarme un blanco francés bien frío con una banderilla de queso fundido y desde allí, acercándome a la catedral de Santiago, me dirigí a la plaza Nueva.

En una terraza me tomé una caña tranquilamente, mientras me dedicaba a observar al personal que ya empezaba a llenar la plaza.

Me acerqué a recoger a Teresa y eran las dos de la tarde cuando cerraba la tienda. Enseguida me agarró del brazo y, con un «ya era hora de que te acordaras de mí», me dio un beso en la mejilla.

No le había dicho dónde había reservado para comer. Ayer,

cuando estuve con Bárbara en la terraza del Radisson Collection, no tuve ninguna duda: tenía que conocer el restaurante NKO.

Reservé para hoy y, sin ninguna recomendación previa, fuimos Teresa y yo dando un paseo por la Gran Vía hasta llegar a la puerta del hotel.

—Marido, esto es todo lujo. No te voy a preguntar si has cobrado, porque eso no es lo tuyo, pero ya te imaginarás que cuesta un pastón.

—Lo sé, pero llevamos una temporada sin darnos un homenaje. También hay una terraza donde después podemos tomarnos un pisco *sour* y, cuando lo acabemos, repetir.

—Qué romántico estás. Solo nos falta quedarnos en el hotel y echar un polvo.

—Pues no sería mala idea.

—Te tomo la palabra, pero en casa también estaremos muy bien.

—Tú mandas, jefa.

—¿Con quién has estado?

—Ayer con la periodista, pero solo en la terraza y con un modesto gin-tonic.

—¡Ja, ja, ja! Eso está mejor.

Mientras esperábamos sentados en la mesa a que nos atendieran, le conté la conversación del día anterior. Teresa estaba asombrada.

—Pero si ya lo tenéis casi resuelto.

—Nos faltan los nombres de los sicarios. Los jefes se los dejaremos a tu amiga Sara y a su novio.

—El bollazo ese… Me parece bien que os plantéis ahí, incluso con lo que tenéis ya se lo podríais pasar. Ya sabes cómo agradecen que no os quedéis con todos los triunfos.

—Ya sabes que no soy como tú, yo no los trago.

—Pero tú lo has dicho, conseguís los nombres y os retiráis.

—La operación es de Bárbara, ella se lo ha currado. Hará un

reportaje explosivo y se llevará la gloria. Es una buena tía, me gusta.

—Sí, ya lo veo.

—No te preocupes, es lesbiana.

—Ja, ja, ja, qué chasco te llevarías.

—Además, soy un viejo para ella, le llevo casi veinte años.

—Una cosa, de los que se cargaron a Gaizka en Vitoria, ¿os habéis olvidado?

—Son bajas colaterales, que dirían los americanos. Ni tan siquiera sabemos si tienen algo que ver con nuestro caso.

—Estoy deseando que te retires cuanto antes.

Estábamos instalados en una mesa junto a la terraza, con mucha luz y vistas sobre los tejados de Bilbao.

El restaurante era de lujo y estaba especializado en cocina vasca y japonesa.

Pedimos los dos el menú degustación y una botella de la Veuve Clicquot bien fría. A Teresa le encantaba el champán y esta comida se lo merecía.

La fusión de la cocina vasca y japonesa se notaba en todos los platos. El *nigiri* de chipirón a lo Pelayo, la tempura de cangrejo, el ramen a base de manitas y chazo, la *robata* de *magret* de pato…

Conocías la sustancia de lo que comías, pero su cocinado, presentación, así como los nuevos ingredientes incorporados generaban unos sabores propios y originales que nos encantaron.

Teresa era muy de dulce y terminamos la comida con un postre magnífico: *nippon* torrija con helado de té *matcha*.

Al cabo de un rato, en la terraza nos sirvieron un pisco *sour* —peruano o chileno, la discusión era eterna— auténtico.

Tengo que reconocer que, en toda la tarde, no me acordé de mis marrones, ni siquiera cuando hablábamos de ellos. Me serené, mis neuronas se relajaron y volví a ser un hombre pendiente de

los placeres terrenales al que tampoco le importaba aburrirse y no de esa existencia a tiros que parecía estar obligado a vivir.

Además, me animaba mucho ver a Teresa reír a carcajadas. Sabía que eso debía marcarme un camino.

39

En el Antzokia con The Daltonics, Carolina Durante y Daniless

Esa tarde, Bárbara había quedado con Nora para ir al Antzokia. Sabía que con suerte podían encontrarse con Raúl Iriondo.

El programa era de lujo. Comenzaba con The Daltonics y hacia las nueve el grupo Carolina Durante, la estrella de la noche. Luego pinchaba Daniless, uno de los mejores DJ del momento. Su idea era ver el programa completo, estuviera o no el chófer, y a las siete y media quedaron en el Ambigú.

Nora llegó toda peripuesta, bien maquillada, arreglada y con un ánimo que distaba mucho del mostrado en días pasados.

Parecía querer olvidar y quizás encontrarse con su antiguo novio también la había motivado.

—Mujer, qué guapa estás, pareces otra —le comentó Bárbara.

—Se me hace raro, pero he decidido mirar hacia adelante.

—Ni lo dudes, olvídate de tanta mierda.

En el Ambigú cada vez había más gente, muchos de paso para el concierto. Allí no estaba Raúl ni ningún amigo suyo. Enseguida se fueron al concierto para conseguir una buena posición.

No tuvieron ninguna dificultad y, aunque faltaba poco tiempo para que empezaran The Daltonics, encontraron un buen sitio desde donde podían ver bien toda la sala.

—¿Solías venir aquí con Raúl?

—Pues no; lo conozco por unas amigas que me trajeron hace unos años, pero con Raúl nunca.

—Te lo preguntaba porque creo que es uno de los habituales a los conciertos.

—Él es un fan del rock. No perdona ningún año el Azkena en Vitoria. Dos años fuimos juntos al festival y estoy segura de que sus amigos también lo son. Solíamos coincidir con ellos.

Su amiga pidió una cubalibre de ron y Bárbara se conformó con una copa de cava. El alcohol le gustaba, pero se le subía enseguida a la cabeza. La noche podía ser larga y necesitaba estar bien despierta.

Nora estaba habladora y contó muchas cosas de su vida privada para ganarse la confianza de una de las pocas personas a las que se podía agarrar.

En este momento estaba en paro, pero pendiente de que la llamaran de Mediapark en Barakaldo, donde ya había trabajado antes. Vivía todavía con sus padres en el barrio de Retuerto y la muerte de Gaizka había frustrado salir de la casa paterna a sus treinta años recién cumplidos. Tenía un grupo de amigas, pero casi todas estaban emparejadas y se veían poco.

Bárbara tuvo que corresponderla con algunas cosas de su trabajo, pero evitó entrar en su vida privada. Nora parecía una mujer discreta, nada agobiante y su conversación era fácil.

A la periodista le gustaba el rock, sobre todo el *indie*, pero nunca había sido una fanática. Si no fuera por la misión en la que estaba embarcada, no se le hubiera ocurrido ir al concierto. Lo suyo era, sobre todo, el cine y la novela negra. La música la entendía más como una forma de relacionarse, de bailar, de moverse, y en eso disfrutaba con ganas.

Miraba a un lado y a otro y se entretenía observando al personal mientras The Daltonics cantaban uno de sus éxitos: «Junta de vecinos».

La velada seguía animada y el grupo ya había tocado dos de sus éxitos: «Viuda de Epalza» y «Mójate la tripa».

—Mira a la izquierda, al fondo, allí está.

—¿Raúl?

—El mismo. Está con unos amigos. Conozco a uno de ellos.

Bárbara miró hacia donde le decía Nora y vio a un grupo de chicos de su edad o algo mayores, pero no llegaba a identificar al chófer guapo. Siguió intentándolo y, por fin, lo vio.

—Ya está, ya lo tengo. Pero si no me avisas, no lo hubiera reconocido.

—Pues está igual que siempre.

Ninguna de las dos hizo nada para acercarse a ellos. La música seguía mandando y tampoco podían molestar al personal.

Esperaron a un receso y no tuvieron que moverse, porque Raúl y el amigo al que conocía Nora se acercaron sonrientes para saludarlas.

Se dieron dos besos todos y Raúl, muy sentido, le dio el pésame por lo de Gaizka. Nora se lo agradeció, pero enseguida cambió de conversación.

Hizo las presentaciones.

—Bárbara, una amiga. Raúl y Javier, dos buenos amigos a los que no veía desde hace tiempo.

Cuando regresó la música, Raúl y Javier se quedaron con ellas y ya no se separaron hasta el final. Con Carolina Durante y luego con Daniless ya fue la apoteosis.

Las invitaron a tomar una copa en La Mula de Moscú y allí se dirigieron. Bárbara recordó las peripecias del otro día siguiendo a los mismos sujetos y cuando Nora dijo que no conocía el *pub*, su amiga manifestó que le gustaba mucho.

El chófer sicario estaba animado y derrochaba su encanto habitual, especialmente con Bárbara. Parecía que le gustaba y no se separó de ella ni un momento.

La periodista le siguió el juego, sin entrar en su vida profesional, pero derrochando conversación, ocurrencia y simpatía.

Raúl y ella eran de la misma edad; no era difícil congeniar y, aunque su cultura musical no era amplia, pudo salir del paso acudiendo a bastantes lugares comunes.

En el *pub*, Bárbara se animó con una Mula de Moscú, el cóctel de vodka, lima y cerveza de jengibre; apenas había bebido esa noche y le apetecía. Además, para mantener el ritmo que llevaba, lo iba a necesitar. Los amigos de Raúl vinieron con ellos, pero por más que los analizaba, no le encajaban en los rasgos que le había dado Mónica de los dos sicarios.

Sabía que no podía desperdiciar el contacto con el chófer. Ahora ya no dependía de Nora, dependía de ella misma.

Le seguía el rollo, sin que se notara demasiado su interés, pero es que no lo necesitaba. El que estaba lanzado a tumba abierta era él. Le hacía gracia tener a ese pedazo de sinvergüenza tirándole los tejos.

En un aparte, cuando Raúl se fue al baño para empolvarse la nariz, se acercó Nora y le dijo al oído:

—Ya lo ves, es un seductor nato. Le has gustado y mucho. Lo conozco bien.

—Qué mirada más sucia, por favor, tiene un polvazo que no veas, pero ya sabes que mi interés es otro.

—Bárbara, a mí me da igual. Yo terminé con él y sé que no voy a volver. Además, a él tampoco le intereso.

—Yo le voy a seguir el juego, sin más.

—Te dejo, que viene el espídico.

Los amigos de Raúl querían continuar la noche en otro tugurio, pero a Bárbara le pareció que ya había cumplido lo suficiente. La red estaba echada y el chófer no la olvidaría.

Se intercambiaron los teléfonos y, cuando se despidió, Raúl quedó en llamarla al día siguiente. Bárbara, sin palabras pero con el pulgar hacia arriba, le indicó que le parecía bien.

—Lo tienes rendido. Qué le habrás dado. Lo conozco y hay

diferencia con su forma de actuar de hoy. Siempre se hace el duro —dijo Nora.

—Créeme, me he dejado llevar y solo he estado simpática. No me he pasado lo más mínimo. Estará muy solo, el pobre.

—No te confundas, es muy golfo. ¿Qué vas a hacer si te llama?

—Me va a llamar y voy a quedar. Quiero conseguir esa información. Después me abriré y no creo que se lastime por que le dé calabazas.

40

En el Gloria de Zierbena

Sábado, 30 de abril

Bárbara se levantó con malestar en el cuerpo. Sabía que no era ninguna dolencia física, sino del alma. Hoy la llamaría Raúl y quedarían solo los dos. Estaba arrepentida de que esta historia hubiera ido tan lejos.

Aguantarlo y hacer el chorra para llevárselo a la camaera superior a sus fuerzas. No iba a follar con él y le parecía repugnante el juegoen el que se había metido.

Además, podía ser peligroso y sus jefes y colegas aún más. Si conseguía los nombres, podía hacer dos cosas: callarse, pero para eso no necesitaba montar este número, o sacarlo en el periódico o dárselo a la Policía, pero entonces le darían matarile.

Y se preguntaba por qué se estaba complicando tanto la vida. ¿Para qué? Sus reportajes habían sido un éxito y estaba lo bastante fuerte en el mundo periodístico como para estar convencida de que su porvenir era muy sólido.

Le había contado a Itziar que iba a salir con Raúl, el famoso chófer, y, aunque no dijo nada, sabía que le preocupaba y mucho dónde se estaba metiendo.

Pero es que, además, podía quedar y quedar con Raúl y que no largase el nombre de los sicarios, aunque le comiera la polla. Estas cosas no eran tan fáciles y Raúl no era tan tonto como para ir soltando a la primera los nombres de sus compinches.

Era un depredador, con ganas de follarse a cualquier chica que le gustara. Todo era muy patético.

Se planteó llamar a Garrincha para pedirle consejo, pero sabía que no debía meterle en ese compromiso. Lo que fuera lo resolvería ella sola.

En algún momento de la mañana pensó que igual no la llamaba. Era menuda, delgada, con pinta de chico, por lo que tampoco era para gustar tanto. Ni las tetas, ni el culo, ni las piernas, que era lo que más atraía a los tíos, eran potentes o triunfadores. Ni se imaginaba que a este gánster de medio pelo le diera por lo sentimental, porque entonces era como para tirarse por la Galea.

Pero sí la llamó y, cuando su teléfono empezó a sonar, no sabía qué hacer. Se puso al aparato y le salió, sin querer, una voz amable y confiada. No se lo podía creer.

Raúl, encantador, le contó que acababa de salir del gimnasio, que estaba como nuevo y a su disposición. Sin dejarla hablar, le propuso un plan, que encima aceptó como si le pareciera estupendo.

Reservaría a las dos y media en el Gloria de Zierbena para comer y antes darían un paseo por la playa de La Arena en Somorrostro. Añadió que hacía un buen día y el paseo era muy chulo. Vamos, de vomitar.

Una vez decidida, con lo que le gustaban el marisco y el pescado, se convenció de que el Gloria era una buena elección y prefería estar en la playa, con unos vaqueros y unas playeras que en cualquier otro lugar.

El sicario, mandando, quedó en recogerla en el Arenal, junto al bar El Tilo.

Al cabo de un rato, la llamó Nora.

—Bárbara, cañón, ¿te ha llamado? Estoy de lo más intrigada.

—Pues sí, chica, estaba deseando que no lo hiciera. Ha reservado mesa en el Gloria y paseo previo por la playa de La Arena.

—Ja, ja, ja, muy típico de él. Está lanzado, te considera de primera. Qué peligro tienes.

—No me asustes, Nora, que no voy.

—Quita, mujer. Lo único que te digo es que le gustas y que se lo ha tomado en serio.

—Pues es un imbécil, porque se va a quedar con las ganas.

—Me cuentas. Pero de mí no le hables, que quiero perderle de vista.

—Te contaré, lianta.

—Sí, ya, la lianta soy yo. —Nora volvió a reírse.

El chófer, haciendo honor a su apodo, sabía conducir bien y, con un descapotable, que enseguida comentó que era un Porsche Cayman, la llevó con alguna floritura que otra hasta la playa de La Arena.

Lucía un atuendo de *sport* pijo: chinos beis, Lacoste azul marino y un *blazer* de color crema.

Bárbara no hizo ninguna concesión y su camiseta negra y una sudadera con capucha, de color azul, contrastaban con la vestimenta de Raúl.

La conversación era fluida y fácil y ese toqueteo sin venir a cuento, que tanto se temía, no se produjo.

Su vida la adornó como quiso. Barrio de Deusto, estudios de Marketing y un trabajo como agente libre de seguros en una correduría. Era un jeta sin ningún pudor.

La reportera no quiso mentir del todo y le contó que había estudiado Periodismo y, sin nombrar el *Noticiero*, mencionó que hacía las chapuzas que le salían.

En la playa de La Arena, con la marea baja, hicieron alguna carrera a iniciativa de ella, pero a pesar de ser una buena corredora, el chico estaba en forma y no pudo con él.

Bárbara se cayó tras un tropiezo y el chófer, solícito, pudo

presumir de una mano sólida, unida a un brazo aún más fuerte. Había dejado conscientemente el *blazer* en el Cayman y pudo fardar de lo machacado y pulido que le dejaba el gimnasio.

A la periodista se le abrió el apetito y se fueron al Gloria a ponerse las botas. Ambos coincidían en los gustos y no perdonaron un centollo, unas nécoras, percebes y una lubina. Bárbara, que se conocía, bebió muy poco y se ofreció a llevar el coche a la vuelta, para que así Raúl pudiera beber sin control.

No le pareció mal y demostró que era una esponja con gran capacidad de aguante.

Cuando el chófer de mirada sucia había bebido bastante y empezaba a ponerle ojitos a Bárbara, le sonó el teléfono, lo miró y, con seriedad, se disculpó:

—Perdona, es una llamada que tengo que atender. —Colgó, sacó otro móvil del interior de la chaqueta e hizo una llamada mientras salía a una terraza que había junto al comedor y estaba vacía.

Bárbara se dio cuenta de la jugada y vio que podía ser importante. La llamada se prolongó algo más de diez minutos.

Cuando volvió, guardó su segundo móvil y le pidió otro gin-tonic a la camarera. Era el tercero, más casi una botella de albariño.

Aprovechó para ir al baño y regresó con las pupilas dilatadas y con otra cara, en la que se le dibujaba un gesto que empezaba a dar miedo.

Pegó un largo trago a la copa y, más sereno, soltó:

—Ya ves, es sábado y no lo dejan a uno en paz. Igor e Iván, dos colegas con los que tenía un bisnes y que estuvieron por aquí a primeros de mes.

—¿No son de Bilbao?

—Son de origen ruso y viven en Alicante, cerca de la playa de San Juan. Gente competente, pero muy exigente.

—¿Qué es, un tema de seguros? —preguntó Bárbara, poniendo

una cara cándida que a ella misma le dio vergüenza.

Raúl se rio y contestó:

—No, no tiene nada que ver. Quedan unos flecos por resolver y vienen la semana que viene por Bilbao. Todavía tienen que pagarme parte del negocio y tengo que tratarlos bien.

—Es lo correcto. Los padres de una amiga tienen un apartamento en San Juan y siempre me está invitando. Creo que está muy bien.

—Sí, salvo en verano, que está insoportable. Su apartamento está en el Meliá Alicante, con todos los servicios del hotel. Estuve una vez allí y era una pasada.

Bárbara ya los tenía, siguió hablando de otras cosas y le contó que vivía con una amiga y que no quería llegar tarde a casa. La estaría esperando para ir al cine.

Todo sonaba bastante raro y a Raúl se le empezaron a encender unas bombillas en la cabeza, aunque intentó besarla cuando se dirigían hacia el coche. Pero la periodista lo contuvo con firmeza, para no dejar lugar a ninguna duda.

—Cómo me apetece conducir tu buga, es una pasada.

—Menos mal, si no, hubiéramos tenido que pedir un taxi.

—Te llevo encantada, nunca he conducido uno de este nivel.

—¿Sabes que contigo voy de sorpresa en sorpresa?

—¿Y eso?

—Me gustas mucho, pero ya veo que lo nuestro no funciona —dijo casi sin poder articular las palabras.

Bárbara se rio, le cogió las llaves y empezó a temblar porque no sabía por dónde empezar.

Antes de quedarse dormido, el chófer le enseñó a arrancar y a utilizar las marchas y con esas orientaciones comenzó a salir de Zierbena con bastante fluidez. Ya en la autopista se soltó algo más y solo le dio pena no haberse podido hacer una foto conduciendo.

Cuando entraba en Bilbao, lo despertó y Raúl le dio las indicaciones necesarias para ir al barrio de Basurto y meter el Cayman en un garaje cerca de su casa. Lo consiguió pasándolas canutas, pero sin hacerle ningún rasguño al Porsche.

Raúl le propuso subir al piso, pero se dio por derrotado cuando una Bárbara sonriente le respondió que no.

Respiraba satisfecha cuando a las siete y media entró en su casa. Itziar la estaba esperando y la examinó de arriba abajo. No la vio muy deteriorada, aunque estaba intranquila.

—Luego te cuento, pero quiero un polvo ya y de los buenos. No aguanto más, mi amor.

Su novia casi se derrite, la abrazó y se la llevó en volandas a la cama. Pero allí le dejó la iniciativa a Bárbara, que, con una energía inusual, dio rienda suelta a sus ocurrencias más guarras. Itziar las acogía sin rechistar porque le encantaban.

Previamente, la anestesista de Cruces la había puesto en pelotas y a partir de ahí empezó el festín.

Con pericia le lamió todo, desde los pechos hasta los bajos, que no cabían en sí de gozo. Itziar se dejaba hacer asumiendo un papel de tímida inexperta, lo cual evidentemente era mentira.

Bárbara era la empotradora oficial en la pareja y esta vez también lo fue, sin que su novia tuviera queja alguna.

Ambas estaban sudorosas de tanta bacanal, pero parecía que no querían finalizar. Por una cuestión de higiene, y solo de higiene, siguieron con sus embestidas en la ducha, para terminar abrazadas al cabo de un rato a lo largo de la cama, durmiendo ambas como un lirón.

41

Garrincha y Bárbara saben que han llegado muy lejos

Domingo, 1 de mayo

—Garrincha, soy Bárbara. Ya está, tengo los nombres. ¿Cuándo te veo?

Me dejó tieso, no me lo esperaba, por lo menos tan pronto.

—Cuanto antes, no escribas nada por ahora.

—No estoy loca.

—Sube desde tu casa hasta el paseo de Abandoibarra y yo salgo de Olabeaga. Nos vemos a las doce a la altura del Guggenheim.

—En el primer banco que veamos libre. Estoy nerviosa, Garrincha.

—Lo que haya que hacer, lo haremos bien, no te preocupes.

Después de la bacanal con su novia, Bárbara durmió como un cesto; lo necesitaba y el sueño reparador completó los balsámicos efectos de un buen polvo. Se despertó muy pronto, nerviosa, consciente de que solo ella tenía una información tan valiosa.

Pero también era conocedora de que su situación pasaba a ser de alto riesgo.

Si algo les ocurría, Raúl sabría que esa periodista era el origen de sus desgracias y sus colegas de Alicante tendrían la capacidad suficiente para acabar con ella. Como a Salman Rushdie, solo le quedaría esconderse y esperar a que se olvidaran de su existencia.

Dejó a Itziar durmiendo con una sonrisa que le daban ganas de

volver a comérsela, pero la dejó tranquila, se tomó dos cafés y, tras una ducha larga que acabó fría, se puso a escribir los sucesos vividos el sábado. El *true crime* avanzaba imparable, cada vez tenía más material y la historia era magnífica.

No le costó demasiado. Redactó una cronología de los hechos a partir de la velada en el Antzokia y contando con detalle todas las peripecias: desde la espera de la llamada de Raúl hasta lo ocurrido en la playa de La Arena y en el Gloria de Zierbena.

Al referirse a Garrincha, sustituía su nombre por el de «mi amigo de Olabeaga» y así le hacía partícipe de todas sus aventuras.

También recogió su valoración de la nueva y peligrosa situación en la que se encontraba. No ocultó que tenía miedo.

Recordaba, cuando leyó *El poder del perro* de Don Winslow, la lista de periodistas que fueron asesinados en México mientras el estadounidense escribía la novela.

Sus opciones eran malas, pero unas mucho peores que otras. No le pasó desapercibido lo que le había advertido Garrincha:«No escribas nada por ahora».

La audacia de esta chica me tenía descolocado. Se había metido en un lío del que no sería fácil salir.

Ahora me tocaba a mí gestionar esta historia. Ella había cumplido con creces y en un tiempo récord. Me había dicho: «Ya está, tengo los nombres. ¿Cuándo te veo?». La precisión y la petición que me hacía eran muy claras.

Al salir de casa llevaba un montón de ideas en la cabeza que se me amontonaban en desorden, pero no era capaz de buscar una salida razonable. Tenía claro que la primera preocupación debía ser su seguridad y la mía propia. En esto estábamos muy unidos. A partir de ahí es cuando no tenía nada claro nuestro margen de actuación. A todo le veía complicaciones, salvo que nos

olvidáramos del tema. Era la opción más conservadora, pero quizás la única capaz de salvar nuestra vida o nuestra libertad.

La vi a lo lejos sentada en un banco, mirando hacia donde yo venía; levantó la mano agitándola y le respondí de igual forma.

—Mujer, cada vez estás más guapa. No tienes pinta de que tus responsabilidades te agobien. ¿O es que te trató muy bien tu amigo el sicario?

—Qué chorra eres. El único gánster que me trata bien eres tú —contestó mientras se reía.

—Veo que estás de buen humor, eso está bien.

—Estoy acojonada. Lo otro es fachada. ¿Qué vamos a hacer, Garrincha?

—Cuéntame todo; solo sé que tienes los nombres.

—Cierto, iré cronológicamente. No se me va a olvidar nada.

—Adelante.

Durante la siguiente media hora, Bárbara me detalló con mucha precisión sus jornadas con el macarra con aires de pijo.

Podía haber salido mal y regresar a casa sin ninguna información relevante. Una llamada providencial, el alcohol y la farlopa habían conseguido que se le soltara la lengua y se comportara como un principiante imprudente. Vamos, un imbécil.

Me extrañó que no se pusiera más pesado en el acoso a la periodista, pero o bien había que interpretarlo como algo a su favor o, lo más probable, que un hombre como él, experimentado en estas lides, se dio cuenta enseguida de que no tenía nada que hacer.

—Buen trabajo, Bárbara; y sin ninguna baja, ni siquiera en tu reputación —le dije con sorna.

—Reputación, reputación…, créeme, es lo que menos me importa en estos momentos.

—Qué papelón tenemos.

—No me lo digas a mí, que soy nueva en todo esto. Solo te pido

que pienses primero en nosotros y luego en lo demás.

—Lo tengo claro. Vamos a empezar por temas básicos.

—Te escucho.

—No escribas nada en el periódico relacionado con estos canallas.

—Ningún problema. Este tema lo decido yo y tanto el director del periódico como el redactor jefe me dan vía libre.

—Voy a intentar confirmar lo que te dijo Raúl. Que Iván e Igor se llaman así y viven en el Meliá Alicante, algo de sus currículos y algunas fotos suyas.

—¿Puedes conseguir todo eso?

—Creo que sí. Tengo gente que me ayuda. Si tu *garganta profunda* los ve, ¿puede identificarlos?

—No les vio la cara, llevaban un pasamontañas, pero si las fotos son de cuerpo entero, por la altura, corpulencia y aspecto espero que pueda decirnos, en el lenguaje de los técnicos, si son compatibles o no con lo que ella vio.

—Creo que será suficiente. A partir de tener esta información confirmada empezará lo más complicado.

—No le veo solución.

—Pasárselo a la pasma no me convence. No me fío. Además, el trío calavera sospechará que la denuncia viene de ti.

—Eso es lo mismo que he pensado yo. Y lo que vayan leyendo en el *Noticiero* se lo confirmará.

—Sacarlo en el periódico sin comunicárselo a la Ertzaintza será peor. Ellos estarían en libertad y podrían hacer lo que les diera la gana —dije.

—Otra cosa que nunca comentamos es que no tenemos ni idea de quiénes son los jefes. Los sicarios son unos profesionales del crimen que trabajan por un precio, pero quienes dan las órdenes son otros —dijo Bárbara.

—Lo has explicado muy bien. Ellos decidieron cargarse a

Goyarrola y Ernesto, y seguro que están detrás de todo lo que provocó el incendio.

Bárbara me miró, sonrió y dijo:

—Y de los asesinatos de Gaizka y sus colegas nos olvidamos. Estarás de acuerdo en que es lo mejor.

No contesté, estar callado era lo más sensato. Su mirada me lo decía todo. Me conformé con alzar las cejas y amagué con la mano el saludo militar, dándome por enterado.

Volvió a tomar la palabra y concluyó:

—Vamos a darnos unos días; yo no escribo nada y, cuando tengas la información y las fotos de los rusos de Alicante, volvemos a hablar.

—Te llamaré cuando me lleguen.

—Perfecto, y que tenga cuidado tu gente.

—Lo tendrán, no te preocupes. Y una cosa, vete pensando que al final lo más sencillo suele ser lo mejor.

Como no seguí, Bárbara puso una cara de sorpresa y me comentó:

—No sé si te entiendo.

—Lo más sencillo en este caso sería que los dos nos olvidásemos de todo.

—Me jode, pero he llegado a la misma conclusión que tú. Solo necesitaba oírlo de tu boca.

Ya habíamos terminado y vi cómo se acercaba una chica sonriente al banco donde estábamos sentados. Bárbara se levantó y me la presentó. Itziar estaba un poco dubitativa, pero me dio dos besos. Le pegaba mucho, hacían una buena pareja.

42

Los sicarios se temen complicaciones

Miércoles, 4 de mayo

Estos días no habían sido fáciles para Raúl Iriondo. Su encuentro con Bárbara se había saldado con un fiasco absoluto y, además, se echaba la culpa de no haber estado a la altura exigida. Bebió un montón y se mamó; y aunque esa no fuera la razón de no haberse jamado un rosco, tampoco ayudó. Sacó la impresión de que la chica era bollera, se lo había dado a entender al final de la tarde, aunque no utilizara esas palabras. Pero entonces no entendía por qué había aceptado salir con él.

Esta era la pregunta que se hizo el domingo al despertarse con una importante resaca. En los días siguientes, se habían ido aclarando algunas cuestiones.

No fue difícil saber quién era Bárbara Alberdi. Lo descubrió en cuanto entró en las redes sociales. Era muy activa en las más importantes e incluso participaba activamente en un grupo de Facebook que se autodenominaba la *chirla alegre*.

No escondía su orientación sexual, pero eso ya era lo que menos le preocupaba. Sus temblores comenzaron cuando comprobó que era una de las periodistas más populares del *Noticiero*.

Solo tuvo que trastear un poco por Google para encontrarse con una colección de crónicas, reportajes y fotografías de la *guerra* en la que él, desgraciadamente, estaba metido.

Entonces recordó haber leído alguna de ellas y sorprenderse por todo lo que sabía la periodista. Ni retuvo el nombre ni le dio mayor importancia.

Pero ahora estaba seguro de que nada había sido una casualidad. Cayó como un pichón y la única opción era pensar cómo salir de esa tela de araña.

La había conocido a través de Nora, una antigua novia suya, que estaba enrollada con Gaizka San Román, cuyo funeral había sido cubierto por Bárbara, como se había encargado de comprobar.

No era difícil deducir que allí se topó con Nora y que a través de ella, por casualidad o más probablemente por un encuentro buscado, se la presentaron. El trato, lo recordaba perfectamente, fue cercano, fácil e intenso. Primero en el Kafé Antzokia y luego en el *pub* La Mula de Moscú.

Bárbara se dejó llevar, congenió enseguida y aceptó encantada que salieran los dos solos el sábado. Fue un gilipollas al pensar que había sido una seducción en toda regla.

La periodista lo había preparado a conciencia y él sucumbió como un pipiolo. Pero, claro, la conclusión que ahora sacaba era que, si ella se prestó a todo ese juego, era porque estaba buscando otra cosa.

Quería sacarle información y él, el muy imbécil, mamado como estaba, tuvo un desliz imperdonable.

A Raúl le costó convencerse de que Bárbara tenía que saber que él había participado como chófer en la acción contra Goyarrola y Ernesto. Pero es que solo conociendo esa información tenía sentido el comportamiento de la periodista. Y hablar de Igor e Iván fue el mayor de los desastres que cometió ese día y que había cometido en todos sus bisnes.

Cuando hizo de chófer dudó si cubrirse o no la cara, pero pensó que llamaría menos la atención con unas gafas negras y protegido dentro del coche sin salir de él. Pero alguien pudo verlo, tanto en

Las Arenas como en los aledaños de Torre Iberdrola, especialmente en el lugar que tuvieron que esperar un buen rato a que viniera el abogado. Se trataba del edificio de la biblioteca de la Universidad de Deusto y recordaba que había estado rodeado de estudiantes.

Quizás Bárbara, al recabar testimonios en la zona, descubrió alguna pista. Algo así tuvo que pasar, porque de lo contrario no lo entendía.

La periodista no sacó el tema en ningún momento y solo cuando tuvo aquella inoportuna llamada, qué mala suerte, él mismo lo facilitó. Todavía recordaba: «¿Son de aquí?». Y la contestación que dio: «Son de origen ruso, pero viven en el Meliá Alicante».

La periodista debía de tener todos los datos y solo tuvo que relacionarlos con las acciones contra Goyarrola y Ernesto.

Perfectamente podía ponerlos en conocimiento de la Ertzaintza y publicar el reportaje de su vida para hundirlos en la miseria.

Hoy llegaban a Bilbao Igor e Iván, tenían que arreglar algunas cuestiones con sus jefes, entre ellas cobrar el último plazo del pago por sus servicios. Se habían retrasado a propósito para cerciorarse de que todo había salido bien y justo ahora aparecía esto.

Raúl sabía que tenía que hablar con ellos y ponerlos al tanto del riesgo que corrían. No pensaba contarles su indiscreción de borracho, eso sería su perdición. Él no dijo nada, pero andaban detrás de ellos y tenían sus nombres y su dirección.

Les propondría cobrar antes y, una vez con la tela, los rusos podrían decidir qué era lo más conveniente.

Si resolvían ir contra Nora y Bárbara, se largaría a alguna isla con una buena coartada. Les facilitaría toda la información necesaria para la acción y se esfumaría. Ibiza, Cerdeña, Sicilia, cualquiera de las tres servían perfectamente. Con la tela, hasta podía quedarse un par de años tranquilamente. Igual no era mala

idea.

Había acabado de machacarse en el gimnasio y se dio un baño en la misma piscina de la Alhóndiga para salir despejado y en forma.

Tenía cita con los rusos en el japonés del hotel Ercilla, donde estaban hospedados, y pronto sabría a qué atenerse.

Con la caña sujeta en la barandilla de la ría, viendo cómo el sol rompía las nubes y se dejaba sentir cada vez más, vi a lo lejos una figura que, a paso ligero, se dirigía hacia donde yo estaba.

La punta brillante del cigarrillo y esos andares militares me despejaron cualquier duda. Se trataba de Félix y ya sabía qué traía.

—¿Ya lo tienes? —pregunté.

—Sí, ha sido más fácil de lo que suponíamos. Son conocidos en todo el Levante. La poli los tiene fichados, pero se cuidan bien. No tienen pruebas para empurarlos y sus papeles están en regla. Es uno de esos misterios que no se sabe cómo se producen.

—No es tan extraño, te diría que es incluso habitual, créeme —le contesté.

—Lo sé. Viven en el Meliá Alicante, cambian todos los años y antes estuvieron en otro de la zona. Hemos conseguido unas fotos suyas, se les ve bastante bien y de cuerpo entero. Te doy nombres y apellidos, edad, treinta y nueve y cuarenta años, otros datos de su documentación y un pequeño historial.

—Más que suficiente, con eso nos tiene que servir.

—Ten cuidado con el sobre, no tengo ninguna copia y no quiero tenerla.

—No te preocupes, y mándame la factura.

—Con decirte la cantidad será suficiente.

—Lo será.

Esperé a que se fuera para ver las fotos y, efectivamente, eran

buenas. Ahora le tocaba al *chivato* de Bárbara decirnos algo.

Iván e Igor eran unos fanáticos de la comida japonesa. Les gustaba mucho el Sushi Bar del hotel Ercilla y cuando vinieron unas semanas atrás no perdonaron ninguno de los tres días que estuvieron en Bilbao.

Los camareros y el *maître* se acordaban bien de ellos y cuando llegó Raúl tenían el menú organizado y el trato no podía ser mejor.

Los rusos estaban contentos, habían concertado por teléfono una cita para esa noche y les habían adelantado que todo estaba conforme. Eso significaba que no habría problemas con el dinero y que hoy finiquitarían ese negocio tan lucrativo.

A la reunión irían solo los rusos, Raúl nunca asistía, era una especie de subcontratado, aunque sabía perfectamente de quiénes se trataba. Estaban tranquilos. En estos casos tenían mucho más que perder los jefes que sus esbirros.

Raúl esperó a que la comida avanzara y no se disipara el buen humor que imperaba.

Cuando estaban acabando el postre —un dulce del que Raúl era incapaz de recordar su nombre y sus ingredientes—, les comentó que debía comentarles un asunto importante.

Empezó a hablar y vio cómo a sus colegas se les demudaba la cara. Obvió la chapuza en la que había incurrido y se limitó a contar que se había topado en un concierto, por azar o lo más probable en un encuentro intencionado, con una antigua novia suya que estaba con una periodista que no conocía. Su ex estaba enrollada con Gaizka, que había sido asesinado hacía unos días en Vitoria.

—Sabemos quién es Gaizka; al que se le encargó el incendio de la fábrica —dijo Igor.

—El mismo, era el hombre de confianza de Carmelo Goitia —dijo

Raúl.

Iván contestó con un gesto de asentimiento.

Raúl siguió comentando que, tras darle el pésame a Nora, siguieron hablando y tomaron una copa a la salida del concierto.

Entonces fue cuando la periodista le empezó a preguntar por dos rusos que habían estado con él en Bilbao hacía unas tres semanas. Le contestó que no sabía de qué le hablaba y ella le comentó que eran dos rusos de Alicante y que vivían en el Meliá.

A los dos casi se les atraganta la comida y respondieron en un perfecto castellano con dos blasfemias muy al uso, que daban más miedo que otra cosa.

—Bárbara es una periodista del *Noticiero* y es la que ha hecho varios reportajes sobre el incendio, los asesinatos de Goyarrola y el abogado y todo lo relacionado con el tema. Hizo una crónica del funeral de Gaizka, allí fue donde pudo conocer a Nora. Tiene fama de manejar mucha información confidencial sobre el tema.

—Pero ¿te planteó algo? ¿Qué quería? —preguntó Igor—. No será tan imbécil como para pensar que le ibas a contar algo.

—Es una periodista que sabe mucho y probablemente quiere confirmar datos que ha oído, pero que no puede dar por ciertos.

—Eso significa relacionarnos a los tres con el crimen y eso no puede ser casual. Alguien se ha chivado. ¿Quedaste en algo?

—Yo no le seguí la conversación, volví a comentarle que se estaba equivocando. Se lo dije con contundencia y me largué. Cuando me despedí, Bárbara me pidió que si me acordaba de algo, la llamara. Nora no abrió la boca.

—¿Te dio su número de teléfono? —preguntó Iván.

—No, pero la puedo llamar al periódico y Nora me puede facilitar el suyo particular.

—Hostias, ¿de dónde ha salido esto? —dijo Igor.

—Es muy extraño —apuntó Iván.

—Una cosa, nada de esto puede llegar a los jefes —dijo Raúl.

—Por supuesto, no estamos locos —dijo Igor—. Pero ¿qué vamos a hacer?

—Para empezar, no volver al Meliá de Alicante y largarnos a otra cuidad con documentación diferente —comentó Iván.

—Sí, eso desde luego, pero ¿qué hacemos con la periodista y su amiga? —preguntó Igor—. Raúl, ¿tú qué piensas?

—Me parecen bien vuestras precauciones, pero mi impresión es que todavía no tienen seguridad de lo que creen saber, por eso lo preguntan. El *Noticiero* no puede publicar una información tan grave y de tanta repercusión porque alguien les haya puesto sobre la pista de un bilbaíno y dos rusos de Alicante —contestó Raúl.

—La poli puede saberlo o el periódico pasarles la información que tienen, y entonces estaríamos perdidos —dijo Iván.

—Si la pasma lo supiera, ya habría actuado. Bárbara sabe que yo lo sé y si nos pasa algo será la culpable —respondió Raúl.

—Puede que no sea tan atolondrada, pero comentarlo contigo no dice mucho a su favor. No me fío, esto no me gusta nada —dijo Igor.

Siguieron hablando los tres y al final quedaron en que, después de repartirse la tela esa noche, Igor e Iván regresarían a Alicante y se largarían de la Comunidad Valenciana, probablemente a Andalucía. Un colaborador de la Policía les facilitaría nueva documentación en regla.

Bárbara estaba deseando salir de dudas con las fotos que le había pasado Garrincha. Por la edad y aspecto podían ser ellos, pero Mónica era la única que podía confirmarlo. Por lo menos las fotos eran buenas, de cuerpo entero y en distintas posiciones y posturas.

Esa misma tarde quedó con Mónica y, aunque se tomó su tiempo, manifestó que los vio primero de espaldas y luego con la

cara tapada, pero que podían ser ellos perfectamente. Sus características físicas y su edad concordaban con lo que ella había visto.

—Ahora bien, si tuviera que declarar bajo juramento, que como sabes no lo voy a hacer, diría que no puedo reconocerlos sin ningún género de dudas, porque estaría mintiendo si lo hiciese.

—Eso está claro, con lo que has comentado me vale. No vas a declarar bajo juramento. Solo quiero saber si sus rasgos físicos son incompatibles con los que viste.

—No lo son, son perfectamente compatibles; a ti te lo juro.

Cuando Bárbara me llamó y lacónicamente me comentó el resultado del examen, sabía que el primer objetivo del otro día estaba cubierto. Tenía pocas dudas. Estaba convencido de que los rusos eran los sicarios. Ahora tocaba decidir si hacíamos algo y, en caso afirmativo, el qué.

Cada vez me inclinaba más por olvidarlo todo. En el fondo sabía que era lo más seguro y lo mejor. Bárbara se quedaría mucho más tranquila si esa era mi opinión. Porque ¿cómo podía embarcar en una aventura de tantísimo riesgo a una mujer que solo estaba cumpliendo con su labor profesional? El gánster era yo, no ella, y eso no podía olvidarlo.

Al despedirse, y con mucha tranquilidad, me dijo:

—Cuando decidas algo, me avisas. Tu opinión para mí va a ser decisiva.

—Te la daré, pero cada vez tengo más claro que debes cuidar de esa novia tan estupenda que tienes y olvidarte de esas batallitas que tanto me gustan a mí.

Oí una carcajada y después un beso sonoro que me entró directamente por el oído.

43

Sorpresa con los chinos

Viernes, 6 de mayo

—Miguel, pásate, tengo noticias.

Cuando Sara llamó a su novio, sus pensamientos se mezclaban entre la sorpresa y la confusión. Fabretti no tardó ni dos minutos en entrar en el despacho de la inspectora.

—Venga, tienes algo y es importante. Suéltalo.

—No sé si es importante, pero me está dando que pensar.

—Adelante.

—Me han pasado la llamada de un hombre que no ha querido dar su nombre. Se ha presentado como un miembro del comité de empresa de Boroa Group.

—Vaya, y…

—Como si se lo hubiera aprendido de memoria o lo estuviera leyendo, me ha dicho, después de confirmarle que era la inspectora Sara Cohen, que los chinos están atendiendo toda la producción que necesitan los Garay tanto en Boroa como en Lyon, donde fabrican todos los pedidos extranjeros. Y ha concluido: «Esto explica muchas cosas. Investíguelo y no intente localizarme». Y a continuación ha colgado.

—Qué misterioso. ¿Tenemos el teléfono desde donde ha llamado?

—No ha dejado ninguna referencia, aunque se podría rastrear. Pero vamos a centrarnos en lo que nos ha querido transmitir.

—La conclusión obvia es que han hecho las paces y que están

colaborando activamente para que los Garay no pierdan los clientes mientras reconstruyen la fábrica. Es una forma de desmarcarse de Goyarrola y coherente con su condena —dijo Fabretti.

—Sí, pero no nos ha llamado para eso. Esa conclusión la hubiéramos sacado bien pronto —apuntó Sara.

—¿En qué piensas?

—El no querer identificarse y, sobre todo, cuando dice que «Esto explica muchas cosas. Investíguelo y no intente localizarme» da a entender que ahí está la explicación de los crímenes y del incendio.

—Me parece que vas demasiado lejos —contestó Fabretti.

—No digo que esa sea la explicación, sería muy simplista. Pero sí lo que el delegado sindical nos quería transmitir.

—Si das por buena esa conclusión, te llevaría a entender que estamos ante un negocio criminal organizado conjuntamente por los chinos y los Garay.

—Cierto. ¿Y por qué no? —se preguntó Sara.

—No le veo ninguna lógica, ni empresarial ni criminal. Podrían haber llegado a lo mismo sin incendiar la fábrica y sin cargarse a Goyarrola y a Ernesto. Los chinos podían cesar a Goyarrola y despedirlo, y llegar a un acuerdo con los Garay.

—Eso sería lo más lógico, pero aquí todo parece un disparate. El incendio de la fábrica fue una decisión unilateral de Goyarrola con la colaboración de Ernesto, aunque estoy de acuerdo en que eso no explica que se los carguen.

—Continúa. ¿Cómo lo investigamos?

—Tengo una idea y pienso que ha llegado el momento de ponerla en práctica. De los Garay conocemos bastante: quiénes son, de dónde vienen, qué piensan hacer…, pero de los chinos lo ignoramos todo. Los directivos de Boroa no pintan nada y Lin Piao Song y Chu Loi son dos personajes misteriosos sobre los que

desconocemos todo. Hay que investigarlos y la Interpol puede hacerlo. Aunque China sea muy hermética, seguro que tienen medios para ello.

—Habla con los amigos de Lyon.

—Eso voy a hacer. Allí está la sede central y, si es necesario, haré una petición formal —dijo Sara.

—Adelante, me parece bien, pero diles que es urgente, ya los conoces, si no, se pueden eternizar.

—Si tienen algo, me lo pueden enviar de inmediato. Voy a llamar a uno de los jefes, que es español. Tengo el número de su teléfono personal y nos llevamos muy bien. Él puede indicarme cómo actuar.

Aunque quedó en telefonearme, no me esperaba tan pronto la llamada de Susana. La noté con cierta ansiedad cuando me comentó que quería verme. Estaban pasando cosas que la sorprendían y quería contármelas.

—Susana, encantado de verte, pero ya sabes que estoy despedido.

—Garrincha, pero qué susceptible eres. Te considero un amigo y me apetece estar contigo. ¿Dónde está el problema?

—Tienes razón, no hay ninguno. ¿Dónde nos vemos?

Quedamos a la una en el Bar Inglés de la Bilbaína para tomar el vermú. No quise darle mayor importancia y fui tranquilamente dando un paseo, después de ponerme una americana que guardaba para estos casos.

Cuando entré, Susana debía de llevar allí un buen rato. Tenía un combinado, que me pareció un *negroni*, y ya estaba casi liquidado.

—Ya veo que me haces caso —dije mirando su bebida.

—Qué bien me entra el *negroni*, es un pelotazo que me alegra solo con verlo.

Me reí y le pedí otro al camarero.

Cuando me sirvieron, y después de comentar temas banales y piropearnos mutuamente, Susana entró en materia.

—Garrincha, están ocurriendo cosas que me dejan descolocada y no me gustan nada. Me conoces bastante y te darás cuenta de que esto no es nada fácil para mí.

—Lárgalo, que te veo muy ansiosa.

—Lo estoy, ahí va, tal cual. Los chinos se están encargando de muchas cosas y nos están ayudando más de la cuenta. No hay nada oficial, todo es opaco, pero me he enterado de que la fábrica de Boroa en Amorebieta y otra muy grande que tienen en Francia, por la zona de Lyon, están fabricando nuestros productos y atendiendo las necesidades derivadas de los contratos y compromisos.

—¿Así, sin más, a cambio de nada?

—No sé los datos concretos, Roberto no nos lo explica, pero una se acaba enterando. Hoy en día los chinos atienden toda la producción que teníamos comprometida. Es mucha y han movilizado para nosotros la mayoría de sus medios y recursos.

—¿Qué dicen los chinos y tus hermanos?

—Nadie dice nada, pero me consta que Roberto se ha visto con el jefe de los chinos, Lin Piao Song. No sé dónde, pero no ha sido en Bilbao.

—Tampoco lo veo tan grave. El incendio fue cosa de Goyarrola y ellos quieren limpiar su pasado echando una mano.

—Si se habla claro y se explican los acuerdos puede ser, pero es todo muy opaco, como si quisieran esconderlos. Mi madre se enteró de casualidad por una llamada a Begoña porque no localizaba a Roberto.

—Habla con tu hermano y pregúntaselo directamente. Es lo mejor.

—Es lo primero que hice, pero no suelta prenda. Me dijo que

eran temas de gestión, que no era para tanto. Todo por teléfono.

—¿En qué estás pensando?

—En que igual los chinos han empezado a fabricar nuestros productos para luego quedarse con la empresa.

—Pero han asegurado que no les interesa y, en todo caso, os tendrían que hacer una oferta, una propuesta.

—Salvo que haya un acuerdo con Roberto y con Begoña y nos lo presenten cualquier día con todo ya cerrado.

—Pero, Susana, los intereses de Roberto y Begoña no tienen por qué ser distintos a los vuestros. Tú eras la primera empeñada en vender.

—Sí, pero después del incendio, a estos canallas no. Además, hay otras cosas que estoy viendo y que me mosquean aún más.

—Te escucho.

—El bufete del difunto Ernesto, Lege et Iure, ha empezado a desviarnos negocio a nuestro despacho. Y no son precisamente marrones, sino asuntos buenos. Antes nunca lo habían hecho y no es un tema puntual. Han hablado de colaboración permanente y no sé cuántas cosas más. Mis compañeros están encantados.

—Tendrán mala conciencia.

—No creo que tengan conciencia de nada que no les interese. Encima lo hacen como si fuera de lo más normal. Estoy convencida de que va en el mismo lote que el de los chinos.

—¿Sabes si se lo ha pedido Roberto?

—No lo creo, a mí no me ha comentado nada.

—Susana, habla con Virginia, con Iñaki y con tu madre y plantaos. Sois mayoría en la sociedad. Que tu madre, como presidenta, convoque un consejo y os lo detallen todo. No se pueden negar y no lo harán.

—Puede que sea lo mejor, pero ya es triste andar así.

—De todas formas, no montes un pollo antes de enterarte bien de qué va. Igual todo tiene una explicación y los chinos quieren

echar una mano.

Según decía eso, me di cuenta de que no me lo creía. Era todo muy forzado y a mí también me sonaba extraño.

En el fondo quería pasar página y olvidarme de este asunto. Con lo que llevaba en la mochila, esto sinceramente me parecía una chorrada.

Después de preguntarme por Teresa y contarme alguno de los planes para el fin de semana, enseguida volvió a nuestro negociado y se interesó por Bárbara.

—¿Cómo lleva las pesquisas la periodista?

—No creo que tenga novedades, pienso que esto va a ir perdiendo fuerza. Bárbara está contenta porque los reportajes han funcionado muy bien, pero no creo que dé mucho más de sí. Incluso la propia Ertzaintza parece muy parada.

—Sí, me temo que este asunto acabará olvidado en un cajón. Sobre todo, los asesinatos. Nadie quiere que se sepa la autoría, salvo sus familiares directos.

—Vosotros ya habéis salido de las maledicencias y ya nadie señala a la familia Garay. Lo demás es un tema de la Policía y la Justicia.

—Te veo muy correcto e integrado en todo lo que dices, me parece que estás perdiendo facultades.

—Es que estoy cansado, quiero olvidarme. Mi vida siempre ha estado sembrada de líos, angustias y miedos. Necesito estar tranquilo, aunque sé que no sirvo para eso.

Ella se disculpó, pero sabía que no la había convencido. Ella lo estaba viviendo de forma muy distinta y no iba a aceptar cualquier apaño.

Aunque Susana me invitó a repetir el *negroni*, decliné y, después de prometernos que seguiríamos en contacto, nos despedimos. Ella se quedó; según me dijo, había quedado a comer en el restaurante del club.

Di un paseo hasta casa, bajando por la Naja al paseo de Abandoibarra y, aunque lo intentaba, no podía dejar de pensar en lo que me había contado Susana. Qué pinta más chunga tenía. Cada vez tenía más claro que Susana estaba en lo cierto.

Roberto parecía un hombre legal, pero en los negocios los intereses solían primar sobre todo lo demás. Esa parsimonia que siempre lo acompañaba, ¿podría ser una pose que escondiera algo?

Las teorías conspirativas, y esta podía ser una de ellas, solían desinflarse tarde o temprano. En el fondo, lo que de verdad me preocupaba eran mis fiambres del vitoriano barrio de Zaramaga. En este caso, esos eran los únicos que me podían hundir.

44

En Lamiak

Ese viernes seguían ocurriendo muchas cosas. Nora llamó a Bárbara y le dijo que quería verla. La periodista percibió que no era un deseo sin más, sino algo parecido a una necesidad.

Le propuso verse en el Ambigú, pero Bárbara pasó. No quería aparecer por allí y tentar a la suerte de encontrarse con Raúl. Quedaron a las ocho en Lamiak.

Nada más colgar, se lo dijo a Itziar y la invitó a acompañarla.

A Bárbara no se le habían quitado de encima los miedos y temores que la invadieron tras la jornada con Raúl en la playa de La Arena y en el Gloria. La presencia de Itziar le daba fuerzas y la ayudaba a ir olvidando un peligro que no debía subestimar.

No había vuelto a tener noticias de él ni de sus compinches rusos y eso le daba cierto sosiego. Mañana se cumpliría una semana y Raúl habría comprobado que no había sacado ningún nuevo reportaje. Bárbara asumía que ya sabrían quién era ella, pero también que se había callado y que la poli no los había molestado.

Si hubiera largado, estarían todos detenidos. Incluso aún mantenía una pequeña esperanza de que Raúl no hubiera deducido cuáles eran sus intenciones. En todo caso, lo tenía claro; no podía bajar la guardia.

Nora esperaba sonriente en una de las mesas de la planta baja. Bárbara observó que estaba contenta, con un rostro resplandeciente, nada que ver con la de hacía unos días. Gaizka y todo lo que lo rodeaba parecía ya olvidado.

—¿A que no sabes con quién me encontré ayer?

—Con Raúl, seguro.

—El mismo. Había ido con unos amigos a ver un concierto en el Antzokia. Actuaba Basurita, un grupo local estupendo, y después pinchaba otra vez Daniless. Nadie se quería perder la función.

—Te veo muy bien, pareces otra. Cuéntame, ¿qué tal con Raúl?

—Estuvo muy majo, nos invitó a unas copas y en un aparte me dijo que se acordaba mucho de ti, que qué hacías y que cómo te iba. —Se dirigió a Itziar—: Le ha dado duro con tu novia. No entiende que le haya dado calabazas, lo conozco.

—Es un fantasma, lo que quiere es información, Nora, le importo una mierda. Necesita enterarse de lo que sé yo y de lo que sabes tú. Tenlo por seguro. Pero, sigue, ¿qué le contestaste?

—Que no te había visto y que me imaginaba que estarías liada con el trabajo. Y me soltó, como quien no quiere la cosa, «es periodista del *Noticiero*, ¿no?».

—¿No ves? Es un imbécil. Lo que pretende es sonsacarte.

—Le respondí que sí, que trabajabas en el periódico, dándole normalidad, y volvió a preguntarme: «¿Te ha contado algo de nuestra velada del sábado?».

—Qué jeta tiene el tío, por favor.

—Ahí estuve creativa. ¡Ja, ja, ja! Le dije que te llamé por teléfono y me contaste que lo habías pasado muy bien y que era muy majo. La comida impresionante, pero que acabaste cansada. ¡Ah!, y que condujiste su Porsche Cayman y te pareció una pasada.

—Eso está bien, mejor que piense que soy una superficial. No quiero ningún lío.

—Supongo que me creyó y se quedó más tranquilo. Su hombría no se resintió demasiado. Ja, ja, ja. Bueno, tampoco me has contado gran cosa.

—Te lo agradezco, Nora, no quiero más ruidos. No me interesa

nada de él.

Itziar, que no había dicho nada, intervino para apoyarla:

—Es un asunto olvidado. Raúl puede ser muy liante y cuanto más lejos esté, mejor.

—Os entiendo, lo único que me jode es que el crimen de Gaizka va a quedar impune. Hay mucho interés creado a su alrededor. Vamos, que es todo una mierda —comentó un tanto desanimada.

—Nora, esto no va a quedar así, la poli lo está investigando. Además, estoy convencida, y de esto sé algo, de que Raúl y sus colegas no tuvieron nada que ver con lo de Gaizka —contestó Bárbara.

—Yo también lo creo, pero vamos a cambiar de tema. Estoy mejor y quiero sacar de mi mente todos esos recuerdos.

—No se hable más, Nora —dijo con rotundidad Bárbara.

—Por cierto, tengo que contaros que ayer conocí en el concierto a un chico muy majo.

Bárbara la miró asustada y preguntó:

—¿Algún amigo de Raúl?

—Ja, ja, ja. No tenía nada que ver. Es de Baraca, algo mayor que yo, lo conocía de vista y estuvimos un buen rato hablando.

—De puta madre, Nora.

—Hemos quedado mañana, me gusta. Y creo que yo también a él. Trabaja en Decathlon y parece un tío decente.

—Se te ve radiante y las primeras impresiones suelen ser las más auténticas —dijo Itziar.

—Un día podemos quedar los cuatro, os invitamos a comer a casa —dijo Bárbara.

—Sería estupendo. A Fali le vais a caer muy bien. Lo sé.

—Si a ti te gusta, nos gustará a nosotras —comentó Itziar.

Continuaron un buen rato, tomaron una copa más y la conversación se mantuvo ajena al negociado criminal que, en principio, las había unido.

Nora quería hablar, contar cosas de su vida, y Bárbara y su novia dejaban que se explayara.

La velada estuvo bien y la periodista, que seguía con muchas cosas en la cabeza, pudo descansar de ellas un buen rato, dejándose llevar por las anécdotas e historias que relataba su amiga.

—Me da pena esta mujer, espero que tenga suerte con ese chico. Se lo merece. Aunque librarse del delincuente y golfo de Gaizka debe de ser un alivio, la tragedia de su asesinato tiene que ser muy difícil de olvidar —dijo Itziar cuando ya se habían despedido.

—Sí, pero hoy era otra, tenías que haberla visto. Ojalá le vaya bien.

Bárbara decía esto, pero cavilaba sobre la conversación que había tenido Nora con Raúl, las preguntas que le hizo y sopesaba si había mejorado su situación.

Aunque podía parecer que Raúl estaba tranquilo, era muy escéptica. Lo lógico es que pensara que ella le había tendido una trampa y que los tenía identificados como los autores de los asesinatos de Goyarrola y Ernesto.

Lo único a su favor era que no había vuelto a escribir y la poli estaba quieta. Pero sabía que con el miedo era muy difícil convivir.

Garrincha le había dado varios consejos que estaba cumpliendo. Además de no escribir nada sobre el tema, ir siempre acompañada, incluso cuando tuviera que desplazarse por temas de trabajo, alternar en sitios con mucha gente y, ante cualquier alarma, llamarlo a él.

Itziar, que era perfectamente consciente de la situación, la acompañaba siempre que podía y ejercía un control que, sin estos peligros, no le hubiera permitido. Tenerla cerca le daba tranquilidad.

Garrincha la había telefoneado un par de veces y hablaban un

poco de todo. Mañana lo llamaría para contarle la conversación de Nora con Raúl.

Esa noche, Bárbara estuvo un buen rato escribiendo su *true crime*. Todavía no le había puesto título y deseaba hacerlo cuanto antes. Eso le permitiría creérselo más y hacerlo más visible, pero no se le ocurría ninguno.

Cada vez le gustaba más cómo estaba quedando; lo escribía como si fuera un reportaje, porque para ella era más sencillo y sabía hacerlo mejor, pero cuando lo hubiera acabado, intentaría darle un tratamiento literario de ficción más novelado. Incluso pensando en que se pudiera convertir con facilidad en un guion para un film o una serie.

Escondía algunas cosas, cambiaba los nombres de todos aquellos que hubieran cometido un delito y a Garrincha seguía llamándolo «mi amigo de Olabeaga», sabiendo que con ello no evitaba su identificación, pero sin comprometerlo demasiado.

Tenía pensado consultarlo todo antes de su publicación con un abogado especialista. Debía tener cuidado y evitar encontrarse con unas cuantas querellas. Eso el *Noticiero* no se lo cubría, aunque, pensándolo bien, para el éxito de la novela un secuestro a tiempo, tipo *Fariña*, podía ser muy efectivo.

Pero sabía que era un riesgo innecesario. Podía perder mucho por vender unos cientos de ejemplares más.

Ahora, lo principal era tenerla preparada para cuando la historia terminara.

45

La Interpol y Scotland Yard

Sábado, 7 de mayo

No lo esperaba tan pronto. Sara había hablado el día anterior con su contacto en la sede central de la Interpol en Lyon. A Herrerita, como lo conocía por su delgadez y su escasa estatura, le hizo ilusión que lo llamara. Llevaban tiempo sin hablar y estuvo muy dispuesto a ayudarla.

Se comprometió a buscar lo que tenían sobre Lin Piao Song y Chu Loi y enviárselo cuanto antes. Con una solicitud por correo electrónico de Sara sería suficiente. Le sonaba que tenían algo y que el primero había sido investigado.

Abrir una investigación formal implicaba una autorización previa del comité de riesgos de Interpol y su puesta en marcha podía demorarse más de un mes.

Sara se centró en la inmediatez y envió un correo electrónico solicitando la información que tuvieran para una investigación criminal relevante que estaban llevando. Rezó a Yahvé pidiéndole ayuda y se la concedió.

A las once de la mañana entró un correo electrónico con un archivo adjunto. De inmediato, sacó una copia del informe en una impresora que tenía en casa.

Había desayunado con Miguel y sus hijos y estos acababan de salir; Rebeca para jugar un partido de fútbol en Mallona, y David a Jolaseta para jugar uno de hockey sobre patines.

—Miguel, mira lo que me ha llegado. Es el informe de la Interpol y parece que hay materia.

—Herrerita se ha portado. Dale las gracias, es una suerte contar con él.

—Ya lo creo, enseguida le mando un mensaje.

Sara empezó la lectura y según acababa una página se la pasaba a su novio. Evitaron comentar nada hasta que terminaron de leerlo.

El informe preventivo, tal como lo tenía clasificado la propia Interpol, se abstenía de implicar directamente a los dos chinos, pero sin lugar a dudas señalaba a Lin Piao Song como un tipo de cuidado, turbio donde los hubiera.

Ambos eran unos empresarios de largo recorrido y experiencia, muy ligados al Partido Comunista, con buenos contactos en la Administración y en el Gobierno.

Chu Loi era un burócrata con gran prestigio por su eficacia, capacidad de mando y una trayectoria de éxitos en aquellas empresas por las que había pasado. Era fiel al partido y nunca se había desviado de la línea ortodoxa marcada por aquel. Cumpliría lo ordenado sin rechistar.

Lin Piao Song era otra cosa. Había estudiado Empresariales en Londres y realizó un máster sobre Relaciones Internacionales y la empresa privada. Había viajado mucho y mantenía excelentes contactos internacionales de nivel. Era muy valorado en Pekín y, aunque su residencia oficial y la de la empresa estaba en Shanghái, despachaba periódicamente en la capital con altos cargos del Gobierno chino.

Tenía cincuenta y cuatro años, una gran fortuna y una casa en Londres, en lo mejor del barrio de Chelsea, donde pasaba varios meses al año. Mantenía su residencia legal londinense y desde allí controlaba sus negocios en Europa y en el mundo occidental.

Pero ahora venía lo realmente importante, lo más jugoso. Lin

Piao tenía un pasado muy oscuro. Estuvo ligado a una mafia muy potente, una tríada con base en Hong Kong, la famosa 14K, la segunda más grande del mundo.

La 14K contaba aproximadamente con veinticinco mil miembros y, aunque la mayoría de sus integrantes estaban en China, tenía grupos perfectamente organizados en las más importantes ciudades del mundo.

La tríada número uno era la de Sun Yee On, pero, según la Interpol, la 14K tenía cada vez más fuerza y futuro.

Sus negocios eran turbios y criminales, y si, como parecía, Lin Piao continuaba en la tríada, ello implicaba que estaba pringado hasta las cejas.

En alguna entrevista que se le realizó en Londres él lo negó, pero la Interpol mantenía que seguía ligado a ella y que quizás fuera uno de sus miembros más relevantes.

En el informe aparecía que había sido elaborado hacía ocho meses, en septiembre pasado, su carácter era preventivo y en principio no tenían constancia suficiente de la comisión directa y personal de algún delito grave.

—¿Qué opinas, Miguel?

—Es muy revelador. Aunque con un lenguaje formal, no se esconde. Lin Piao es un delincuente de altos vuelos.

—Estoy de acuerdo, pero lo que me gustaría averiguar es lo que sabe la Interpol y no aparece en el informe.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Con la disculpa de darle las gracias, llámalo y pregúntaselo.

Sara tuvo que esperar. Herrerita estaba jugando al golf y no pudo atenderla hasta terminar. Le envió un mensaje desde el mismo campo de golf indicándole que la llamaría sobre la una.

—Hola, Sara, ¿qué tal estás? ¿Te ha valido para algo? Es todo lo que teníamos.

—Claro que me ha servido. Muchísimas gracias. Es lo primero que quería decirte. Información importante y rápida. Vales todo tu peso en oro, Herrera.

—Bueno, ya sabes que peso muy poco, Sara. Ja, ja, ja.

—Ya me entiendes. Pero quería preguntarte por lo que no viene en el informe.

—Explícate, eso es todo lo que tengo.

Con bastante detalle, Sara pasó a relatarle la investigación que llevaban y los datos que tenían para sospechar que, sobre todo, Lin Piao Song estaba involucrado en varios delitos muy graves. Cuando terminó, le preguntó:

—Herrera, tú que tienes experiencia en este tipo de informes, ¿qué impresión tienes? ¿Cuál es tu valoración? ¿Alguien puede saber más y no lo ha puesto por escrito?

—Veo que el informe te ha hecho pensar y avanzar más allá de las meras palabras. No debía decirte nada más, pero este es un asunto muy grave y a nosotros también nos interesa.

—Estupendo, nos vamos entendiendo.

—Ayer por la tarde, después de leer el informe que te envié, hablé con el que lo había redactado. Lo conozco bien, vive en Londres y es un buen tipo. Además, es un excelente analista de investigación. De esto sabe mucho.

—Cómo me gusta lo que estoy oyendo. Tenía claro que podía confiar en ti.

—Su impresión es que puede ser perfectamente uno de los gerifaltes de la tríada 14K. Tiene mucho poder, muchas relaciones y buenos contactos, no solo en la Administración china. Es un veterano y nunca ha dejado de estar activo en la tríada. Lo sabemos bien.

—Te entiendo. Eso significa que puede ser compatible con los crímenes que te he contado.

—Esa es tu conclusión. No te la voy a discutir. Pero es que hay

más —continuó—. Scotland Yard lo tiene en su punto de mira desde hace tiempo. Temas fiscales, mercantiles y chanchullos varios. No conocemos los detalles, pero llevan tiempo investigándolo. Como sabes, reside varios meses al año en Londres.

—Ya sé que Scotland Yard es muy suya, pero ¿podrías acceder a lo que tienen? —preguntó Sara.

—En eso no voy a poder contentarte. Tendríamos que ir por el canal oficial y tardaríamos mucho. Con ellos solemos tener problemas y la relación no es fácil. Pero llamadlos vosotros. Le contáis en lo que andáis y te aseguro que les va a interesar mucho. Os atenderán bien.

—Ningún problema, conozco a un inspector de Scotland Yard en Londres con el que colaboramos en un asunto hace unos años.

—Entonces, mejor. Sabemos que siguen a Lin Piao y no será por retrasarse en el pago del IVA. No lo dejes, Sara.

—Herrera, te reitero mi agradecimiento. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo. Tenme al tanto de cómo termina este caso. No solo es curiosidad, a nuestras investigaciones les vendrá muy bien.

—Descuida, lo haré.

—Sara, ya sé en quién estás pensando.

—No es tan difícil, solo conozco a uno.

—Tony Herald, el inspector del caso Kalinka.

—Me acordaba de él mientras hablaba con Herrerita.

El caso Kalinka fue uno de los más relevantes que tuvieron en la brigada hacía ya unos años. Kalinka era el nombre de una organización londinense de origen ruso que chantajeó, y bien, a Lucía Gorostiola y a su entonces novio, y hoy marido, el jugador del Athletic Eduardo Basterra. Garrincha estuvo de anfitrión y protector de la pareja en toda la trama.[4]

Gran parte de la investigación se llevó en Londres y tanto Sara como Fabretti colaboraron con Scotland Yard. El inspector inglés que lo coordinó todo, y con el que tuvieron más trato, fue Tony Herald. Buena persona, pero demasiado correcto y cumplidor estricto de las ordenanzas policiales. Sara estaba convencida de que con lo que le iba a contar no podía negarse a colaborar. Otra cosa era hasta dónde llegaría.

—Pues no se hable más. Llámalo; cuanto antes, mejor. No podemos caer en la maraña de la burocracia, no terminaríamos nunca.

—Me da pereza, pero tengo que llamarlo. A ver si lo encuentro, lo mismo se ha jubilado.

—No lo creo, por lo menos por edad. Aunque parecía más viejo, un auténtico *gentleman*, no nos sacaba tantos años.

A la inspectora no le sirvieron los teléfonos que tenía, pero en uno de ellos, en la sede de Scotland Yard, hubo suerte y se acordaban de ellos, la *basque police*. Anotaron el teléfono de Sara y quedaron en pasárselo a Tony Herald. La advertencia de que era muy urgente, en un inglés correcto aunque muy mejorable, debió de surtir efecto, porque a las cuatro de la tarde recibió una llamada suya.

—¡Sara! Qué alegría saber de ti y oír tu voz otra vez.

—Lo mismo digo, Tony.

La conversación la llevaron en inglés y fue más fácil de lo que había pensado Sara. Había estudiado un año en Londres al acabar la carrera y llegó a tener un buen nivel, pero el tiempo y su poca práctica hicieron que fuera perdiendo soltura.

Después de ponerse al tanto de sus vidas, que no habían sufrido grandes cambios —el inspector seguía en el mismo departamento de investigación criminal y eso que ya era de por sí una buena noticia—, entraron en materia.

Sara le resumió toda la investigación, pero sin dejarse nada

relevante. Incluso habló del informe de la Interpol para que viera que no era un asunto local y que, como en Londres, Lin Piao también despertaba el interés policial en otras partes del mundo.

Tony Herald escuchaba sin decir nada, pero cuando oyó el nombre de Lin Piao Song se le escapó un silbido muy significativo.

—En fin, te he contado todo. Mi inglés no es bueno y no puedo explayarme demasiado.

—Te he entendido perfectamente. Ese acento tan vuestro lo conozco muy bien de mis veraneos en Alicante. Incluso ya me suelto algo en español.

—Me da que conocías al personaje.

—Ja, ja, ja. El silbido se me ha escapado, pero sí, es un viejo conocido de la casa.

—Adelante, Tony, te escucho.

—No he llevado yo la investigación, pero la lleva un equipo de mi departamento. Hablaré con ellos. Quiero que me envíes uncorreo electrónico desarrollando la investigación que lleváis y el interés por Lin Piao Song. Son las normas; yo ampliaré la información.

—Ahora mismo lo hago y te lo dirijo a ti.

Tony le facilitó su correo electrónico y a continuación le comentó:

—Me pongo a ello para que lo tengáis cuanto antes. Les va a interesar mucho lo que me cuentas. Conocen bien sus empresas, las que están en Europa y la del País Vasco.

—Te agradezco tu interés. Sabes que es urgente, ¿me podrías adelantar algo?

—Sara, lo que sé es de oídas. No tengo los detalles y eso será lo importante. Quédate con que lo seguimos investigando, está en nuestro punto de mira y eso suele ser por algo. Más no te puedo decir, quizás añadiría que a mí no me ha extrañado lo que me has contado.

La inspectora fue consciente de que no podía sacar más y que el bueno de Tony seguía siendo muy estricto con las normas y protocolos. Tendría que esperar.

—Muy desencaminados no andamos —comentó Fabretti cuando ya se habían despedido y colgado.

—Desde luego, este chino es un mafioso de primera y está pringado en nuestro caso hasta las cachas. Cada vez lo tengo más claro —concluyó Sara.

---

4 *El precio del silencio*s (Juan Infante). Editorial Erein, 2019.

46

El sastre y *Rigoletto*

Domingo, 8 de mayo

A Teresa le apetecía dar una vuelta por la Feria del Libro que se celebraba en el Arenal.

—Marido, después de la feria nos vamos a comer algo rico al Casco Viejo. El día es espléndido.

—Vamos con tiempo y así nos tomamos un aperitivo por la zona.

Me encontraba algo más tranquilo, pero sabía que, aunque la calma de estos días era una buena noticia, el caso se había cerrado en falso.

Sin embargo, nuevos pensamientos aparecían en mi cerebro y desplazaban a otros que parecían dormidos. Raúl y los rusos de Alicante habían dejado paso a los chinos y a parte de la familia Garay.

Aunque todo se producía de forma silenciosa, las cosas estaban cambiando mucho. Una losa de mutismo e indiferencia cubría los cadáveres de Goyarrola y Ernesto, y la guerra que parecía librarse entre Boroa y Garay se había reconvertido en una colaboración vergonzante. Habíamos avanzado poco porque, en el fondo, Raúl y sus compinches no dejaban de ser unos sicarios a las órdenes de unos jefes cuya identidad desconocíamos.

No eran las doce cuando tomamos un tranvía que nos dejaba en el Arenal. El día era bueno y, en cuanto nos bajamos del convoy, vimos que las casetas de las librerías y editoriales estaban muy

animadas.

Teresa siempre se cargaba de libros y, como lo sabía, llevé una buena y resistente mochila. Aunque decía que iba sin ideas preconcebidas, su atracción por los libros la convertía en una compradora compulsiva.

Comenzamos con el ritual habitual; primero la caseta de la Asociación de Escritores de Euskadi, situada en una esquina, y seguimos hasta llegar a la librería Etxean, con un estand muy amplio que, además, daba cobijo a varias editoriales y autores independientes. Charlar con Fernando, Begoña y sus hijas, mientras nos ponían al tanto de las principales novedades, siempre era un placer.

Algunos autores estaban firmando sus novelas y Teresa esperó en la cola para conseguir su dedicatoria.

Mientras ojeaba algunos libros miré a mi derecha y las vi. Bárbara y su novia estaban charlando con Jone, una de las hijas, mientras compraban una novela muy *noir*. Ellas no nos habían visto y seguimos tal cual, hasta que se acercaron y Bárbara abrió los ojos y sonrió.

La reportera nunca escondía nada y mostraba con mucha facilidad lo que sentía. Itziar me reconoció y Teresa enseguida se incorporó también.

—Marido, esta tiene que ser la periodista a la que invitas a mis espaldas y de la que estás profundamente enamorado.

Todos nos reímos, sobre todo Bárbara.

—No te lo creas, Teresa. Tu marido es uno de los hombres más duros que conozco, solo le gusta lo que escribo.

—Oye, nos hemos vuelto locos. —Sonreí y añadí—: Bárbara, si Teresa dice eso, es porque le gustas.

Itziar nos miraba como si estuviéramos trastornados, pero se dio cuenta de que lo que primaba era la confianza y nos dio el visto bueno de inmediato. Teresa sabía estar y a las dos les cayó bien.

Enseguida dejamos el recinto ferial y entramos en el Casco Viejo para tomar algo.

Me adelanté un poco con la periodista, mientras Teresa e Itziar se rezagaron al pararse en el escaparate de una tienda de ropa.

Bárbara me comentó que le había hecho ilusión encontrarse con nosotros y que tenía ganas de verme.

El viernes había quedado con Nora y me resumió su encuentro con Raúl. Me di cuenta de que, aunque quería aparentar tranquilidad, seguía inquieta. Sabía que la procesión iba por dentro.

La puse al tanto de las novedades sobre la colaboración de los chinos y los Garay que me había contado Susana y se sorprendió.

—Hostias, Garrincha, esto cambia cosas. Merecería un reportaje en toda regla. ¿Y si Roberto Garay y Lin Piao siempre han estado conchabados?

—Lo he pensado, pero, entonces, no tiene ningún sentido que se carguen a Goyarrola y Ernesto. Es absurdo. Con ponerlos en la puta calle hubiera bastado.

—Es que hay cosas que seguimos sin saber —dijo Bárbara.

—Convéncete, sigue sin escribir nada, no vaya a ser que agites el avispero. Si pudieras, lo mejor es que desaparecieras unos cuantos meses y esperaras a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—En una isla caribeña, al sol. Me apunto, pero ya sabes que no puedo. Olvídalo.

—De acuerdo, pero no te muevas. Que se vea que estás parada. Escribe de otras cosas.

—Me reservaré la información, algún día la sacaré.

—Algún día podrás publicar muchas cosas, espero que casi todas —le contesté mientras llegábamos al bar Bilbao en la plaza Nueva.

Itziar y Teresa seguían enfrascadas en una conversación

animada sobre la última novela de Claudia Piñeiro, autora de la que las dos eran muy fanes. Nos sentamos en una mesa de la terraza y me acerqué a la barra para pedir unas rabas, unas banderillas, dos vermús rojos y dos verdejos.

Teresa estaba en racha y nos contó, imitando voces, anécdotas de clientes comprando en la tienda.

Bárbara e Itziar se reían con ganas y consiguió que nos olvidáramos de nuestras historias por lo menos durante un buen rato.

Teresa miraba de vez en cuando la camiseta negra de Bárbara, pero, según me aclaró después, le quedaba muy bien. Itziar era otra cosa, tradicional en el vestir y seguro que en su forma de ser, pero hacían una buena pareja.

Nos fuimos a comer los cuatro al Víctor, que estaba al lado. Teresa conocía a una de las que llevaban el restaurante, era clienta de la tienda, y pudo conseguir una mesa en el comedor del primer piso.

Bárbara tomó el testigo de Teresa y, olvidándose de las cosas que nos preocupaban, consiguió divertirnos con entrevistas disparatadas que había realizado cuando estaba de becaria en el periódico.

Una vez se equivocó de hotel y fue al Ercilla en vez de al Carlton y se encontró en el *hall* donde había quedado, solo que en el otro hotel, con un hombre que parecía estar esperando. Era un cantante de ópera italiano muy famoso que actuaba en la temporada de la ABAO, pero ella no lo conocía. Lo entrevistó con las preguntas que llevaba preparadas y el falso tenor fue contestando sin saber muy bien de qué iba aquello, pero sin darle demasiada importancia. Luego lo achacó a lo cansado que estaba del viaje.

A quien estaba realmente entrevistando era a un famoso sastre mexicano, en trámites de divorcio, que había quedado con una

abogada de familia en Bilbao, donde residía su esposa. El tenor continuó de plantón esperando en el Carlton.

En el *Noticiero* recibieron *la entrevista al tenor italiano* que interpretaba al duque de Mantua en la ópera *Rigoletto* y no le dieron mayor importancia.

Hay quien sospecha que ni el redactor jefe ni el responsable de Cultura la leyeron, resultando un disparate absoluto.

Entre otras lindezas…

—¿Cómo se siente el duque de Mantua en estos momentos?

—El duque de Mantua muriendo a manos de Rigoletto, así es como me siento yo ahora. Pero quien me envía al otro barrio es una mujer desalmada, sin principios, que ha perdido cualquier idea de la decencia.

—¿Qué proyectos artísticos tiene a corto plazo?

—Una vez obtenga el divorcio, mi proyecto es seguir haciendo trajes por todo el mundo.

—Su caché está subiendo cada vez más. ¿Esto le anima especialmente?

—No me importa el dinero, lo dejaría todo por una vida ordenada y feliz, pero el cliente manda y tengo que seguir atendiendo todos los encargos, que son cada vez más.

—¿En qué teatro se siente más a gusto?

—Me gustaría vestir a reinas y plebeyas, a todas por igual, pero lo mío no son los camerinos.

—¿Volveremos a verlo en Bilbao?

—Pienso seguir viniendo por Bilbao hasta que un juez acabe con el disparate que estoy sufriendo.

Fue tal el éxito de la entrevista, que se hizo viral y dio la vuelta

al mundo. Cuando la leyó, el propio tenor se partía de risa, al igual que el sastre *mexicano*.

Bárbara se llevó el disgusto de su vida y asumió que la pondrían en la calle. Pero el tenor italiano le envió una invitación para una de las funciones de *Rigoletto*, y el sastre, un magnífico ramo de flores.

Se salvó. El éxito se impuso y allí empezó a darse a conocer.

Desde entonces, Bárbara había oído muchas veces al tenor en su papel de duque de Mantua y era una fan del cantante y de la ópera de Verdi.

Después de la comida y de bebernos un par de copas, coincidieron en que ya tenían ganas de retirarse.

Cuando llegamos a su casa al comienzo de Bidebarrieta, nos invitaron a tomar un café, pero lo dejamos para otro día.

—Marido, cómo me he reído con tus amigas.

—Y ellas contigo; son buena gente.

—Y tanto. Cada una a su estilo, pero oro molido.

—A Itziar no la había tratado, pero a Bárbara le viene de maravilla como contrapeso a sus locuras.

—Tampoco hay tanta locura. Es una mujer joven y algo disparatada. Eso está bien —dijo Teresa.

—Está triunfando y, si alguien no se la carga, irá a más.

—¿Cargar? ¿A qué te refieres, marido? Que me das miedo.

—Me refiero a su carrera profesional, mujer. Tiene información decisiva en el asunto en el que hemos colaborado y tiene que cuidarse. Para empezar, no va a sacar nada más de los Garay y de los chinos.

—Me parece bien, pero, por lo que sé, os tenéis que cuidar los dos.

—Ya, pero ahora yo soy un subalterno.

—¿Y tu amiga Sara y su novio, el de las espaldas inmensas?

—Déjalos. Parece que están tranquilos y a sus cosas. Yo no

existo.

47

Scotland Yard se porta

Martes, 10 de mayo

Sara y Fabretti comenzaban su jornada laboral en la comisaría de Deusto y la inspectora solo pensaba en el informe de Scotland Yard.

Así como con la Interpol todo había sido muy rápido, los ingleses se demoraban y la tenían intranquila. Quería saber a qué atenerse y poder programar bien sus siguientes actuaciones.

A media mañana por fin llegó. No era muy largo, pero tenía un comienzo contundente. Lin Piao era un hombre peligroso y relevante en el mundo de las tríadas.

Enlazando con el informe de la Interpol, repasaba su relación con la tríada 14K, con sede en Hong Kong, y sin aportar datos concretos lo situaban entre sus figuras más relevantes e influyentes.

También sus tratos con el Gobierno chino, comentando la amplísima libertad que gozaba para moverse por todo el mundo y tener su residencia legal en Londres, además de invertir y ser propietario de negocios privados muy lucrativos.

No daban números, pero se hacía referencia a una gran fortuna, con cuentas opacas en Suiza y Londres.

El informe pasaba a comentar las investigaciones que tramitaban actualmente por irregularidades fiscales y falsedades documentales, con todos los requisitos para ser constitutivos de

delitos. La investigación alcanzaba también a sus relaciones con personajes turbios de los bajos fondos londinenses. Estas últimas investigaciones se llevaban en la más estricta confidencialidad. Esperaban poder intervenir y ponerlos a disposición judicial en los próximos meses.

Pero la sorpresa llegó al final.

Con bastante precisión contaba que Roberto Garay, un empresario vasco con intereses comerciales con Lin Piao, se había visto con él la semana pasada en el Savoy. Garay se hospedaba en el lujoso hotel y ambos cenaron juntos en su restaurante.

Scotland Yard no se contentó con recoger este contacto. Les preguntaron al *maître* y al gerente, que les informaron que esas cenas eran habituales, ellos dos solos, y solían tener una frecuencia de dos o tres veces al año, sin poder precisar desde cuándo. Al acabar de leerlo, Sara dio un salto de la impresión y un por «¡Yahvé y la Torá!» salió bien alto de sus labios.

El documento finalizaba indicando que Roberto Garay tenía una cuenta a su nombre en la sede de un banco suizo en Londres y que Maquinaria y Electrónica Garay S. A. también tenía otra en el mismo banco. Desconocían sus saldos y movimientos, pero eso solo podían conseguirlo con autorización judicial.

Sara era consciente de que estaba ante una información muy importante. Lo volvió a releer y se lo pasó a Fabretti diciéndole:

—Miguel, analízalo con calma, lo que nos cuenta es clave para el caso que investigamos. Tenemos que planificar bien nuestros siguientes pasos y, hasta entonces, silencio absoluto.

Cuando Fabretti terminó, se quedó pensativo y comentó en un tono bajo:

—Sara, esto es la hostia. Se me queda cara de gilipollas, qué engañados hemos estado. Pero creo que nos faltan muchas cosas por conocer.

—Eso es cierto, pero hay cuestiones que se van despejando. Lo primero es que Roberto Garay está compinchado con Lin Piao y casi seguro que desde hace varios años.

—Desde mucho antes de los asesinatos de Goyarrola y Ernesto.

—Eso también significa que, cuando se produjo el incendio de la fábrica, estaban ya juntos, y cuando negociaron con los de Boroa, también —dijo Sara.

—Entonces, ¿a qué se debía todo ese paripé, con la familia, con nosotros, con Goyarrola y con Ernesto?

—Y con los chinos cuando vinieron por Bilbao. ¿Podría ser un verso suelto que funciona al margen de la familia?

—Pero si es el jefe, no lo entiendo —dijo Fabretti con un gesto de desesperación.

—Quizás los chinos tampoco estaban al tanto y era una cosa de Lin Piao con Roberto.

—Y todo con la tríada 14K detrás. Ahora lo que me pregunto, y no encuentro respuesta, es que si ellos dieron la orden de cargarse a Goyarrola y Ernesto, ¿por qué lo hicieron? No le encuentro sentido. Podían despedirlos sin más —dijo Fabretti.

—Salvo que fueran un peligro grave e inminente para ellos —contestó Sara.

Ambos dejaron de hacerse preguntas en voz alta y, rumiando su propio desconcierto, siguieron un buen rato en silencio. Fue Sara quien retomó la conversación.

—Nos falta información. No sería la primera vez que los polis somos los que menos sabemos. Aunque la gente no lo crea, investigamos en inferioridad de condiciones. Los jueces no ayudan y el personal es incapaz de sincerarse con nosotros. Muchos nos ven como el enemigo.

—Yo creo que la relación de Lin Piao y Roberto Garay no se conoce. El chivatazo del miembro del comité de empresa fue la chispa y después la Interpol y Scotland Yard han funcionado bien.

Nos lo hemos ganado.

—Desde luego, nadie nos ha regalado nada. La Interpol y los ingleses han actuado por iniciativa nuestra.

—Y, ahora, ¿cómo avanzamos?

—Sigo dándole vueltas a una cuestión. No perdemos nada y quizás resulte —dijo Sara.

—Suéltalo.

—La persona que más sabe de este caso, con fuentes propias que funcionan, es la periodista Bárbara Alberdi. Yo creo que se ha guardado muchas cosas. Es lanzada y provocadora, pero es inteligente y entiende perfectamente lo que se puede publicar y lo que no. Miguel, la voy a llamar y voy a quedar con ella.

—Aunque le encanta tocarnos los cojones, es una buena idea.

—Si te parece, voy a ir sola, creo que conmigo, sin nadie más, se puede soltar más.

—Adelante.

Sara sabía que tenía que dar este paso; intuía que podía ser decisivo. Pero también era consciente de que su presencia la perturbaba. El rostro de la periodista cambiaba de color, sus ojos brillaban y se ponía nerviosa. A Sara le hacía gracia e incluso se lo tomaba como un halago. No se sentía atraída por las mujeres, pero esta cría, a la que le llevaba casi veinte años, le gustaba. Notaba que ella también se alteraba.

48

Sara Cohen y Bárbara Alberdi

Cuando a Bárbara le pasaron la llamada de Sara Cohen, no cayó en la cuenta de que se trataba de la inspectora de la Ertzaintza. Aunque sabía su nombre, estaba acabando de escribir unas cosas para su jefe y no prestó atención a la telefonista.

Nada más oír su voz le puso cara y, aunque no la veía, comprobó ese trastorno que ya conocía manifestarse de inmediato en ese cubículo que tenía como despacho y ocupaba ella sola.

—Bárbara, ¿cómo estás? Tenía ganas de llamarte desde hace tiempo. Estoy convencida de que eres la que más sabe del asunto de los Garay y los chinos.

—No te creas. Los reportajes del periódico pueden confundir. A veces se aparenta mucho más de lo que se tie-
ne…

—No te quites mérito. Este es tu caso y necesito verte. Tengo una información que necesito contrastar y compartir contigo. Puede ser muy importante. Te voy a pedir confidencialidad, pero tendrás un apoyo total y serás la primera en publicarlo todo.

Bárbara se quedó callada, lo que oía no le encajaba nada en un mando policial, pero decidió seguirle la corriente.

—Sara, si juegas limpio, puedes contar conmigo. Y, claro, necesito correspondencia. Si te pido que te guardes algo, quiero que lo hagas.

—Juegas fuerte, pero creo conocerte y me lo imaginaba. Estoy dispuesta a arriesgarme.

—Yo también me arriesgo. Estamos empatadas.

—Esta conversación será entre tú y yo. En la brigada no la van a saber y tampoco quiero que se sepa en el periódico.

Bárbara se lo pensó, pero más como pose, porque ya tenía decidido aceptar la propuesta.

—¿Por cuánto tiempo? Estos temas no se pueden eternizar.

—Cuando hablemos, lo pactamos. Llegaremos a un acuerdo.

—Bien, pero quiero ser la primera, quiero preferencia, no a la vez que todos.

—Ya eres la primera y lo seguirás siendo. Por mí no quedará. Ningún problema.

—*Avanti*. Lo has conseguido. ¿Cuándo nos vemos?

—Esta tarde, en un sitio neutral. Ni la comisaría ni el periódico.

—¿Te parece en el *hall* del hotel Ercilla? Podemos estar tranquilas —propuso la periodista.

—Me parece bien. A las siete.

Cuando colgó, Bárbara notó que estaba serena y que lo que prevalecía era su vena de periodista. No había babeado oyendo susurrar a la inspectora y estaba contenta con cómo había gestionado el asunto. Tenía que ser un tema gordo, si no Sara no la hubiera llamado para pedirle colaboración. ¿Sabría algo de Raúl y los rusos?

No lo creía, tenía que ser otra cosa.

Sara colgó satisfecha. Esta chica siempre la sorprendía. Con qué facilidad y eficacia había puesto sus condiciones. Como diciendo, tú serás poli, pero yo soy periodista y vamos a jugar de tú a tú con las cartas sobre la mesa. Pero era lo correcto, así podrían entenderse y colaborar.

Estaba deseando que dieran la siete.

Bárbara entró en el hotel Ercilla a las siete en punto y Sara ya la estaba esperando. La puntualidad siempre le había gustado y

empezaban bien las cosas. Se había propuesto no sucumbir a su atractivo y quería poner todos los medios para ello.

Sara tenía autoridad, galones y mucha profesionalidad a sus espaldas. Ella era una cría a su lado, pero sabía cuáles eran sus fortalezas. Solo tenía que conseguir que sus ojos no se perdieran mirando sus tetas ni que cuando hablara se despistara pensando en cómo comerle la boca.

La inspectora vio llegar a la periodista con su camiseta negra ajustada, sus vaqueros gastados y una chaqueta ligera que reposaba en un hombro, mientras una mochila colgaba del otro.

Sonrió espléndida al acercarse, pero no vio su cara enrojecer ni sus ojos despidiendo brillantitos.

Tras darse dos besos, Bárbara dejó su chaqueta y la mochila en una butaca y se sentó en la otra.

—Qué bien hueles, Sara. Me tienes que recomendar tu perfume.

Era un cumplido formal. Sara la informó sorprendida y a Bárbara se le olvidó según entraba por su oído. Esta chica sabía a qué había venido y Sara aceptaba que empezaba ganando.

Pidieron dos cañas a un camarero que se acercó y la periodista esperó a que la inspectora tomara la palabra.

El vestíbulo del Ercilla estaba bastante tranquilo y Sara había elegido un sofá con dos butacas situado al fondo, junto a una pared y enfrente del bar. Allí nadie las oiría y podían ver a todos los que por allí pulularan.

No había ningún conocido y Sara volvió a situar con pocas y precisas palabras el motivo de la reunión. Fue capaz de formular las reglas del juego que habían acordado sin barrer para casa y Bárbara dio su conformidad.

—Bárbara, Roberto Garay y Lin Piao están compinchados. Esto no es de ahora, sino de años, seguro que más
de dos.

La periodista escuchaba con atención, pero no dijo nada y

simplemente comentó:

—Te escucho, Sara. Continúa.

—Quiero que me digas si eras conocedora de eso.

—Bien, pero luego sigues tú con la información.

Bárbara le refirió lo que sabía de esa relación, tal como se lo había transmitido Garrincha. Los chinos estaban atendiendo toda la producción necesaria para cumplir los compromisos de los Garay. En Boroa para el mercado nacional y desde Lyon para el resto del mundo. Desde la fábrica de Lyon prácticamente se trabajaba solo para los Garay y esto se estaba haciendo casi clandestinamente. No era oficial y los accionistas, la familia Garay, no habían sido informados. Se estaban enterando de mala manera por fuera y nadie conocía los pactos alcanzados. Algunos estaban cabreados. Sara solo era conocedora de lo que le había chivado el miembro del comité de empresa de Boroa, y esto confirmaba que era cierto.

A continuación, Sara le explicó a Bárbara quién era Lin Piao Song, su pertenencia a la tríada 14K, sus relaciones con el Gobierno chino y, por último, los tratos y reuniones en Londres con Roberto Garay. También le habló de las cuentas de este y la empresa en un banco suizo en Londres.

Bárbara demostró con su concentración el interés por todo lo que estaba escuchando. Al final rompió el silencio:

—Bien traído, Sara. Yo no lo sabía, te felicito, me cuadra todo. Qué hijo de la gran puta. Ahora solo me falta que me digas quién se cargó a Goyarrola y Ernesto.

A Sara se le dibujó una sonrisa en la cara y comentó:

—Eso no lo sabemos, quizás sea lo único importante que nos falta. Pero espero que me sorprendas con algo.

—Es que por mucho tiempo que lleven colaborando, eso no explica la necesidad de cargarse a Goyarrola y Ernesto. Tiene que haber algo más —apuntó Bárbara.

—Se nos escapa algo. Lo que dices es cierto. Si esa relación fuera solo empresarial, podrían tenerla normalizada. Ahí hay cabida desde comprar la fábrica por los chinos, a trabajar conjuntamente con acuerdos de colaboración o seguir compitiendo, y si Goyarrola era un obstáculo, despedirlo sin más —dijo Sara.

—Salvo que Goyarrola lo tuviera agarrado de los huevos. Piensa que supiera lo de la tríada y alguna otra actividad criminal y estuviera chantajeándolo —contestó Bárbara.

—Puede ser, pero eso significaría que Goyarrola era un auténtico imbécil y un insensato.

—Sara, de lo que estoy convencida es de que era un gilipollas, como el abogado Ernesto Ramos.

Ambas se quedaron calladas unos segundos y Sara le dijo:

—Bárbara, tú me has contado muy poco. Tienes que saber más. Recuerdo tus reportajes, en la brigada íbamos de cabeza a devorarlos, siempre por delante de las noticias y, de repente, todo se ha parado. ¿Qué pasa?

—¿Tanto se nota?

—Se suele decir que la Policía no es tonta, aunque a veces sí que lo parece.

—Me fío de ti, Sara, pero solo de ti. Esto no puede salir de aquí hasta que lleguemos a un acuerdo para publicarlo.

—Lo mismo digo, Bárbara. Me estoy abriendo contigo como no lo he hecho con nadie en una investigación criminal.

Cuando Bárbara la oyó decir que se estaba abriendo, le empezó a dar tal sofoco…, eran otras las imágenes que aparecían en su cabeza.

—Te cuento, Sara, tengo miedo, estoy acojonada. Se quiénes son los tres sicarios que se cargaron a Goyarrola y Ernesto. Nombres, apellidos y dirección. No sé quién hizo el encargo, pero sobre su autoría material no tengo ninguna duda.

Sara abrió los ojos de forma muy expresiva y su cara de sorpresa

fue como la de un cómic. Pero antes de que pudiera decir nada, Bárbara continuó:

—El problema es que ellos saben, estoy casi segura, que yo lo sé. Esto significa que yo y una de mis fuentes estamos en peligro. Perfectamente pueden estar pensando en limpiarnos el forro. Por eso he parado, estoy temblando.

—Ahora, la acojonada soy yo. Me dejas traspuesta. Lo primero es tu seguridad y lo segundo, también. No puedes estar en peligro. Te puedo poner protección desde ya.

—Lo he barajado, pero no la quiero. No insistas.

—Puede ser discreta.

—Tampoco, antes me cojo un avión y me voy a Australia con mi novia. Ya lo he pensado.

—¿Y detenerlos?

—No nos quitaríamos el peligro. Desde la cárcel darían la orden para liquidarme; sabes que esta gente tiene esbirros para hacerlo. Además, una de mis fuentes se niega a declarar como testigo y yo no voy a venderla. Su testimonio sería decisivo.

—Sabes que soy policía y tengo una responsabilidad en lo que te pueda pasar. En este momento lo que menos me importa son los chinos y los Garay. —Sara lo decía con sinceridad. Sabía de esto y era consciente de que Bárbara podía estar en peligro.

—Pero en ellos está la solución. Tenemos que resolver el caso completo. Solo con los sicarios no hacemos nada. Transcurren los días y eso juega a mi favor. Para ellos mandarme para el otro barrio también es un marrón y procuro cuidarme.

—Bárbara, si quieren hacerlo, lo van a hacer sin ningún problema. O tienes protección o te vas a Australia. Tienes que elegir.

—No me voy a ninguna parte; me quedo. Soy una inconsciente, lo sé, pero es lo que hay.

—¿Quién sabe esto?

—Muy poca gente y de ley. Confío en ellos totalmente. En el periódico no lo sabe nadie.

—Me voy a pedir un gin-tonic, lo necesito.

—Pídeme otro, Sara.

Un político conocido se acercó a saludar a la inspectora y esta se levantó con rapidez y fue a su encuentro para evitar presentarle a Bárbara. Tuvo que recomponer su cara, que se notaba afectada por todo lo que había oído.

Sara sabía que este tipo de información le solía generar euforia. Tener controlados a los asesinos podía ser una excelente noticia, pero Sara no era tonta y sabía que esta chica estaba jugando con fuego.

Algo tenía que hacer. Lo zanjó en el acto. Le pondría vigilancia sin decirle nada. Sería discreta y no llamaría la atención. Nadie se lo podía prohibir y era su obligación, aunque Bárbara se diera cuenta y se cabreara. Estaba decidido.

Cuando Sara volvió a sentarse, Bárbara estaba pensativa, pero arrancó y tomó la palabra:

—Vamos a trabajar en positivo. ¿Qué podemos hacer para resolver este caso? Estamos cerca, pero también se puede dormir y acabar olvidado en un cajón.

—Conozco bien esta situación. Muchas veces el esclarecerlo depende de tener una chispa de suerte —dijo Sara.

—Sí, pero la suerte hay que buscarla —apunto Bárbara.

—Ya, pero ¿cómo?

—Yo lo tengo difícil. No quiero que se me vea investigando. Tampoco voy a sacar nada en el *Noticiero*. Bastante he hecho ya. Pero voy a continuar con los contactos que tengo; son de fiar y me van a seguir pasando información. Te mantendré al tanto.

—Estoy de acuerdo con que estés parada, que se vea claramente que has dejado la investigación. La cuestión es por dónde vamos a seguir en la brigada.

—Centraos en Roberto Garay. Seguidlo, que se ponga nervioso, pinchadle el teléfono, examinad sus cuentas bancarias, que los amigos de la Interpol y de Scotland Yard continúen con sus pesquisas. Seguro que sale mucha mierda.

—No es fácil, para muchas de esas actuaciones necesitamos autorización judicial y no suelen estar por la labor. Pero no nos vamos a cruzar de brazos.

Ambas tenían claro que poco más podían avanzar y Bárbara era consciente de que no podía ni debía indicarle a Sara cómo actuar.

—Tenemos que establecer un medio para comunicarnos.

—No podemos reunirnos a la vista de todo el mundo. Es un riesgo para ti, Bárbara.

—Por teléfono, con nuestros números personales. Dame el tuyo y te hago una llamada perdida —dijo Bárbara—. ¿Tienes algún piso franco?

—Sí, pero si te siguen, estás perdida, cantan un montón. Vamos a rotar. Tendremos que perdernos un buen rato, en el metro y en autobuses, para acceder a un punto, donde te recogeré en un coche no fichado. Damos una vuelta y te dejo en un barrio o pueblo bien comunicado.

—De acuerdo, la siguiente elijo yo. Mi novia es anestesista en Cruces. Un gran hospital es lo más fácil para entrar y pasar desapercibida. Ella nos buscará un sitio para hablar un rato tranquilamente.

—Está bien pensado.

49

El Corte Inglés

Miércoles, 11 de mayo

A las nueve de la mañana, Bárbara se dirigía a su trabajo y pudo comprobar que una pareja de jóvenes, apostada en la entrada de la Biblioteca Municipal de Bidebarrieta, se ponía en marcha en cuanto la vio salir de su portal.

Sara era eficaz y se lo había tomado en serio. Lo esperaba, aunque no tan pronto. En el fondo, aunque se había negado a tener protección, sabía que era lo mejor y podía ser eficaz si algún desalmado intentaba atentar contra ella. No diría nada, como si no se hubiera enterado. Lo único que pedía es que no dieran el cante y alguien pensara que iba con guardaespaldas.

Sara había hablado con Fabretti tras volver de la reunión en el hotel Ercilla. Cuando le contó que la periodista tenía identificados a los sicarios que abatieron a Goyarrola y Ernesto, pegó un salto de la silla de la cocina donde estaban cenando y dijo:

—Hostias, Sara, flipo, esto es muy fuerte.

—No sigas, Miguel, no va a salir de nosotros y ella no nos va a dar más datos. Bárbara corre peligro, necesita protección y, aunque es terca y la rechaza, se la vamos a poner. Vamos a pensar en los mejores para su protección —dijo Sara—, que empieza mañana mismo.

—Los mejores son Esti y Ramón. Son muy jóvenes, con poca

pinta de maderos y no son conocidos. Que ellos propongan a sus relevos.

—Sí, y es gente preparada. Tienen experiencia. Voy a hablar con los dos ahora mismo y exijo confidencialidad absoluta. Si no, a la puta calle, así se lo voy a decir —concluyó Sara.

—¿Qué hacemos con Roberto Garay y los chinos? —preguntó Fabretti.

—Le estoy dando vueltas. Por ahora seguiría ocultando la información que tenemos sobre ellos. He dudado si traerlo a declarar, pero prefiero seguir investigando, tenemos que averiguar más cosas.

—Estaba pensando en eso. Cuentas corrientes, viajes a Londres…

—Qué bien nos vendría pincharle el teléfono —dijo Sara.

—Pero tendríamos que contarle todo al juez.

—Igual no todo, algunas cosas.

—Habla con el juez. Tantéalo. Sería un paso importante —dijo Fabretti.

—Va a ser lo mejor, aunque tengo pocas esperanzas. Es una batalla que casi siempre perdemos.

Bárbara daba vueltas a la conversación con Sara y a los sofocos que tuvo que disimular al tenerla tan cerca, pero enseguida se centró en repasar su situación.

Sara era lista y lo había comprendido de inmediato. No presionó para conocer los datos que tenía ni le pidió sus fuentes. Aceptó de buena gana sus condiciones, y el hecho de verla firme y sin concesiones fue suficiente.

Así era mejor, iban a colaborar y el trabajo coordinado podía ser decisivo. Si jugaba limpio participaría lealmente, pero, si no, la mantendría a raya. Con una información tan letal, ella estaba más fuerte y en mejor posición que la inspectora.

Desde ayer, Bárbara tenía también a otra persona en la cabeza. No dejaba de pensar en Garrincha. Era un secreto que Sara ignoraba.

Ambos eran totalmente incompatibles y Garrincha jamás iba a aceptar una colaboración, salvo que fuera para salvar su pellejo. Entonces sí pactaría, pero porque no le quedaría más remedio.

A Garrincha sí le detallaría sus acuerdos con Sara, y toda la información recibida de la Interpol y Scotland Yard, pero él estaría al margen y bien oculto.

Debía tener cuidado y que la parejita que la protegía no cazara ningún contacto entre ellos. Había pensado citarlo en el *Noticiero*, pero ahora no iba a ser posible, lo verían entrar.

Me llamó la periodista y me dijo que quería verme cuanto antes.

Empezaba a conocerla bien y, por su tono y el ritmo de sus palabras, intuía que era algo importante.

No quiso quedar en el parque y, alegando que se había tomado en serio las medidas de seguridad, me propuso la cafetería de El Corte Inglés, a la una. Eso sí, me dio la orden, porque era una orden, que me perdiera un buen rato antes de acudir a la cita. La entendí perfectamente.

Según entraba en la cafetería la vi engullendo un sándwich vegetal, acompañado de una cerveza de barril.

Estaba todo bastante tranquilo, con un público muy previsible, que facilitaba descubrir un seguimiento indeseado. Un metro y un tranvía me permitieron comprobar que nadie me seguía.

Bárbara había estado boxeando un rato en el gimnasio y eso le facilitó el despiste. Ahora se había disciplinado y dos días a la semana no perdonaba darse de hostias.

Yo ya había comido y pedí un café solo con un bollo de mantequilla que tenía buena pinta. A mi colega no la veía

nerviosa, pero no dejaba de observar sus alrededores y a todo aquel que pudiera entrar en la cafetería.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Ya me imagino que te habrán extrañado todas las precauciones que te he pedido.

—Sí, y también te he visto acelerada.

—Voy con ello.

Bárbara me contó todo.

—Ahora, Garrincha, eres el más protegido de todos. Nadie sabe que existes.

—Bueno, los Garay, sí, pero ya estoy despedido. Te agradezco que me hayas dejado fuera. Es lo mejor.

—Quiero seguir trabajando contigo. Tú y yo somos un equipo, cabrón. A ver si me quieres entender. —Me miró fijamente a los ojos con una sonrisa que era sincera.

—Somos un equipo, pero a esa hija de puta te la dejo para ti.

—Eso está mejor, no quisiera decirle a la buenorra de Sara «hasta la vista, *baby*».

—Como Boris Johnson. Estaría bien.

Nos reímos los dos y enseguida empecé a pensar en la dimensión que tomaba este asunto.

—Otra cosa, ¿cómo son los ertzainas que llevas detrás?

Cuando me los describió, enseguida supe que los conocía. Me habían vigilado a mí cuando los franceses y los crímenes de Mendiondo.

—Se les cala enseguida, son muy previsibles. Si deciden seguirte y ponen un poco de interés, se darán cuenta de que tienes protección.

—Ya, pero casi lo prefiero, espero que sea disuasorio.

—No te fíes, con gente preparada de poco va a servir.

—¿Qué hacemos, *baby*?

—¡Ufff! No lo sé. En principio, esperar. Acordamos que lo

principal era protegerte, no ponerte en riesgo y lo demás, por tanto, debe ser secundario.

—No es lo que me pide el cuerpo, pero estoy conforme. Me da coraje conocer a los sicarios, tenerlos tan cerca y que se vayan de rositas.

—No se irán, caerán, ya lo verás.

—Mantendré a la inspectora contenta. Seré formal y esperaré a que me cuente algo.

—Llámala a menudo y queda con ella, sácale todo lo que puedas. Cuéntale cosas antiguas, que te vea participativa, que sigues ahí.

—Sí, no quiero olvidarme. Además, estoy escribiendo una novela y es fundamental que el desenlace tenga fuerza.

—¿Estás escribiendo todo?

—Bueno, casi todo. La tengo bastante protegida. Una copia la tiene Itziar. Quiero que, en su día, sea un bombazo.

—Con que cuentes la mitad, lo será.

—Quiero que la leas antes de publicarla. Serás mi lector cero. A mí se me pasarán muchas cosas. Tú te darás cuenta enseguida.

—Te echaré una mano, pero tienes que tener cuidado. No puedes provocar que te caigan un montón de demandas y querellas.

—Tengo pensado consultarlo con un abogado especialista. Ya me han recomendado uno.

—¿Tienes editorial?

—No. Tengo que buscarla, pero quiero terminarla antes. Si está bien, no tendré problemas. Probablemente busque una agente literaria. Puede ser lo más efectivo, porque también pienso en una serie o una película.

50

Los papeles desclasificados del FBI y la CIA

Viernes, 13 de mayo

Durante sus pocos años de profesión, Bárbara siempre había tenido una curiosidad innata sobre todas aquellas cuestiones que afectaban a su trabajo periodístico.

Lo que le había contado la inspectora Cohen azuzó de manera exagerada su interés.

Sobre las tríadas chinas, salvo que eran organizaciones mafiosas muy antiguas y sanguinarias, apenas conocía nada. ¿Y si al final descubría un triángulo Lin Piao, la tríada 14K y los Garay? Era un disparate, pero merecía la pena investigarlo.

Empezó a buscarlo en Google, pero pronto se dio cuenta de que, aunque le permitía documentarse y adquirir cultura general sobre el tema, no le servía. Ella necesitaba otra cosa.

La Interpol, que tenía buena información, había concluido que Lin Piao era un miembro importante de la 14K. Bárbara se proponía encontrar la información y documentarse.

Por trabajos y reportajes que se habían hecho en el *Noticiero*, sabía que la CIA y el FBI habían desclasificado muchos *papeles*, entre ellos documentos sensibles ligados a asuntos turbios y criminales.

En el periódico había un fenómeno en los trabajos de investigación que estaba habituado a trabajar con esos papeles desclasificados y siempre se había movido muy bien en el mundo

de las organizaciones terroristas. Habló con Óscar y él, encantado, le facilitó cómo acceder a esas tinieblas que te dejan temblando y cómo manejarse en ellas. Le recomendó que, sobre todo, se armase de paciencia y dedicara mucho tiempo a ello.

Bárbara enseguida encontró los documentos sobre las tríadas y lo que iba leyendo le pareció fascinante.

La documentación sobre la 14K en Europa y sus estructuras organizativas, aunque no era exhaustiva, era suficiente.

Resultaba curioso que toda la vida escribiendo y haciendo películas sobre la mafia y en cambio las tríadas chinas estaban escondidas y olvidadas.

Se trataba de sindicatos del crimen, de auténticas multinacionales de la extorsión.

Bárbara dejó la redacción bien entrada la noche, con la cabeza a punto de explotar. Era mucho lo que tenía que asimilar y dejó unas notas preparadas para poder encontrar rápido lo que más le interesaba.

La parejita que la seguía aguantaba estoicamente esas horas tan intempestivas y, sabiéndose ya calados, no hacían nada por esconderse.

Salvo sus horarios de trabajo, el resto de su vida era muy recogida.

Durante el fin de semana, siguió leyendo en casa y no fue hasta el domingo al mediodía cuando lo descubrió. Al tenerlo delante de sus ojos casi se desmayó.

Don Ricardo Garay —el padre de Roberto y sus hermanos, y esposo de doña Regina Arbolancha— celebró un encuentro con un enviado chino en Madrid en la Semana Santa de 1975. El régimen del general Franco se tambaleaba, los mercados exteriores se abrían cada vez más y España, tras reconocer a la República Popular China en 1973, intensificaba su comercio con el país asiático.

La cita fue en un lujoso restaurante, que todavía seguía abierto: el Horcher, junto al Retiro y la Puerta de Alcalá. El contacto chino era un miembro del Partido Comunista en Shanghái, que años después se reveló como un importante miembro de la 14K. A partir de ser descubierto, se desconocía su paradero.

Según iba leyendo el informe, reparó en que la Embajada de China en Madrid estaba al tanto de esos contactos y conocía perfectamente la identidad de los interlocutores.

Bárbara no se levantó ni para comer, solo bebía agua y de vez en cuando iba al baño. Cada vez se arreglaba mejor con los papeles desclasificados, era ágil y de enlace en enlace navegaba con rapidez.

En un momento determinado se paró y un «¡hostias!» salió de sus labios lo bastante alto como para que Itziar se acercara. En un documento aparecía doña Regina agasajada en la Cámara de Comercio Hispano-China de Madrid.

Ahora era ella la protagonista. Viajó a Shanghái en dos ocasiones, en diciembre de 1975 tras la muerte Franco y otra en primavera de 1977, justo antes de las primeras elecciones democráticas.

Parece que Regina iba sola y su marido se citaba solo de pasada. El tratamiento era de primer nivel y aseveraba que mantenía contactos discretos con la tríada 14K.

Siguió con la lectura y ya era media tarde cuando Bárbara se topó con otra sorpresa, esta vez del FBI, que indicaba que Ricardo Garay era un prestigioso empresario, dueño de una empresa de maquinaria y electrónica, pero que con quien había que cerrar los acuerdos en China era con su esposa doña Regina. El FBI estaba convencido de que era una colaboradora activa de la 14K.

El informe terminaba con un comentario sobre el matriarcado vasco un tanto naif, mencionando que en el País Vasco era muy habitual que fueran las mujeres las que mandasen y decidieran

todo en la vida familiar.

La periodista cayó derrengada en la cama, emocionada con lo que había descubierto y el vuelco que podía dar el caso que investigaba. Era espectacular, en su cabeza se le aparecía toda la trama perfectamente hilvanada. El caso estaba resuelto y no lo iba a dejar escapar.

51

En el Hospital de Cruces

Lunes, 16 de mayo

Bárbara llegó tarde a la oficina y, aunque se encontraba despejada, necesitaba descansar. Su cabeza había estado a punto de explotar. Debía asentar todo lo que había leído y decidir por dónde seguir. Pasaría a limpio todas las notas que había ido tomando y se lo pensaría con tranquilidad. El descubrimiento la había dejado asombrada, pero también confundida.

Las conclusiones salían de forma natural. Lin Piao era un miembro relevante de la 14K, corroborado por la Interpol en un informe reciente. Ricardo Garay y sobre todo su mujer, Regina Arbolancha, habían tenido relación desde mediados de los años setenta con la tríada y ello significaba, con bastante probabilidad, que habían participado en un mismo entramado criminal. Los Garay y los chinos estaban compinchados, pero no desde ahora, sino desde hacía casi cincuenta años.

Y el jefe no era Ricardo, sino doña Regina. Aunque tuviera ochenta y dos años, se conservaba bien y era la que seguía mandando. Los había tenido engañados a todos al suponer que era una madre dedicada exclusivamente a su familia.

—Garrincha, cañón, tengo que verte. He descubierto algo que puede dar un vuelco a todas nuestras pesquisas.

—Bárbara, estoy muy despistado. Me lo cuentas todo.

—Claro, pero no por teléfono. Tenemos que vernos. Ven

preparado, que igual te da un soponcio.

—Dime dónde y la hora.

—Nos toca el Hospital de Cruces. A las cuatro en la tercera planta. Te recogerá Itziar en la primera sala de espera que encuentres.

—Aunque el hospital es como una jungla superpoblada, que no te sigan.

—Me seguirán, pero mejor si voy allí; no se mosquearán, yo llegaré a las cuatro y media y tú ya estarás dentro. Llévate algo para leer.

No habían dado las cuatro cuando me bajé del metro en la estación de Cruces y me dirigí al hospital. Subí al tercer piso rodeado de gente por todas partes. Apenas había pisado este edificio, pero siempre lo recordaba petado.

Mi experiencia en Basurto, cuando ingresé tiroteado, era distinta. Con zonas verdes, paseos y pabellones, que era como llamaban a unas casitas con el nombre de una familia adinerada de Bilbao que en su día había hecho donaciones importantes al hospital. Cada pabellón tenía una especialidad.

Recordaba que siempre me había descolocado un dicho muy de Bilbao: «Vete a cascarla a Ampuero». Ampuero es un pueblo de Cantabria, pero también es el apellido de una familia conocida. El refrán se refería al pabellón Ampuero, en donde se ingresaba a los enfermos desahuciados.

Itziar me esperaba en la entrada de la sala de espera y, en cuanto me vio, se me acercó y enfilamos un pasillo largo hasta una zona de uso exclusivo para el personal sanitario. Nos metimos en un pequeño despacho y enseguida me dejó porque la necesitaban para una operación.

Bárbara fue puntual y a las cuatro y media entró en el cubículo donde la esperaba.

—A mis ángeles guardianes los he dejado en el *hall* de la

entrada después de decirles con la mirada «ya os vale».

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—El que quieras, pero en media hora lo habremos ventilado.

Después de explicarme que sus fuentes venían de los papeles desclasificados de la CIA y el FBI, entró en materia.

Me situó en el origen de las tríadas en el siglo XVIII, como clanes locales en el sudeste de China, hasta convertirse con el tiempo en organizaciones criminales a imagen de la mafia italiana, la *yakuza* japonesa, los cárteles colombianos o la *bratvá* (mafia roja o *organitszaya*) rusa.

El nombre provenía de la estructura en grupos de tres personas en los que solo una de ellas conocía la existencia de las demás células. De esta manera se frenaba un desmantelamiento en cadena de la organización. Muchos expertos las consideraban las mafias más herméticas del mundo.

Su origen y mayor fuerza estaban en China y en Hong Kong, pero a lo largo del siglo XX se había extendido por muchos países, estableciéndose células y organizaciones en el mundo occidental: los Estados Unidos, Canadá y Europa. En España estaba identificada una tríada 14K en Madrid.

La 14K nació en Hong Kong y llegó a ser la segunda tríada más grande del mundo, con unos veinticinco mil miembros.

Después de esta introducción, Bárbara entró en materia y me detalló cómo había encontrado a Ricardo Garay y luego a Regina Arbolancha. Según la documentación desclasificada, la mujer era la jefa y la que mandaba.

Escuchaba atónito y, con lo que estaba oyendo, sus conclusiones parecían evidentes.

—Me sonaban las tríadas, pero tenerlas en casa es otra cosa. Me dejas asombrado, colega.

—Lin Piao es uno de los jefes, no se nos puede olvidar.

Y me jugaría un buen polvo con la inspectora Cohen que los

asesinatos de Goyarrola y Ernesto son cosa de ellos.

—Y la familia Garay, ¿qué pinta? —pregunté.

—¿Quién de ellos?

—Para empezar, Roberto.

—Tengo dudas de si es el heredero de las relaciones de sus padres, pero me inclino a pensar que es un mandado. La jefa es la madre.

—Una cosa es llevar el negocio y colaborar con los chinos y otra acordar matar a Goyarrola y al abogado.

—Eso tiene que ser cosa de Lin Piao, con el visto bueno de doña Regina. Roberto es un pusilánime y no vale para eso —concluyó Bárbara.

—Lo que está en el aire es el motivo. ¿Por qué se los cargaron? —pregunté.

—Quizás Goyarrola le estaba haciendo chantaje a Lin Piao, ¿por qué no?

—Y se los cargan sin que se entere Roberto —contesté—. Por entonces estuve varias veces con él y estoy convencido de que todo fue una sorpresa para él. De esto sé algo y su comportamiento dejaba pocas dudas.

—Pues será así.

—¿Se lo vas a contar a Sara?

—No lo sé. Supongo que lo haré al final, pero me gustaría tener más información.

—Mejor. A la Ertzaintza ya la conoces, puede ir a lo fácil, deteniendo a diestro y sinestro y dejándolo todo patas arriba.

52

El chófer quiere ver a las chicas

Martes, 17 de mayo

Los rusos Iván e Igor, con el beneplácito de sus jefes, tenían decidido intervenir. Aunque habían transcurrido ya dos semanas desde aquella jornada funesta y no se había producido ningún hecho significativo, no se fiaban. Esta parálisis del tiempo no les gustaba nada; lejos de tranquilizarlos, pensaban que podía ser el prolegómeno de una acción policial en toda regla o la de otros indeseables con peores intenciones.

A Bárbara apenas se la veía y ya no publicaba nada del asunto; de casa al trabajo y del trabajo a casa. Algo no cuadraba, eso solo podía indicar que se estaba protegiendo.

Hablaron con Raúl y este se puso en marcha.

—Bárbara, ¿sabes quién me ha llamado?

—Larga, Nora. ¿No será el chófer de la mirada sucia?

—Ya, sucia, cómo te engañas. El mismo, y le apetece vernos. Le ha debido dar fuerte. Lo curioso es que me quiere de carabina.

—Explícate, que eres una lianta.

—Mujer, por favor. Lo que tengo que oír.

—Perdona, es que, aunque no te lo creas, me saca de quicio ese tío.

—Te cuento. Le apetece vernos y el jueves nos invita a dar un paseo desde Pobeña hasta Kobaron, la ruta verde de los

acantilados de Itxas Lur. Su idea es recogernos en la playa de La Arena y después del paseo quedarnos a comer en Pobeña. Me ha dicho que conoce un sitio que está muy bien.

—Vaya, todo programado. Encima dando órdenes.

—No me ha dado ninguna orden. Es una propuesta y, si no queremos, no vamos y ya está. No le des más vueltas.

Bárbara se calló y, tras unos segundos pensando, dijo:

—¿En qué has quedado?

—En que hablaría contigo y lo llamaría.

—No le digas nada por ahora. Te llamo a lo largo del día.

—Tú misma. A mí me da igual. Si te apetece, vamos, y si no, pues no.

—Gracias, Nora, y perdona por mis comentarios, es que me pongo nerviosa.

—No te preocupes.

Eran las once de la mañana y a Bárbara no le gustaba nada lo que había oído; la cita era una encerrona. Tan tonta no era. Era una trampa, estaba convencida.

Hablaría con Garrincha. Quizás lo podrían aprovechar y ser ellos…

Raúl se encontraba intranquilo. Este asunto cada vez tomaba peor color. Lo estaban utilizando y lo último que quería era enmarronarse aún más.

Sabía que no podía salirse. No se lo consentirían y, con el susto que tenían los rusos, los jefes también estarían acojonados.

Qué imbécil había sido. Pero por más vueltas que le daba, no sabía cómo iba a salir de esta.

La llamada de Bárbara me había pillado en casa, después de una placentera jornada de pesca, tumbado y leyendo una de Mikel Santiago. Mikel era el rey del *thriller* y no me perdía

ninguna de sus novelas. No vivía lejos de Olabeaga y alguna vez me lo encontraba por la calle. Era un buen tipo.

Cuando colgué, me quedé sorprendido con la jugada de Raúl y su gente. Estaba de acuerdo y me temía lo peor, pero me confundía que las citaran tan campantes para limpiarles el forro a las dos. Era de una simpleza increíble.

Una idea rondaba mi cabeza. Podía ser una ocasión inmejorable para pillar a Raúl y a sus colegas, y terminar de una vez por todas con esta pesadilla.

Antes debía confirmar que fuera una realidad lo que nos temíamos. Solo faltaba que el cretino de Raúl todavía estuviera tramando cepillarse a la periodista.

Llamé a Félix, se lo conté y le encargué que, con premura, investigara, a través de la gente que nos había proporcionado la información de los rusos, su ubicación actual y cualquier cuestión de interés para el caso.

En unas horas, me devolvió la llamada.

Hacía unos días habían dejado el Meliá de Alicante para instalarse en Málaga, pero además le informaron de que se habían dirigido con cierto sigilo a Bilbao y que pensaban que podrían haber llegado esta mañana.

53

Se prepara una buena

—Nora, soy Bárbara.

—Dime, ¿has pensado algo?

—Sí. Dile que nos vemos directamente en Pobeña. Pretenden tendernos una trampa, pero van a salir trasquilados. Vamos a adelantarnos. Tú y yo iremos en un coche con protección y no llegaremos a entrar en el pueblo. Gente competente se encargará de pillarlos.

—¿La poli?

—No lo creo. En todo caso, nosotros no los vamos a ver. Estaremos escondidas.

—Pero ¿estás segura de que puede ser una emboscada?

—Nos quieren dar pasaporte, Nora. Son unos asesinos. Si les decimos que no vamos, nos buscarán cuando más les convenga y nos encontrarán. Sabemos mucho y temen por su seguridad. Hay que adelantarse. O ellos o nosotras, no hay otra solución. Me duele decirte esto, pero desgraciadamente tú también estás en el lote.

—Me dejas temblando —comentó Nora con una voz entrecortada en la que se notaba el impacto que le había provocado la noticia.

—Yo también lo estoy, pero es mejor saberlo y cortar de raíz. No podemos vivir temiendo que aparezcan a la vuelta de una esquina para acabar con nosotras. Siento en el alma haberte involucrado en esta mierda, pero no tenemos otra salida.

—Ahora lo llamo. A las doce de pasado mañana en la plaza de

Pobeña.

—Que no parezca un cambio de planes. Dile que mejor Pobeña y que el paseo hasta Kobaron por los acantilados de Itxas Lur es precioso.

—Bárbara, quiero que sepas que me fío de ti y que estoy contigo hasta el final.

—No lo dudes, cuenta conmigo; tienes que estar convencida. Incluso si interviene la Policía, acabarían con nosotras. Es lo mejor que podemos hacer y vamos a salir de esta.

Llamé a Félix y quedé con él esa misma tarde en el paseo de Abandoibarra, en alguno de los bancos que hay a la altura del Guggenheim.

Lo había meditado mucho y estaba decidido a jugar fuerte. No podíamos echarnos atrás, acojonarnos, ni avisar a la bofia. La llamada de Raúl no dejaba lugar a dudas.

El mismo lugar elegido estaba bien pensado. Apartado donde los haya; en Pobeña y Kobaron, un día laborable podían hacer lo que les diera la gana con un mínimo de riesgo y con una autovía muy cerca para huir a donde quisieran. Tenían que aprovecharlo; a nosotros nos podía venir muy bien. Además, los pillaríamos por sorpresa porque no entraba en sus planes.

El asturiano de Barakaldo me esperaba sentado cuando llegué. Estaba leyendo el *Marca* como en él era habitual. Cuando me vio, lo plegó con cuidado, me echó un vistazo y esperó a que me sentara a su lado.

—Parece que tienes urgencia. Cuéntame tus planes.

Le expliqué todo, de arriba abajo. Sabía que era muy precipitado, pero teníamos que aprovecharlo. Félix seguía en silencio mi exposición y, como lo conocía, sabía que en su cerebro estaba montando el plan de ataque.

—Créeme. Son gente peligrosa; si no acabamos con ellos,

matarán a las dos chicas.

—Me basta con lo que me dices y, además, estoy de acuerdo. Para pasado mañana cuento con cuatro hombres, incluido yo, y contigo seríamos cinco. Suficiente.

—Bien, bien. Ellos no creo que pasen de tres y no se lo esperan. No les va a dar tiempo ni de sorprenderse.

—Uno de nosotros se quedará con las chicas. Me inclino por Alberto. No llegarán a entrar en Pobeña —dijo Félix.

—Hay que pensar algo. A ellos no podemos atacarlos en la plaza del pueblo. Es peligroso, incluso puede haber algún poli, aunque sea municipal —dije mientras barajaba las opciones que tenían.

—Debemos atraerlos hasta donde estemos nosotros. Nora puede llamar a Raúl, decirle que se les ha parado el coche y darles una ubicación. Por el camino les saltaríamos encima con fuego cruzado —dijo Félix.

—No es mala idea. Prepáralo mañana por la mañana y por la tarde hablamos.

—Una cosa, Garrincha, ¿las chicas son de fiar? No vaya a ser que se acojonen y acaben pidiendo auxilio a la Ertzaintza.

—Son de fiar, no tengo dudas. Pero ese es mi negociado y lo gestiono yo.

Nos despedimos y, sin esperar, llamé a Bárbara. Por teléfono, y sin dar detalles comprometedores, le expliqué el plan y lo entendió.

—Confío en ti. No queremos ver nada, es lo mejor. Para nosotras será más fácil —dijo Bárbara al despedirse.

—Así será. Os enterareis de las noticias por la radio o la tele, como el común de los mortales, y además vais a estar protegidas en todo momento.

54

Los rusos en Bilbao

Iván e Igor ya estaban en Bilbao y venían con las ideas muy claras. Habían esperado lo suficiente y había llegado el momento de quitarse ese problema que tanto los angustiaba. Desde el principio fueron conscientes del peligro que suponía Bárbara y, de rebote, Nora. Alargar más la situación era un riesgo que no se podían permitir.

No entendían, ni sabían, por qué Raúl se había complicado la vida con la periodista. Era un despropósito. Pero ya estaba hecho y por ahora debían tenerlo de su lado. Más adelante ya verían.

Esa tarde estuvieron en Pobeña e hicieron la caminata hasta Kobaron por la ruta verde y los acantilados de Itxas Lur.

A los rusos les encantó y estuvieron varios minutos observando el mar Cantábrico, que se extendía inmenso en un horizonte sin límites.

Estaban contentos con la elección del lugar. Era poco concurrido, apartado y con muchas posibilidades para esconderse bien. Atacar y salir huyendo en condiciones era fácil.

Raúl conocía muy bien la zona. Era muy aficionado al senderismo desde que de crío formó parte de un grupo de montaña con los pasionistas de la parroquia de San Felicísimo de su barrio de Deusto.

Eligió a propósito la zona y tenía ya decidido un paraje protegido al comienzo de la ruta verde, ideal para lo que se proponían hacer.

Allí cerca aparcaron el automóvil. En el lateral de una carretera secundaria sin asfaltar, que sería la vía que utilizarían para escapar. En unos pocos minutos llegarían a Onton, el primer pueblo de Cantabria, desde donde se incorporarían con facilidad a la autovía a Santander.

El lugar donde harían uso de las Luger Glock, que ya tenían preparadas, les permitiría esperar escondidos detrás de unos arbustos frondosos hasta que llegaran las chicas. La acción sería limpia y en unos segundos estaría consumada. El coche se encontraría estacionado a unos treinta metros del lugar elegido y, por lo tanto, en menos de un minuto saldrían para Onton.

Si por casualidad pasaba gente cuando fueran a actuar, podían aguardar sin ser vistos a que la zona quedara despejada.

La acción iba a ser silenciosa y lo lógico es que transcurrieran algunos minutos hasta que se descubriera esa escena tan macabra.

Raúl en principio no debía intervenir, aunque fuera armado, y su misión fundamental era llevar a las chicas hasta ese lugar.

La víspera les había planteado que quería desaparecer una buena temporada, lejos de Bilbao, y que necesitaba dinero.

No les pareció mal evitar el peligro que suponía Raúl y que estuviera lejos; con los crímenes todo iba a estar muy revuelto.

Le dieron su conformidad y le manifestaron que, en unos días, le facilitarían un pasaporte impecable.

Raúl ya había pensado adónde ir y con ese pasaporte sería todo más fácil. Tenía un buen amigo en Guadalajara, México, propietario de una discoteca, al que le iba bien y que le había ofrecido en varias ocasiones trabajar con él. Emilio era de Bilbao y fueron íntimos hasta que cruzó el charco. El chófer sicario ya estaba pensando en instalarse definitivamente en el país azteca. En Bilbao cada vez se encontraba más desprotegido.

Cuando veía a Iván e Igor, fríos y cerrados como un bloque de

hielo, entendía por qué nunca habían congeniado. Sus relaciones solo fueron correctas, aunque reconocía que su trabajo nunca fue cansado, pagaban bien y lo dejaban a su aire.

A Raúl le sorprendió que Bárbara se hubiera avenido a quedar con él. No se lo esperaba, sobre todo en un sitio alejado y apartado.

Pensó en que no iba a funcionar y para ello tenía un plan B. Era más arriesgado. La idea era cargársela en su propia casa, cuando su novia saliera para su trabajo en el hospital.

Sabía que en Pobeña pasarían desapercibidos. Unos montañeros de paso a Kobaron, con un anorak fino, unas gafas de sol y una gorra alargada. Era muy difícil que alguien los identificara.

Nora lo había llamado para decirle que quedaban directamente en la plaza de Pobeña a las doce. No quiso contrariarla y le contestó de inmediato que muy bien.

Lo importante era llevarlas cuanto antes al lugar elegido y dejarse ver lo menos posible.

55

En Pobeña, *alea jacta est*

Miércoles, 18 de mayo

La víspera de la cita en Pobeña, Bárbara sabía que la suerte estaba echada. A veces pensaba que era una inconsciente, pero era lo que había. Su cabeza le decía que estaba acertando y con eso le bastaba.

Garrincha le comentó que pensara en cómo justificar el tiempo de once a dos con una coartada sólida por si la pasma decidía investigarla.

Lo pensó y vio que la tenía a mano. Lo habló con Itziar y, aunque a su novia le daba pavor, sabía que sin un mal gesto la ayudaría en lo que fuera.

A las once estaría en el Hospital de Cruces para hacerse unos análisis. Se los haría de verdad y constaría su presencia y la hora. Al acabar comentaría que no se encontraba bien y que se iba para casa a descansar.

Nora la acompañaría y compartirían coartada. Podía servir perfectamente. Incluso Itziar la complementaría con una llamada a eso de la una.

Quedé con Félix y Alberto para inspeccionar el lugar donde debía producirse nuestra intervención.

Llegamos a Pobeña en algo más de veinte minutos por la autovía a Santander. Estaba a unos pocos kilómetros de la playa de La

Arena y de la refinería de Petronor, y era un paso obligado al camino de Santiago, el del norte, no el francés, que era el tradicional. Aunque no era demasiado concurrido, de unos años para acá era habitual ver peregrinos caminando.

El pueblo tenía doscientos habitantes, pero los fines de semana solía acoger muchos visitantes que acudían sobre todo por la gastronomía, las rutas y las vistas privilegiadas sobre el mar Cantábrico.

El paseo a Kobaron —de unos tres kilómetros, bordeando los acantilados de Itxas Lur— tenía muchos adeptos y era un lugar idóneo para el senderismo. No lo conocía y me quedé admirándolo en una breve incursión que hicimos.

No nos fue difícil encontrar un lugar discreto donde dejar el coche. Habíamos venido con uno legal, pero el de mañana sería robado y con las matrículas cambiadas.

El problema fundamental era atraer a Raúl y sus colegas hasta esta zona.

Eran las doce del mediodía, la misma hora en la que habían quedado mañana y también era día laborable. Aunque la zona era muy tranquila, se veían algunos senderistas que se dirigían a la ruta que los llevaba a Kobaron.

Yo tenía un camuflaje de motorista, con su casco, las gafas y el traje de cuero, y salvo que estuvieran presentes la inspectora Cohen y su novio, nadie más podría identificarme.

Llevaríamos dos automóviles. Uno con Alberto y las dos chicas, que se quedaría en el aparcamiento de la playa de La Arena. Y otro estacionado donde nos encontrábamos ahora. Si solo se acercaba Raúl, decidiríamos sobre la marcha, pero confiábamos en que, si se iban a cargar a Bárbara y a Nora, aparecieran los tres. Para algo habían venido los rusos a Bilbao.

Para atraerlos al lugar en el que ahora estábamos, lo mejor era una llamada de Nora. Ellos tenían que ser los primeros en no

querer actuar en la propia plaza del pueblo.

Aunque teníamos aspectos sin controlar, Félix no les veía mayor problema.

56

Sara y Garrincha quieren que esta historia acabe

Sara Cohen no estaba contenta. Había transcurrido ya una semana desde la reunión con Bárbara y no había tenido noticias suyas. Aunque comprobaba que no había publicado ninguna información sobre el tema, notaba que no avanzaban.

Si en un par de días no la llamaba, tomaría la iniciativa. Estaba convencida de que Bárbara no se había quedado cruzada de brazos.

Tampoco tenía noticias de su colega de Scotland Yard.

A Sara la trastornaba sentirse en un punto muerto, sin saber a qué atenerse.

El juez que llevaba la instrucción por los asesinatos de Goyarrola y Ernesto les había denegado intervenir el teléfono de Roberto Garay. Se lo esperaba, pero estas cosas la desmoralizaban mucho. Le confirmaba su certeza de que siempre jugaba con desventaja. No entendía por qué los delincuentes estaban más protegidos en sus derechos que la gente legal. Así era muy difícil trabajar con eficacia.

Del seguimiento y protección que pusieron a la reportera tampoco tenían novedades. Bárbara sabía desde el primer día que llevaba escolta, pero no se quejó y eso era lo mejor. Los ertzainas encargados no habían detectado nada extraño, y si lo hubiera habido lo sabrían. La chica facilitaba mucho su labor, haciendo una vida muy recogida. De casa al trabajo, algo de boxeo y poco más.

Sara se ruborizaba sin querer cuando recordaba su cercanía, sus miradas y cómo notaba que se ponía mala cuando estaba muy cerca. La chica era un libro abierto y tampoco hacía nada por disimularlo.

A Sara le gustaba ese flirteo que sabía que no iba a llegar a ningún sitio. El fin de semana la llamaría para ver qué le contaba.

Aquella noche, víspera del día decisivo, me encontraba nervioso. Había pasado de un asunto que languidecía y olvidado por todos a una situación explosiva, en la que había decidido cargarme a unos indeseables. Eso lo asumía como una legítima defensa, frente a una pasividad que implicaba ver cómo acababan con dos mujeres inocentes. Nunca lo iba a consentir; siempre había creído en unos valores y no pensaba desprenderme de ellos.

A veces parecía que me olvidaba que por encima de Raúl y los sicarios de Alicante estaban los auténticos capos mafiosos que movían todos los hilos de esta historia. Ellos decidían quién debía morir y quién debía vivir, como un emperador romano que, con el pulgar hacia arriba o hacia abajo, resolvía la suerte de aquellos que se le ponían enfrente.

Y esos capos tenían unos nombres: Lin Piao Song y, por qué no, Regina o Roberto Garay. Toda una decepción, con una moral vendida sin saber muy bien por qué. Y es que cuando no entendía algo, me trastornaba mucho.

Lo de Roberto y su madre era un auténtico disparate.

El problema era que, si todo salía bien, mañana por la tarde esos golfos estarían contrariados, pensando en si acudir o no al funeral de sus esbirros y valorando tranquilamente, con un *whisky* en la mano, el siguiente paso.

Pero la verdad es que las pruebas que había contra el chino y Roberto o Regina eran escasas y, con eso solo, la Justicia poco

podía hacer.

En cambio, ellos, desde sus casas, podían conspirar con impunidad sobre cómo vengar a Raúl y los rusos.

Hasta ahora me habían salido bien las cosas, pero siempre por muy poco. Quizás por eso me apuntaba a la versión optimista de los peligros, aunque en el fondo sabía que la baraca no podía durar indefinidamente.

Aun así, pensé en el paseo que me iba a dar mañana por la tarde con Teresa, recibiendo la brisa de la ría y aligerando los calores que ya empezaban a notarse.

Me sentía tan convencido que quise empezar a celebrarlo. Le propuse a mi mujer tomarnos una copa larga en el Cargadero situado debajo de casa.

A Teresa esos planes siempre le parecían bien y allí nos acomodamos, encima de la ría, donde el antiguo cargadero de mineral surtía a los barcos que allí atracaban y a los vagones del ferrocarril que pasaban muy cerca.

Me olvidé de todo lo que me preocupaba en esos momentos, mientras Teresa me contaba los avatares de sus tiendas, que eran muchos.

Me acordé de hacía unos meses cuando, sin habernos percatado, teníamos sentados enfrente a Sara y Fabretti. Yo iba armado y las pasé canutas para que no se dieran cuenta. Yo creo que la inspectora me caló; una pipa no era tan fácil de disimular. Entonces andaban detrás de mí, pero todavía estaban muy despistados.

Con la ayuda de Teresa, a la que tienen en gran consideración, sorteé el encontronazo y al final salí bien parado de aquel entuerto.

57

La fiesta está servida

Jueves, 19 de mayo

Me levanté animado. El optimismo de la voluntad campaba por mi cuerpo sabiendo que lo iba a necesitar.

Bajé pronto a la ría y a las seis y media de la mañana me instalé con mi caña al final del barrio de Olabeaga. Era mi sitio favorito y todavía ningún rayo de sol se colaba entre las nubes, pero sabía que pronto la tibia oscuridad se disiparía y lo más probable es que un día luminoso nos ayudara a levantar la moral. Eso sí, se oía el murmullo del agua que discurría con fuerza.

Solo faltaba que pescara algo, pero eso no iba a suceder. Los peces nunca picaban el anzuelo y hoy no iba a ser una excepción.

A las once me recogería Félix y nuestra nueva aventura se pondría en marcha. Solo deseaba que pudiera echarme a la mochila otros tres fiambres y mis amigas pudieran regresar tan tranquilas a sus casas.

Alberto recogió a Nora y a Bárbara en el Hospital de Cruces con un coche idóneo para estos casos, de origen desconocido y con las matrículas cambiadas.

El chófer de lujo que las llevaba era uno de los mejores tiradores en corta y media distancia y un veterano curtido en mil batallas.

Las instrucciones recibidas eran claras: nunca debían estar al alcance de los sicarios, se resguardarían bien y solo hablarían por

teléfono.

Se trataba de conseguir que Raúl y su gente se acercaran adonde estaban Garrincha, Félix y sus dos acólitos.

En caso de peligro, debían salir pitando de la zona. Alberto llevaba la pipa preparada en la sobaquera y dispuesta a ser utilizada en cualquier momento. Él sabía muy bien cómo hacerlo.

Bárbara y Nora hablaron poco durante el trayecto y, en el fondo y en la forma, no podían esconder que estaban acojonadas.

Alberto intentaba darles cierta confianza contándoles una serie de Netflix, *La dama de las muertes*, a la que estaba enganchado. Oyéndolo hacía gala de un aplomo pasmoso.

—Chico, contigo parece que vamos a la playa. Eres un *crack* —dijo Bárbara, queriendo ser elogiosa.

—¡Ja, ja, ja! No os he dicho nada, pero vamos a la playa. A la de La Arena. Allí nos quedaremos dentro del coche y pasaremos desapercibidos en una de las esquinas del aparcamiento. Podéis estar tranquilas; no vamos a encontrarnos con ninguno de esos esbirros de pacotilla.

—Te veo muy confiado. —Bárbara intentaba alejar el mal rato que estaba pasando.

—No nos esperan. Contamos con el factor sorpresa, gente suficiente y más competente que la de ellos. Somos mejores, no lo dudes.

—No lo dudo, pero la angustia me atenaza el habla.

—Tenedlo claro, vuestra seguridad es nuestra principal prioridad.

Nora asentía, sorprendida por todo lo que estaba sucediendo. De no ser muy consciente del peligro en el que se metió al conocer a Bárbara, hasta verse de lleno en las peripecias criminales de Raúl.

Se sentía atrapada en una historia de miedo, que Bárbara le transmitía con pocas palabras. Su rostro y sus gestos eran tan

demoledores que no necesitaba muchas explicaciones. Ella no debía estar allí, pero ya era tarde. No culpaba a nadie de su situación, pero tenía mucho más miedo del que aparentaba. Una pregunta le rondaba en la cabeza y quiso tener una respuesta.

—Y si la poli nos interroga, ¿qué decimos?

—Vosotras habéis estado en el Hospital de Cruces. Tú, Nora, acompañando a Bárbara a hacerse unos análisis clínicos, y después os habéis ido a su casa porque no se encontraba bien.

—Nora, después lo comentamos. Itziar nos va a cubrir. Está todo atado. Lo único seguro es que la poli estará mosca al perderme el rastro en el hospital. Y luego a rezar para que no me estén esperando cuando regresemos a casa.

—No estarán, pero, por si están, comprad una chapata por allí cerca. Habéis salido para comprar pan —dijo Alberto—. Lo mantenéis aunque hubieran estado de vigilancia.

—Está bien pensado. La compraré en Jardines, entraremos por la Ribera y volveremos a casa tan tranquilas. Les extrañará, pero es lo que menos me importa.

—La inspectora Cohen te va a respetar. Sabe que no has pegado un tiro en tu vida —dijo Alberto.

Bárbara no tenía nada claro, pero sabía que ya no era posible otra opción. Lo que más sentía era haber metido a Nora y también a Itziar en toda esta historia. Ellas no se lo merecían y eso la trastornaba mucho. Ya solo rezaba por que saliera bien.

Salieron de la autovía a Santander a la altura de Petronor y se dirigieron a la cercana playa de La Arena. Llegaban con tiempo y aparcaron junto a la playa en la esquina más alejada de Pobeña.

Félix me recogió en la plaza del Sagrado Corazón, junto al Churchill, y desde allí, con otros dos que conocía de vista, nos pusimos en marcha.

El buga era un Mercedes todoterreno de color negro, bastante

nuevo y con un aspecto impecable. Lo habían *levantado* esta mañana en un parking privado y cambiado las matrículas.

Los cuatro llevábamos una ropa oscura difícil de distinguir y unas americanas amplias donde poder ocultar bien nuestras Berettas. Además, en el coche llevábamos más material, como gorras, gafas negras y de motorista y un casco que pensaba ponerme con una chupa negra.

Me comuniqué con Alberto y me informó de que se encontraba ya en camino.

Al llegar a Pobeña, el pueblo estaba muy tranquilo y en la calle apenas se veía gente. Lo atravesamos y nos dirigimos hacia la ruta verde sin que nada nos llamara la atención.

La pasma estuvo ausente durante todo el trayecto y, sin ninguna dificultad, accedimos al sitio previsto.

El coche quedó lo bastante escondido en un camino sin asfaltar, rodeado de árboles que impedían verlo desde la carretera principal.

Salimos del Mercedes y nos pusimos dos a cada lado de la carretera. Yo a la izquierda y Félix a la derecha.

Cerca de donde nos encontrábamos comenzaba la ruta verde y, por lo tanto, era fácil de indicarles a Raúl y su gente adónde tenían que venir.

—Nora, es Garrincha. —Alberto le acercó el teléfono móvil.

—Hola, Nora. A las doce llama a Raúl y dile que estáis al comienzo de la ruta verde y que se os ha calado el coche y no arranca. Que creéis que os habéis quedado sin batería. Que se acerque, lo esperáis allí.

—Garrincha, ¿y si me dice que vayamos a la plaza?

—Insistes en que el coche está cruzado en la carretera y no podéis dejarlo así. Además, ellos preferirán no dejarse ver en el centro del pueblo.

Nada más finalizar la llamada, percibí movimiento. Todavía

faltaban algo menos de diez minutos para las doce, pero un coche se aproximaba. Era un Audi A5 y se paró a unos cincuenta metros de donde estábamos, ocultándose en una carretera estrecha que apenas se veía. Se bajaron dos hombres altos y fuertes y se dirigieron hacia el comienzo de la ruta verde, cerca de donde nosotros nos escondíamos. Desde allí ya no tuvimos ninguna duda. Eran los rusos.

Raúl no estaba; esperaría en la plaza tal como había quedado con Nora.

Félix me miró, di un vistazo a los alrededores y comprobé que no había nadie en la zona. Levanté las cejas, con eso era suficiente.

Dejamos pasar un minuto con sigilo hasta que nos pusimos en marcha. No les dio tiempo a nada, ni tan siquiera hicieron amago de sacar sus pipas.

Ambos recibieron cuatro tiros mortales de necesidad. De lo único que nos preocupamos fue de recoger sus teléfonos móviles justo antes de salir disparados en nuestro buga. Aunque nadie había presenciado la acción, enseguida se daría la alarma y aquello estaría irrespirable.

Aunque no hacía falta porque no pensaba en otra cosa, Félix me lo recordó:

—Garrincha, falta Raúl.

—No podemos esperarlo, estará todavía en la plaza. Aún faltan cuatro minutos para que lo llame Nora. Vamos para allá, yo me encargo —les dije.

—Adelante. Te esperamos con el coche en marcha. Con dos tiros será suficiente.

—A ese pájaro no podemos dejarlo suelto. Las cosas importantes hay que rematarlas bien —dije mientras llegábamos a la plaza, más para animarme que para otra cosa.

—Alberto, salid para Bilbao a toda hostia. Todo en orden. No es necesario que Nora llame a Raúl. Luego hablamos. —La llamada

que hizo Félix fue corta, recibiendo un «conforme, jefe»de Alberto.

Cuando entramos en la plaza de Pobeña vimos a Raúl, junto a la terraza de un bar, mirando al móvil. Estaba bien visible. Paramos justo a su lado y me bajé de un salto después de ponerme las gafas y el casco de motorista. Vi cómo su cara se demudaba y un gesto de estupor se dibujaba en la misma.

Fue solo un instante, porque le descerrajé dos tiros en la cabeza. Cogí su teléfono cuando caía al suelo y salté otra vez al Mercedes.

El crimen lo presenció bastante gente, que contemplaba atónita lo que estaba sucediendo; parecía el rodaje de una película de gánsteres.

Salimos disparados de la plaza sin ninguna dificultad y no hubo ningún trastornado que quisiera perseguirnos. Se trataba de gente honrada.

Era posible que alguien hubiera filmado la acción, pero no era fácil. No llegó al minuto de duración. En todo caso, estábamos muy camuflados para que no se nos pudiera distinguir.

Calculaba que la Ertzaintza o la Policía Municipal de Muskiz podrían llegar en torno a los cinco minutos como pronto. Ese era el tiempo de que disponíamos.

Seguimos la ruta prevista, tomando la autovía para Santander. Salimos en Castro-Urdiales, donde dejamos el coche y nos subimos a dos utilitarios que teníamos aparcados en la entrada, junto a Conservas Lolín, en el barrio de Cotolino.

Me metí con Félix en un Seat Ibiza y enfilamos una carretera secundaria hacia el interior de Cantabria. Nuestros colegas se dirigieron hacia Santander en un Ford Fiesta.

—Alberto me dice que están llegando a Bilbao y todo en orden. Las chicas parecen otras, ambas han recuperado el color de sus caras —me comentó Félix.

Bárbara oía lo que estaba diciendo y sonrió porque era verdad. Cómo le gustaba esta gente. Le sorprendía que pudiera razonar

así, pero era la puta verdad. Se sentía muy protegida por estos canallas de los otros canallas que sí eran unos malvados. Ya no tenía dudas, Raúl las había citado para matarlas.

Sabía que ahora no podía cometer ningún fallo. Hablaría con Sara, pero debía preparar muy bien lo que le iba a decir y lo que se iba a callar.

Partía de una afirmación verdadera. Ella no había disparado a nadie, ni lo había visto, ni había dado la orden. Tampoco estaba en el lugar de los hechos. Protegería a Garrincha y a sus colegas. No existían y Sara tendría que tragar.

La que estaba risueña era Nora, aunque el susto todavía no se le había ido del todo. Pero no pudo contenerse y le entró una llorera sentida que le permitió desahogarse y recuperar su ánimo y energía.

—¿Adónde vamos? —preguntó todavía con dificultad.

—Os dejo cerca de la casa de Bárbara, vosotras me indicáis. Lo mejor es que no salgáis hasta hablar con Garrincha.

—A mandar, Alberto. Nos dejas detrás del Teatro Arriaga, que quiero comprar una barra de pan.

58

La Ertzaintza se pone en marcha

—Sara, prepárate, salimos para Pobeña. Tres hombres tiroteados y ya están fritos. Asesinados en plena vía pública.

—Vaya, necesitaba animación y parece que la tenemos.

—Los colegas de Muskiz han llamado y dicen que son dos rusos con residencia en Alicante y uno nacional, de Bilbao. Los pocos vecinos que han visto algo lo cuentan como si fuera una película. Los nuestros lo confirman; todo muy profesional y muy limpio.

—No me jodas, Fabretti, que esto me empieza a recordar a quien tú sabes. Solo falta que los disparos hayan salido de unas Berettas.

—Pronto lo averiguaremos. Pero conocemos a mucha gente que lo sabe hacer muy bien.

—No creas, Miguel; no hay tanta.

Cuando llegaron, la Ertzaintza tenía ya todo acordonado, tanto la plaza, como el comienzo de la ruta verde. Los cadáveres estaban en el suelo, cubiertos con unas sábanas y dos ambulancias con personal sanitario que certificaban lo que ya se sabía. El forense y la juez de Barakaldo acababan de llegar y ella daba órdenes para levantar los cadáveres y llevárselos al Instituto Anatómico Forense.

Sara y Fabretti vieron primero el de la plaza. Era el asesinato en donde había testigos. Todos confirmaban una versión sencilla y criminalmente muy eficaz.

Un Mercedes todoterreno había irrumpido veloz en la plaza y se había parado junto a una terraza. Sin parar el motor, se había bajado un hombre alto y fuerte, todo de negro, con traje de motorista, gafas negras y casco también negro.

Le pegó dos tiros en la cabeza a un hombre joven que estaba de pie como esperando a alguien. Según caía, cogió el teléfono móvil y saltó al automóvil, que salió disparado.

A menos de un kilómetro, aparecieron otros dos cadáveres. Estos tenían cuatro disparos cada uno, dos en la cabeza y otros dos en el torso, pero aquí nadie había visto nada. Por la munición, 9 mm Parabellum, podían concluir que se trataba de los mismos pistoleros que los de la plaza, aunque aquí habían intervenido varios. Seguro que los del todoterreno.

Estos muertos llevaban su documentación, eran los rusos de Alicante, y el de la plaza, el de Bilbao. Era un buen comienzo y esperaban que fueran conocidos por algún cuerpo de Policía. Pero el mayor tesoro, que eran los móviles, se lo habían llevado, y en cambio dejaron la documentación o el dinero que, en un importe relevante y en efectivo, llevaban encima.

—A esto solemos denominarlo ajuste de cuentas, pero no nos engañemos, en este caso hay algo más —dijo Sara.

—Es que ajuste de cuentas ya no significa nada. Para empezar, habían quedado en un lugar tranquilo, apartado de la urbe, aunque el de la plaza estaba a la vista de la gente.

—Dos son rusos; suena a mafioso y pronto lo sabremos. Dejan dinero y documentación y se llevan los móviles, la conclusión más sencilla es que quieren protegerse. Por los teléfonos se puede llegar a los asesinos, pero que identifiquemos a los muertos les da igual —dijo Sara.

—Lo primero que hay que hacer es averiguar todo lo que podamos de los rusos y del de Bilbao —dijo Fabretti mientras sacaba unas fotos a la documentación—. Parece que este es de

Deusto, de muy cerca de la comisaría; tiene su dirección enfrente de San Felicísimo.

—Vamos a pedirles a los colegas que acaben pronto con el papeleo y que la prueba de balística la hagan cuanto antes. Solo tienen que confirmarnos que los tiros salieron de unas Berettas.

—Te veo muy convencida.

—Sí, son ya tantas veces…

Bárbara me llamó a primera hora de la tarde, justo cuando llegaba a casa después del periplo por la Cantabria y Vizcaya profundas. Accedimos a las Encartaciones por Ramales y, aunque el viaje duró dos horas, no tuvimos ningún percance.

—Garrincha, estoy viendo la tele y no se habla de otra cosa. Mucha escena de Pobeña y del camino a Kobaron, y a los autores los ponen por las nubes.

—Lo de siempre, me imagino.

—Una acción muy profesional, limpia y rápida.

—Vamos, de potar —dije—. No les hagas ni caso. Vengo oyendo lo mismo desde hace muchos años. ¡Ah!, y que apunta a un ajuste de cuentas.

—Ja, ja, ja. Lo has clavado.

—No son originales, desde luego, seguro que estará detrás esa inspectora que te pone mala.

—Lo está, y con el bollazo de su novio. Pero aún no han hablado.

—Estarán pensando en mí. Son una pareja de trastornados.

—¿Tú crees que muy trastornados? —Bárbara soltó otra carcajada.

—Por lo menos estás contenta.

—Sí, lo estoy. ¿Cuándo nos vemos?

—Vamos a dejar pasar el día, los dos necesitamos descansar y mañana hablamos. Esto no ha terminado.

—Te voy a hacer madrugar. La pareja que me vigila sabe que

antes de las nueve no salgo de casa. Te espero a las siete.

—Aunque me quede sin pescar, no está mal pensado. Te hago una llamada perdida cuando esté llegando.

—Duerme bien. Te advierto que estoy más nerviosa que cuando iba hacia allí.

—Y Nora, ¿qué tal?

—Se ha portado. Iba acojonada, bueno, como yo, pero ni un mal gesto, ni una palabra de queja, aunque lo ha pasado muy mal. Es una mujer que merece la pena. Hay que darle un diez. Se ha quedado aquí, está ahora con Itziar.

—Eso está bien, me daba miedo.

—Sigue asustada, pero ve que las cosas se van arreglando. Me ha dicho que podemos contar con ella y me lo creo. Es una forma de vengar a su novio.

—Bien, bien.

—Bueno, un besazo. Qué haría yo sin ti. Piensa algo, necesitamos un plan, yo ya lo estoy moldeando y está bastante adelantado.

—Seguro que aciertas —contesté antes de colgar.

59

Nuevas pistas importantes

Viernes, 20 de mayo

No habían dado las ocho de la mañana y Sara y Fabretti llevaban ya un buen rato funcionando en sus respectivos despachos.

Estaban contentos. Avanzaban bien y los tres de Pobeña estaban ya perfectamente identificados. Los rusos eran unos pájaros de cuidado; en la escala delictiva, cerca del diez. Se trataba de dos sicarios, Iván e Igor, instalados, hasta hace poco, en el hotel Meliá de Alicante y bien conocidos por la Policía Nacional.

Aunque con los papeles en regla, estaban fichados y tenían un amplio historial delictivo. Como era ya habitual, aún no tenían pruebas suficientes para empurarlos. Igor tenía cuarenta años e Iván treinta nueve, y a lo largo del día esperaban recibir más información.

Raúl Iriondo era local, vivía en Basurto y, con veintisiete años, era el más joven de los tres. Seguía empadronado con su familia en Deusto y no tenía antecedentes penales ni policiales; en argot policial, estaba limpio. Era un auténtico desconocido para ellos. Pero no tenían dudas de que era un esbirro de los rusos. Se lo había cargado uno
de los que también intervino en liquidar a los rusos. La munición empleada y los testimonios recabados no dejaban lugar a dudas.

Fabretti entró en el despacho de Sara con cara de traer noticias.

—Inspectora Cohen, tengo aquí el informe de balística y le va a gustar. 9 mm Parabellum.

—Inspector Fabretti, eso ya lo sabíamos. Espabile.

—Bingo, Sara. Berettas las cuatro pistolas. Con ellas se cargaron a los rusos. Cuatro tiros a cada uno, dos por Beretta. A Raúl, en la plaza, con una de ellas y dos tiros en la cabeza.

—Estaba convencida. Lo sabía —dijo Sara con una cara sonriente.

—Ahora me dirás que son Garrincha y sus colegas.

Sara se rio y apuntó:

—Siempre decimos que no puede ser, que otra vez no, y al final lo es, son ellos. Lo que no sé es por qué y para qué.

—Vamos poco a poco. La única historia que tenemos de un nivel tan relevante ya sabes cuál es —dijo Fabretti con cara de satisfacción—. Estábamos sin tener ni idea de qué hacer y este caso puede situarnos en el buen camino.

—Estaba pensando en lo mismo. La familia Garay y los chinos. Esta tarde, cuando ya tenga todo ordenando, voy a llamar a Bárbara. Estoy convencida de que nos puede contar algo. Esta vez quiero que se pringue, ya no podemos mirar para otro lado.

—Así me gusta, jefa.

Saber por dónde tirar le había dado un chute de energía y optimismo a la inspectora. Se le notaba en el semblante y también en su actitud.

Fui puntual y a las siete de la mañana entraba en la calle Bidebarrieta desde el Arenal. No necesité tocar el timbre porque Bárbara ya me había abierto el portal.

Nora también estaba, se había quedado a dormir y las dos me esperaban en la mesa de la cocina con el desayuno
preparado. Nuestros saludos fueron efusivos, sobre todo por parte de ellas. A mí me retraía celebrar estas cosas, me daba cierto

pudor, pero continué con el abrazo sentido que las dos me brindaron.

Me habían preparado un café y unas tostadas. Tomé asiento enfrente de ellas y empecé a dar cuenta del desayuno. Se oía a alguien al fondo, que debía de ser Itziar. Enseguida vino a saludarme y lo hizo con tanta dedicación como su novia. Se despidió pronto, tenía turno de mañana, y salió disparada hacia el metro.

Bárbara siguió en silencio centrada en el iPad, leyendo en la prensa todo lo que aparecía sobre la masacre de Pobeña.

La mayoría de los diarios y digitales lo sacaban en primera página y la información escrita y fotográfica era extensa. Nadie lo relacionaba con los chinos o los Garay, pero los relatos eran buenos y las fotos, mejores.

—Garrincha, de los móviles no mencionan nada y de sus nombres, tampoco, solo aparece su nacionalidad.

—Mejor, aunque los que nosotros sabemos estarán temblando. Por los móviles tienen claro que podemos llegar a ellos.

—Ya, pero ignoran quiénes somos —contestó Bárbara—, y la Ertzaintza se estará cagando en lo más sagrado por no tenerlos.

—Que no se quejen, les hemos dejado su documentación. Los rusos y Raúl ya estarán identificados. A la pasma siempre le gusta conocer lo evidente, aunque no le sirva para nada —comenté.

—Jefe, me preocupa una cosa. Lin Piao, Regina y Roberto saben en estos momentos que lo pueden tener jodido. Nosotras —miró a Nora, que no perdía detalle— seguimos vivitas y coleando. Pueden venir a por las dos. ¿Qué opinas?

—Sinceramente, no lo creo. Ellos estarán pensando en cómo mejorar su situación. Saben que podíamos tener identificados a Raúl y a los rusos, pero no a ellos. Vosotras estáis preparadas y protegidas. Han comprobado que sus esbirros han caído por

intentarlo —contesté.

—Ya, pero quiero seguir cuidándome.

—Eso desde luego.

—¿Os ha dado tiempo de revisar los móviles? —preguntó Bárbara.

—Hemos hecho una copia de toda la información. Lo que hemos visto por encima es que aparecen muchas conversaciones y mensajes en ruso y en inglés. En el móvil de Igor hay dos conversaciones con Londres y varios mensajes por Telegram de antes de ayer por la tarde. Probablemente será con Lin Piao. Intentaremos comprobar de quién es el número británico.

—Puta madre, Garrincha. Esa puede ser una prueba decisiva.

—Raúl tiene llamadas con los rusos y con Nora. Estas últimas las hemos borrado. Mensajes por WhatsApp y Telegram hay muchos; los estamos estudiando.

—¿Vais a traducir los mensajes?

—Sí, estamos en ello.

—He estado toda la noche dándole vueltas a una idea; estoy convencida y decidida a ponerla en marcha.

Como Bárbara se calló pensativa, intervine:

—Adelante. Estoy deseando oír tu plan.

—Llamaré a la inspectora Cohen y quedaré con ella para hablar. No voy a revelar mis fuentes ni aunque me metan en la cárcel, lo tengo clarísimo —dijo con cierta solemnidad, y añadió—: Pero quiero que sepa que los tres fiambres de Pobeña son los asesinos de Goyarrola y Ernesto.

»A continuación le pasaré los trastos y que sean ella y su brigada los que se dediquen a trincar a Lin Piao y al Garay que corresponda. Le facilitaré toda la información que necesitan para que continúen la investigación.

Bárbara se quedó a la expectativa, aunque estaba convencida. No iba a echarse atrás por mucho que el gánster de Olabeaga se

resistiera.

Garrincha tardó en contestar a propósito.

—He pensado lo mismo y te he traído los móviles. Entrégaselos, pero nosotros no existimos, tampoco Nora, ni la estudiante que te puso sobre la pista de Raúl.

Bárbara se levantó, me abrazó y me dio un beso.

—Creí que te ibas a negar y a defender panza arriba.

Me reí y le contesté:

—Sabía que contigo no iba a poder y por eso venía preparado.

—Ya, ya, qué cabroncete eres.

—Hay una cuestión importante que quiero comentaros —dije con cierta solemnidad—. En el teléfono móvil de Igor encontramos una cita: «El 4 de mayo, a las 21 h, en el 99 Sushi Bar del hotel Ercilla». Fue hace poco y había transcurrido suficiente tiempo desde los asesinatos de Goyarrola y Ernesto como para que los rusos todavía estuvieran en Bilbao.

—El 11 de abril, lo recuerdo perfectamente —apuntó Bárbara.

—Así es. Esto indica que los rusos vinieron desde Alicante a una reunión. Os recuerdo que habían pasado unos días desde el *affaire* de Raúl contigo en el Gloria.

—Qué mal suena *affaire*. Fue el 30 de abril, cinco días antes —confirmó la periodista—. Y recuerdo que Raúl comentó que sus colegas rusos venían a Bilbao.

—Bien, nuestra gente está investigando para ver con quién se vio Igor.

—Igual no os resulta tan fácil enteraros. Los del hotel, si no va la poli, no van a soltar prenda —dijo Bárbara—. ¿Te imaginas que la cita era con sus jefes?

—Creo que lo averiguaremos, no te puedo decir más. Pero una cosa: esa cita está borrada y la Ertzaintza no la va a ver. Ya tendremos oportunidad de facilitarles la información si nos interesa.

—Que nos interesará —dijo Bárbara sin avanzar más.

—No vamos a ningunear a la inspectora Cohen, pero prefiero que la tengamos nosotros antes. Esa ventaja nos puede venir bien.

—Como quieras —dijo Bárbara.

—Otra cosa. Por el tipo de acción, la munición y la marca de las pipas, las conocidas Berettas, Sara estará convencida de que hemos sido mi gente y yo.

—¿Tú crees?

—Seguro. Son muchos años y es muy difícil no dejar una marca que nos identifique. Pero no tienen prueba alguna. Si te habla de mí, pon cara de extrañeza y di que no es cierto. Miente, aunque sea como un bellaco, y no te acojas al código deontológico de la profesión. Eso solo conseguiría confirmar sus sospechas.

—¿Me vas a pedir alguna otra mentira?

—Por ahora, no.

—Esa te la acepto.

Seguimos preparando los pasos a dar y quedamos en que Bárbara continuaría estudiando los informes desclasificados de la CIA y el FBI. La periodista creía que aún podría encontrar algo más.

Acordar esto, dándole la razón a la reportera, no me supuso ningún contratiempo. Era consciente de que todavía faltaba algo decisivo para implicar judicialmente a Roberto Garay o a su madre y a Lin Piao, pero tenía claro que ya debía ser la poli quien siguiera con las pesquisas. Tras aclarar la cita en el Sushi Bar, nosotros debíamos desaparecer ya definitivamente. Coincidía plenamente con ella.

—Ja, ja, ja, estoy pensando en la cara que va a poner Sara cuando, como quien no quiere la cosa, saque los móviles de la mochila y se los entregue.

—La estoy viendo. Lo que daría por estar allí escondido.

—Le puedo decir: «Sara, mira lo que me ha dado Garrincha para ti».

—Presentaría su dimisión de inmediato.

—Bueno, jefe, te llamo cuando hable con la *calientacoños* de la inspectora.

Me reí, porque era consciente de que ya empezábamos a pasarlo bien los dos.

—Sabes que este es un sitio inmejorable para vernos.

—Sí, pero a las siete de la mañana.

—No me importa, aquí estamos muy bien.

Mientras hablábamos, Nora nos seguía atenta, sin rechistar y sin perderse una palabra. Seguro que estaba más tranquila al comprobar que se haría cargo la poli. En cualquier caso, la vi muy serena e integrada.

Repetí el café. Eran las ocho y cuarto cuando me despedí, sabía que todavía no estaría la parejita por las inmediaciones.

60

Bárbara se confiesa con Sara

—Hola, Sara, soy Bárbara, ¿te pillo bien?

—Nos hemos leído el pensamiento. Iba a llamarte, creo que tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Cierto, para eso quiero verte.

—¿Te refieres a lo de Pobeña?

—A lo mismo. Sé cosas que te pueden interesar.

—Bien, bien, bien, Bárbara. Estaba convencida de ello.

—¿A qué hora quedamos?

—¿Te parece a las cuatro en el hotel Ercilla?

—Tengo miedo. ¿Por qué no te vienes al periódico? Es un edificio de oficinas, esto es muy discreto.

—De acuerdo, allí nos vemos.

—El piso tercero. Te estaré esperando.

Cuando colgó, a Bárbara se le dibujó una sonrisa de lela. Se dio cuenta enseguida y cambió de gesto. «Compórtate —se dijo—, que no tienes dieciséis años».

Sara se quedó pensativa y tuvo la certeza de que algo se le estaba escapando. La llamaba para darle una información, hasta aquí correcto. Pero ¿de qué podría estar al corriente? Tres hombres cayeron asesinados el día anterior, ¿sabría quiénes son? ¿Sabría quiénes los mataron? ¿Bárbara y Garrincha tendrían alguna relación? Gabarrita los había visto saliendo del hotel Radisson.

Muchas preguntas se le acumulaban y esperaba poder resolverlas esa misma tarde.

Cuando se lo contó a Fabretti, exclamó de inmediato:

—Pero, por favor, ¡hostias!, ¿esta mujer de dónde saca toda esa información? O está involucrada hasta las cachas o no lo entiendo.

—Ojalá pronto salgamos de dudas.

—Apriétala, Sara. Tiene que dar nombres.

—Déjame a mí, yo creo que estamos bien situados. Lo primero que ha hecho es llamarme. Ha sido ella y para darme información sobre lo de Pobeña.

A las cuatro en punto, el ascensor se paró en la tercera planta, donde se encontraba la redacción del *Noticiero*.

Bárbara la esperaba y de allí fueron directamente a una sala de reuniones sin que nadie se enterara de la cita.

—No te imaginas cómo me tienes. Lo de ayer fue tremendo y estamos intrigados. Seguimos ignorando muchas cosas. No podemos continuar así. Son tres cadáveres, a los que hay que añadir los de Goyarrola y Ernesto. ¿Acaso estoy mal encaminada?

—Andas muy bien encaminada. Los tres de ayer fueron los asesinos de Goyarrola y Ernesto.

—Por Yahvé y la Tora, ¿estás segura?

—Totalmente, no lo dudes. Raúl Iriondo, el chófer bilbaíno, Iván e Igor, dos rusos afincados en Alicante. El primero condujo el coche y los otros dos apretaron el gatillo.

Sara se calló unos segundos mientras la miraba con expectación. Quería que esto no se acabara.

—Bárbara, ahora tienes que decirme quiénes los contrataron y quiénes se los cargaron ayer.

—Eso es más complicado. Es una historia larga, pero te voy a resumir lo que sé. No insistas en los detalles, porque prefiero ir a

la cárcel que vender a mi *garganta profunda*.

—Adelante, te escucho —dijo Sara sin saber muy bien todavía a qué atenerse.

Con precisión, Bárbara le contó, sin dar el nombre de la estudiante que la puso sobre la pista, cómo dieron con Raúl y cómo, a través de otra chica, cuyo nombre se guardaba, estableció una relación de tonteo y coqueteo con él, que acabó en un paseo por la playa de La Arena y una comida en el restaurante Gloria de Zierbena. Le relató el intento de seducción por parte de Raúl y la llamada milagrosa de los rusos, que le supuso avanzar un montón. Su pretendiente, bastante borracho y con la polla en el cerebro, los descubrió.

Cuando le contó esto, Sara se acordó otra vez de Yahvé y la Tora, lo que hizo sonreír a Bárbara, que continuó.

Dando un salto en la narración y pasando a las tríadas chinas, le habló de la desclasificación de los papeles de la CIA y el FBI, y que en ellos había encontrado la pista de Ricardo Garay con los chinos de la tríada en la Semana Santa de 1975 y la entrada en acción de Regina Arbolancha. La exposición fue larga, aunque también muy precisa.

—Concluyo. Las tríadas tuvieron una estrecha relación con los padres de los Garay y Lin Piao, hoy alto cargo de la 14K, continúa manteniendo la colaboración con Roberto Garay.

—Esto significa que fueron ellos los que dieron la orden de cargarse a Goyarrola y Ernesto Ramos —dijo Sara.

—Yo estoy convencida. Mi única duda es si es cosa de Roberto, de su madre o de ambos, porque Lin Piao es evidente que la dio.

—Pero no entiendo. ¿Cuál es el motivo?

—Aún no lo sé, pero se averiguará —contestó Bárbara, y añadió —: No quiero hacer elucubraciones sin estar segura.

—Y con los de ayer, ¿también dieron la orden? —preguntó Sara.

—Probablemente —mintió Bárbara con descaro.

—¿Y eso? También se me escapa.

—Sospecho que sabían demasiado y eran un peligro para ellos. —Bárbara, impávida, volvió a mentir como un bellaco.

—Puede ser —dijo Sara no muy convencida—. Pero la acción de ayer tiene toda la pinta de haber sido ejecutada por alguien a quien conoces bien.

—No tengo ni idea —contestó Bárbara toda seria, sin hacer ninguna concesión.

—¿Conoces a Tomás Garrincha?

—¿El gánster de Olabeaga?

—El mismo.

—Sé quién es, ¿quién no lo sabe?, pero nada más.

Bárbara lo dijo con naturalidad, sin que ningún gesto la delatara. Sara la miraba intentando descubrir algún síntoma de que no estaba diciendo la verdad y, aunque no notó nada especial, no se quedó convencida. Bárbara le ocultaba algo.

La periodista decidió cambiar de tercio y borrarle a la inspectora esos malos pensamientos. Con una parsimonia muy efectiva y mirando a Sara, abrió su mochila, sacó una bolsa de plástico y se la tendió.

La inspectora la cogió, pero se quedó parada, resistiéndose a abrirla.

—Mujer, ahí tienes los tres teléfonos móviles que no encontrasteis ayer. Los de Raúl, Igor e Iván.

Sara se quedó lívida, incapaz de responder. Miró a Bárbara y, al fin, habló:

—Muchas gracias, Bárbara, pero esto necesita una explicación.

—Me los han dejado a mi nombre aquí, en la redacción del periódico, en esta misma bolsa. No sé quién ha sido, ni quiero saberlo. Tampoco los he abierto. Son vuestros.

—No te creo, Bárbara. En todo caso, sabes mucho más de lo que me cuentas.

—Sospecho alguna cosa, pero no quiero perjudicar a nadie.

—¿No sabes lo que contienen?

—Lo desconozco, pero entiendo que no han sido manipulados. Si los investigáis, lo lógico es que podáis tener respuesta a muchas de vuestras preguntas.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, si no, no te lo diría. Y una cosa que, aunque nunca te lo he mencionado, es evidente. Valoro mucho mi vida y quiero salirme de esto cuanto antes. Esta mañana te he dicho que tengo miedo y es la pura verdad.

—¿Vas a escribir algo?

—Estoy preparando una serie de reportajes. Te informaré cuando los acabe. Créeme, te avisaré.

—Déjanos unos días. Necesitamos situar bien, sobre todo, los últimos acontecimientos. Como dices, el contenido de los móviles puede ser muy importante.

—Hasta la semana que viene no los tendré.

—Estamos a viernes.

—Lo hablamos —concluyó Bárbara.

Las dos se quedaron calladas, hasta que Sara rompió el silencio y dijo:

—Te vamos a seguir manteniendo la protección, esto aún no ha terminado. Ten cuidado.

—Cierto, y os estoy muy agradecida. Estoy convencida de que la necesito.

—No voy a insistir, me lo has dejado muy claro, pero espero que algún día me cuentes toda esta historia al detalle desde el principio.

—Sara, para la prescripción de los delitos, ya sabes que todavía tienen que pasar muchos años.

—Déjate de chorradas. Lo que me cuentes no va a salir de mí.

—Eso ya me gusta más. Hablaremos.

—Te tomo la palabra.

Bárbara la hubiera tumbado en la mesa de reuniones y le hubiera comido todo, pero, como en el fondo era una estrecha, se quedó con las ganas. Simplemente sonrió y la acompañó a la salida.

61

Las pistas se van descubriendo

Sábado, 21 de mayo

Félix tenía un contacto en el hotel Ercilla a quien recurría cuando lo necesitaba. Siempre había cumplido y quedaba contento porque le pagaba generosamente. Le facilitó unas fotos de Igor, Iván y Raúl.

Aunque él trabajaba en administración, tenía buena relación con un camarero muy peculiar, un auténtico *punto filipino* que por pasta podía ser muy deshonesto.

En unas horas le confirmó que Igor e Iván habían cenado con una señora mayor y muy elegante que parecía de aquí. Ella estuvo media hora aproximadamente, tomó una sopa miso y unos *nigiris*, mientras los rusos, bien conocidos en el hotel, se pusieron las botas y después encargaron «dos chicas para sus habitaciones».

Aunque estaban convencidos de que la comensal era doña Regina, enviaron una foto de ella en una barrera de la plaza de toros de Vista Alegre de la última Semana Grande, en la que se la veía muy bien.

De inmediato se lo confirmaron; incluso sin pedírselo, facilitaron su nombre: doña Regina Arbolancha, viuda de Garay.

A las siete de la mañana, entraba otra vez en el portal de Bidebarrieta. Bárbara me esperaba en la puerta de su casa y nos

acomodamos en la cocina para dar cuenta del desayuno preparado.

Después de contarme su conversación con la inspectora, le solté las dos novedades que traía:

—Ayer por la noche me llamó Roberto Garay.

—¡Hostias! ¡De puta madre! —exclamó Bárbara.

—Quiere verme, aunque no me especificó para qué. A las doce me espera en el Bar Inglés de la Bilbaína.

—Qué bueno. Estoy segura de que nos acercamos al final del camino, lo presiento.

—Y la otra, Igor e Iván estuvieron cenando en el Sushi Bar. Confirmado: doña Regina Arbolancha era la tercera comensal.

Bárbara se quedó callada y, después de unos segundos, dijo:

—La madre del amor hermoso, esto es tremendo. Aunque podía ser lo esperado, no deja de sorprenderme. Qué trastornada está la peña.

—Casi lo tenemos y ya va siendo hora de que la poli nos eche una mano, que para eso está. —Lo de pedir ayuda a la pasma siempre me había repateado.

—Se lo diré a Sara. Ella sabrá qué hacer, pero que nos deje en paz.

—Necesito repasar contigo toda la historia de las tríadas.

—¿La vas a sacar con Roberto?

—Si viene a cuento, sí. Y creo que vendrá. Esta llamada tiene trascendencia, estoy seguro.

—Hay que ponerlo ante la puta realidad. Tienen una alianza con los chinos y sabemos que es un acuerdo criminal, sobre todo después de la cena en el Sushi Bar —dijo Bárbara.

—Necesitamos que se enrede él solito.

—La Ertzaintza va detrás de él. Sara está informada y recuerda que Scotland Yard estará vigilante.

Nos metimos con la documentación y pasamos un buen rato con

toda la historia de los papeles desclasificados. Memoricé unas cuantas fechas para dar verosimilitud a todo lo que le contara.

Un poco antes de las ocho y media, me despedí de la reportera y de Itziar, que estaba por allí, y le prometí que la llamaría en cuanto acabara.

Como tenía tiempo de sobra, me subí en el tranvía detrás del Teatro Arriaga y regresé a casa. Teresa aún no había salido para la tienda y quedamos en que la recogería a las dos para ir a comer por la zona.

A las once y media, me puse una camisa y una americana y salí de casa tranquilamente para acudir a la cita.

La temperatura era muy buena y fui dando un paseo por Abandoibarra, mirando a la ría y haciendo planes para bajar mañana a tirar la caña. Cada vez necesitaba más esos momentos de tranquilidad y sosiego, que me permitían olvidar todo el barullo que se acumulaba en mi cabeza.

Era curioso que los Garay citaran a alguien como yo en su club elitista, espejo del *establishment* bilbaíno, que estaba en las antípodas de la gente respetable. Probablemente allí se encontrarían con más defensas para dominar el medio y mantener su posición.

Al entrar, saludé al portero que ya me conocía y que atentamente me informó de que el señor Garay me estaba esperando.

Cuando lo vi allí sentado con un combinado oscuro, probablemente un *negroni*, me gustó. Roberto quería empezar bien y eso era una buena señal.

—Roberto, usted siempre me facilita mucho las cosas. Si no me confundo, es un *negroni* —dije mirando a su bebida.

—No se confunde y está inmenso. Si me acompaña todo será más fácil.

—Lo haré encantado, pero no me asuste.

—Hay problemas —dijo mientras se dirigía al camarero—. Ezequiel, por favor, traiga otro *negroni* para el señor.

Me sirvieron el combinado, pero Roberto, ensimismado, no hablaba.

Allí estábamos los dos mirando a través de las cristaleras a la gente que por la calle Navarra subía o bajaba del Arenal. Empezaba a estar perplejo y comenté como si no viniera a cuento:

—Qué, ¿ya todo más tranquilo?

Me miró con cara de estupor y me contestó:

—Pero, Garrincha, ¿qué dice? ¿No se entera de lo que está pasando?

—Cuénteme. Me debo de estar perdiendo algo.

Roberto se levantó, se acercó al revistero, sacó el *Noticiero* del día anterior y me lo plantó encima de la mesa. Allí estaba toda la información que tan bien conocía, con un despliegue de fotos sobre el crimen de Pobeña.

—No me digas que no te has enterado. —Pasó a tutearme.

—Claro que me he enterado. Lo he leído, oído en la radio y visto en televisión. No se habla de otra cosa. Pero ¿qué tiene que ver eso con vosotros?

No me contestó, acabó el *negroni* y pidió otro. Esperó pacientemente a que se lo prepararan y, cuando se lo trajeron, soltó:

—Estos hombres abatidos y ensangrentados que ves en las fotografías toman el relevo de Goyarrola y Ernesto.

—Pero si son dos rusos.

—Te veo muy despistado, Garrincha.

—Lo que se rumorea es que estáis compinchados con los chinos y que os están produciendo todo lo que necesitáis. Vamos, una luna de miel.

—¿Eso has oído?

—Sí, y por varios lados.

—Bueno, estamos colaborando. Los chinos saben que tienen que limpiar las canalladas de Goyarrola y nos están ayudando.

—Pero, Roberto, ¿para qué me has convocado? ¿Qué quieres saber?

—Tú eres un hombre cercano a esos ambientes sórdidos donde la delincuencia organizada campa por sus respetos. Pensaba que podías saber quién está detrás de los asesinatos de Pobeña.

—Tengo más predicamento entre la delincuencia desorganizada, pero la impresión es que es cosa de los chinos —dije intentando salir de ese diálogo de besugos.

—No jodas, ¿apuntan a los chinos? Pero qué barbaridad, no, por favor.

—¿Eran gente vuestra?

—Tampoco he dicho eso, Garrincha. ¿Nos hemos vuelto locos?

—Te voy a contar una historia que me ha llegado de gente bien informada. Os afecta directamente y puede explicar muchas cosas.

—Soy todo oídos —dijo Roberto con expectación.

Empecé a detallarle, con bastante precisión, lo que eran las tríadas, la 14K y su influencia en múltiples negocios oscuros, la mayor parte mafiosos.

Roberto seguía interesado en mi intervención, sin saber bien a qué atenerse.

Enseguida di un giro y le expliqué que había constancia de que su padre mantuvo reuniones importantes con la 14K en 1975 tras establecerse relaciones diplomáticas entre la República Popular China y el régimen de Franco. Se vieron en el restaurante Horcher de Madrid y después siguieron los contactos, y que su madre aparecía de forma relevante en los mismos. Incluso con dos viajes a China.

—¿Mi madre?

—Sí, tu madre. Todo lo que te cuento sale en los documentos de

la CIA y el FBI desclasificados recientemente.

—¿Se puede acceder a ellos? Es muy importante para nosotros.

—Sí, son públicos. Intentaré conseguir los enlaces y te los paso.

—Por favor.

—Están en inglés.

—Ningún problema.

—Continúo. A partir de esa información, aunque hay un salto en el tiempo, la Interpol y Scotland Yard han logrado conocer tus estrechas relaciones con Lian Piao Song. Los encuentros en Londres, en el hotel Savoy, y tus cuentas abiertas en la oficina de un banco suizo en Londres.

—¿Eso también sale en los papeles desclasificados?

—No, esto es más reciente, pero lo tiene Scotland Yard.

—No me jodas, Garrincha, ¿y me decías que no sabías nada? Esto es la hostia.

—Hay más.

A continuación le conté la cena del 4 de mayo en el hotel Ercilla, a la que acudieron los sicarios rusos y su madre. Fui escueto, pero lo bastante preciso como para que entendiera la gravedad del asunto.

Roberto permaneció callado, con cara de derrotado, como si fuera una fatalidad que se supiera algo así.

—No lo entiendo. Tengo que hablarlo con mi madre. Lo mío con Lin Piao es cierto a medias. Tenemos buenas relaciones personales, nos solemos ver en Londres con cierta discreción, pero por nada en especial. Las cuentas, tanto la mía como la de la empresa, son legales. Llevan mucho tiempo abiertas y es por precaución. España a veces no es de fiar y con los temas tributarios, sobre todo en el extranjero, solemos tener problemas.

—¿Y qué no es verdad?

—Las tríadas y la 14K no tienen nada que ver. Eso es una patraña. Lin Piao no es de la tríada.

—¿Seguro, Roberto?

—Seguro, lo contrario significaría que me ha engañado.

Cuando dijo esto se calló y sus pensamientos ocuparon todo el espacio. No quise despistarlo y me mantuve sin rechistar. Pasaron varios minutos en un silencio sepulcral y, por fin, preguntó:

—¿La Policía sabe esto?

—A mí no me lo han dicho, pero cuenta con ello. Los papeles de la CIA y el FBI están desclasificados y con Scotland Yard y la Interpol tienen buena relación.

—Antes has mencionado que lo de Pobeña era cosa de los chinos. ¿Es lo que piensa la Ertzaintza?

—No trato con ellos, pero sinceramente te digo una cosa: Lin Piao lo tiene mal, y si aceptas un consejo, corta con él, aléjate. Protégete.

Volvió a callarse y así estuvo otro rato. Al final me dijo:

—Te agradezco tu sinceridad. Sabía que debía llamarte. Estoy, más bien me están poniendo, en una situación que quiero resolver cuanto antes. Hablaré con mi madre, haré unas gestiones y te llamaré.

—Tú mismo, Roberto, pero quiero que sepas que mi vida ya me la he complicado muchas veces y no tengo intención de hacerlo otra vez más. En este asunto yo estoy con la ley.

Cuando solté esto me dieron ganas de vomitar. Cuánto teatro era capaz de echarle, por favor.

Lo dejé tocado. Roberto pidió su tercer *negroni* y eso apuntaba a un buen nivel de desesperación.

62

La inspectora Cohen sigue investigando las tríadas chinas

La inspectora Sara Cohen se centró en conocer al detalle los papeles desclasificados que le había pasado Bárbara. Estaba realmente fascinada por la historia. De vez en cuando pensaba en la periodista y se preguntaba cómo esa mujer había llegado a esas fuentes tan impresionantes.

Ya se lo había contado, pero ahora lo descubría con sus propios ojos y dejaba reposar sus pensamientos para sacar conclusiones.

Llevaba varias horas con ello y, con el índice que le facilitó, pudo completar la lectura de todo lo que le interesaba. Se entretuvo un buen rato en las tríadas e hizo un esquema de sus hechos más significativos desde su nacimiento.

Interpol y Scotland Yard recogían, saltando muchos años, la continuidad de esa relación entre Lin Piao y Roberto Garay.

Sara sacó la conclusión evidente de que su alianza no solo era empresarial, sino que implicaba más cosas. Su secretismo y opacidad apuntaban a otras actividades.

Estaba contenta. Aunque aún con lagunas, estaba cerca de resolver el caso y era consciente de que no podía exigirle a la reportera que le diera los nombres de los asesinos de Pobeña. La conocía y sería inútil. Más adelante, ya se vería. La chica se había portado, pero sabía que también le había mentido.

Era intuición; ese saber acumulado de tantos años y tantos interrogatorios. Cuando le preguntó por Garrincha, aunque se

hiciera la despistada y respondiera saliendo por algún lugar común, su mirada le estaba diciendo que algo sabía y que Garrincha estaba rondando por ahí.

Sara estaba preparada para dar un golpe de timón en el caso. Los teléfonos móviles los estaban estudiando Gabarrita y Ongi Etorri con la ayuda de la Policía Científica, pero no estaba dispuesta a que el caso se eternizara.

Lo hablaría con Miguel, pero ya tenía decidido detener a Roberto Garay y anunciarle, en cuanto se sentara a declarar, que la próxima sería su madre. Los cargos criminales eran numerosos y se acojonaría.

Llamó a Bárbara de inmediato. No quería esperar más.

—Hola, inspectora, no me digas que estás trabajando.

—Lo estoy. El sábado la comisaría está tranquila y avanzo mucho más. Estoy convencida de que, después de ti, soy la que más sabe de las tríadas en toda España. Qué mafia, por favor, la italiana es una hermanita de la caridad a su lado.

—Veo que te gusta el tema. Es apasionante, yo estoy escribiendo sobre ello y algún día lo publicaré.

—Te quería comentar que estamos valorando detener a Roberto Garay y a continuación, probablemente, traer a declarar a su madre. La relación con los chinos y los crímenes tiene una base fundada y debemos ponerlos ante sus propias responsabilidades. Ellos verán si colaboran. Para los Garay va a ser muy fuerte que metamos a su madre.

—¿Y a Lin Piao?

—Hablaremos con Scotland Yard; entiendo que también. Quería pedirte que, si tienes algo de interés que no nos hayas contado, este es el momento.

Bárbara se calló. No sabía cuándo decírselo, pero pensaba que no tenía por qué esperar más.

Se tiró a la piscina y le confesó la cena de los sicarios rusos con

doña Regina en el Ercilla.

—Antes de que me preguntes: no sé qué asuntos trataron. Estuvieron solos los tres, los rusos vinieron de Alicante y la fecha indica que habían transcurrido cinco días desde la cantada en el Gloria de mi pretendiente el de la mirada sucia. Recuerda que luego, al cabo de dos semanas, volvieron y fue, te lo garantizo, para limpiarme el forro.

—Esto es la hostia, Bárbara, me dejas acojonada. ¿Estás segura de lo que me cuentas?

—Como de que te echaría un polvo ahora mismo.

Lo dijo tan seria y formal que Sara solo pudo sonrojarse y retorcerse las manos sin saber dónde ponerlas. Bárbara la sacó del apuro:

—Preparadlo bien. Solo os recomiendo que los detengáis a todos a la vez. Por favor, que no se os escape Lin Piao. Y yo no existo, Sara. Esto sí que es importante.

—Cuenta conmigo, yo a mi gente la defiendo a muerte. Seré una tumba.

—Si me entero de algo más, te llamaré.

Bárbara dudó muy poco. Yo, el gánster de Olabeaga, debía saberlo. Me había pringado por ella y no quería que jugara en desventaja.

—Escúchame, Garrincha, me ha llamado Sara.

La periodista me contó la conversación que habían mantenido y supe que todo se precipitaba. Entendí que estábamos acertando y la Ertzaintza iba a respetar a Bárbara. Al ir de tapado, esta vez me iba a ser más fácil salir indemne.

63

En casa de doña Regina Arbolancha en los Jardines de Albia

Domingo, 22 de mayo

Dudé si llamar o no a Roberto, pero no tuve que tomar ninguna decisión porque me telefoneó él.

—Garrincha, mi madre quiere verte.

Cuando lo oí, me acordé del comienzo de *El extranjero* de Camus: «Hoy mamá ha muerto. O tal vez ayer. No sé». Era una de mis novelas preferidas y el hecho de que lo asociara con el mayor de los Garay no podía más que entenderse que como Meursault, el protagonista, Roberto y su madre estaban metidos en un problema tan grave que apestaba a muerte.

—No te voy a preguntar por qué. Sabes que voy a ser leal y le contaré lo que sé y, si se tercia, la asesoraré, aunque dar consejos no creo que sea mi fuerte.

—Si te llamo es porque me fío de ti. Es domingo, pero tenemos que vernos. ¿Por qué no te vienes a casa de mi madre? Está en los Jardines de Albia.

—Conozco el portal.

—El último piso, solo hay uno.

—En media hora estoy ahí.

Sabía que esto se aceleraba y que doña Regina y su familia tenían poco tiempo para tomar unas decisiones que iban a ser decisivas.

Solo tuve que calzarme, estaba ya preparado, y enseguida me puse en camino.

Roberto me esperaba en el portal y, mientras subía, me dijo:

—Sé sincero con mi madre y, si te pide consejo, dáselo, nos guste o no, es lo mejor. ¡Ah! Susana no está en casa y nadie sabe de tu presencia.

Asentí con un gesto y no nos dio tiempo de más, porque doña Regina nos esperaba en el *hall* de la inmensa casa.

No conocía a la mujer, pero había oído hablar tanto de ella que no me sorprendió. Era una mujer que impresionaba, con carácter y energía, un ejemplo de lo que en su día podría haber sido el matriarcado vasco. Con más de ochenta años conservaba una gran vitalidad, aunque yo la veía cansada y con una mirada de pedir socorro que me sorprendió. Debió de haber sido muy guapa, porque su belleza aún se mantenía. Su voz era fuerte y sonora, pero la preocupación hacía mella.

Pasamos al salón, que daba a una terraza impresionante, con un jardín muy completo que la hacía aún más grande.

Nos sentamos en un tresillo mientras miraba al cielo de los Jardines de Albia, que, luminoso, entraba con fuerza en la habitación. Al fondo se veía el chapitel de la iglesia de San Vicente, situándomela perfectamente.

Dentro del salón vi un óleo grande, magnífico, que podía ser un Sorolla, y unos grabados de Tàpies y Miró que reconocí enseguida.

—Señor Garrincha, he oído hablar mucho de usted, mis hijos se fían y para mí eso es suficiente. Roberto me contó ayer la conversación que habían mantenido y, como comprenderá, la información que le transmitió nos ha dejado anonadados. Quisiera escuchar los detalles de su boca.

—Ningún problema. Me puede interrumpir y pedirme aclaraciones de lo que necesite.

Como tenía bien memorizada la información que me había dado

Bárbara, pude relatarle la historia completa de las tríadas, así como los contactos de ella y de su marido que recogían los papeles desclasificados de la CIA y el FBI.

Me pidió alguna puntualización, que le pude dar, y enseguida entré en la etapa actual con los informes de la Interpol y Scotland Yard relativos a Lin Piao y su hijo Roberto. Pasé a la cena en el Sushi Bar del Ercilla con los sicarios rusos y finalicé con los asesinatos de Goyarrola y Ernesto y los posteriores de Pobeña.

—La Ertzaintza está convencida de que primero su marido y después usted cooperaron de manera activa con la tríada 14K y más recientemente con Lin Piao, que es un alto cargo de la misma y que mantiene una colaboración estrecha con su hijo Roberto. Hay seguimientos e investigaciones en Londres.

—¿Se lo han dicho así o es una interpretación suya? —preguntó doña Regina.

—No es interpretación mía, aunque a mí no me lo han contado directamente. Pero es lo que piensan, no tenga dudas.

—Continúe, Garrincha.

—Están seguros de que ustedes están compinchados desde hace años con los chinos y que los asesinatos de Goyarrola y Ernesto también están en su mochila.

—¿Sabe por qué lo piensan o de dónde sacan esa información?

—No, aunque creo que tienen buenas fuentes. Mi impresión es que pueden acelerar el caso y que va a haber detenciones.

—¿La mía?

—Sí, y la de Roberto.

Vi que doña Regina cerraba los ojos y, con un gesto de derrota en su cara, me preguntó:

—¿Y la de Lin Piao Song?

—También, pero de esa se encargará Scotland Yard.

—Una cosa quiero decirle. De todo esto, mi hijo Roberto está totalmente limpio, como todos sus hermanos. No tiene nada que

ver, su relación con los chinos ha sido puramente empresarial y todo lo que usted ha contado lo desconocía.

Roberto no intervino, pero coincidía con lo que me había contado el día anterior. No respondí nada y doña Regina intervino con la pregunta fatídica que ya me esperaba:

—Por favor, sea sincero, ¿qué nos recomienda?

—Lo voy a ser. No es fácil acertar, pero creo que deberían aclararle a la Ertzaintza, y me refiero a la inspectora Sara Cohen, la actuación de Roberto, con datos suficientes para convencerla de que no está involucrado en ninguna actuación ilegal. Tomen ustedes la iniciativa, no esperen, puede ser demasiado tarde.

»Y sobre el pasado, usted es mayor, el protagonista fue su marido. En aquellos tiempos una mujer seguía a su marido sin rechistar; usted no se enteró de nada. Además, cualquier delito de aquellos tiempos ya ha prescrito. Sobre lo actual, usted lo sabrá mejor que yo, pero se me ocurre pensar que es cosa de Lin Piao, usted es ajena a todo. Invéntese algo para la cena del Ercilla y cuente con que algún camarero la reconocerá. La convocaron, Lin Piao, por ejemplo. Usted oyó cosas que ni recuerda ni le gustaron. Tampoco conocía a los rusos. Solo estuvo media hora, eso lo corroborarán los camareros, y los rusos siguieron y se dieron un buen festín.

—Le entiendo, seguro que sería un buen abogado, pero no es tan sencillo. Para salvar a Roberto tiene que haber un culpable y esa soy yo. Lin Piao tiene la sartén por el mango y lo conozco perfectamente. Es un auténtico canalla.

»Garrincha, quiero hablarle claro, a mi edad lo único que me importa es el honor y la reputación de mi familia.

—Creo que sabe perfectamente que usted puede y debe defenderse. Serán otros los que tengan que probar sus delitos.

—Usted ha hecho antes referencia a Scotland Yard. Si solo estuviera la Policía vasca, todo sería más fácil.

Miré a Roberto y este se animó a hablar:

—Mamá, tenemos que pensar en nosotros. La inspectora Cohen solo tiene conjeturas y son los ingleses los que están detrás de Lin Piao.

—Hijo, Lin Piao va contra nosotros. Esto no le interesa a Garrincha, pero nos va a hundir, nos lo ha advertido. Tras los asesinatos de sus esbirros en Pobeña, sabe que está perdido por los teléfonos móviles.

Según lo explicaba, fui consciente de que ellos sabían mucho mejor que yo la gravedad de su situación.

Aquello no daba más de sí y yo tampoco quería involucrarme más. Ya había hablado demasiado.

Dejé a doña Regina más hundida que cuando llegué y Roberto me acompañó hasta el portal y me dijo muy serio:

—No hace falta que te lo pida, pero confidencialidad total. Ya ves cómo está mi madre y no lo vamos a tener fácil. Si te enteras de algo nuevo, me avisas.

—Seré una tumba, pero vosotros también, ¿OK?

—Por supuesto.

A las doce, doña Regina se dirigió a la cercana iglesia de San Vicente, su parroquia, y cuando acabó la santa misa pidió confesión a don Gabriel.

La señora Arbolancha mantuvo su semblante sereno ante los conocidos que la saludaron en la iglesia y fuera de ella.

64

Hay moros en la costa

Siempre he tenido un sentido especial para descubrir seguimientos o vigilancias indeseadas. Esta vez estaba convencido de que no era por mí, pero descubrir un domingo a dos chinos sentados en un banco de los Jardines de Albia, con pintas de turistas, no podía presagiar nada bueno.

Crucé los jardines haciéndome el despistado y pasé muy cerca de donde estaban. Los oí silbar a la vez la de *El puente sobre el río Kwai*.

Para mí fue decisivo. Ningún chino del mundo, fuera de donde fuera, que no perteneciera a algún servicio de seguridad, silbaba la penosa canción de la película de William Holden y Alec Guinness.

Con discreción fui hasta el Iruña, entré por una puerta, salí por otra y, dando un rodeo, me camuflé junto a la estatua de la Virgen María que está justo enfrente de la iglesia de San Vicente.

Llamé a Félix y quedamos en vernos por la tarde en el Basque a las cuatro; además, avisé a Roberto. Había visto a su madre regresar de la iglesia y ya no debía salir ni abrirle a nadie. Roberto estaba ya en su casa de Estraunza, pero se lo diría también a Susana.

La investigación de los teléfonos móviles por la Ertzaintza había descubierto numerosos contactos y mensajes entre los rusos y Lin Piao, algunos de ellos muy comprometidos y que acreditaban la

responsabilidad de Lin Piao en varias acciones criminales.

Las llamadas desde Londres eran suyas y Sara no quería esperar ni perder más tiempo. Aparecía la cita para cenar el 4 de mayo en el Sushi Bar del hotel Ercilla y les confirmaron la asistencia de doña Regina y los rusos de Alicante. Roberto Garay, sin embargo, no figuraba por ningún lado.

Estaba dispuesta a mover ficha y mañana lunes o a más tardar el martes traería a la comisaría como investigados a Roberto Garay y a su madre. Para ello necesitaba coordinarse con Scotland Yard. La detención de los tres debía realizarse a la vez. Si a lo que tenían de los ingleses se añadían las nuevas pruebas conseguidas en los móviles, a Scotland Yard se le despejaría cualquier duda.

Sara no dudó en llamar a su colega Tony Herald.

—Sara, una llamada un domingo, seguro que es importante. ¿Qué novedades tienes?

—Así es. Disculpa que te asalte de esta forma, pero tenemos que coordinarnos. Es urgente.

—Aunque no lo fuera, me puedes llamar siempre que quieras. Cuéntame.

Sara lo puso al corriente con detalle de las últimas investigaciones. Los mensajes de los móviles y las llamadas encontradas fueron decisivos y los tenían a su disposición. La responsabilidad de Lin Piao como gran capo de todo un grupo criminal no ofrecía dudas.

La propuesta era coordinar su detención, mañana lunes o el martes a más tardar, con las que iban a realizar en Bilbao.

—Sara, conocíamos la desclasificación de los papeles que has comentado y los estábamos estudiando, pero para otros casos. Con lo que nos cuentas, voy a ordenar que los documentalistas se pongan con ellos de inmediato.

—¿Y cómo tenéis lo de Lin Piao?

—Estábamos avanzando y valorábamos detenerlo, sabemos que está nervioso, pero con lo que nos dices no debe haber ninguna duda. Es más, teníamos miedo de que regresara a China y perderlo. La 14K tiene mucho poder.

—Es que tenemos que abordar los dos temas a la vez. Si no andáis listos, se os puede escapar. Él sabe que tras lo de Pobeña está perdido. Los asesinatos de Goyarrola y Ernesto son lo más grave y co n Lin Piao en la cárcel os permitiría continuar con los otros temas que estáis investigando.

—Aquí, por ahora, no hay asesinatos, pero la lista de delitos va creciendo y abarca buena parte del Código Penal. Si nos enviáis una solicitud formal de detención por asesinato, aunque aún no sea judicial, nos facilitaría mucho su arresto. Derribaríamos cualquier prudencia que algún colega pudiera esgrimir.

—Entonces vamos a ello —dijo Sara—. Retrasamos las detenciones de Bilbao al martes y el lunes a primera hora tendréis una orden policial de detención, con copia a la central de Interpol en Lyon. Me pongo con ello de inmediato.

—Hablaré con mis colegas de aquí y cuenta con que se van a poner muy contentos. Ya sé que no tengo que decirte cómo hacer las cosas, pero si ponéis el énfasis en que la orden de asesinar al empresario y al abogado partió de Lin Piao y que vais a detener en Bilbao a sus cómplices y colaboradores, mucho mejor. También si podéis hacer referencia a los papeles desclasificados y a la tríada 14K.

—A sus órdenes, sí, señor.

—Ja, ja, ja, Sara, disculpa mi atrevimiento.

—Una cosa, Tony, ¿la detención podríais hacerla también el martes? Os podéis adelantar, pero nunca retrasar.

—Creo que sí, les voy a meter prisa, te lo confirmo mañana.

—De acuerdo. A última hora de la mañana sería perfecto.

—Te lo confirmo, Sara.

Sara y Miguel y salieron hacia la comisaría para preparar bien la solicitud a Scotland Yard. Además, tenían que traducirla al inglés y debían conseguir que un traductor oficial lo pudiera hacer esa misma tarde.

—Dime, Garrincha, ¿cómo andas?

—Bárbara, esta mañana he estado con doña Regina y Roberto en su casa.

—¿Y eso?

—Me ha llamado Roberto con urgencia. Su madre necesitaba verme con urgencia. Están acojonados, piensan que Lin Piao se los va a follar. La madre me pidió que le explicara lo que sabía y, con sus silencios, admitió nuestra versión, aunque muy formalmente me dijo que Roberto estaba al margen de toda la trama. Y sabe que la Policía inglesa se está moviendo.

—Vaya con la viejecita.

—Mi impresión es que esto puede explotar en cualquier momento.

—Sara se coordinará con Scotland Yard y calcula que mañana, o pasado como muy tarde, irán a por ellos. Saben que se arriesgan a que el chino se les escape.

—Lo tengo claro. Doña Regina se va a inmolar y va a intentar salvar a la familia. Para ella, «el honor y la reputación», así me lo dijo, es lo único importante de verdad.

—¿Qué hago, llamo a Sara?

—No. No me gusta esta historia. Está podrida y cuanto menos nos salpique, mejor. Que pase lo que tenga que pasar.

—Tienes razón, va a parecer que la de la 14K soy yo —dijo Bárbara.

—Puedes pedir el ingreso más adelante y montas la delegación vasca.

—Te la dejo a ti. Tú sí que lo harías bien. Te pega todo.

—No me caen bien los chinos, nunca les he tenido simpatía y no sé por qué.

No quise contarle a Bárbara lo de los chinos sospechosos que había visto en los Jardines de Albia. A veces pensaba que era una paranoia mía y, si terminaba mal, prefería que estuviera totalmente al margen.

65

Doña Regina Arbolancha se despide

El domingo por la tarde, doña Regina se encerró en su habitación y empezó a escribir un largo memorándum en el que recordaba su vida delictiva, sin dejarse nada relevante en el tintero. Con una letra perfecta y redonda, como buena alumna del Sagrado Corazón, comenzó en el año 1975, cuando con treinta y cinco años entró a colaborar con la tríada 14K, y no paró hasta esa misma tarde, firmando una autodenuncia en toda regla.

Tuvo buen cuidado de eximir a su marido. Según ella, la única intervención de Ricardo fue solo la de presentarle al chino de la Embajada de Madrid, pero a partir de ese contacto fue ella la protagonista absoluta.

Pero a lo que sí dedicó más tiempo y espacio fue a exculpar a Roberto, que de sus hijos era el único que podía verse amenazado. Sus relaciones siempre habían sido estrictamente empresariales y Lin Piao y otros chinos siempre habían mantenido en secreto la 14K.

Cuando asesinaron a Goyarrola y Ernesto, ella fue quien ordenó a su hijo distanciarse de Lin Piao, hasta que escampó el foco en aquel crimen y acordaron la colaboración entre ambas empresas para que la suya pudiera levantar cabeza.

Lo que doña Regina decía era una orden y Roberto jamás la discutía. Aunque hubiera cosas que le extrañaban, nunca supo la verdad y así vivía mucho mejor.

El grueso de su escrito lo dedicó a inculparse con cierta retórica

romántica que hacía menos vomitivos sus argumentos y, sobre todo, a demoler la apariencia de hombre respetable y buen gestor del sinvergüenza de Lin Piao Song, al que dejó a la altura del barro. Era un mafioso irascible y violento.

Fue él quien mandó asesinar a Goyarrola y al abogado, no por el incendio de la fábrica de los Garay, sino por el chantaje que muy sibilinamente había empezado el primero sobre Lin Piao y doña Regina al descubrir la pertenencia de ambos a la tríada.

Su objetivo era quedarse con Boroa Group y, aprovechando el incendio, comprar la empresa de los Garay a precio de saldo.

Cuando la llamó Lin Piao, ya tenía tomada la decisión de cargárselos. Doña Regina, conocedora de que hubiera dado igual, no se opuso y ni Roberto ni nadie de la familia lo supieron y ni tan siquiera lo sospecharon.

Lin Piao contactó con dos sicarios rusos instalados en Alicante. Ambos, junto a un muchacho de Deusto, fueron los autores materiales del crimen. Ella estuvo en el hotel Ercilla con los rusos, pero solo para entregarles unos sobres con dinero, enviados y acordados por Lin Piao.

Como colofón, estos habían sido asesinados hacía unos días en Pobeña, cuando pensaban saldar sus cuentas cargándose a dos mujeres que los habían descubierto.

No sabía quiénes lo hicieron, pero quizás fuera por orden de Lin Piao para hacer desaparecer a unos testigos que podían hundirlo.

Doña Regina manifestaba con rotundidad que estaba en peligro, se sentía amenazada, pero quería que se supiera que en la familia la única culpable era ella; ni Roberto ni el resto de sus hijos habían tenido nada que ver en toda esta historia.

Para acreditarlo, hizo una relación de hechos, reuniones, viajes y acciones criminales perpetradas a lo largo de los años, que ocuparon dos folios y que no dejaban lugar a dudas. Acompañaba unos correos electrónicos cruzados con Lin Piao, en el día previo y

posterior al asesinato de Goyarrola, en los que, aunque utilizaban un lenguaje alegórico, se entendía todo a la perfección.

Doña Regina, como si fuera un testamento, se declaraba católica, apostólica y romana, encomendando su vida a Dios, a quien le había rogado que la perdonara después de haber recibido la confesión en el día de hoy por el párroco de San Vicente Mártir, ante quien mostró su sincero arrepentimiento.

A sus hijos les pidió que la recordasen como una buena madre y mantuvieran el honor y la reputación de la familia bien altos.

Por último, manifestaba que nadie la había ayudado a encontrase con el Altísimo. Un veneno que guardaba desde hacía años le permitió irse de este mundo tranquila y silenciosamente.

Fechaba el memorándum en Bilbao a las veintitrés horas del domingo 22 de mayo.

Con una posdata, indicaba que se entregara el original a la inspectora de la Ertzaintza Sara Cohen y una copia al jefe de Scotland Yard en Londres.

Cuando Félix entró en el Basque acababa de salir Julio, el dueño, y pudimos hablar y tomarnos con tranquilidad un gin-tonic y el Anís del Mono que el asturiano de Barakaldo nunca perdonaba.

Ambos traíamos nuestras Berettas en perfecto estado, por si teníamos que hacer uso de ellas. Félix había llamado a dos acólitos que ya estarían rondando por los Jardines de Albia.

Teníamos que saber si los chinos mantenían la vigilancia a la casa de doña Regina y abordarlos por sorpresa. Debíamos contar con que habría gente por la zona y cualquiera podía llamar a la Policía.

La acción no debería durar más de un minuto y, en principio, ningún disparo saldría de nuestras pipas.

Enseguida nos acercamos; me puse unas gafas negras de sol y

una gorra alargada y roja de golf, de la marca Callaway, como las que usaba Jon Rahm.

Los chinos seguían en el mismo banco de la mañana. Todo apuntaba a que esperaban a que saliera doña Regina por el portal. No se veían refuerzos por la zona.

Decidimos intervenir.

Los dos secuaces de Félix, Alberto y Unai, estaban aleccionados y se dirigieron hacia el banco, mientras nosotros caminábamos sigilosamente por detrás de donde estaban.

Llegamos a la vez; Alberto y Unai se sentaron por sorpresa cada uno al lado de un chino y, sacando sus pistolas, se las hundieron en los riñones. Un segundo después, Félix y yo los cogimos de las solapas con violencia y les retiramos las pipas de la sobaquera. Todo fue tan rápido que los chinos se quedaron impávidos y sin capacidad de reacción.

En un inglés que entendieron perfectamente —aunque Félix se lo repitió en español, por si acaso—, les dije, mientras les cogíamos las carteras y sacábamos una foto de su documentación, que o nos obedecían o les metíamos dos tiros en ese mismo instante. Debían largarse de inmediato sin llamar a nadie. Si en media hora seguían en Bilbao, iríamos a por ellos y a por sus familias.

Fueron tales las amenazas y las caras de asesinos que pusimos, que los chinos quedaron plácidamente a nuestra merced, asintiendo con pavor a todo lo que les ordenábamos.

Habíamos pasado del minuto, pero por poco, cuando los chinos huyeron en dirección a El Corte Inglés, que debía de ser lo más seguro que conocían en la zona.

Algunas personas nos miraron, pero, viendo correr a los chinos, pensaron que algo habrían hecho.

Nosotros nos dispersamos velozmente y la zona recobró la tranquilidad.

—Garrincha, «Hoy mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé».

Esta vez sí fueron las palabras exactas de Meursault, el protagonista de *El extranjero* de Albert Camus, con las que daba comienzo la novela, las que repitió su hijo.

—No me coge por sorpresa, Roberto.

—A mí tampoco.

—Lo siento en el alma. Apenas la conocí, pero era una gran mujer, seguro que irrepetible.

—Ha dejado un documento largo de autodenuncia y ha asumido toda su responsabilidad, desenmascarando al canalla de Lin Piao. Nos da instrucciones para enviárselo a Sara Cohen y a Scotland Yard.

—Tampoco me sorprende. Has tenido una madre fiel a sus propios valores, que ha preferido asumir con dignidad toda su trayectoria sin tener que arrastrar el apellido Garay por el barro.

Roberto empezó a llorar desconsoladamente y, entre sollozos, le dio las gracias y colgó.

—Sara, ya sé por qué llamas. Ya me he enterado —dijo Bárbara.

—Mujer, por favor, ¿cómo es posible?

—Sabes que no te lo puedo decir. Tranquila, no he leído el memorándum ni tengo acceso a la copia.

—Aunque no te cita, habla de ti. Puedes estar tranquila, esa parte no nos interesa.

—¿Qué dice?

—Que los sicarios abatidos en Pobeña querían cargarse a dos chicas que los habían descubierto.

—Lo que hay que oír, Sara. La imaginación no tiene límites. Olvídalo.

—Algún día, cuando pase el tiempo…

—Y prescriban los delitos, te lo contaré. Es broma, yo creo que con lo que sabes y con lo que te imaginas ya tienes la película

completa.

—Vale, jefa. ¡Ah!, y dale a Garrincha recuerdos de mis partes.

—Ja, ja, ja, pero qué lista es mi inspectora. Sara, cómo me gustas.

La policía cerró los ojos. Esta chica la desarmaba, no sabía a qué atenerse, pero prefirió no contestar y colgó.

66

Lin Piao en Heathrow

Lunes, 23 de mayo

La misma tarde del lunes, Scotland Yard preparó un dispositivo para detener a Lin Piao. Se dirigieron a su casa en el acomodado barrio de Chelsea, muy cerca de los almacenes Harrods.

Llevaban todo el fin de semana vigilando la mansión y no habían notado anomalía alguna. Lin Piao seguía dentro y no hubo ningún elemento extraño en los dos días.

Justo cuando con dos coches camuflados se acercaban a la entrada de la mansión, y quizás puesto sobre aviso por alguien, vieron que el chino intentaba huir.

Iba solo, conduciendo un Jaguar berlina clásico. Desde donde se situaba la vigilancia, pudieron ver dos maletas grandes acomodadas de mala manera en los asientos de detrás, como si hubiera tenido mucha prisa por lar-
garse.

Vio perfectamente los dos coches que se habían apostado en la entrada de su casa mientras salía del garaje ubicado en un lateral.

Amagaron una orden para que se detuviera, pero no la tuvo en cuenta. Aceleró por sorpresa y se escabulló entre el denso tráfico de Londres.

De inmediato se emitió una orden de detención; tenían claro que esa huida estaba provocada por el suicidio de doña Regina y su

pavor a lo que pudiera haber dejado por escrito. Aunque la Policía no lo sabía, también por el fracaso de sus esbirros enviados a Bilbao; unos incompetentes. Fue todo un desastre para el chino.

Desconocían adónde se podía dirigir. Además de alertar a toda la Policía metropolitana, contactaron con el aeropuerto de Heathrow, imaginando que un hombre apesadumbrado y nervioso podía elegir el avión como vía más rápida para salir del país.

Las órdenes de detención no llegaban con rapidez a los ordenadores y podía suponer, y con razón, que para escapar de la isla el avión sería lo más seguro.

Aunque el aeropuerto era inmenso, lo hicieron bien y pusieron controles en todos los accesos.

Al cabo de un rato de recibir la orden, dos policías situados en la terminal de salidas internacionales vieron un Jaguar como el que les habían descrito y le dieron el alto con cierta parsimonia.

Lin Piao, que estaba mucho más despierto, sacó un revólver del bolsillo y, cuando hizo ademán de parar con un gesto como para salir del coche, resolvió la situación haciendo todo lo contrario, disparando dos tiros y arrollando a los agentes mientras aceleraba el vehículo.

Desde el suelo, uno de los policías se revolvió y, aunque su postura era incómoda, pudo disparar. Tuvo puntería y la suerte le sonrió; acertó y le dio en la parte trasera de la cabeza, cerca del cuello.

Aunque fue evacuado con rapidez al hospital, ingresó cadáver.

Scotland Yard estaba sobrecogida por la acción suicida del chino. Aunque el pronóstico de los policías cuando ingresaron en el hospital no era bueno, al cabo de unas horas un parte optimista descartaba el riesgo para sus vidas.

Cuando leyeron con calma el memorándum de doña Regina entendieron por qué Lin Piao prefería arriesgar su vida a pasarse el resto de sus días en una prisión de alta seguridad.

Tony Herald tuvo toda la tarde del lunes a Sara al teléfono radiándole las novedades que iban surgiendo. Aunque el inglés no era de mostrar emociones, no pudo dejar de decirle a Sara:

—Con usted da gusto trabajar. Estoy muy contento.

—En unas horas, dos santones de la mafia china muertos —comentó Sara en voz alta en la sala de reuniones de la comisaría rodeada de toda la brigada.

No hubo aplausos, pero las caras eran de satisfacción. Caso resuelto y las bajas para ellos.

—Un suicidio y lo del chino casi parecido. Optó por que lo matara un colega de la Policía inglesa al que por poco manda al otro barrio —dijo Fabretti.

—Bueno, jefa —Gabarrita se dirigió a Sara—, tendremos que dar carpetazo al caso y, si lo miramos objetivamente, no deja de ser otro éxito para la brigada.

—Explícame eso del éxito, Gabarrita, que me interesa mucho —contestó Sara no demasiado convencida.

—El crimen de Goyarrola y Ernesto, resuelto. El incendio de la fábrica, también, y el trío de sicarios de Pobeña abatidos por cuenta de Lin Piao y doña Regina, que también han pasado a mejor vida.

—Nos faltan los de Vitoria —dijo Ongi Etorri, haciendo gala de su memoria prodigiosa.

Todos se miraron y se percataron de que se habían olvidado de ese asunto.

—Tenía el mismo sello de autor que el crimen de Pobeña —apuntó Sara—, y de tantos otros que hemos tenido en los últimos años.

Nadie quiso mentar el nombre de Garrincha, pero todos los miembros de la brigada se acordaron de él.

Cuando Fabretti y Sara se quedaron solos, ella se dirigió a su

novio con resignación:

—Ya ves que ni me cabreo cuando veo que ese impresentable se va de rositas.

—Es lo que hay, pero esta vez ha sido menos evidente.

—¿Te acuerdas cuando lo vieron salir del hotel Radisson con la periodista?

—Perfectamente, Sara.

—Preferimos olvidarnos, pero siempre he sabido que estaban compinchados. Bárbara me lo negó y me mintió. Hoy le he dado recuerdos para Garrincha y, riéndose, me lo ha reconocido.

—No le des más vueltas. Bárbara es especial, pero es otra cosa, ella es una mujer legal. Lo que no podía es vender a Garrincha.

—La cuestión es que, además, tiene motivos para estarle agradecida. Querían limpiarle el forro y el gánster de Olabeaga la salvó.

—Sara, como dice Gabarrita, vamos a ser positivos: hemos resuelto otro caso importante.

—Sí, pero me jode un montón. No valgo para mirar para otro lado. Garrincha tendría que estar en la cárcel desde hace años y, sin embargo, está en la ría pescando y tocándose los huevos, que es lo que más le gusta.

—Y encima está forrado. ¿Te apetece dar un paseo y que nos tomemos un buen gin-tonic?

—Claro que me apetece. Vámonos ya, que no aguanto más. —Sara sabía que con Fabretti los sinsabores se hacían mucho más llevaderos.

Bárbara no dejó de seguir las noticias para enterarse de lo que decían sobre el suicidio de Regina Arbolancha, pero ningún medio la nombraba.

Lo que sí salió a media tarde en un despacho de la agencia Reuters fue la muerte de un conocido industrial chino en extrañas

circunstancias en las cercanías del aeropuerto de Heathrow.

Enseguida pudo confirmar que era Lin Piao Song y, a continuación, se puso al corriente de lo que había ocurrido gracias al corresponsal del *Noticiero* en Londres.

La periodista sonreía y veía que no podía perder la oportunidad de ser la primera. Esto era una bomba y la iba a aprovechar. Se lo merecía.

Se puso a ello y trabajó a toda velocidad para que al día siguiente saliera en papel y en digital un primer reportaje con una pequeña historia de todo: el incendio, los asesinatos de Goyarrola y Ernesto, los crímenes de Pobeña, rematando con los sucesos de hoy, con doña Regina y Lin Piao Song a toda plana, dándoles una relevancia especial. El suicidio de la matriarca de los Garay en su casa de los Jardines de Albia y el tiroteo de Londres, con muerte incluida, tras escapar el chino de su mansión en Chelsea. No se olvidó de informar que era el presidente de Boroa Group, empresa ubicada en Amorebieta, y su relación con la madre de los Garay. Sabía que ahora empezaría todo un culebrón.

El reportaje le quedó muy *noir* y no se alejaba tanto de la novela que estaba escribiendo.

Ningún medio estaba en esta onda y se encontraba ante una primicia de gran importancia y relevancia informativa.

Bárbara estaba acelerada y a las once y media de la noche lo tenía finalizado. Las fotos eran buenas y allí se mezclaban los cuerpos ensangrentados junto a la Torre Iberdrola y Las Arenas con los de Pobeña y, al mismo tiempo, un Lin Piao impecable, con esmoquin, en una gala benéfica en el Covent Garden de Londres. De doña Regina solo aparecía una foto antigua, muy guapa, en el palco del antiguo San Mamés.

La mezcla tenía el suficiente glamur de unos crímenes mafiosos para hacerla muy atractiva.

Antes de pasárselo al redactor jefe, lo repasó y corrigió varias veces hasta que, extenuada, lo dio por terminado.

Su jefe lo leyó entusiasmado y preparó una maquetación de lujo, con entrada en la portada. Mañana podía ser un día importante para el periódico.

67

Esto se termina

Martes, 24 de mayo

Sara y los integrantes de la brigada estaban centrados en preparar toda la documentación para enviarla al juzgado de instrucción que llevaba la causa.

El atestado era amplio y voluminoso y, con el memorándum de autodenuncia de Regina Arbolancha, pudieron resolver todas las cuestiones principales y presentar el caso debidamente cerrado.

Todos querían olvidarse y, aunque formalmente los asesinos de los sicarios de Pobeña no estaban identificados, se incorporaron a la mochila de Lin Piao y doña Regina.

En ella cabían muchas cosas y nadie quería cuestionar su verosimilitud. Lo cierto era que el hecho de que estuviesen muertos facilitaba mucho las cosas.

Incluso aunque no lo hubieran estado, tenían ya castigo suficiente como para no cambiar su situación.

Recordaba a aquel magnífico relato de Dashiell Hammett en el que el acusado negaba vehementemente ante el fiscal uno de sus numerosos asesinatos y el juez, harto, paró la discusión diciéndole al del banquillo: «No se preocupe usted, en este condado solo lo ahorcan una vez».

—Miguel, ¿has leído el *Noticiero*?

—Acabo de hacerlo. Espectacular, lo tenía preparado, si no es

imposible articular toda la historia de forma tan completa y precisa. Responde hasta las cuestiones que hasta ayer estaban en el aire.

—Estaba pensando lo mismo y justo en lo de Pobeña se centra en identificar a los sicarios y contar sus crímenes, olvidándose con un clamoroso silencio de quiénes se los cargaron y para qué estaban allí —apuntó Sara.

—Allí estuvo Garrincha con su gente para salvar precisamente a Bárbara y a su *garganta profunda*.

—No sigas, Fabretti, que me pongo de muy mala hostia.

—Olvídalo. Esto está finalizado y otra vez hemos resuelto un caso importante y complicado.

—El consejero y los de siempre ya han llamado. Felicitaciones para todos; están encantados y la única que cada vez está más cabreada soy yo. Creo que no valgo para esto.

—No digas chorradas, amorcito, corazón —dijo Fabretti, sabedor de que Sara era sincera y lo estaba pasando mal.

En estas, entró en el móvil de Sara un mensaje.

Sara, hoy he dormido y descansado como hacía tiempo que no lo hacía. En buena parte te lo debo a ti. Muchas gracias por todo. Si a alguien le pertenece este caso es a ti. Te envío todos los besos que no puedo darte.

Sara sonrió mientras le contestaba. Esta chica siempre la desarmaba.

Bárbara, los mismos besos para ti. El caso siempre ha sido tuyo. Te pongo un diez.

—Lisbeth,genial.

—Garrincha, capullo, me costó acabarlo, quería contar tantas

cosas que no fue fácil. Solo es el primero, habrá más. He hablado con la editorial, la novela la quieren ya. Mañana firmo los contratos.

—De puta madre. Cuanto antes, mejor, que siga caliente el caso.

—Ya, pero hay que hacerlo bien. La tengo casi terminada y vas a ser mi primer lector cero.

—Sabes que seré sincero; pelotas tendrás muchos. Escribir no sé, pero de leer y de la vida sé bastante.

—Eso espero, sincero y sin piedad.

A Bárbara la llamaron el director del periódico y el presidente del grupo editorial, y las felicitaciones continuaron más allá del *Noticiero*. Estaba contenta, pero también exhausta. Cuando miraba hacia atrás temblaba solo de pensar en el riesgo que había corrido. Su vida había estado pendiente de un hilo, con una sentencia de muerte ya firmada.

Tenía que volver a la realidad y eso significaba que la vida continuaba y el periódico la esperaba con más ansias que nunca. Y, claro, la novela. Esa idea que fue tomando cuerpo según escribía, ahora era un proyecto muy avanzado que tenía muy buena pinta.

No quería estropearlo precipitándose. Le dedicaría el tiempo necesario y se marcaba septiembre para poder tenerla en la calle.

La editorial no era una de las grandes, pero le gustaba. Trabajaban bien y tenía plena confianza.

Bajé tarde a pescar. Me entretuve leyendo el *Noticiero* y chateando con Bárbara, pero acabé preparando la caña y, aunque no era mi hora preferida, a las nueve y media estaba situado donde siempre.

El día era espléndido y el sol ya pegaba lo suficiente como para poder disfrutar de su luminosidad y del calor de sus rayos.

Todo había transcurrido muy rápido, por lo menos eso me

parecíay, como siempre, me había complicado la vida más de la cuenta.

Tenía la impresión de que no había estado tan cerca como en otras ocasiones de recibir dos tiros y visitar al Altísimo antes de tiempo, pero, siendo objetivo, había comprado bastantes papeletas para ello.

Estaba satisfecho de cómo había *acabado* esta historia. Lo principal —salvar a Bárbara, a Nora y, en su día, a Carmen— se había conseguido.

En lo que a mí respecta, el caso se había cerrado bien y la Justicia seguiría dándome esa tregua que siempre se prorrogaba.

A Sara y a su novio esta vez los había tenido más lejos y no veía por dónde podían atacarme. La muerte de doña Regina, la de Lin Piao y sus sicarios había sido una bendición.

Olabeaga siempre me tranquilizaba y ya fuera con su bruma o con su brisa, con lluvia o con sol, me acogía y me permitía ver con optimismo el futuro.

Entre la ría, sus calles y sus gentes me sentía muy protegido. Además, el Acero había vuelto a ganar y ya estábamos los primeros.

En fin, como siempre, lo tenía decidido: esta sería la última. Se lo debía a Teresa, pero me costaba tanto… Mientras lo pensaba, recordaba que siempre decía lo mismo.

—Bárbara, soy Nora.

—Mujer, tenía que llamarte para contarte muchas cosas. Pero ya te imaginarás lo liada que he andado. Me pongo un cero.

—No te preocupes, te he leído y sé en lo que has estado. Espectacular, lo leía y no me lo creía. Y yo tan cerca. Pero todo ha salido bien y eso es lo que importa. Qué pájara doña Regina.

—Ni que lo digas, yo sospechaba de Roberto y, mira por dónde, la madre, ella solita, la gran matriarca con el chino.

—Tenemos que celebrarlo, aunque todavía no se sepa quién mató a Gaizka.

—Claro que tenemos que celebrarlo, pero de lo de Gaizka mejor que te vayas olvidando, te lo digo sinceramente.

—Bajas colaterales, como se dice en las guerras.

—Bien traído.

—Quería contarte una cosa. Estoy muy contenta. ¿Te acuerdas de aquel chico que conocí en el Antzokia?

—Perfectamente, el que trabajaba en Decathlon.

—El mismo. Nos hemos visto unas cuantas veces y, como se decía antiguamente, nos hemos prometido.

—Buenoooo, eso sí que hay que celebrarlo, cuánto me alegro. Me lo tienes que presentar. Conociéndote, seguro que es un buen tipo.

—Lo es y vamos muy rápido, ya no somos unos críos.

Bárbara pensó en la frase. Ella tenía tres años menos, pero con esta historia también dejaba de ser una cría.

68

Otra vez Manderley

Primera semana de septiembre

Habían transcurrido algo más de tres meses. Tras un verano tranquilo donde Teresa y yo no nos habíamos separado ni un minuto, Bárbara Alberdi presentaba su novela: *Manderley*.

Ese fue el título elegido en recuerdo de Rebecca Winter, cuando llegaba con Maxim y veía la casa ardiendo al final de la película de Hitchcock.

Así empezaba la novela de Bárbara, con la misma pregunta que le hizo Begoña a Roberto mientras veía cómo ardía la fábrica junto al río Galindo.

Leí el borrador en Oporto y me ayudó mucho esa tranquilidad que da el poder aburrirme durante todo el día. Lo devoré como si fuera un profesional, me gustó y tuve la certeza de que iba a tener éxito. Le hice algunas recomendaciones y la mayoría las aceptó. Le planteé algunas dudas sobre el desenlace de la novela, que solía ser lo más difícil, y a Bárbara le pareció bien dar protagonismo a Sara, a la familia Garay y a ella misma.

El gánster de Olabeaga quedó de muy secundario, que es lo que yo quería. Mi vida ya tenía muchos sobresaltos y cuanto menos se fijaran las autoridades con capacidad de hacer daño en mí, mucho mejor.

La cita era a las siete de la tarde en el palacete de la Biblioteca Municipal de Bidebarrieta. Bárbara me había pedido que

presentara su novela. Me opuse, pero no fui intransigente y, al final, cedí. En la mesa también estaría la editora. Allí arriba, en el espectacular salón de actos de la antigua Sociedad El Sitio, los tres intentaríamos que la novela y Bárbara salieran triunfadoras.

Bárbara se negó a leer mi intervención y allí me veía acaparando un protagonismo que no deseaba.

Solo habían pasado cien días desde que concluyó la historia, pero ya me parecía una eternidad. El caso enseguida se enfrió y todos, empezando por la familia Garay, quisieron pasar página.

Tomé una copa con Susana, destrozada por el suicidio de su madre, pero con ganas de mirar para adelante. No tenía especial interés en profundizar y con lo que sabía le era suficiente. Su vida debía avanzar ajena a lo sufrido en estos últimos meses. Me comentó que sus hermanos tenían la misma actitud que ella. Daban por buena la carta de su madre y no la juzgaban. El recuerdo de tantos buenos años a su lado era lo que rememorarían. Roberto fue el más afectado y al que le costó más recomponerse.

Por unanimidad decidieron vender la empresa y tenían una oferta apetecible de un grupo alemán. Además, la reconstrucción de las instalaciones avanzaba a muy buen ritmo y para Navidades podían tenerla ya a pleno rendimiento.

Boroa Group seguía funcionando con normalidad. Chu Loi estaba al mando de la empresa y mantuvo la producción de los Garay en Amorebieta y Lyon sin ningún percance.

El procedimiento judicial apenas había avanzado en estos meses de verano. Nadie quería ya investigar más y la propia fiscalía entendía que lo lógico es que terminara archivándose.

Ni los Garay ni los chinos tenían el menor interés en moverlo y las familias afectadas por los asesinatos bastante tuvieron con recordar a los muertos y que el ruido que los acompañaba se disipara.

Si el caso levantaba aún expectación, era por la novela que hoy se presentaba.

Varias televisiones y muchos medios de comunicación se dieron cita en la biblioteca municipal, justo enfrente de donde vivía Bárbara.

Ella era la estrella. Estaba sobrepasada y así me lo había comentado la víspera, cuando me llamó nerviosa, sin saber todavía muy bien qué iba a decir.

Intenté tranquilizarla y le propuse que me dejara a mí. Yo la sometería a un interrogatorio y ella me contestaría. En una presentación apenas había que contar nada de la novela.

Entonces me informó de que la edición era de cien mil ejemplares. Me quedé mudo. Por deferencia a Bárbara no quise preguntarle si se habían vuelto locos.

—Garrincha, están tronados. Así se lo he dicho. Por bien que se venda, esas cifras son inalcanzables. Pero me han contestado que de eso los que saben son ellos.

—A mí me parece una barbaridad, pero no les falta razón al decir que ellos son los que saben de eso; además, son los que se juegan su dinero.

—No te conocían y se extrañaron de que me presentaras. Incluso me ofrecieron algún escritor consagrado, pero los callé enseguida.

—La sala la vas a petar y eso que tiene butacas para doscientas cincuenta personas. Según me comentan, pocas veces se ha llenado.

—Me tomaré un Valium 5, estoy muy nerviosa. En el periódico se han reído mucho cuando les he pedido que el reportaje de la presentación lo hiciera otro.

Entré en el salón de la biblioteca con Bárbara del brazo y recorrimos todo el pasillo central como si la llevara al altar para ofrecerla en matrimonio a un novio que la estuviera esperando.

El salón estaba abarrotado y mucha gente estaba de pie, impacientes por que comenzara el acto.

Muchos ya tenían *Manderley* en la mano. Itziar, Esti y Gotzone en una mesa y Begoña y Fernando en otra veían esfumarse con rapidez las pilas de libros que reposaban encima de las mesas.

Cuando nos sentamos miré al patio de butacas y allí, en una de las primeras filas, estaban Sara y Fabretti. Le di un codazo a Bárbara y, sin que yo abriera la boca, me dijo:

—Ya la he visto. Los invité a los dos. Si han leído el libro, igual me detienen a la salida.

—Pues imagínate cómo ando yo. Tranquila, mujer, voy armado y saldremos a tiros sin un rasguño.

—Así me gusta. El gánster de Olabeaga siempre conmigo. No ha nacido el madero que pueda con él.

—Eso está mucho mejor.

—Siempre me tendrás a mí. Sin pistola, pero con la pluma…

No nos daba tiempo para seguir diciendo más chorradas y, tras saludar a los inspectores guiñando un ojo y levantando las cejas lo suficiente para que se dieran cuenta, tomé la palabra:

—«¿Recuerdan la película de Hitchcock, cuando Rebeca llega con Maxim a la casa, a Manderley, devorada por las llamas? Así era como hace unos meses en Sestao, junto al río Galindo, ardía la fábrica de los Garay. No había luna. Encima de nuestras cabezas el cielo estaba negro como la tinta. Pero el horizonte aparecía iluminado por una viva luz roja, salpicada de sangre. El viento salobre del mar venía lleno de cenizas…». Así acaba la novela de Daphne du Maurier y así empieza la de Bárbara Alberdi. Y allí empezó todo o, mejor, allí comenzó el final de esta historia que Bárbara les relata.

—No piensen que yo soy Rebeca y Garrincha, Maxim. —Bárbara me cortó abruptamente y consiguió una carcajada del público.

—Todos lo piensan, Bárbara, y ya sabes que el público siempre

tiene razón —dije entre las risas del respetable.

Aunque lo llevaba escrito, pude exponer mi intervención sin leerla y quedó muchísimo mejor.

Cuando intervino Bárbara, sus nervios ya estaban calmados y empezó agradeciendo de forma especial su presencia a dos mujeres.

—Itziar, mi novia; sin ella nunca hubiera podido aguantar la tensión y la angustia por la que pasé. Y la inspectora de la Ertzaintza Sara Cohen, una excelente profesional que siempre estuvo cerca para protegerme.

Un sonoro aplauso se oyó por toda la sala, mientras las dos aludidas la miraban con una sonrisa en los rostros.

—Pero como también me gustan los hombres, no puedo olvidarme de este que está a mi lado. Creo que a él le debo la vida; cuando lean la novela verán que, si no hubiera sido por Garrincha, alguno de los tiros que se escaparon me hubiera dado a mí.

Se escuchó otra ovación fuerte en todo el recinto y salí al quite convencido.

—Mujer, que nos van a cerrar la biblioteca y los asistentes han venido a que les hables de tu libro.

—Jefe, como siempre, tienes razón.

Muchas risas.

Enseguida acabó con los agradecimientos y siguió con la novela, ahora en un formato de interrogatorio en tercer grado.

Todo terminó bien, el público encantado y la periodista, también.

Empezó a firmar y la cola se hizo interminable. Teresa enseguida le dio dos besos y me cogió del brazo. Al bajar del escenario, vimos a Sara a la cola esperando a que le dedicara la novela.

—Teresa, cuánto me alegro de verte, pero tu marido tiene una cara que se la pisa y no me gustaría que acabe cayéndome bien —

dijo la inspectora.

—Tranquila, mujer —le respondí—, en cuanto leas la novela te van a entrar unas ganas de detenerme que no sé si te vas a poder aguantar.

—Esas ganas las tengo desde que te conozco y ya son muchos años.

—Siempre he pensado que esas ganas también deberían prescribir.

Se rio, le dio un beso a Teresa y seguimos para adelante.

—Marido, esta faceta literaria tuya no la conocía. Es mucho mejor que la de gánster. —No quise contestar y Teresa concluyó —: Eso sí, pero por lo que oigo, mucho menos lucrativa.

AGRADECIMIENTOS

A Gregori Dolz, Roger Clanchet, Mauro Bianco y todo el equipo de Alrevés, por su excelente trabajo en la edición de Garrincha y su Beretta.

A Montse Martín, por su ayuda, trabajo profesional y consejos siempre atinados. A Eduardo S. Petite, crítico literario, por su lectura del manuscrito y sus valiosas recomendaciones. A José Francisco Alonso, escritor, por su ayuda en nuestro querido mundo literario.

A Oscar Beltrán de Otalora, escritor y periodista, por su ayuda con los papeles desclasificados del FBI y la CIA. A Pedro M. Martínez, un erudito del género negro y de Bilbao, quien me puso sobre la pista del legendario gimnasio ALI KATE, por donde pasaron, entre otros, Uzcudun y Urtain.

A Belén, Tania, Matxalen, Izarne, Íñigo, M.ª José, Txema, Ivonne y Joaquín, colegas en los Talleres Noir, futuros escritores, de los que aprendo mucho más de lo que enseño.

Y, como siempre, a mi mujer Garbiñe y a mis hijos Ibon y Joana, por su presencia y ayuda constante en la elaboración de esta novela.